ISIDORA

Revista de estudios galdosianos

n.º 10

ISIDORA
Revista de estudios galdosianos

SUMARIO

Juan Carlos Carrazón
Palique, Angelino Fons y Máximo Valverde 3

Fortunata y Jacinta
Novela: D. Benito Pérez Galdós
Emiliano Piedra Producción
Guión cinematográfico:
Alfredo Mañas y Angelino Fons
Director: Angelino Fons 23

Marianela
Novela: D. Benito Pérez Galdós
Guión: Alfredo Mañas Navascués
Dirección: Angelino Fons (A.T.C.) 145

ISIDORA Revista de estudios galdosianos

Dirección y Edición
DRA. ROSA AMOR DEL OLMO

Asesor editorial
CARLOS ÁLVAREZ-UDE

Asesora lingüística
DRA. ANA MARÍA VIGARA

Presidente comités de redacción y científico
DR. GERMÁN GULLÓN *(Universidad de Amsterdam)*

Comité de redacción
DRA. PILAR PALOMO *(Universidad Complutense de Madrid)*, DRA. PILAR VEGA *(Universidad Complutense de Madrid)*, DR. TEODOSIO FERNÁNDEZ *(Universidad Autónoma de Madrid)*, DR. TOMÁS ALBALADEJO *(Universidad Autónoma de Madrid)*, DRA. ANA Mª VIGARA *(Universidad Complutense de Madrid)*, DRA. ÁNGELES VARELA *(CEU)*, DR. DANIEL GAUTIER *(UCO-Angers)*, DR. JOHN SINNIGEN *(Universidad de Maryland, Baltimore Country)*, DRA. CARMEN RUIZ BRAVO-VILLASANTE *(UAM)*.

Comité científico
DR. GERMÁN GULLÓN-Presidente *(Universidad de Ámsterdam)*, DRA. YOLANDA ARENCIBIA *(Universidad de Las Palmas de Gran Canaria)*, DRA. CARMEN MENÉNDEZ-ONRUBIA *(CSIC)*, DRA. ANA Mª VIGARA *(Universidad Complutense de Madrid)*, DR. JOHN SINNIGEN *(Universidad de Maryland, Baltimore Country)*, DRA. CARMEN BRAVO-VILLASANTE *(Universidad Autónoma de Madrid)*, DR. TOMÁS ALBALADEJO *(Universidad Autónoma de Madrid)*, DRA. PILAR ESTERÁN *(Universidad de Teruel)*, DR. JESÚS RUBIO JIMÉNEZ *(Universidad de Zaragoza)*, DR. JEAN FRANÇOIS BOTREL *(Université de Rennes)*.

Diseño de cubierta
JUAN CARLOS CARRAZÓN

Diseño interior y maquetación
ÁNGEL SANZ MARTÍN

Fondos Editoriales:
ROSA MARÍA QUINTANA
Directora de la Casa Museo Pérez Galdós
Biblioteca Nacional
Hemeroteca Nacional

Fotografía de portada
Escena de la película *Fortunata y Jacinta*

Coordinación, preimpresión e impresión
SAFEKAT, S. L.
C/ Belmonte de Tajo, 55 - 3.º A
28019 Madrid
safekat@safekat.com
www.safekat.com
I.S.S.N.: **1699-5996**
Depósito Legal: M. 24.308-2005

MINISTERIO DE CULTURA

Esta revista ha recibido una ayuda de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas para su difusión en bibliotecas, centros culturales y universidades a lo largo de 2008.

PALIQUE. ANGELINO FONS Y MÁXIMO VALVERDE

JUAN CARLOS CARRAZÓN

En la actualidad la memoria de Fons como director de cine ha quedado casi borrada por el inapelable paso de los años y las nuevas generaciones de cineastas que han logrado un Óscar. No obstante, este director y guionista, madrileño de origen y criado en Orihuela, tiene en su haber películas que marcaron muchas vidas de los años 60 y 70.

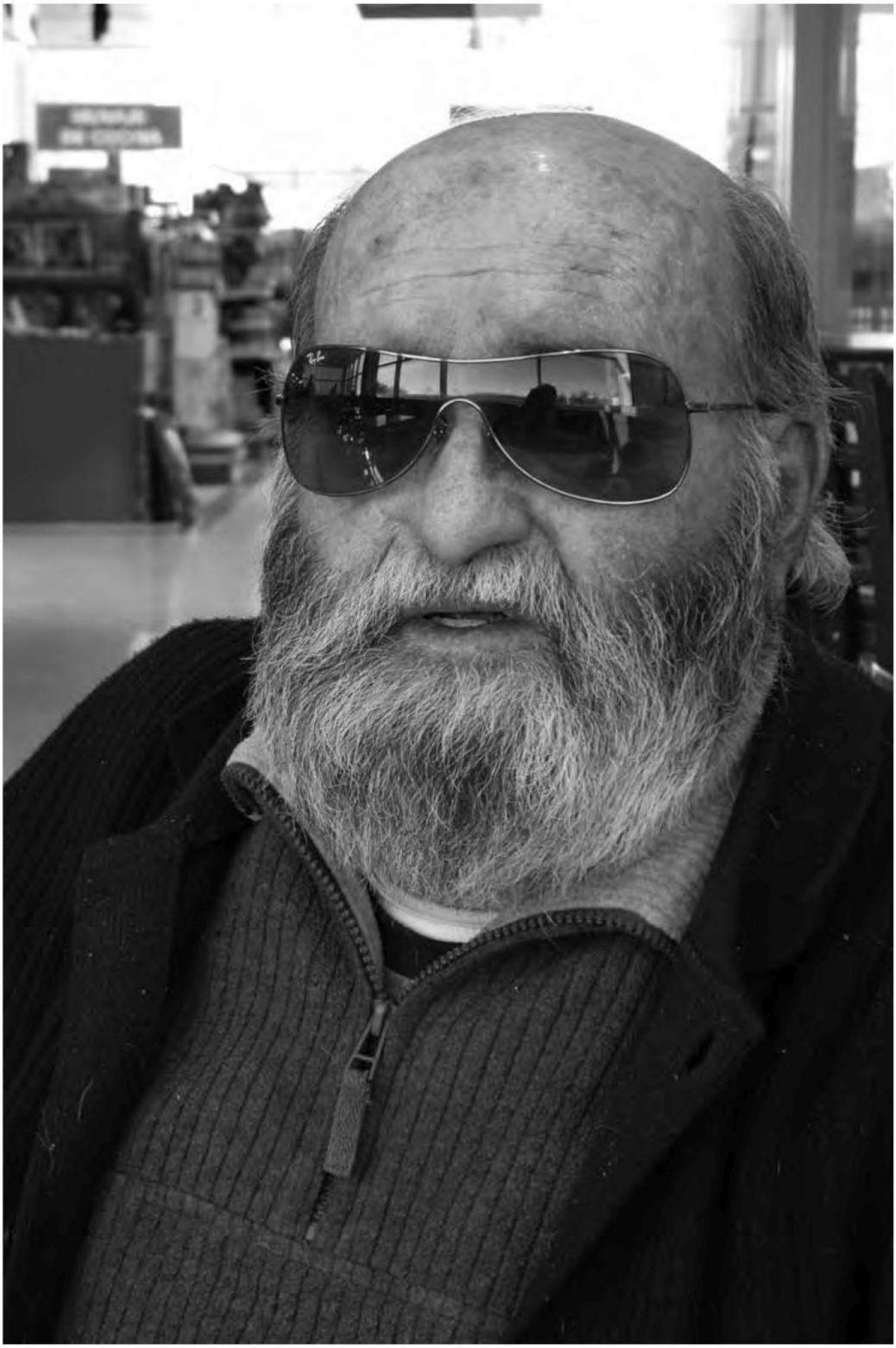
Antes de continuar con nuestra historia pasemos una breve revista a la biografía de este «maestro perdido»…

La vida profesional de Fons comienza en 1960 como ayudante de dirección en *El cochecito* del desaparecido director italiano Marco Ferreri (1928-1997). Durante la producción de esta cinta tendrá contacto con el gran guionista Rafael Azcona y con un reparto inolvidable: José Isbert, Pedro Porcel, José Luis López Vázquez, María Luisa Ponte, Antonio Gavilán, Chus Lampreave, Ángel Álvarez, Carmen Santonja, María Isbert, Jesusa de Castro, Antonio Jiménez Escribano, y Antonio Riquelme.

1963 es un año muy fructífero en la vida de este director. Por una parte, se diploma en Dirección Cinematográfica con la mejor nota del curso en la llamada por entonces Escuela Oficial de Cinematografía. Y por otra, trabaja nuevamente como ayudante de dirección de Isidoro M. Ferry en la adaptación cinematográfica del famosísimo programa de TVE, *Escala en Hi-Fi*.

Como guionista y director se estrena en el cortometraje de aire dramático *A este lado del muro,* una historia basada en la novela de Luis Goytisolo *Las afueras* (1958). Un año después, en 1964, la productora X Films le produce el cortometraje *Garabatos,* basado en los poemas *El ángel de los números* y *Los ángeles colegiales,* de Rafael Alberti.

Hasta llegar en 1966 en que comienza el rodaje de su primer largometraje con *La busca*, de don Pío Baroja, Angelino pasa antes como auxiliar y ayudante de dirección



Entrevista de *ISIDORA* con Angelino Fons, 2009. El Escorial, Madrid

de Carlos Saura en las tres películas más representativas en ese momento del cine español: *La caza* (1965); *Peppermint Frappé* (1966); y *Stress es tres* (1967). Es en ese mismo año 1967 cuando se estrena *La busca.* La obra es aclamada por la crítica y se reconoce entonces a Fons como representante del 'nuevo cine español'.

En una entrevista de Moncho Alpuente al director, Angelino explicaba sencillamente cómo le llegó la oportunidad de rodar su ópera prima: «A Nino Quevedo le había gustado una de mis prácticas de la Escuela que se llamaba *Garabatos* y trataba de los dibujos de los niños. Había conseguido los derechos de la novela de Baroja y me propuso hacerla. El personaje femenino ya estaba pensado para Emma Penella, pero nos costó más dar con el protagonista masculino. Al final lo hizo Jacques Perrin, que con esta película ganaría la Copa Volpi de interpretación en el Festival de Venecia».

En 1968, Fons dirige el filme *Cantando a la vida* (1968), producida por Atlántida Film y que se sale bastante de ese marco 'del nuevo cine español'. El director lo explica de modo contundente: «Contra el dinero no hay quien pueda. Entonces una productora te encargaba hacer cinco películas y tenías que luchar para que, al menos, te dejaran hacer la que tú querías hacer y tenías pensada».

En la década de los setenta se localiza el grueso de su producción cinematográfica y es aquí donde se va a centrar nuestro interés: *Fortunata y Jacinta,* estrenada en 1970 y basada en la novela homónima de Benito Pérez Galdós. *La Primera Entrega* (1971). *Marianela* (1972). La comedia musical *Mi hijo no es lo que parece* (1973). *Separación matrimonial* (1973); película de lo que comienza a ser el incipiente género de destape en España. *La casa* (1974). *De profesión polígamo* (1975). *Emilia, parada y fonda* (1976); basado en el relato corto *Un alto en el camino,* escrito por Carmen Martín Gaite y en cuyo guión colaboró el director Juan Tébar. Como intérpretes destacan Francisco Rabal, Ana Belén y Juan Diego. Y en 1977, *Esposa y amante.*

A principios de los ochenta realiza sus dos últimas películas: *Mar brava* (1982) y *El Cid Cabreador* (1983). Entre 1982 y 1991 dirige para Televisión Española seis capítulos para series como *Las Pícaras, La huella del crimen, Vivir cada día, Crónicas urbanas* y *El Marco de la Fama.* En enero de 2005, a recibe el Premio Homenaje de ADIRCE, por su carrera cinematográfica. Aunque éste no es su último premio…

Por lo que respecta al estado de salud actual de Angelino lo podíamos calificar de delicado. Nos contaba, con la mayor normalidad su estancia durante varias semanas en un hospital de Torrevieja, primero; y Madrid, después. La causa de todo ello ha sido la pérdida de su padre en este año con todos los trastornos de viajes, preocupaciones y dolor que ello conlleva. «Todo eso me dejó fatal además de viaje para acá, viaje para allá… Así que le dije a mi sobrino: mañana por la mañana me venís a buscar y me lleváis al hospital [de Torrevieja] porque estoy echo polvo… Y efectivamente, me ingresaron inmediatamente y estuve una semana (…) Y ahora estoy bien, recuperándome… Ya tenía un *sten* puesto de un infarto anterior de hace muchos años… Tengo más problemas de respiración que otra cosa. Pero bueno, ¡que sigo!

II

Por lo que a nosotros *[ISIDORA]* respecta, realizó dos adaptaciones cruciales: *Fortunata y Jacinta* (1970), y *Marianela* (1973). De la primera quisiéramos destacar las palabras de otro director de cine: Mario Camus, quien afirma de la obra de Angelino Fons que fue un trabajo monumental reducir tal obra a un guión de algo más de hora y media…

Tras una semana de mucho frío, agua y nieve, por fin amanece un día radiante. Es febrero, estamos casi a mil metros de altura y el aire es límpido. Los paisajes descubren entre verde y nieve los picos rocosos de la Sierra de Guadarrama.

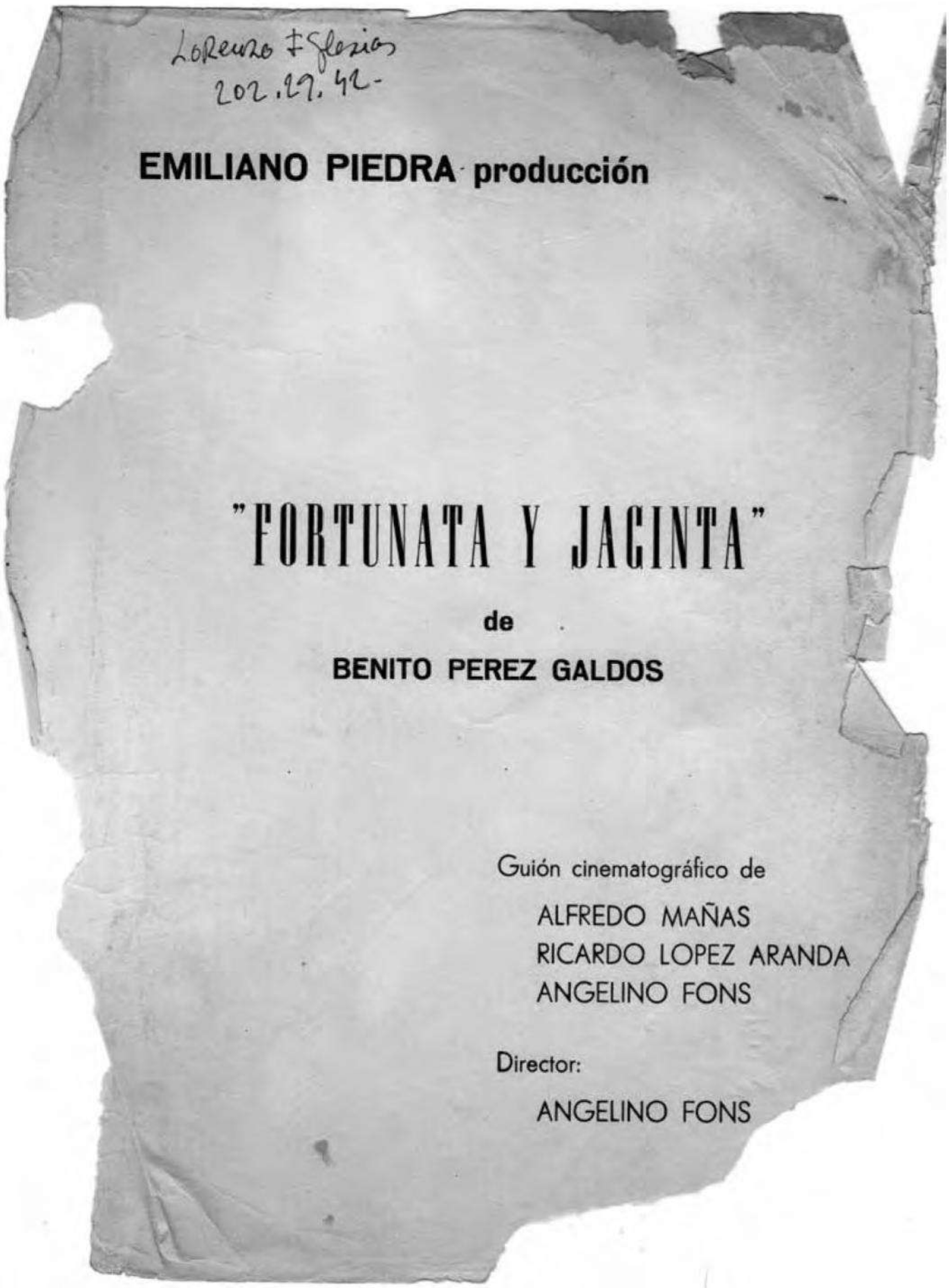
Han pasado ya cuatro años desde que *ISIDORA* entrevistara por primera vez a esta leyenda del cine español, hablamos de Angelino Fons y descubrimos con sorpresa, y cierta vergüenza por su olvido, que en este año 2009 casi se celebra el cincuentenario de la película *Fortunata y Jacinta.*

En esta ocasión Angelino Fons viene a nuestra entrevista con un gran cartapacio bajo el brazo… y es una sorpresa, una gran sorpresa. Pues no, no era una sorpresa, eran muchas: unas entrañables fotografías del rodaje de *Fortunata y Jacinta* y el auténtico y único guión original de la película corregido de su puño y letra. ¡Qué delicia! Página a página sentimos la historia en nuestras manos. Literalmente sentimos la hoja de papel ajado, pero nos sorprendemos también por la pulcritud, orden y esmero de los pocos apuntes que encontramos. Nos dice Fons que creyeron en la estructura del guión de hierro y por eso no hay casi cambios si exceptuamos la supresión de escenas completas por el excesivo metraje.

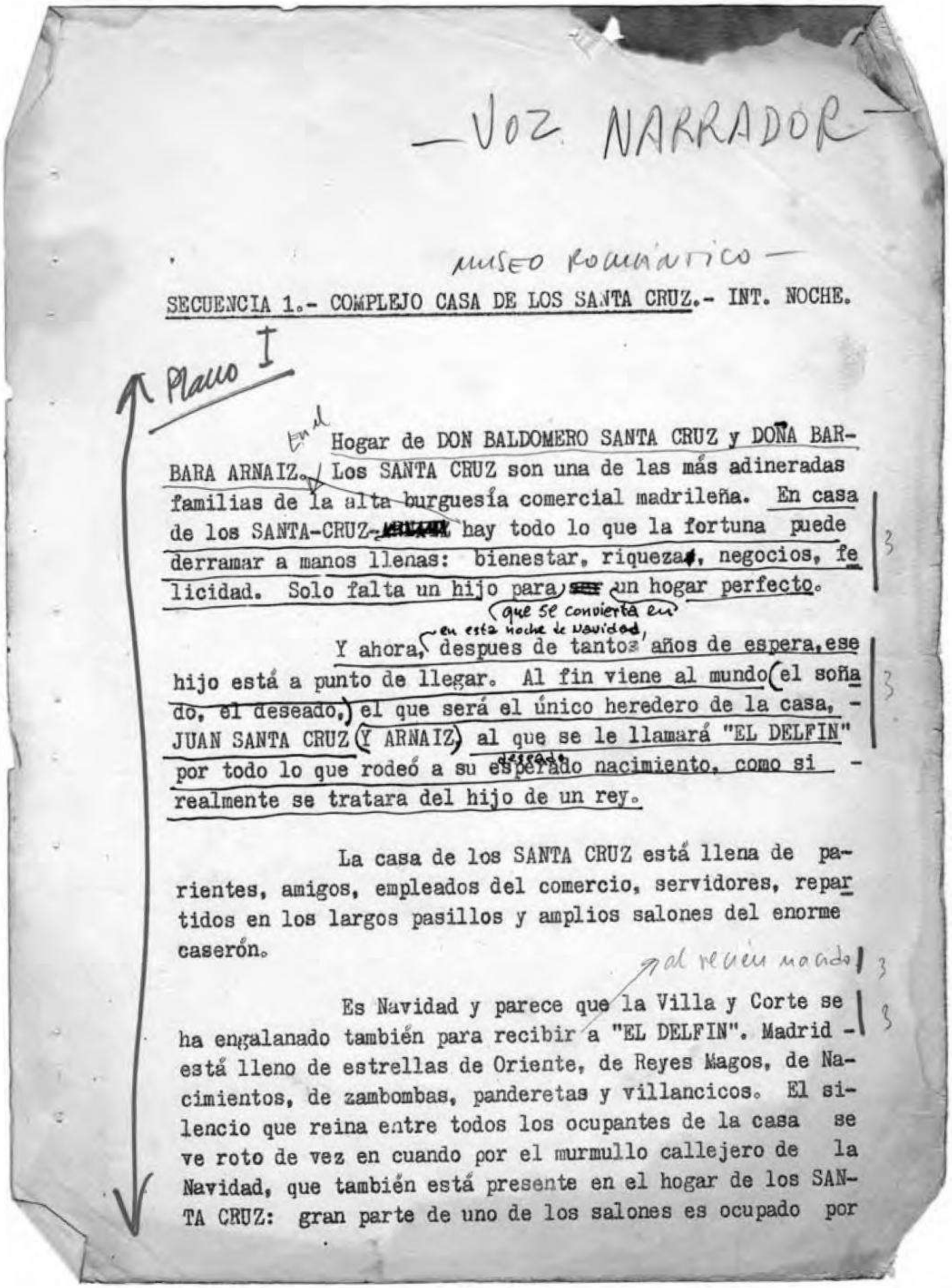
—En esa contemplación del guión que nos invade—: Un tomo con 50 años, con el papel algo ajado, las hojas con leves matices cremosos del blanco original… um, para medio siglo está muy bien cuidado, más allá que conservado.

Pero si el exterior nos llama la atención no lo puede ser menos su factura. Acostumbrados como estamos a ver guiones cinematográficos de todo pelo y condición, no asombra el lápiz rojo de Fons. Poquísimas modificaciones o notas al margen salvo una raya diagonal para indicar plano rodado o dos diagonales en equis para las escenas suprimidas. El director nos explica este particular y añade que debido a que se hizo como un 'guión de hierro' se tardó muchísimo en hacerlo y en esa técnica personal no entraba el uso de las viñetas.

Poco a poco vamos entrando en materia del guión cinematográfico y una de las preguntas que se nos ocurren tiene que ver con el montaje. Al tener que plantear un 'guión de hierro', ¿qué pasa en el montaje cuando toca reducir el tiempo total del filme? Como casi siempre en sus respuestas, Angelino es sencillo, claro y tajante. Nos relata que la fase de montaje no tuvo grandes problemas en la primera estructura. No dio mucho la lata, excepto cuando tocó 're-cortar'. «El caso es que el montador Pablo González del Amo ya tenía un gran cabreo por tanto corte. Hubo que suprimir unos dos minutos con toda la acción del Delfín enfermo una temporada en casa yendo la gente visitarlo y una socorrida 'voz en *off*' explicaba la situación».



Portada del guión



—VOZ NARRADOR—

MUSEO ROMÁNTICO —

SECUENCIA 1.- COMPLEJO CASA DE LOS SANTA CRUZ.- INT. NOCHE.

↑ Plano I

En el Hogar de DON BALDOMERO SANTA CRUZ y DOÑA BARBARA ARNAIZ. Los SANTA CRUZ son una de las más adineradas familias de la alta burguesía comercial madrileña. En casa de los SANTA-CRUZ hay todo lo que la fortuna puede derramar a manos llenas: bienestar, riquezas, negocios, felicidad. Solo falta un hijo para un hogar perfecto. (que se convierta en)

Y ahora, (en esta noche de navidad,) después de tantos años de espera, ese hijo está a punto de llegar. Al fin viene al mundo (el soñado, el deseado,) el que será el único heredero de la casa, - JUAN SANTA CRUZ (Y ARNAIZ,) al que se le llamará "EL DELFIN" por todo lo que rodeó a su esperado (deseado) nacimiento, como si - realmente se tratara del hijo de un rey.

La casa de los SANTA CRUZ está llena de parientes, amigos, empleados del comercio, servidores, repartidos en los largos pasillos y amplios salones del enorme caserón.

Es Navidad y parece que la Villa y Corte se (al recién nacido) ha engalanado también para recibir a "EL DELFIN". Madrid - está lleno de estrellas de Oriente, de Reyes Magos, de Nacimientos, de zambombas, panderetas y villancicos. El silencio que reina entre todos los ocupantes de la casa se ve roto de vez en cuando por el murmullo callejero de la Navidad, que también está presente en el hogar de los SANTA CRUZ: gran parte de uno de los salones es ocupado por

Página de guión con enmiendas

III

Y ahora vamos con la música. La verdad es que no habíamos hablado de ella con detenimiento y, ya que podemos charlar sin prisas con el director de la película, le preguntamos sin más dilación: Angelino, ¿quién te hizo la música? «Fue en italiano, el maestro [Francesco] Lavagnino que era un gran músico…»

A priori creemos que la nacionalidad del compositor ha tenido algo que ver con la coproducción hispano-italiana de la película. Sin embargo, es más que esto. Angelino nos cuenta que la idea de llamar a Lavagnino parte del productor español, Emiliano Piedra, quien ya había trabajado con él en *Campanadas a medianoche* de Orson Welles, en 1965, y había quedado muy contento con su trabajo

Para la banda sonora de *Fortunata y Jacinta,* se viajó a Italia, a Roma, a la casa del compositor, y vimos primero una proyección de la película con él. Ya se le había entregado un guión para que fuera haciendo el tema musical; un tema general, un *leit motiv* que en la película fuimos usando con varias medidas y diferentes arreglos según el tono: dramático, pomposo, etc. No obstante, a Lavagnino se le ocurrió otro *leit motiv* para cuando aparece Delfín. Compuso una especie de silbido que marcaba el tono tarambana, locuelo del personaje. Para cuando nos entrevistamos ya tenía el tema desarrollado sobre los títulos.

Otros detalles que nos cuenta Fons es que estaba muy contento con el trabajo realizado por el compositor. Además nos detalla cómo el registro sonoro se realizó en Roma y cómo Lavagnino «ya era bastante mayor cuando hizo la música». Fons y Lavagnino vuelven a coincidir en otra película, grabando la banda sonora ésta vez en Milán.

Y ahora uno de los secretillos de producción para realizar en aquellos tiempos coproducciones con Italia. —Nos quejamos ahora del sinsentido al que han llegado las diferentes sociedades gestoras de derechos de autor—. En aquel tiempo, a los músicos italianos su sociedad de autores no les pagaba, se quedaban con los derechos de la música al no cobrar del productor cinematográfico como ocurre en la actualidad. Entonces salía bastante bien de precio al productor español.

Para mayor felicidad del compositor, Angelino siempre tuvo claros los bloques donde tenía que ir música. Su forma de trabajo consiste en marcar sobre el propio guión, y mientras lo escribe, esos 'momentos' musicales de la película. Pero aumentando el detalle de esta exposición, el director nos contaba que también ha puesto «música durante el rodaje para acompañar la escena que se estaba rodando, para que los personajes se metieran un poco en ambiente porque iba a ir luego esa música posiblemente. La música, en definitiva, como la película, se termina en montaje».

IV

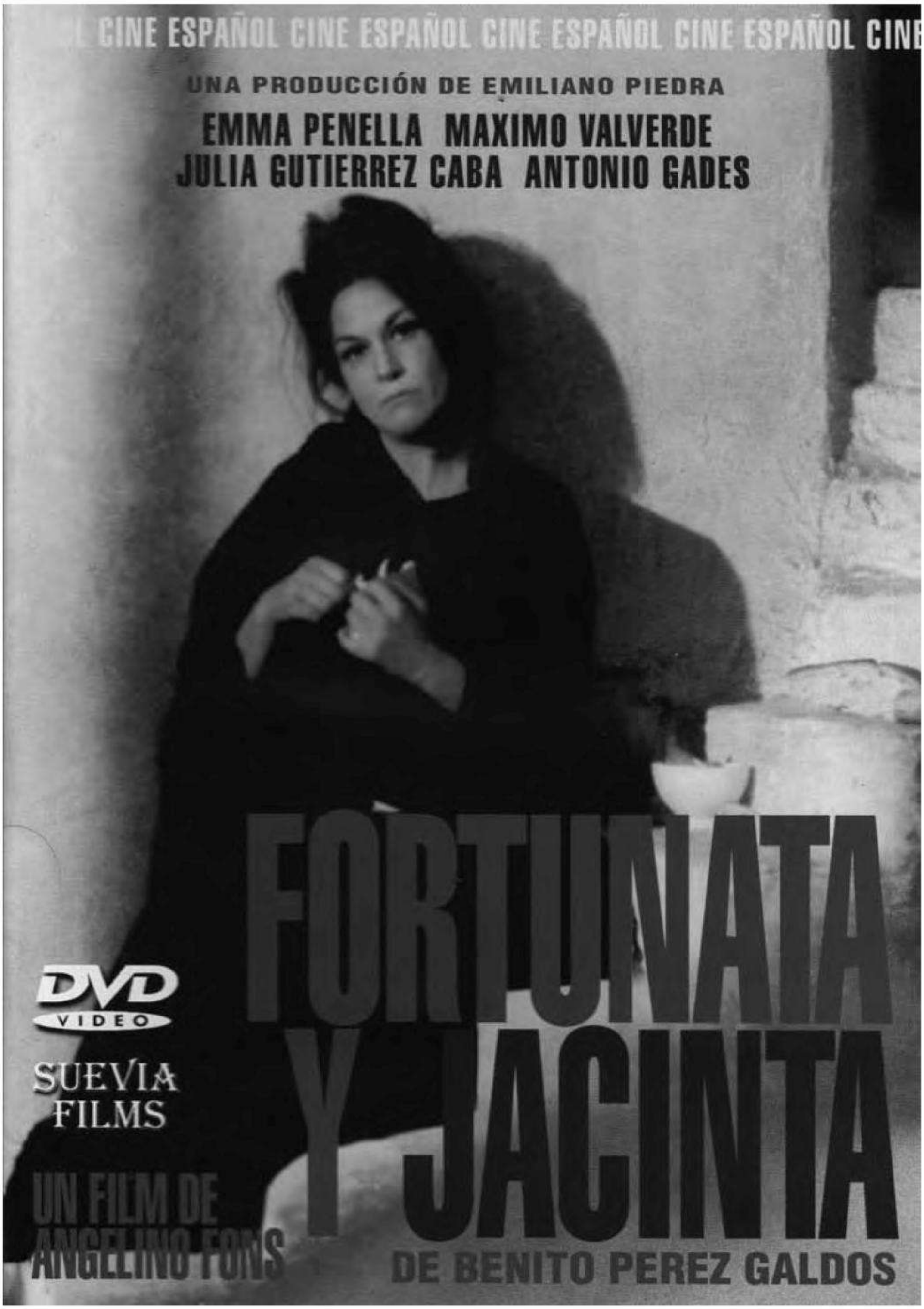
Una idea que nos viene rondando por la cabeza es conocer cómo se ataca la obra de don Benito para el cine y cuáles serían ahora sus diferencias. Si bien el lenguaje cinematográfico ha ido cambiando en el tiempo con estructuras más rápidas y fraccionadas, *Fortunata y Jacinta* sigue siendo una historia de nuestro tiempo. En este sentido, y en opinión de su director, había que hacerla como se ha hecho. No obstante, la voz del productor era inapelable: tienes que hacer la película como la de fulanito o menganito, pero, claro, con otro presupuesto.

La forma más fácil de llevar a cabo un proyecto de esta magnitud parecía ser la de seguir el personaje de Fortunata con todas sus tramas. Pero, claro, pasa por tantas cosas que al final, como el caso del general Feijoo, que tiene mucho, mucho peso, hay que eliminarlo. Y la solución fue narrar la historia a través del personaje de Delfín: Fortunata conoce a Delfín, pierde a Delfín y lo reencuentra ya casado; la relación de las dos casadas. Es decir, que el tronco del guión es Fortunata y la relación con 'el Delfín'.

A *Fortunata y Jacinta* yo pensaba darle otro tono de narrativa, afirma Fons, como esas cosas 'clásicas' (…) y esa planificación de David Linch tan pesada, tan fuerte, o sea, muy cuidada. Pero, en este caso, la película ya partía con un traje medio hecho: Emma Penella tenía que ser Fortunata. Era la imposición del productor. Para el director esto no fue nunca un problema, porque conocía perfectamente el tipo de actriz que era y cómo podría dar perfectamente el personaje aportando dinamismo, creatividad. Vamos, un papel salvaje de Fortunata y al mismo tiempo, una mujer sumisa en momentos de pesimismo de los que no puede salir. Lo único es que físicamente no da el personaje porque Emma ya era un poco mayor.

A este respecto queremos recordar cómo el primer galán contratado, Juan Luis Galiardo, fue despedido tras fuertes desavenencias con Emma Penella y el productor, a la sazón, su marido. Según nos narra Máximo Valverde, poniendo la información en boca de Alfredo Mañas, a Galiardo se le ocurrió decir que Emma era muy mayor para ese personaje y además estaba gorda… Claro que debemos aclarar que el genio de este trío (Galiardo, Piedra, Penella) era pura dinamita. Incluso el cuarteto añadido de Terele Pávez ponía más alegría a la mezcla. Lo que Valverde pensaba cuando Emma tenía algún encontronazo y nos contó era: «¡Por Dios que no se cabrée nunca conmigo!». Aunque en el fondo el principiante siempre la veía con pánico porque pensaba en su marido que era el productor y de cómo se las habían gastado con Galiardo. «Emma era para mí, más que una actriz, una jefa», dice Valverde. Tampoco debemos olvidar que en el rodaje había escenas 'entre amantes'. Es decir, Emma y Máximo en la cama, ante la más que atenta mirada de Piedra. «Yo era un actor que empezaba (…) y Emiliano allí delante me daba mucho respeto».

A todas las personas que hemos ido entrevistando o preguntando por esta película y la relación entre los actores nos han repetido lo mismo. Unos genios con genios muy



Cartel de la película *Fortunata y Jacinta*

fuertes. Y como no hay luz sin sombra, del mismo modo, esta opinión se hace unánime a la hora de catalogar a Angelino Fons: «Era una bellísima persona», dice Valverde. «Le agradecí mucho la paciencia que tuvo conmigo. Nunca me dio una bronca, nunca me puso nervioso ante una escena, nunca me reprochó nada».

Mientras, el director nos va narrando cómo tuvo que acoplar todos los personajes a Emma Penella sin dejar de comentarnos la dificultad del proyecto: «*Fortunata* es muy difícil. No es una novela sencilla».

Cuando nos narra desde su visión actual otra perspectiva de ataque a la obra, nos habla de una versión clásica pero con una narrativa diferente, más dinámica. Por lo visto, ya en su momento lo intentó antes de comenzar la obra con Emiliano. Le habló de una película más clásica, pero el productor no lo veía. *Campanadas a medianoche* sería todo lo contrario: una película de tema clásico original de Shakespeare pero mucho más dinámica en su narrativa. Además —añade Angelino—, ante Orson Welles hay que quitarse el sombrero. Sin dejar de sonreír, nos dice finalmente: «Yo creo que no la haría (…) no la volvería a hacer. Bueno, por contar contaría la historia del general Feijoo que desaparece en la película».

Por lo que respecta al papel de Máximo Rubín, que interpreta Bruno Corazzari, lo califica el director muy positivamente, ya que le gustaba mucho su físico y la edad que representa, pero sin embargo se queja de que le queda demasiado sumiso, con poca fuerza.

Y sigue siendo una curiosidad para nosotros cómo 'aparcó' la Orfesi en esta película. Para su director, hay suficientes razones para su aparición comenzando por la poca disponibilidad de actrices nacionales, la necesidad de otra contraparte en la coproducción hispano-italiana, y la más plausible finalmente: crudas razones económicas de caché.

Máximo Valverde nos revela el ambiente del rodaje más allá de los encontronazos habituales del duo Piedra-Penella. «Como lo que no tenía era ni experiencia como actor ni ningún bagaje de interpretación —no había dado clases con nadie—, me dejaba llevar mucho tanto por Emiliano como por Angelino como por Emma, que a mí me ayudaba mucho. Emma me acogió con mucho cariño. Desde el primer día me cogió con mucho cariño y me ayudó una barbaridad… Entonces, yo le hacía mucho caso tanto a uno como a otro. Y la verdad es que me ayudaron bastante».

Más aún, cuando le pedimos a este actor entonces incipiente los detalles del rodaje de este peculiar trío: una actriz, un torero y una trapecista. Nos ofrece unas deliciosas pinceladas: «Esa unión, ese vínculo que hubo ocurrió desde el primer momento. (…) El hecho de empezar, tan joven, tan inexperto… Eso hacía que todo el mundo tratara de protegerme. Si salía algo mal, me decían: no te preocupes. Quizás si hubiera sido un actor más profesional a lo mejor hubieran sido más exigentes. Pero conmigo cualquier fallo cualquier cosa —que tuve muchos lógicamente— me ayudaban para que mejorara. Por parte de Emma había un 'proteccionismo' que a mí me sirvió mucho. Por parte de la italiana: desde el primer momento nos compenetramos muy bien,

nos hicimos muy amigos. Ella venía del mundo del circo, pero también era actriz. Había trabajado en otras películas, había hecho otras cosas y tenía una cierta admiración por mí como torero. El hecho de saber que yo había sido torero le daba ella un valor. En el circo, la parcela suya eran las fieras, y entonces, el verme a mí como dominador de un toro, hacía que me preguntara muchas cosas sobre el toro. Hubo una amistad muy grande, hubo una gran camaradería.

Y viendo una foto-fija; es decir, una foto de rodaje en compañía de Fons donde se aprecia un bailaor… El director nos comenta que esa fue otra 'pequeña' imposición del productor. Hubo que montar una secuencia que no tenía mucha explicación ni juego, la de 'los Caracolitos', donde Antonio Gades plasmaba una bella coreografía pensando quizás que así se vendería mejor la película fuera de nuestras fronteras. El recorte de esta secuencia no era negociable, por lo que otras tuvieron que ser despegadas del copión.

Otro personaje del cual nunca se ha hablado, quizás porque pertenece a los técnicos, es el del ayudante de producción, el mexicano de musical apellido Pérez Puente. Si ya en la entrevista anterior hablamos de las vicisitudes del operador de cámara, en esta ocasión queremos brindar un pequeño homenaje a este personaje casi anónimo.

Nos contaba Fons que este ayudante lo trajo directamente Emiliano Piedra porque ya habían trabajado juntos en las coproducciones americanas de los desaparecidos Estudios Bronston. Diariamente iba pertrechado con una especie de maletín gigante de madera, con un asa. Este 'maletín' se abría y se soportaba en unas patitas que también salían de dentro. Sobre esa mesa improvisada aparecía el Plan de Rodaje, eficaz herramienta para los productores donde planifican y ven reflejadas sus necesidades diarias, semanales, etc. El sistema de Pérez Puente traía unos carriles por los que se desplazaban diferentes tiritas de colores según estuvieran pendientes o se hubieran realizado las tomas.

V

«De todas las cosas que yo he hecho, cine, teatro, televisión… De todas las cosas, lo que más me gusta es el cine». (Máximo Valverde).

Ésta es una pequeña biografía relatada por el propio Máximo Valverde, quien nos narra tranquilamente a partir del recuerdo y la impronta que en él dejó *Fortunata y Jacinta*.

La historia podía comenzar diciendo algo así: Rondaban mediados de los 60 y un torerillo sevillano deja las leyes para venirse 'a la capital' a probar suerte con los toros… y con lo que venga.

Para comenzar, su padre desaprobó completamente que dejara la carrera judicial por algo tan etéreo como 'el arte del toreo'. Y más aún cuando su método de subsistencia englobaba el 'mundo de los artistas'.

Sin llegar a desgarrarse, el actor cuenta amargamente cómo él venía del mundo del toro, un mundo muy difícil, donde era un torerito que quería empezar. Donde todo eran dificultades, donde no ganaba un duro y lo único que tenía eran porrazos y problemas. Tenía que dormir donde podía. Cogía un tren sin poder pagarlo y donde te tenías que meter con los cerdos… Era otro mundo, un mundo de pobreza y de sacrificio y de lucha tremenda. «De ahí a verte de pronto, en triunfo, halagado, admirado, y todo el mundo abriéndote las puertas, era un cambio bestial».

No obstante, Máximo comienza siempre agradeciendo las horas dedicadas en la Facultad de Sevilla a estudiar Derecho, puesto que eso le ayudó a aprender los guiones de publicidad primero, cine, y teatro después. Según sus propias palabras, «venía de estudiar Derecho y tenía una cierta retentiva y mi memoria estaba un poco trabajada y eso me ayudó mucho. Aunque también es verdad que yo tenía facilidad para memorizar los guiones, porque me gustaban. Yo me lo tomé desde el primer momento con una ilusión tremenda».

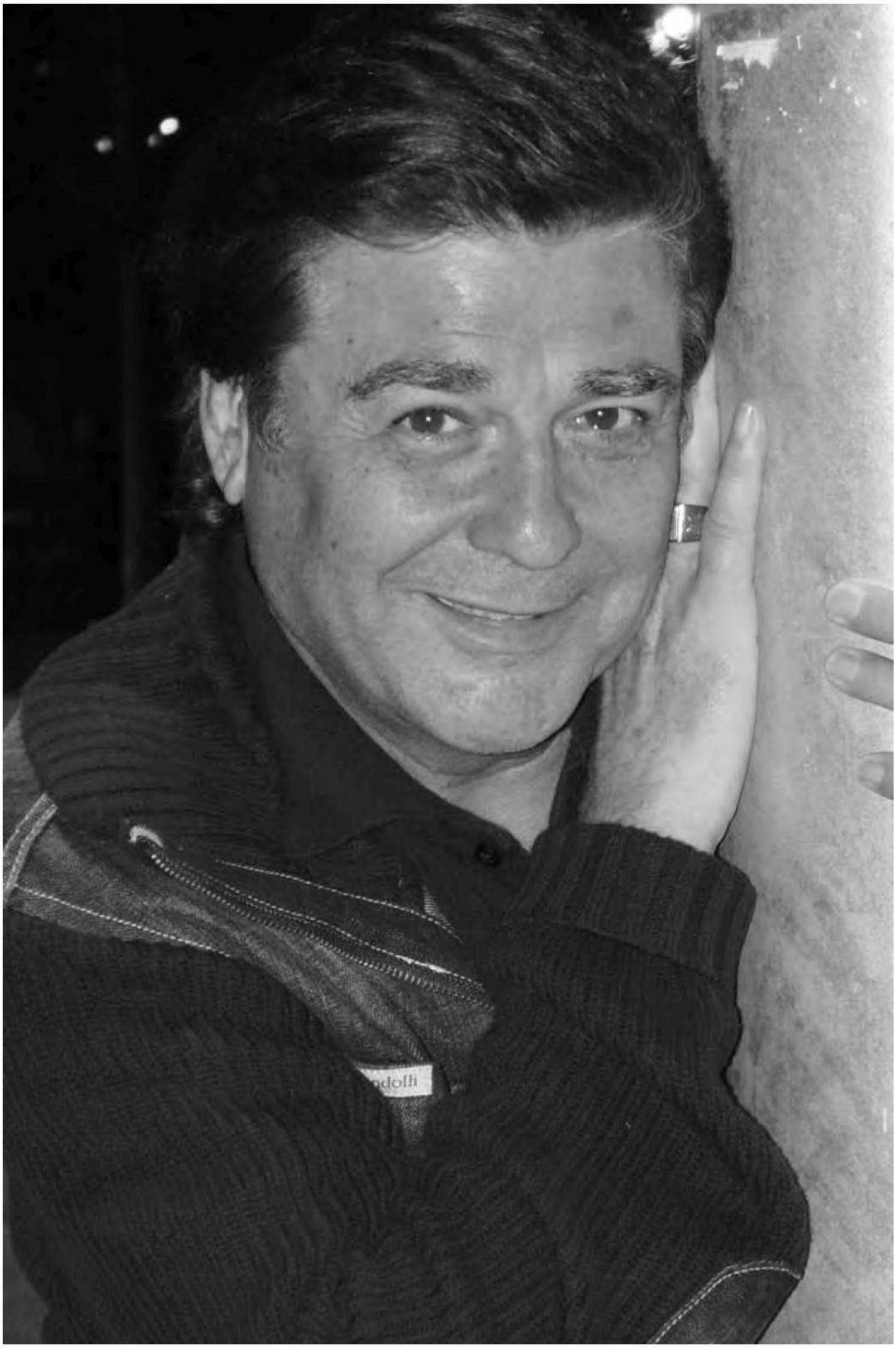
Pero las primeras horas en la capital fueron duras, y esas situaciones hacen que se aguce el ingenio. Así nos relata sus primeras pruebas de imagen con resultados catastróficos: «Cuando hacía publicidad, yo llegaba a los sitios y no me elegían nunca. Yo era alto, delgado, guapito y cuando había un *casting* de esos se presentaban 40 o 50 personas y a mí no me elegían».

Yo era uno más —nos narraba el actor—. ¿Y qué hice? Pues me planteé hacer algo distinto de los demás. (…) Hice un giro para aquella época en la que todos iba bien pulcros, con sus trajes de chaqueta y su corbata: yo iba en camiseta, un pantalón vaquero, muy desaliñado, un jersey de pobrecito que no se arrugaba y yo le arrugaba antes de llegar. Y cuando decían: el siguiente… Yo entraba allí muy humilde con un 'hola, buenas tardes'. Y por el aspecto, ya me miraban raro. —¿Usted no tiene fotos? Me decían. —Sí, sí. Espere usted—. Yo metía la mano en el bolsillo y sacaba un sobre ya amarillo lleno de fotos de carné, haciendo la mili… ¡Pero eran todas fotos escogidas! Nos dice pícaramente Valverde.

Todas eran fotos de 'fotomatón', pero donde yo estaba guapísimo y entre medias de todas esas fotos había dos que eran la clave. Por una parte, llevaba un montón de fotos con mi hermana, con un perro, grandes, chicas… y una de un patio de cuadrillas donde yo estaba al fondo. Claro, se me quedaban así mirando y preguntaban: ¿tú eres torero? Sí, sí. Yo soy torero. ¿Pero esto no es de ningún anuncio o de algo? No, no. Yo soy torero, de verdad.

Entonces seguían pasando otras dos más y la tercera era otra clave, era una foto impresionante. Se veía un efecto óptico donde yo estoy en el aire y el toro parece que me está pegando una cornada en el corazón. Con una cara de pánico intentando quitarme el toro de encima.

Se veía perfectamente que el de la foto era yo. Y cuando veían esa foto decían: ¡joder! Y empezaban a pasarse la foto… y ya preguntaban: ¿oye no te ha pasado nada?



Máximo Valverde durante la entrevista

Yo les explicaba el efecto óptico y aprovechaba para quitarme la camisa con la excusa de que no había ciacatriz —venía muy bien preparado físicamente—. Les metía un cuento de que había toreado porque tenía ocho hermanitos, que yo era el mayor de ellos… Vamos, ¡un actor! Les decía que tenía que darles a todos de comer, a mi padre lo metía, pobrecito, en un asilo.

Así que cuando terminaba los *castings* lo primero que les pasaba es que les daba mucha pena, pero luego decían: ¿os habéis fijado qué retratos tiene? Con las fotos tan malas que tiene y lo bien que retrata… Y así empecé a llevarme todos, al contrario que me pasaba al principio. Llegué a tener 7 u 8 anuncios a la vez en la televisión.

Todas estas cosas las hacía pensando en torear. Yo iba todos los días a la Casa de Campo a entrenar y cada vez que tenía un día de *casting* era un día que me quitaban de entrenamiento. Mi obsesión era torear. Estas cosas yo las hacía para tener dinero y poder subsistir.

Así que podemos decir sin lugar a equivocarnos que la pantalla cambió la vida de este 'torerillo', como a él le gusta recordar que le llamaban. Pero de la llegada a galán desde el anonimato de Máximo Valverde no parece que entienda muy bien. Todos hemos oído, y ya hemos reseñado al principio, cómo los problemas entre Galiardo y Piedra desembocan en el despido y búsqueda de un sustituto. Pero ese paso de la despedida, búsqueda y encuentro de un nuevo actor no ha quedado nunca muy claro, máxime cuando no se saben bien las razones de la elección de un desconocido, de un 'torerillo'. Así que nos ponemos manos a la obra para que el protagonista de la historia nos cuente de primera mano ese milagro: «Yo estaba haciendo una película donde estaba el guionista Alfredo Mañas, que era muy aficionado a los toros. Y no sé cómo, en un descanso empezamos a hablar allí de toros cuando pasa todo esto con Juan Luis Galiardo. Me entero entonces de que iban a hacer un *casting*, y me llamó la atención de que fueran a buscar a alguien desconocido… Yo le digo a Alfredo: ¿me puedo presentar en el *casting?* Y Alfredo se ríe. Me dice, ¿y tú por qué quieres hacer un *casting?* Pues, hombre —le digo—, si aquí como extra gano unas pesetillas, si me dan el protagonista voy a ganar mucho más. ¡Que tengo que torear y así me puedo comprar muletas y capotes… Pero no se ría usted, dígame si me puedo hacer el *casting* o no. Pues claro, ¿cómo no lo vas a poder hacer? —me responde—. —¿Me puedes ayudar? —¿Cómo te voy a ayudar? No te puedo ayudar, si eso tiene que ser… —Nada más quiero que me ayudes en una cosa…».

«Todo eso se hacía en los desaparecidos estudios de Cine Arte, ahí estaba toda la gente para hacer el *casting*. Todos muy guapos, muy bien vestidos… Entonces yo le pregunto a Mañas: ¿A qué hora cortan esto? —A la hora de comer. Hay una hora que es la hora de comer de dos y media a tres y media».

«El favor que quiero que usted me haga es que coja estas 700 pesetas (todo mi capital), e invite usted a todas las mujeres que vea en el estudio: A la sastra, a la maquilladora, a la peluquera, a la limpiadora, a la del bar, etc. Como Mañas me había pedi-

do una foto para las pruebas, aproveché y le dije: coja usted esta foto y a todas las mujeres que invite les dice que soy el torerillo de la foto y la invito a tomar lo que quiera. Usted haga eso, que yo vuelvo después de la hora de comer».

«Me fui y volví vestido igual que en la foto, que yo la conservo todavía. Con la corbata de lunares puesta, el traje azul, la camisa... Y ¿qué pasó? Que a la hora en que yo llegué todas esas mujeres se levantaron a darme las gracias. Una me dio un beso, otra me decía que era más guapo que en la foto. Total, que allí se montó un revuelo con todas las mujeres que estaban comiendo en las mesas. Al fondo de todos estaba Emiliano, estaba Angelino, estaba Emma, estaban todos los actores y Emiliano que era muy listo dijo: aquí hay treinta tíos y nadie se ha fijado en ninguno ¿quién es ése que ha formado un revuelo con todas las mujeres? Y Alfredo Mañas le dijo: el 'torerillo' ése que yo he recomendado; a lo que Emiliano le contestó: que venga para acá, que yo lo quiero conocer. ¡Hay que ver la que ha formado con todas las mujeres!».

«Yo sabía perfectamente lo que había pasado con Juan Luis [Galiardo], me lo había contado a mí Alfredo Mañas. Total, que llegué hasta allí, me presento ante todo el mundo: Angelino, Emiliano, y me presentan a Emma. Entonces yo empecé a decirle que era guapísima y que no podía haber otra Fortunata como ella. —Le dije: Yo me he leído la novela y Fortuna es usted. Pero qué guapa y qué delgada. Todo lo que le había dicho el otro [Galiardo], yo al revés, echándole piropos. Y ella se reía y le decía a Angelino: mira, mira».

«¡Siéntate aquí!, me dijo Emiliano. Sientate aquí con nosotros. Y ya empecé yo a contarles... Total que les caí muy bien. Inmediatamente dijo Emiliano: que sea el primero al que le hagan las pruebas esta tarde. Así que me hicieron las pruebas y les convencí . Y ésta es la historia de cómo Emiliano tuvo interés por mí. Porque yo me había ganado a las mujeres».

Lo que queda claro de toda esta historia es que *Fortunata y Jacinta* marcó un antes y un después en la vida personal y profesional de Máximo Valverde. Mientras que se rodaba la película, él no sabía si aquello iba a triunfar, si él, como actor, iba a ser un fracaso. Lo que sí es verdad porque lo confiesa Valverde es que se lo tomó «con muchas ganas, de manera muy profesional».

«Yo soy una persona muy intuitiva —nos dice—, y eso fue lo que más me ayudó. Ellos me lo preparaban y yo decía: a ver ahora qué es lo que saco de mí para hacer el personaje. El personaje era 'también' un señorito —no andaluz que era madrileño—. De alguna manera yo también era un señorito andaluz y me ayudó mucho, me identificaba mucho con Juanito Santa Cruz. Eso de tener una mujer y ligarse a otra. No sé, lo veía como muy yo».

«Angelino nos hacía unas reuniones y nos decía: mira yo quiero esto y yo quiero lo otro. Y entre todos hubo una gran camaradería, una gran unión; más con Emma que con la italiana... (...) Los italianos, ellos hacían una especie de clan a la hora de cenar

(Corazzari, el operador de cámara Aldo Tonti y la Orfei). Yo me iba con Emma, con Angelino, con Emiliano, que me protegía mucho y se hizo gran amigo mío. Entonces eran como dos especies de clanes. Pero cuando teníamos que rodar, entonces estábamos muy unidos». Os diré más: rodaba más a gusto con Liana que con Emma, porque su marido era el productor, era una mujer muy conocida en España, me daba mucho respeto. Las escenas que tenía que hacer con la italiana me parecían más fáciles porque parecía que tenía menos responsabilidad».

Y hablando de Angelino, cita éste una anécdota sobre tus andares toreros. «Bueno, Emiliano me dijo un día: tú tienes andares de torero. Y yo le decía: ¿cómo quieres que ande? Emiliano respondía con un no sé, anda más… sé más suelto. Y yo le contestaba: yo me veo andando en la película y me veo bien, y él me decía: vas dando como saltitos, una cosa muy rara. —Yo no le entendía muy bien. Y entre todos los defectos que me podía tener dada mi inexperiencia aquello me llamaba la atención: que a él le llamara la atención eso.

Aún hoy, para Valverde la película *Fortunata y Jacinta* «sigue siendo una película muy buena». Imaginad si fue importante para mí, nos cuenta, que *Fortunata y Jacinta* me cambió la vida. Date cuenta que yo no tenía experiencia ninguna. Me cogieron sentado en una mesa donde era un bulto para pasar a ser protagonista. No había dado clase de interpretación ninguna. No se me había pasado por la cabeza ser actor. Lo que pasa después está claro: se estrena *Fortunata y Jacinta*, la película es un éxito, triunfa, con muy buenas críticas para mí. Y a partir de ahí empezaron a llamarme los productores para hacer más cine».

«Desde que hice Fortunata, en el año 70 hice otras dos más, en el año 71 hice cuatro, en el año 72 hice otras 5. Fueron todas seguidas. Terminaba una y empezaba otra… No tenía tiempo de ir a una escuela, ni de ir a un sitio. Yo tenía que aprender sobre la marcha. Cuando no sabía, cuando no estaba preparado, cuando no tenía base, me llamaban para hacer muchas películas. Luego cuando yo he aprendido, donde se aprende de verdad que es en el teatro, entonces nada».

«Me acuerdo perfectamente de ella. Quizás porque fue la primera. De todas las películas que he hecho en unas me lo he pasado mejor en otras peor, pero ésta es la que más quiero. No sólo por ser la primera, sino por el proteccionismo que tuve allí, cómo me cuidaron, cómo me mimaron todos. Y sobre todo que cuando las cosas ocurren por primera vez te llaman mucho más la atención. Yo era un ser totalmente anónimo y cada dos por tres, entrevistas, fotos, salir en una revista en otra. Para mí era una novedad. El hecho de que te cuidaban. Que te mandaban a casa a recogerte con en chófer, que te traían. Ya la siguientes veces era repetición de todo eso».

Después de eso me planteaba el mundo del toro como algo más lejano y abandoné los toros. Lo que pasa es que nunca lo abandoné del todo. Porque había años en que decía: Son incompatibles. Si tú estás rodando una película, no te podías ir a torear, por-

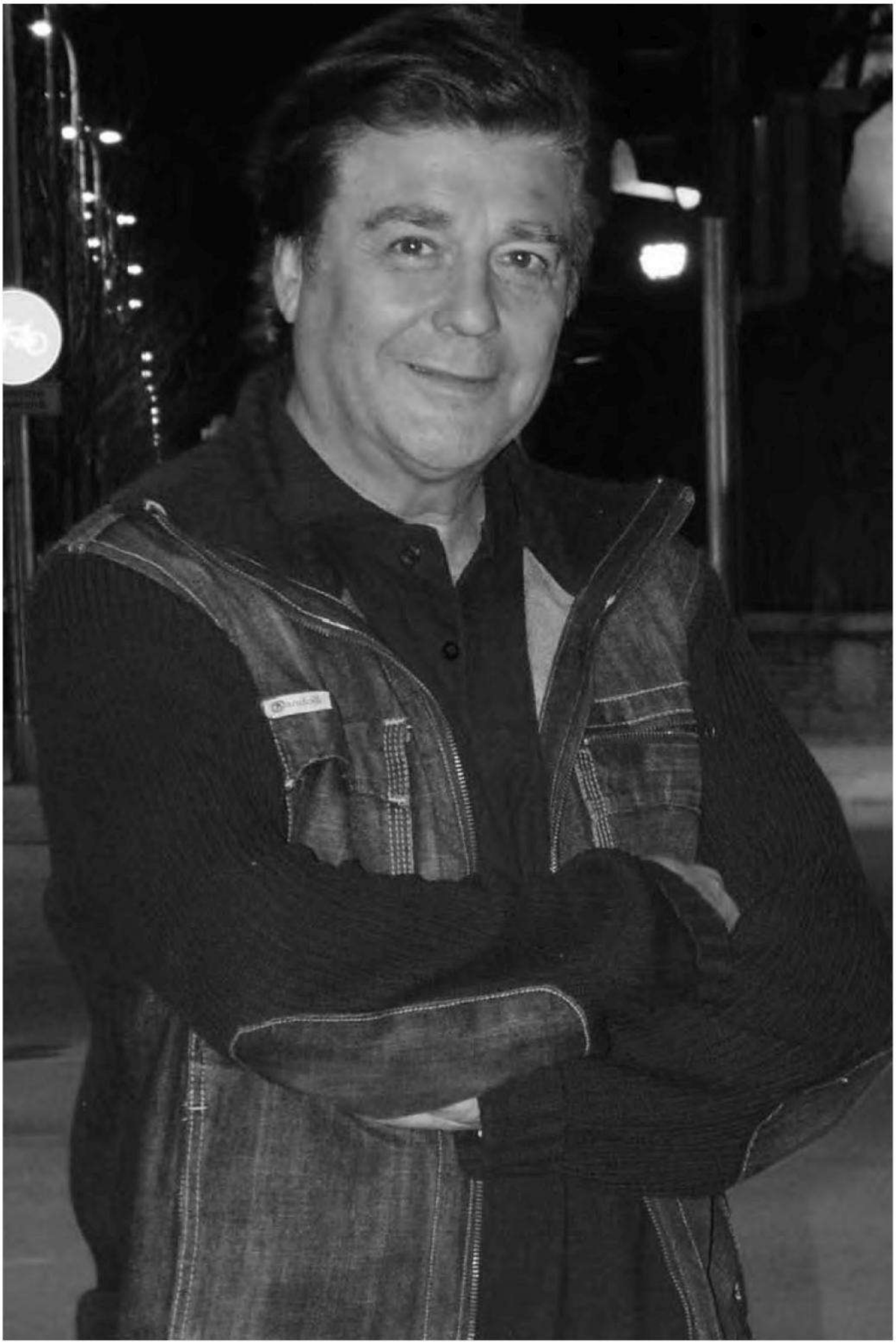
que te pasa algo y mira la ruina, no que buscas tú, sino que le buscas al productor y a todos tus compañeros; entonces yo era consciente en ese sentido.

Recapacitando sobre los momentos de esplendor de su carrera cinematográfica, que no de esplendor como actor, se queja del momento cinematográfico que le tocó vivir. Era una época muy mala, que fue la época del destape, y eso también le hizo mucho daño —dice—, ya que era uno de los galanes que había en el país y le contrataban para todas las películas. Lo único que importaba ahí eran las que se destapaban: la Cantudo, Carmen Sevilla, Concha Velasco. Hubo una serie de personas que nos dejamos arrastrar por ahí porque, entre otras cosas, era que si no hacías eso no había otro tipo de cine. Luego, hubo gente como Juan Luis Galiardo que fue muy listo y se marchó a México, y cuando volvió ya se había pasado la moda. Entonces entró en el cine en otro tipo de películas. Sin embargo, «yo me quemé haciendo ese tipo de películas. Y me tuve que meter en el mundo del teatro, y en el año 80 o por ahí han sido cosas de teatro o de televisión».

«Mi relación final con Emiliano Piedra fue excelente, me ha dejado un gran recuerdo. Era un tío con un carácter y con una personalidad tremendos. Y fuimos amigos personales. Cuando terminamos la película me cogió un representante, que era Daniel Rabal, el hermano del actor. Y éste me firmó un montón de películas. De hecho, Emiliano me volvió a llamar, pero ya estaba comprometido».

«Una vez comenté algo sobre *Fortunata y Jacinta* que a Emiliano no le gustó, aunque después de que se lo explicara lo comprendió. —Veamos: Cuando me preguntaron qué había significado *Fortunata y Jacinta,* yo dije que fue lo que me ayudó a ser conocido en el panorama cinematográfico español. Pero por otra parte me perjudicó porque yo no tenía base como actor para comenzar de protagonista. Debería haber empezado como todos los actores: poquito a poco, cogiendo bagaje… Pero a mí me dieron todo, lo máximo, el protagonista. Y un día me llamó Emiliano enfadado, con ese carácter que él tenía, y me preguntó cómo podía haber dicho eso. Yo le hice entender que siempre que me llamaban después de esa película lo hacían para papeles de protagonista y no me dejaban tiempo de estudiar, de perfeccionar la dicción, de hacer doblaje, etc. Y lo comprendió, claro… Luego me llamó para hacer *El Quijote* (1973)»

«La segunda película que hice —creo— fue con Alfredo Landa *El diablo cojuelo* (1971) y con Teresa Velázquez. Y luego hice una con Rocío Jurado, *Una chica casi decente* (1971). Pero fíjate —nos cuenta alrededor de un vaso de cola—, todo era trabajar con personas con las que yo tenía admiración. La Jurado para mí era una actriz, una cantante maravillosa, y de pronto, me veo haciendo una película con ella y besándonos, y abrazándonos y queriéndonos… Yo estaba como alucinado con todo esto. Y con Ana Belén en *Españolas en París* (1971). Bueno, Ana Belén no era conocida para mí, pero sin embargo si eran conocidos José Luis López Vázquez, Pepe Sacristán, Alfredo Landa, Laura Valenzuela, que la veía todos los días en la tele… Sin



Máximo Valverde durante la entrevista

embargo, nunca, la sensación fue tan buena y el cambio tan brusco en mi vida como el que tuve fue en *Fortunata*».

La última pregunta para completar esta historia: Máximo: en todos estos años ya de dilatada carrera, ¿te han llamado para hacer algún cortometraje? «No, fíjate. Hice uno con Eduardo Campoy, el dueño de la Productora Cartel. Y lo hice cuando yo estaba en pleno apogeo. *N.º 1 en USA* se llamaba el corto, duraba tres minutos, y yo se lo rodé gratuito, y sin cobrar nada, como se hacen estas cosas… Y luego este señor ha hecho largos, pero nunca me llamó. ¡Son cosas que pasan!

Y para terminar, una dedicatoria casi involuntaria de Máximo Valverde para su director Angelino Fons: «Angelino fue un gran director para mí. Y me gustaba el talante que tenía. Nunca se cabreaba, daba mucha paz». Así que paz y guerra en una deliciosa película de época. Aunque más deliciosa aún nos parece *Marianela* (1973), cuyo guión también reproducimos a continuación. Otra joyita de Fons que mantendremos a buen recaudo.

© 2009, J. C. Carrazón

Benito Pérez

Galdós

La Déshéritée

Traduction de Daniel Gautier

ISIDORA
Ediciones

FORTUNATA Y JACINTA

BENITO PÉREZ GALDÓS

Emiliano Piedra Producción
Guión cinematográfico: Alfredo Mañas y Angelino Fons
Director: Angelino Fons

FORTUNATA Y JACINTA

Voz Narrador.

Secuencia 1.–Complejo Casa de los Santa Cruz.–Int. Noche

Plano 1

Hogar de don Baldomero Santa Cruz y doña Bárbara Arnáiz. Los Santa Cruz son una de las más adineradas familias de la alta burguesía comercial madrileña. En casa de los Santa Cruz hay todo lo que la fortuna puede derramar a manos llenas: bienestar, riquezas, negocios, felicidad. Solo falta un hijo para [que[1] se convierta] en un hogar perfecto.

Y ahora [en esta noche de Navidad] después de tantos años de espera, ese hijo está a punto de llegar. Al fin viene al mundo (el soñado, el deseado) el que será el único heredero de la casa, Juan Santa Cruz y Arnáiz, al que se llamará «El Delfín» por todo lo que rodeó a su esperado [deseado] nacimiento, como si realmente se tratara del hijo de un rey.

La casa de los Santa Cruz está llena de parientes, amigos, empleados del comercio, servidores, repartidos en los largos pasillos y amplios salones del enorme caserón.

Es Navidad y parece que la Villa y Corte se ha engalanado también para recibir a «El Delfín». Madrid está lleno de estrellas de Oriente, de Reyes Magos, de nacimientos, de zambombas, panderetas y villancicos. El silencio que reina entre todos los ocu-

[1] [xxx] añadidos del Director.

pantes de la casa se ve roto de vez en cuando por el murmullo callejero de la Navidad, que también está presente en el hogar de los Santa Cruz: gran parte de uno de los salones es ocupado por un lujoso Belén.

Cruza entre la gente una Doncella, llevando en las manos una jofaina con agua humeante. Isabel Cordero, cuñada del matrimonio Santa Cruz, le abre la puerta que hay al fondo del pasillo y las dos desaparecen en el dormitorio. En el pasillo quedan don Baldomero, el futuro padre, Arnáiz, marido de Isabel Cordero, y el viejo servidor de la casa, Estupiñá.

A través de la puerta cerrada se oye un grito y luego el llanto de un niño. Amigos, parientes, servidores, todos se aglomeran frente a la puerta. El silencio se ha roto. Alguno, se ha atrevido a batir una pandereta o a frotar una zambomba. Sale el médico del dormitorio, consulta el reloj de bolsillo, y mira con ironía a todos los que esperan sus palabras. Al hablar, se dirige a don Baldomero.

MÉDICO.– Por esta vez, el Mesías ha nacido con unos minutos de retraso…

DON BALDOMERO (habla casi con miedo).– ¿Un niño…?

El médico asiente con la cabeza y el padre entra en el dormitorio. El bullicio [navideño] de la calle parece que se les ha contagiado a los ocupantes de la casa. Tan solo Estupiñá tiene una actitud diferente. [Plácido Estupiñá] se arrodilla y dice con fervor: el Señor sea alabado. Ha llegado «el Delfín».

Pero más parece que haya llegado el [propio] Mesías, como dijo el médico, por la algarabía de canciones que de pronto han comenzado a entonar algunos criados, sonando zambombas y panderetas alrededor del Belén[2].

Voz narrador.–M. romántico.

Plano 2

Secuencia 2.–Complejo Casa de los Santa Cruz.–Int. Día.

El niño que nació en la Navidad de 1845 tiene ahora cinco años. Lo bautizaron con el nombre de Juan, pero casi todos le llaman «el Delfín», como dijera el día de su nacimiento el viejo y fiel servidor de la casa, Estupiñá, que ahora se ha convertido en su ayo.

En estos momentos, el viejo juega con «el Delfín». Éste ha hecho que Estupiñá se esconda en un lugar bastante incómodo, acurrucado en un rincón tras un enorme butacón. Juan, oculto por un armario, se ríe de ver la posición de su ayo. Conteniendo la risa, le grita: Juan, Plácido, sal. Has ganado tú. ¿Dónde te has escondido?

---

[2] Plano 1.

Plano 3

Plácido Estupiñá parece más feliz que el niño. Él también quiere contener la risa, tapándose los labios con una mano.

Comienza a oírse una pequeña algarabía de voces infantiles. Estupiñá sale con dificultad de detrás del sillón y se acerca al niño.

ESTUPIÑÁ.– Aquí llega tu prima, Delfín. Ya tienes una hermana. Ahora ya no querrás jugar conmigo…

«El Delfín» coge a su ayo de la mano y salen los dos al encuentro de sus primas, entre las que destaca Jacinta, mejor vestida y arreglada que las otras cinco. Van acompañadas de su madre, Isabel Cordero, y de doña Bárbara, madre de Juan. Éste las sigue hasta la habitación en donde han desparecido todas, una habitación llena de primorosas cortinas y encajes almidonados.

Plano 4

DOÑA ISABEL.– Qué, Jacinta, ¿te gusta la habitación donde vas a dormir con tu primo?

Jacinta contesta sin levantar los ojos del suelo.

JACINTA.– Si mamá, mucho.

Doña Isabel, como una clueca rodeada de sus polluelos, intenta justificar el favor al poder deshacerse de una de sus hijas:

DOÑA ISABEL.– No está bien que un niño crezca solo.

Doña Bárbara sigue hablando sin hacer caso a las palabras de su cuñada:

Doña Bárbara no contesta esta vez. Se abraza a su tía. Las dos cuñadas están a punto de llorar. (Al otro lado de la puerta vemos la cara de «El Delfín», riéndose de la escena. Tras él, Estupiñá, con rostro resplandeciente. La única que ha visto a Juan es Jacinta, que lo mira con los ojos muy abiertos, aún abrazada a su tía.)[3]

M. romántico.

Secuencia 3.–Complejo Casa de los Santa Cruz. Dormitorio Juan y Jacinta. Int. noche

Plano 5

A medianoche, los padres de «El Delfín», llegan de puntillas hasta la habitación en donde duermen Juan y Jacinta.

Tienen que sortear varios juguetes para llegar junto a las cunas paralelas. Don Baldomero levanta con suavidad el tul blanco que las cubre y su mujer se inclina sobre los dos niños.

---

[3] {xxx}Subrayados

Máximo Valverde (el Delfín) y Liana Orfey (Jacinta)

Grabación en exteriores: el Delfín con Fortunata

Fuerte disputa entre Jacinta y Fortunata, esta última acusa a su «enemiga» de esterilidad

DOÑA BÁRBARA.– Míralos cómo duermen. ¿No son dos ángeles?

DON BALDOMERO.– No he visto nunca ángeles, pero así deben ser.

Doña Bárbara acaricia tenuemente la mano que su sobrina tiene fuera de la sábana.

DOÑA BÁRBARA.– O Dios no es tan bueno como yo creo, o me ha de ayudar a pasar esta pareja de ángeles desde la cuna al tálamo.

Su marido la mira sorprendido. Evidentemente, no se le había ocurrido esa idea.

DON BALDOMERO.– No te precipites, hija. Primero, que crezcan. Que el chico la corra, que se espabile. Y si luego se quieren, pues que se casen. No vayamos a hacer lo mismo que hicieron con nosotros, que nos casaron como a los gatos.

Doña Bárbara no recibe con buena cara las palabras de su marido. Baja el tul y cubre las cunas.

DOÑA BÁRBARA.– Los matrimonios de gatos son los que dan buen resultado. Si tu y yo nos hubiésemos casado por amor, a lo mejor a estas horas estábamos el uno harto del otro. Nada, nada: de la cuna al tálamo.

DON BALDOMERO.– Boda y mortaja del cielo bajan.

Salen de la habitación. (En la penumbra se adivinan las blancas cunas paralelas de los «recién casados»).

Calle del Cordón ¿Voz Narrador?

Secuencia 4.–Calle de Madrid.–Ext. Día

Plano 6

Estupiñá lleva de la mano a «el Delfín». Van al colegio. Es por la mañana.

El niño va vestido con el uniforme del colegio, un uniforme muy historiado, con cintas, gorra, capa y guantes. «El Delfín» se ríe a carcajadas mirando la cara que pone Estupiñá, porque el viejo va vestido con el mismo uniforme que lleva el pequeño.

ESTUPIÑÁ.– Si mi señora doña Bárbara, tu madre, me dice el día que me pidió que fuera tu ayo que iba a tener que ir vestido así, sientiéndolo en el alma, le digo que no.

JUAN.– Pues díselo ahora, y que me busquen otro acompañante.

ESTUPIÑÁ.– Ya sabes tú, pícaro, que yo no te dejo en manos de nadie.

Plácido Estupiñá se para, se vuelve hacia el niño y le habla en tono de ruego.

ESTUPIÑÁ.– Pero, hijo, Delfín, ¿por qué no quieres ir al colegio si yo no te acompaño vestido así? «El Delfín» lo mira con descaro.

JUAN.– Porque estás muy guapo, Plácido.

El viejo no puede evitar una sonrisa. Vuelve a coger a Juan de la mano y siguen andando.

ESTUPIÑÁ.– ¿De veras? Pues si a mi Delfín le gusta que vaya así, así voy. Que se ría la gente cuando me mira como si viera a un payaso. ¿Que a mi Delfín le gusta? Pues todos contentos y pongámonos el mundo por montera…

Estupiñá encoge una pierna y salta a la pata coja.
Ríete, Delfín, ríete…
Los dos bajan la calle corriendo a la pata coja.

Voz narrador.
El Retiro.

Secuencia 5.–Parque del Retiro. Palacio de Cristal.–Ext. Día.

Plano 7

Jacinta corre entre la vegetación de primavera que rodea al estanque, un pequeño lago de aguas quietas y transparentes en donde se refleja la cúpula de cristal del Palacio.

Jacinta es ya una mujer de veinte años. Va vestida de blanco y un sombrero del mismo color la cubre del sol. Aún corriendo, se dirige hacia la orilla del estanque, donde un sauce llorón introduce sus ramas en el agua.

Plano 8

Por la alameda cercana pasea doña Bárbara, sudorosa y cansada, seguida por una doncella que la cubre con una sombrilla de los rayos de sol que se filtran entre los árboles. Doña Bárbara mira impaciente hacia todos los lados y grita:

DOÑA BÁRBARA.– Jacinta… ¡Jacinta, hija!... ¿Dónde te has metido?... ¡Jacinta!

Plano 9

Jacinta se ha sentado bajo el sauce llorón y tiene sobre la falda extendida un libro con una pareja de enamorados grabada en la portada. Jacinta se recuesta contra el tronco del árbol y cierra los ojos, sin hacer caso a las repetidas llamadas de su tía.

DOÑA BÁRBARA.– *(Off)* ¡Jacinta, tenemos que marcharnos! ¡Vuelve aquí!

Los reflejos de la cúpula de cristal del palacete hieren los ojos de Jacinta. A través de los párpados semicerrados mira la puerta del edificio, que ahora comienza a abrirse lentamente como algo irreal creado por el fuerte sol y la visión de Jacinta.

Palacio de Cristal. El Retiro.

Secuencia 6.–Palacio de Cristal de El Retiro. Int. Día

En la soledad de la nave del palacio –muros blancos y alta bóveda– hay una inmensa cama-cuna ocupando el centro. Está cubierta con tul y a través de la tela finísima divisamos a Jacinta, vestida de novia, y a su lado a «el Delfín», también con traje de novio.

Plano 10

El sol entra rompiéndose como en un caleidoscopio por la bóveda de cristal. En la nave blanca y vacía resuena una voz de extraño acento que pregunta a Jacinta, al tiempo que una mano con anillo episcopal levanta el tul de las cunas.

Plano 10-11

Voz *(Off)*

JACINTA.– ¿Te gustaría tu primo, el Delfín, por esposo?

Contesta sin moverse de la cama, inmóvil, quieta como en un sueño.

JACINTA.– Sí, me gustaría.

Ahora, la voz se dirige a Juan Santa Cruz, ya hombre, con las manos cruzadas sobre el pecho, el cabello tenso y brillante. Contesta en la misma actitud que su prima.

Voz *(Off)*

Y a ti, Delfín: ¿te gustaría tu prima Jacinta por esposa?

JUAN.– Tengo que meditarlo con tiempo y profundamente.

Voz *(Off)*

Medítalo con tiempo y responde ahora mismo: ¿te gustaría Jacinta por esposa?

JUAN.– Sí, padre.

Ahora «el Delfín» sonríe.

Plano 12

El oficiante no es otra persona que doña Bárbara, su madre, que ahora espolvorea con agua bendita a su sobrina mientras dice:

DOÑA BÁRBARA.– Jacinta, tu serás la Delfina.

Vestida con un extraño traje de obispo coronada con una hermosa tiara. A su lado se arrodilla don Baldomero vestido de sacristán, y meciendo un enorme incensario. Mira de reojo a su mujer y dice con tono de canto gregoriano.

DON BALDOMERO.– Los vamos a casar como a gatos.

Doña Bárbara contesta levantando los brazos en cruz, y mirando hacia la bóveda de cristal, con el mismo ritmo gregoriano en su voz.

DOÑA BÁRBARA.– Amén.[4]

Universidad San Bernardo.

Secuencia 7.–Universidad de San Bernardo. Aula. Int. Día.

Plano 13

Sobre el entarimado de vieja madera del aula, hay un infiernillo de alcohol y sobre él una sartén en donde se están terminando de freír un par de salchichas. El aceite hirviendo las hace chirriar, sobre todo cuando alguien las pincha con un lápiz.

---

[4] Pensar secuencias anteriores (lo popular, etc.).

Plano 14

Este alguien no es otro que Juan Santa Cruz, que ahora ha ensartado con el mismo lápiz una de las salchichas y la introduce entre dos pedazos de pan.

Juan es ya un hombre de unos treinta años. Viste con elegancia y en sus modales, aunque sea friendo una salchicha, se exterioriza la buena educación que ha recibido.

Ocupa las últimas gradas del aula, sentado junto a su amigo Villalonga, que intenta disipar el humo que nace de la sartén aireándolo con la punta de su capa. Apenas puede contener la risa cuando Juan le da el primer bocado al pan.

Plano 15

El humo se está extendiendo peligrosamente por la clase. El catedrático interrumpe su explicación y mira hacia las últimas gradas, fijando sus ojos en Juan.

CATEDRÁTICO.– … Así, pues, salió a la luz la filosofía krausista… ¿Qué ocurre ahí arriba? Señor Santa Cruz, ¿qué está usted haciendo?

«El Delfín» se levanta comiendo[5].

Plano 17

JUAN.– {Si usted gusta…} Comiéndome una salchicha.

Plano 18

¿Qué dice usted? Cómo se atreve…

Plano 19

Los demás estudiantes casi no pueden contener la risa ante la naturalidad con que Juan ha contestado.

Plano 20

CATEDRÁTICO.– ¡Silencio! A ver, explíquese, señor Santa Cruz.

Plano 21

Juan termina de tragar y refuerza sus palabras con ademanes de la mano que sostiene el bocadillo.

JUAN.– Señor: llevo doce años en estas aulas. He pasado más años en esta casa que en la mía propia. Soy el más veterano de la Universidad, incluido el señor Rector. He estudiado dos carreras, más que por amor al saber, por amor a este viejo caserón.

---

[5] Convendría que el catedrático hablara de «el rasgo».

Plano 20 A

El catedrático lo mira absorto, sin atreverse a decir palabra ante este discurso que evidentemente no esperaba.

Plano 21

JUAN.– Si después de esta fidelidad no puedo freír una salchicha y comérmela… ¡que se forme el tribunal del Santo Oficio y se mande a la hoguera!

Plano 22

Intenta el catedrático poner orden entre los estudiantes, pero es la entrada de un bedel lo que restituye la calma.

CATEDRÁTICO.– Silencio, señores, silencio…

Comienza a leer la nota que le ha entregado el bedel. Parece preocupado. Se dirige a los estudiantes.

Plano 23

Sabido es por todos ustedes que nuestro catedrático de Historia don Emilio Castelar, ha sido destituido por Isabel II al descubrir en un artículo manejos no muy claros de la Real Casa… Solidarizándose con don Emilio Castelar, el Rector ha abandonado la Universidad… y nosotros los catedráticos, hemos decidido suspender las clases hasta que todo vuelva a su cauce normal…

El catedrático sale del aula, ante los gritos de los estudiantes. Uno de ellos se sube a un banco y procura sobreponerse a las voces de los demás.

Plano 24

Gritos estudiantes.

¡Viva Castelar! ¡Viva el Rector! ¡Abajo Isabel II!

Plano 25

Estudiante. ¡Yo propongo que esta noche toda la Universidad se presente delante de palacio…!

Plano 26

Juan sube junto al estudiante y habla más fuerte que él, aun con el bocadillo de salchicha en la mano.

JUAN.– ¡Y yo os propongo otra cosa: que esta noche nos personemos bajo los balcones de nuestro Rector y le homenajeemos con una serenata.

El otro estudiante quiere seguir hablando, pero ya casi todos salen del aula entonando el «Gaudeamus igitur»

JUAN.– ¡Deberíamos ir a protestar delante de Palacio! ¡Esperar…! ¡Escuchadme un momento!

Villalonga se pierde entre los que salen de la clase, pero Juan se abre paso a codazos y logra alcanzarlos.

Plano 27

JUAN.– Eh, tú, ¿dónde vas con tanta prisa? Te gané la apuesta…

Le enseña la salchicha y le hace el gesto de «dinero» con los dedos índice y pulgar. Villalonga le da de mala gana el dinero apostado y Juan sonríe mientras ofrece el bocadillo.

JUAN.– Es tuyo. Te ha salido un poco caro, pero está riquísimo…

Y siguen tras el grupo de estudiantes que abandonan el aula.

Plaza de la Encarnación.
Los resultados de la Noche de San Daniel.

Plano 28[6]

Secuencia 8.–Plaza y Calles de Madrid. Ext. Noche.

Los estudiantes han contratado a un grupo de músicos profesionales y ahora están todos reunidos bajo los balcones de la casa del Rector.

Entre ellos están Juan y Villalonga, los dos un poco bebidos. «El Delfín» se adelanta y grita hacia la casa mientras lanza su sombrero al balcón.

[JUAN.– ¡Adelante la serenata! ¡Va por usted, señor Rector!]

Suena la música y los estudiantes comienzan a cantar. Se ilumina uno de los balcones de la casa del Rector, pero nadie aparece. El número de gente que rodea a los estudiantes es cada vez mayor. Es gente del pueblo: los clientes de una taberna cercana, obreros que van o vienen del trabajo, prostitutas, chavales que aún vocean el último periódico del día. Sus voces se unen a la de los estudiantes y la serenata se convierte en algo caótico, pero mucho más emocionante.

De pronto, por las calles adyacentes a la plaza, comienzan a surgir guardias de a caballo, que rodean a los músicos y a los cantores. Su actitud es amenazante. Un oficial se abre paso entre la gente y llega junto a los músicos, que poco a poco dejan de tocar los instrumentos, así como los estudiantes van disminuyendo sus voces hasta apagarlas por completo. Pero la gente que se les unió más tarde siguen cantando, incluso con más fuerza, enervados por la presencia de la fuerza pública.

Juan y Villalonga también han dejado de cantar y buscan la salida para huir del atolladero en que se han metido.

Sin música, la canción es ahora mucho más emocionante. Por las calles laterales desemboca más gente a la plaza, uniéndose a los que cantan. Ahora son los guardias de a ca-

[6] Aparece tachado.

ballo los que están rodeados. A una orden del oficial se abren paso con el sable. Hay una huida casi general, pero algunos grupos dan la cara e intentan desmontar a los jinetes.

Juan quiere escabullirse hacia una de las calles laterales, pero un guardia se cruza y «el Delfín» cae a tierra al recibir un golpe del caballo.

[Juan y Villa se ponen casi del lado de los guardias: ¿pero qué hacéis? Estáis locos… etc…]

M. romántico.

Secuencia 9.–Complejo Casa de los Santa Cruz– Int. Día.

Plano 29

La casa de los Santa Cruz está en silencio. En uno de los salones vemos a doña Bárbara durmiendo, recostada en un sillón. Jacinta, cerca de ella, intenta mantenerse despierta. En uno de los pasillos hay una doncella también medio dormida. Da la impresión de que nadie se ha metido en la cama durante la noche.

La doncella se sobresalta al oír la campanilla de la puerta. Jacinta se levanta del sillón. Doña Bárbara parece que no se ha enterado de nada.

La doncella abre la puerta y da un grito al ver la facha que trae su señorito. Juan viene sucio, roto, despeinado. La mujer corre hacia el salón en donde está la madre de «el Delfín».

DONCELLA.– ¡El señorito Juan!, ¡ya está aquí el señorito Juan, señora!

Parece que en la casa estaban todos despiertos esperando esta aparición. Sale toda la servidumbre a recibirlo. Jacinta se adelanta y lo abraza.

Plano 30

JUAN.– ¿Pero qué pasa aquí? ¿A qué viene este recibimiento? Solo tengo hambre. ¿Quién da de comer a un hijo del pueblo?

Plano 31

Sólo la madre se conserva a distancia, mirándolo con una severidad que está muy lejos de sentir.

Plano 32

JUAN.– ¿Así reciben las madres de los héroes a sus hijos?

Se acerca a su madre y la abraza.

DOÑA BÁRBARA.– Quita… quita… No me quieras engatusar con tus zalamerías… Estoy muy enfadada contigo, Juan. En serio… ¿Cómo un hijo mío, educado en los principios del respeto y del orden, puede hacer causa común con los revolucionarios?

«El Delfín» se ríe.

JUAN.– ¿Yo con los revolucionarios? Por Dios, mamá… Nosotros fuimos a dar una serenata al Rector. Lo que pasa es que el bendito pueblo sigue tan salvaje como siempre. Quiso dar su «viva Cartagena» y le salió rebuzno…

Su madre también sonríe y lo mira con ternura.

DOÑA BÁRBARA.– No sé si pegarte o comerte a besos.

JUAN.– El que te va a comer a besos soy yo a ti, que tengo más hambre que un lobo… Hasta que no den caviar en las barricadas, conmigo que no cuenten los revolucionarios…

Plano 32

La madre y el hijo se abrazan y se besan, rodeados por la servidumbre de la casa. Jacinta, más apartada, mira la escena sonriendo. Doña Bárbara se recupera al fin.

DOÑA BÁRBARA.– Vamos, vamos… ¿Qué hacemos aquí todos parados y el Delfín muerto de hambre?

Plano 33

La señora se lleva a todos hacia la cocina. Jacinta se acerca a Juan y le pasa la mano por la solapa de la chaqueta.

JACINTA.– Y a mí que me gustas más así… con la ropa rota y despeinado… que revolucionario más guapo…

Se acerca más para besarlo en la mejilla.

Y qué bien te sienta el olor a pueblo…

Juan en un impulso, le quiere devolver el beso, pero ella, riéndose, se separa.

JACINTA.– Miel sobre hojuelas… después de la noche que nos has hecho pasar… Tu padre se la ha pasado en Gobernación intentando sacarte.

Y Jacinta se aleja por el pasillo, volviéndose para mirar a su primo que, con la mano, le echa un beso por el aire.

[Huida de Jacinta por un fondo resplandeciente de luz, cortinas que se mueven, deslumbrante de claridad que da paso a…]

{Por la calle, bajo el sol, pasa la comitiva con los oficiales que amotinaron en el cuartel de San Gil. Van camino del fusilamiento.}

M. romántico.

Secuencia 9.ª.–Casa de los Santa Cruz–Dormitorio Juan. Int. Día.

Plano 34

Ha pasado algún tiempo, «el Delfín» ha perdido ya su aire de excesiva juventud. Viste con más seriedad que en su época de estudiante. Ahora está frente a un espejo de su dormitorio terminando de arreglarse, cosa que realiza con auténtico placer y con sumo esmero.

Plano 35[7]

DOÑA BÁRBARA.– ¿Adónde vas? Desde que has terminado tus estudios no paras en casa, hijo. ¿Por qué no me acompañas? Tango que ir con Plácido a ver unos muebles y así me aconsejas…

JUAN.– Por Dios, mamá… He quedado con Jacinto Villalonga y Tellería…

En estos momentos entra Jacinta.

JACINTA.– Tía, que ha venido una vecina de Plácido y dice que está enfermo.

DOÑA BÁRBARA.– Lo que me faltaba… ¿Pero es grave?

[Ven pasar por la calle a los oficiales que van a fusilar después del motín de San Gil.

DOÑA BÁRBARA.– ¡Pobrecillos … pero no hay mas remedio!]

Calle vacía.

JUAN.– ¿Está enfermo Estupiñá?

JACINTA.– Parece que no es nada. Un enfriamiento…

DOÑA BÁRBARA.– Se levanta tan temprano este hombre… Jacinta, hija, arréglate y me acompañas…

Doña Bárbara sale del dormitorio y Jacinta se encara con su primo Juan.

JACINTA.– Y tú deberías de ir a visitarlo. Te quiere más que a un hijo.

Juan se acerca a Jacinta y dándose el último toque en el peinado, le dice:

JUAN.– Si tú me lo pides… ¿Dónde vive Plácido?

JACINTA.– En el once de la Cava de San Miguel. De la alegría de verte a lo mejor se le pasa la enfermedad.

Juan sonríe con cierta jactancia, como si diera por hecho que esto pueda ser verdad.

Cava de San Miguel

Secuencia 10.–Cava de San Miguel. Ext. Día

Plano 36

«Vivía Estupiñá en la Cava de San Miguel. Su casa era una de las que forman el costado occidental de la Plaza Mayor, y como el basamento de ellas está mucho más bajo que el suelo de la Plaza, tiene una altura imponente y una estribación formidable, a modo de fortaleza»[8].

«Juan reconoció el número once en la puerta de una tienda de aves y huevos. Preguntó a dos mujeres que pelaban gallinas y pollos, y le contestaron, señalando una mampara, que aquella era la entrada de la escalera del once».

---

[7] Nota del director: justificar más la manía de lo popular.

[8] Los entrecomillados los entendemos como extractos literales de la novela de Galdós.

Plano 37

Cruzó hacia la escalera, pisando plumas y sangre, evitando los cajones llenos de huevos que se amontonaban en la entrada, sobre la acera. Juan miró la angosta entrada con extrañeza.

Cava de San Miguel nº 11.

Secuencia 11.–Escalera Casa Estupiñá y Fortunata-Buhardilla de Fortunata.–Int. Día.
[Estudio ver buhardilla actual en Cava San Miguel].

Plano 38

En la semioscuridad de la planta baja le asusta a «el Delfín» la súbita aparición de una pila de jaulones llenos de aves aún vivas, y más allá, recortados contra una ventana, en siluetas casi irreales, dos hombres que retuercen el pescuezo de los animales recién sacados de las jaulas de madera. Mira Juan todo esto con ojos sorprendidos, como si se encontrara en un mundo extraño.

Plano 39

Y la extrañeza aumenta a medida que va subiendo la escalera de piedra. En los primeros pisos, la oscuridad es tan densa que Juan tiene que apoyarse en las paredes y rastrear los pies para no tropezar. Todas las puertas están cerradas, como si la casa estuviese abandonada.

Plano 40

Ya en los últimos pisos se va haciendo la luz que entra por las altas ventanas que hay al final de la escalera. «El Delfin» siente algo extraño en sus pies. Mira hacia el suelo: sus suelas han ido dejando en los escalones una huella de sangre en donde hay pegada alguna pluma.

Plano 42

Ahora la luz entra con más fuerza. Le hiere en los ojos a Juan, que se cubre con el brazo. Al darse la vuelta y descubrir sus ojos, se enfrenta a dos puertas, las que pertenecen a las buhardillas. Una de ellas está entreabierta. Se acerca con sigilo, casi con miedo, y la empuja con suavidad.

Plano 41

Y aparece Fortunata.

Plano 42

A «el Delfín» le causa esta aparición como un estremecimiento religioso, como si una Virgen hubiera surgido de pronto ante él. Pero esta impresión desaparece enseguida: la tal Virgen se está comiendo un huevo crudo.

Juan, al fin, puede hablar.

JUAN.– ¿Vive aquí Estupiñá?

Plano 43

FORTUNATA.– ¿Don Plácido? Allí enfrente...

Plano 44

«El Delfín» empieza a mirar la aparición por el lado menos santo. La muchacha va vestida de una manera desastrada, pero graciosa: vestido violeta, viejo mantón de Manila, botas de media caña y mitones de lana en las manos, también morados.

Plano 45

JUAN.– ¿Qué come usted, criatura?

FORTUNATA.– No lo ve... un huevo.

Plano 46

Juan hace un gesto de repugnancia.

JUAN.– Un huevo crudo... ¡qué asco! ¿Cómo puede usted comer esas babas?

FORTUNATA.– Mejor que guisadas. ¿Quiere usted?

JUAN.– No, muchas gracias.

Plano 47

«Por entre los dedos de la chica se escurrían aquellas babas gelatinas y transparentes».

Fortunata se ríe al ver la cara de asco que pone «el Delfín». De pronto, por la escalera sube un grito desgarrado y popular que rompe el misterio que se había creado hasta la aparición de Fortunata.

Voz *(off)* Tía Fortunata. ¡Fortunataaaaaa!

Sin dejar dejar de mirar a Juan, la muchacha sale y cierra la puerta con llave. El grito vuelve a oírse.

¡Fortunataaaaa!

Se asoma a la escalera y deja caer el cascarón del huevo, que aún mantenía en la mano.

FORTUNATA.– ¡Ya vooooy!

Plano 48

Y después de dar aquella voz terrible, que hace que Juan se tape los oídos, sale corriendo escaleras abajo.

Plano 49

JUAN.– Fortunata... Espere...

Ella se vuelve sin dejar de bajar.

¿Puedo verla mañana?

Fortunata se encoge de hombros con picardía, sonríe y díce:

FORTUNATA.– Bueno...

JUAN.– Vendré a estas horas…

Plano 50

Pero no puede continuar hablando porque ella sigue bajando y desaparece de su vista. Oye tan sólo el tacón de los botines sobre el granito y el zarandeo de la falda contra las paredes.

Plano 51

De pronto, vuelve el misterio. Todo queda en silencio. «El Delfín», que se ha agachado a coger el cascarón del huevo, mira de nuevo hacia la puerta. Y la puerta, *Plano 51 A,* que había sido cerrada por Fortunata, se abre lentamente, y vuelve a aparecer ante los ojos de Juan la misma visión: la muchacha sorbiendo el huevo crudo. Pero enseguida se rompe el misterio porque se vuelve a escuchar el grito:

VOZ OFF (TÍA FORTUNATA).– ¡Fortunataaaa!

Y le replica la voz aguda de la chica.

FORTUNATA (VOZ OFF*).*– ¡Ya voooooyy!

Juan se asoma al estrecho hueco de la escalera para seguir oyendo el taconeo de Fortunata y el roce de sus faldas contra las paredes.

Plano 52

Vuelve a mirar la puerta, y de nuevo la puerta se abre con la llave echada. Pero entonces aparece la estancia solitaria, vacía, en una suave penumbra sólo rota por un rayo de luz transversal que se rompe en el lugar en donde había aparecido Fortunata.

Estudio[9]***.***

Secuencia 12.–Buhardilla Estupiñá. Int. Día.

Plano 53

Estupiñá está en la cama. El embozo lo tiene por debajo de los ojos, que es la única parte que vemos de su rostro. Llaman a la puerta y sin moverse y con una tenue voz, da permiso para que pasen.

ESTUPIÑÁ.– Adelante…

Cuando ve entrar Juan saca la cara del embozo y se incorpora.

Delfín, hijo…

---

[9] Ver buhardilla actual en la Cava de San Miguel

JUAN.– Plácido…

Se acerca a la cama, aún con el cascarón del huevo en la mano. El viejo recoge a «el Delfín» entre sus brazos.

ESTUPIÑÁ.– Ya sabía que no dejarías de venir a verme…

Su tono es ahora más decidido.

Ea, ahora mismo me pongo bueno.

Juan lo retiene en la cama.

JUAN.– Quieto, quieto… No seas loco.

ESTUPIÑÁ.– Pero si estoy bueno. Qué noche he pasado. Soñé que… que habías muerto.) [Mira lo que dice el periódico. A mi todo esto me da mucho miedo].

Juan vuelve a escuchar el grito llamando a Fortunata.

VOZ OFF (TÍA FORTUNATA).– ¡Fortunataaaaa!

Plano 54

Juan escucha el grito y le sonríe a Estupiñá.

JUAN.– ¿Morir? Si acabo de nacer…

Plácido se fija entonces en el cascarón que lleva «el Delfín» en la mano.

ESTUPIÑÁ.– ¿Qué es eso, Delfín…?

JUAN.– ¿Esto? Ya lo ves. Una paloma se lo ha dejado en la escalera…

Estupiñá sonríe con picardía.

ESTUPIÑÁ.– ¿Una paloma? Debía de ser hermosa. Lo digo por el tamaño. ¿Y la has cazado, Delfín?

JUAN.– Voló.

Se vuelve a mirar la buhardilla, sobre todo para encontrar un sitio apropiado para dejar el cascarón.

ESTUPIÑÁ.– Tíralo en cualquier rincón. Ya lo recogerán.

Plano 55

Juan tira el huevo al suelo y éste rueda hasta pararse bajo una fila de maniquíes. «El Delfín» observa por primera vez la buhardilla. Hace un gesto de aprobación.

JUAN.– Tienes una casa muy bonita, Plácido. Siento no haberla conocido antes. Ahora vendré con más frecuencia.

ESTUPIÑÁ.– No te burles de mi, pícaro… Aún te crees que llevo ese traje. ¿Te acuerdas, Delfín, hijo?

Estupiñá señala el maniquí que lleva puesto el viejo traje con que acompañaba al colegio al Delfín niño. Juan parece caer en la cuenta de todo aquel muestrario, y sonríe mientras pasa la mano por el traje de su antiguo ayo.

JUAN.– ¿Y todos los demás, Plácido? No alcanzo a comprender qué significan.

ESTUPIÑÁ.– Es la historia de mi vida en trajes. Entré en casa de tu abuelo de hortera con aquel traje. Después fui medio oficial.

Plano 56

Apunta con el índice a otro maniquí.

ESTUPIÑÁ.– Dependiente de tu padre… Cajero después. Viajante de la casa y, por fin, fui tu ayo: la época más feliz de mi vida…

Plano 57

A Estupiñá se le nublan los ojos.

Cava de San Miguel, nº 11.

Secuencia 13.–Escalera Casa Estupiñá y Fortunata.– Int. Día.

Plano 58

A través de los jaulones llenos de pollos y gallinas se ve la cara de Juan Santa Cruz, que mira a derecha e izquierda y luego hacia arriba. Cruza hacia la escalera entre la larga colgadura de aves muertas y comienza a subir los peldaños. Nada más llegar a los primeros tramos asciende con prisa, con desasosiego.

Plano 59

Llega a las buhardillas. La puerta de la de Fortunata está entreabierta. Juan termina de abrirla.

Plano 60

Allí está ella, esperándole, vestida con su mejor traje. No se dicen ni una sola palabra. «El Delfín» se acerca a Fortunata lentamente. Se deja abrazar. Está pálida, trémula. Sólo espera el beso de Juan.

Mientras se besan se oye la estridente voz de la tía de Fortunata.

VOZ OFF (TÍA FORTUNATA)

¡Fortunataaaa, condenada! ¿Dónde te has metido?

Plano 61

Se separan y «El Delfín», sin decir nada, la toma de la mano y la arrastra hacia la buhardilla de Estupiñá. De alguna manera se ha hecho con una llave. Abre y desaparecen los dos. Luego se oye el ruido de la llave al girar en la cerradura.

Estudio

Secuencia 14.–Buhardilla de Estupiñá. Int. Día.

Fortunata está apoyada contra la puerta cerrada y sigue mirando a Juan con ojos apacibles, tranquilos. Él sonríe al mirarla y vuelve a acercarse a ella.

Hasta ellos llegan los pasos de la tía de Fortunata y sus medias palabras de reniego al no encontrar en casa a su sobrina.

Plano 62

Juan la lleva ahora hacia el centro del cuarto, entre los maniquíes, y allí, como en un rito, se deja quitar el mantón que cubre sus hombros. Juan lo hace resbalar lentamente sobre la piel de Fortunata, que lo deja hacer con la sonrisa en los labios, aceptando su destino.

Ahora vuelve a escucharse la voz estridente de la tía.

VOZ OFF (TÍA FORTUNATA) ¡Fortunata, mal rayo te parta! En cuanto te coja te voy a echar los tiempos.

Plaza Mayor.

Secuencia 15.–Int. noche.

Plano 63

El mantón de Manila vuela ahora por los aires, en un giro de baile {que corta en seco los brazos de «el Delfín»} Fortunata se ríe y también se abraza a «el Delfín».

Plano 64

{Van por las arcadas de la Plaza Mayor acompañados por} Un grupo de gitanos que tocan la guitarra, bailan y cantan ayudados con una botella de coñac que pasa de boca en boca. Todos están alegres, divertidos. También lo está «el Delfín» y Villalonga, muy atareado en cortejar a una moza flamenca.

Plano 65

Un gitano pequeño y vivo como un grano de pimienta se arranca de pronto por «caracoles». Otro le acompaña cantando. El guitarrista los sigue y los demás le llevan el compás con las palmas.

La moza de Villalonga sale bailando. Fortunata se une a ella. Ésta se acerca a Juan y le habla al oído.

VILLALONGA.– A esa sí que me gustaría pintarla…

JUAN.– Pues píntala. ¿Quién te lo impide?

VILLALONGA.– Si no deja de bailar… Ya le he dicho mil veces que se venga… Le pide el cuerpo juerga. ¿Por qué no os venís Fortunata y tú al estudio? A ver si ésta se anima…[10].

JUAN.– Hoy no me meto en la cama hasta que amanezca. Yo esto no me lo pierdo. Mira, mira…

[10] Hacer la nueva serie en el tablao flamenco Planos 65.ª-B-C.

Juan se acerca a Fortunata y a la moza, que empinan en estos momentos la botella de coñac y dan un trago. Se acerca a ellas y bebe también. Los otros siguen cantando, y bailando, queriendo alargar la juerga en el centro de la Plaza Mayor.

Mercado de San Miguel.– Int. Ext. Amanecer.

Está amaneciendo. Los flamencos que iban con Juan y Fortunata siguen bailando delante del mercado. Villalonga ha conquistado al fin a la moza flamenca y se aleja con ella.

Plano 66

«El Delfín» lleva de la mano a Fortunata hacia la parte trasera del mercado y entran los dos en el enorme recinto vacío. Sus pasos producen un eco extraño que se pierde en el sonido amortiguado del jaleo que los flamencos continúan en la calle. Juan lleva a Fortunata hasta el puesto de aves que tiene su tía en el mercado, pero la chica protesta y quiere arrastrar a «el Delfín» hacia la salida.

Plano 67

FORTUNATA.– Vámonos, Juan… No tienes más que caprichos. De verdad que tú no me quieres…

JUAN.– No querrás que a estas horas te haga una declaración en toda regla, ¿verdad?

La vuelve a abrazar y la empuja hacia el interior del puesto, para ocultarse entre las jaulas de madera que se amontonan tras el mostrador.

Plano 68

FORTUNATA.– Déjame, Juan, déjame… Aquí no.

JUAN.– Aquí y ahora mismo. Yo te quiero así, de repente, y donde sea.

Un ruido sobresalta a Fortunata.

FORTUNATA.– Esto es como estar robando.

JUAN.– La fruta robada es la que mejor sabe. Lo demás es aburrimiento.

FORTUNATA.– Juan, nos han oído.

Plano 69

El vigilante entra a hacer la ronda acostumbrada. «El Delfín» le habla al oído a Fortunata mientras se esconden tras el mostrador.

JUAN.– Lo único que merece la pena es lo prohibido.

La besa, pero ella se separa enseguida.

FORTUNATA.– Estate quieto…

El vigilante cree haber oído algo y su voz resuena como un trueno en todo el mercado.

VIGILANTE.– ¿Quién anda ahí?

Juan se ríe mientras besa a Fortunata, que está a punto de contagiarse de la risa, pero logra contenerse y tapar la boca de «El Delfín» mientras le dice:

FORTUNATA.– Calla… calla…

Plano 70

El vigilante se dirige hacia el centro del mercado, pero en este momento entran los flamencos y siguen bailando «caracoles» a su alrededor.

Juan y Fortunata se besan tras el mostrador, entre las jaulas y sobre las plumas que, al igual que en la portería de la casa de la Cava de San Miguel, tapizan el suelo.

Secuencia 17.–Catedral de San Isidro. Int. Día.
{Iglesia de la Encarnación}
{San Francisco el Grande}

Plano 72

En la penumbra de la inmensa nave central de la iglesia de San Isidro están arrodillados en dos reclinatorios doña Bárbara y Estupiñá.

Plano 73-1

Apenas si rompe el alba por las vidrieras de la cúpula. Doña Bárbara habla con gran congoja a Estupiñá, aunque mira hacia el altar y en su voz hay un soniquete que recuerda las modulaciones de los rezos, de las beatas.

DOÑA BÁRBARA.– ¿Pero quién es esa gente que me lo está pervirtiendo, Plácido? ¿Cómo dices que se llama esa bribona?

Estupiñá, muy recogido en su reclinatorio, contesta también mirando hacia el altar.

ESTUPIÑÁ.– Fortunata, señora. Es huérfana. Vive con su tía, una que tiene un puesto de aves en el mercado de San Miguel. Y además, la tal tía está liada con un tocador de flamenco…

DOÑA BÁRBARA.– María Santísima… ¿Con estas gentes anda mi hijo? ¿Cómo han podido engañar de esta manera a mi Delfín? Ayúdame a encontrar una solución rápida, Plácido…

*Plano 73-2.PM** Estupiñá mira a doña Bárbara y se encoge de hombros en un intento inútil de evadir la cuestión.

ESTUPIÑÁ.– Señora, yo… El Delfín ya no es un niño…

La señora se levanta mientras habla con decisión.

DOÑA BÁRBARA.– Y dices que tiene un puesto en el mercado de San Miguel. Vámonos, Plácido. {Se me ha antojado hoy hacer un guiso de gallina.}

Plano 73-3.PG* Estupiñá la sigue por la nave central.

Secuencia 18.–Mercado de San Miguel.–Int. Día.

Plano 74

El mercado de San Miguel está en plena ebullición. Desde los puestos se vocean las mercancías, alabando su calidad y su buen precio.

Al fin conocemos a la Tía Fortunata, que a voz en grito reclama clientes para sus aves, que cuelgan de los ganchos que se alinean sobre el mostrador. Sentada sobre una de las jaulas de madera está Fortunata, fresca, hermosa, sonriendo al recuerdo de la madrugada pasada con «el Delfín» escondidos en el puesto, besándose sobre las plumas. Por eso lleva una en la mano, con la que se acaricia los labios, como única presencia de Juan.

Plano 75

Tras la esquina de uno de los puestos, medio ocultos entre la gente que cruza ante ellos, están doña Bárbara y Estupiñá. Este señala con disimulo hacia Fortunata.

ESTUPIÑÁ.– Ahí tiene a Fortunata, señora. La de la pluma…

En la voz de la señora se adivina un tono de alarma.

DOÑA BÁRBARA.– Santo cielo… Ésa es una de las que tú llamas reses bravas, ¿verdad, Plácido?

ESTUPIÑÁ.– Pues sí señora, sí lo es. Y muy brava.

DOÑA BÁRBARA.– Tienes tú razón, Plácido. Mi Delfín no está en el buen camino. Y sólo hay una solución… vámonos…

Estupiñá sigue a su señora por los estrechos callejones del mercado.

ESTUPIÑÁ.– ¿Y el guiso de gallina, señora?

DOÑA BÁRBARA.– No puedo perder tiempo ahora. Quédate tú. Pero nada de gallina. He cambiado de idea. Compra un buen solomillo.

ESTUPIÑÁ.– ¿De res brava…?

Doña Bárbara se vuelve y fulmina a Estupiñá con la mirada.

Plano 76

DOÑA BÁRBARA.– ¿A qué esta broma, Estupiñá?

El pobre viejo, que nada más decir al frase se ha arrepentido de ella, esconde la cabeza entre los hombros, y se humilla ante la señora, mirando hacia el suelo mientras habla.

ESTUPIÑÁ.– Perdóneme la señora… No sé si me creerá, pero estoy tan preocupado como usted, que es la madre… Si yo pudiera, le compraría la res entera para que hiciera lo que se le antojara con ella.

Plano 77

Guillermina, la santa, una mujer de unos treinta y tantos años, interrumpe las palabras de Estupiñá. Va acompañada por dos niños con uniforme hospiciano que llevan dos huchas para pedir limosna.

GUILLERMINA.– Barbarita, qué casualidad… A ver si me estreno contigo, porque aquí nadie me da un ochavo…

Se fija en la cara preocupada de los dos.

¿Pasa algo malo?

DOÑA BÁRBARA.– Nada, Guillermina… Discutía con Plácido un asunto de carnes. Compras el solomillo ¿eh?

Estupiñá asiente con la cabeza. Doña Bárbara toma a Guillermina del brazo.

DOÑA BÁRBARA.– Acompáñame, hija. Este mercado, con tanta bulla, me enferma…

Pero antes de salir echa un última mirada hacia Fortunata, que en estos momentos apila tras el mostrador las jaulas de las aves.

Secuencia 19.–Escaleras Casa Estupiñá y Fortunata.–Int. Día.

Plano 79

Juan asoma la cabeza por la puerta entreabierta de la buhardilla de Estupiñá. Ha oído los pasos de Fortunata, que sube la escalera. Va vestida con otro traje distinto al que llevaba en el mercado. Cuando va a entrar en su casa, él la abraza por la espalda y la lleva hacia el interior. Ella se vuelve y le pone su dedo índice en los labios, pidiéndole silencio.

FORTUNATA.– Está mi tío durmiendo. Vete, y cuando se vaya, voy.

Plano 78

Y señala hacia la buhardilla de Estupiñá, pero Juan no hace caso y se la lleva hacia allí.

FORTUNATA.– No, que nos va a oír… que sospecha que nos metemos en la casa de don Plácido…

La hace entrar, y sin cerrar la puerta, desaparecen en el interior de la buhardilla del antiguo ayo de Juan.

Secuencia 20.–Buhardilla[11] *de Estupiñá. Int. Día.*

Plano 80

Juan la lleva hacia la cama y, de una manera entre apasionada y brutal, se deja caer en ella echándose encima de Fortunata.

En estos momentos se oye la voz del Tío.

TÍO FORTUNATA (VOZ OFF).– Fortunata, nena, ¿estás ahí?

---

[11] Ver B. actual Cava de San Miguel.

Ella se quiere ir, pero él se ríe y no la deja escapar de su lado. Al fin, Fortunata logra desasirse y sale de la casa de Plácido Estupiñá.

Secuencia 21.–Escalera Casa Estupiñá y Fortunata. Int. Día.

Plano 82

Baja las escaleras en vez de entrar en su casa. «El Delfín» se asoma por la puerta y mira extrañado lo que hace. Fortunata lo ve y le hace una seña para que cierre y se meta en la buhardilla, mientras se arregla las ropas y termina de abotonarse las botas. Se escucha de nuevo la voz del Tío.

Plano 81

TÍO FORTUNATA.– (Voz *Off*).– Fortunata… ¿Eres tú?

FORTUNATA.– Ya voy, tío.

Y hace como si subiera desde el piso de abajo. Su tío aparece en el rellano de la escalera.

TÍO FORTUNATA.– ¿Qué te pasa que vienes tan sofocada?

FORTUNATA.– Nada, que lo oí desde abajo y he subido corriendo.

El tío mira con desconfianza la puerta de la buhardilla de Estupiñá.

TÍO FORTUNATA.– ¿Dónde está el señorito?

FORTUNATA.– No ha venido todavía.

Su tío va descalzo y acaba de levantarse de la cama. Tiene la cara abotargada, los ojos hinchados. Entra en la casa y Fortunata lo sigue, mirando un momento hacia la otra buhardilla. Juan abre la puerta con cuidado y da unos pasos por el rellano, procurando no hacer ruido. Hasta allí le llega la voz del Tío de Fortunata.

TÍO DE FORTUNATA.– (Voz *Off*).– Sobrina, ¿sabes para qué sirven los señoritos en las juergas?

Secuencia 22.–Casa de Fortunata.–Int. Día

Plano 82

El Tío, mientras sigue hablando, termina de ponerse las botas.

TÍO FORTUNATA.– Para pagar. Pues lo mismo es en la vida. Yo a ti te quiero mucho… más que si fueras sobrina en la carne…

Se levanta y comienza a peinarse frente a un espejo. Fortunata lo mira, se acerca a él y lo besa con un suave complicidad que lo desarma.

FORTUNATA.– Y yo a usted lo quiero con una cosa especial… como no quiero a nadie de mi familia…

En la cara del hombre se exterioriza el agrado que le produce la actitud de Fortunata. Vuelve a hablar mientras se dirige a la salida.

TÍO FORTUNATA.– A los señoritos hay que engañarlos, sacarles el dinero y luego, puerta, puerta…

Ella no contesta esta vez. Espera escuchar los pasos del tío bajando la escalera. Cuando se oyen lejanos sale de la buhardilla.

Secuencia 23.–Buhardilla de Estupiñá. Int. Día.

Plano 83

Juan está sentado en la cama, peinado y con la chaqueta puesta, como si fuera a marcharse. Entra Fortunata y él ni siquiera levanta la cabeza para mirarla. Ella quiere continuar la escena de amor interrumpida, pero tropieza con la frialdad de Juan.

FORTUNATA.– ¿Qué te pasa?

JUAN.– Estoy harto.

Se levanta de la cama y sigue hablando mientras pasea entre los maniquíes.

Eso es. Estoy harto de esconderme, de aguantar zafiedades.

Fortunata se acerca a él, pero el maniquí con el uniforme de colegial les separa.

FORTUNATA.– Ya te veo venir hace días, Juan. Tú quieres dejarme.

JUAN.– Yo quiero estar tranquilo. Y si de verdad me quieres, vente conmigo de una vez, ahora mismo. Si no, no volvemos a vernos.

Fortunata no dice ni media palabra. Sale de la buhardilla. Juan se apoya en el maniquí y hace un gesto de aburrimiento. Se palpa los bolsillos de la chaqueta y saca de uno de ellos la llave de la puerta. La mira un momento y luego la tira sobre la cama.

Plano 84

Entra de nuevo Fortunata. Se ha echado un mantón sobre los hombros y está terminando de hacer el nudo al hatillo de la ropa que ha hecho en su casa. Mira a Juan a los ojos y sólo dice:

FORTUNATA.– Vamos.

Secuencia 24.–Plaza del Peso de la Paja.–Ext. Día.

Plano 85

Juan está nervioso, malhumorado. En realidad no sabe qué hacer con esa mujer que de pronto ha decidido marcharse con él. Le ha salido mal la jugada. Ella, sin embargo, camina serena a su lado, con el hatillo de ropas colgado al brazo.

Cruzan la Plaza del Peso de la Paja, a la espalda de la iglesia de San Andrés, entre las acacias que crecen junto a los bancos de piedra. Fortunata lo mira todo con curiosidad y de pronto pregunta:

FORTUNATA.– ¿Y está muy lejos ese estudio de tu amigo Villa… qué?[12]

[12] {¿Y me vas a meter aquí, como siempre como una puta…?}.

JUAN.– Longa. Villalonga. Está aquí mismo en la plaza. Aquellas ventanas son.
Fortunata se para junto a la iglesia.

Plano 86

FORTUNATA.– Sube tú primero.
JUAN.– ¿A dónde vas?
FORTUNATA.– A la iglesia. Es sólo un momento.
Juan no puede ocultar su extrañeza, se encoge de hombros y al hablar hace un gesto de malhumorado escepticismo.
JUAN.– ¿A la iglesia?... Haz lo que quieras. Te espero arriba.
Y Fortunata entra en la iglesia de San Andrés.

I. San Andrés (P. Romero de Torres).

Secuencia 25.–Iglesia de San Andrés.–Int. Día.

Plano 87

La Iglesia es blanca y vacía como una sinagoga. Todo lo envuelve una luz suave y hay un gran silencio en la enorme nave central.

Plano 88

Fortunata de pie, con su hatillo al brazo, está frente a una Dolorosa, una imagen grande vestida con manto morado y blancos encajes, con rostro de cera, corona de plata y lágrimas paradas en las mejillas.
Parece que las lágrimas van a brotar también de los ojos de Fortunata. Pero levanta la cabeza y sonríe a la Dolorosa, aprieta más su hatillo contra el pecho y sale con pasos decididos de la iglesia.

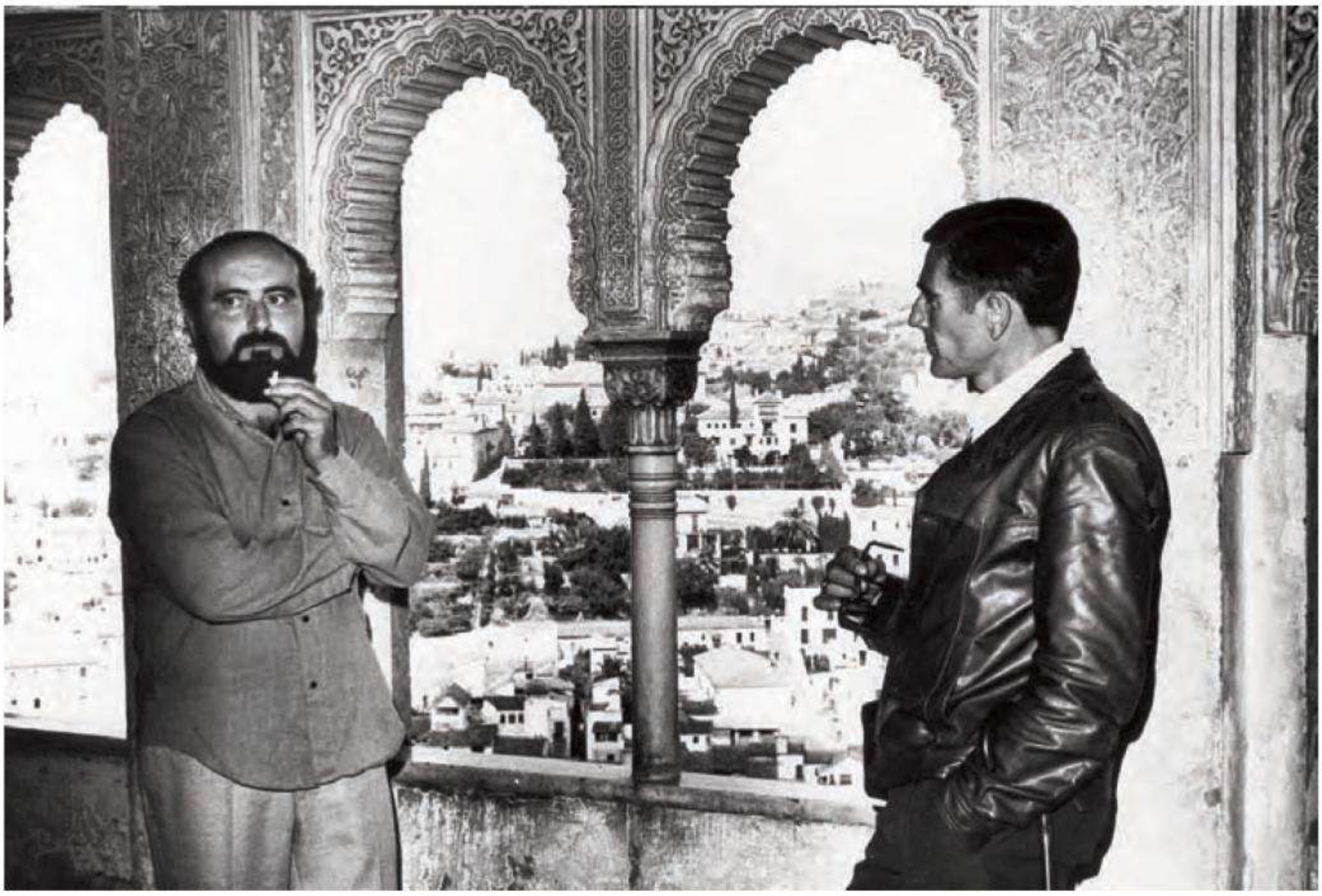
Secuencia 26. Estudio de Villalonga.–Int. Día

Plano 89

Las paredes están llenas de lienzos pintados con mujeres desnudas. Villalonga no es un buen pintor, y se nota que su arte va dirigido más a los modelos que a la pintura. Hay una salamandra en el centro del estudio, y en los laterales un par de camas turcas y un sofá amplio y confortable, en el que está sentado Juan.
Éste mira a Fortunata cuando aparece por la puerta y le habla sin levantarse.

Plano 90

Fortunata empuja {se dirige a} la puerta del estudio y entra. Es una inmensa habitación desde cuyos ventanales se ve toda la perspectiva de viejo Madrid en una sucesión de buhardillas, tejados y agujas de iglesia.



Angelino Fons en Granada

Durante el rodaje en el dormitorio con Jacinta

En casa de los Santa Cruz

En el café cantante

Plano 91

JUAN.– Si estás arrepentida, vuélvete.

FORTUNATA.– Yo no estoy arrepentida.

Deja el hatillo sobre el sofá y se arrodilla frente a Juan, apoyando sus brazos en las piernas de él.

JUAN.– Entonces ¿por qué has ido a la iglesia? ¿A tranquilizar tu conciencia?

FORTUNATA.– He ido a darle gracias a la Virgen, {porque me he venido a vivir contigo.}

JUAN.– Pero si tú no crees en nada.

FORTUNATA.– Yo creo en todo cuando estoy a tu lado.

«El Delfín» la mira y no sabe qué decir. Fortunata también lo mira con una gran serenidad en sus ojos. Reclina la cabeza sobre las piernas de Juan y roza contra ellas sus mejillas.

–I. de los Jerónimos.
–Calle Ruiz de Alarcón
¿Voz narrador?

Secuencia 27.–Iglesia de los Jerónimos.–Int. Día.

Plano 92

«El Delfín» y Jacinta se casan en la iglesia de los Jerónimos.

Unos días antes ha muerto la madre de Jacinta, Isabel Cordero, y la boda se celebra en la intimidad. Todos los invitados van de luto, incluso Estupiñá, único asistente sin vínculo familiar con los novios.

Plano 93

Doña Bárbara, emocionada y compungida, le dice a don Baldomero, su marido, en el tono de voz que utiliza en la iglesia, y que ya le conocemos.

Plano 94

DOÑA BÁRBARA.– ¿Te acuerdas lo que decía la pobre Isabel, Baldomero? «Si yo no he de llegar a ver esta boda, no he de llegar a verla…».

«El Delfín» y Jacinta se intercambian los anillos. Estupiñá no se pierde detalle de la ceremonia. Don Baldomero se inclina un poco hacia su mujer y comenta:

DON BALDOMERO.– Reventó de gusto al saber que su hija se casaba con nuestro Delfín. Veremos si este matrimonio de gatos da resultado.

DOÑA BÁRBARA.– Amén.

Plano 95

El sacerdote imparte las bendiciones a los recién casados.

Plano 96

{Salida de los Jerónimos (C. Ruiz de Alarcón)}

Secuencia 28.–Vagón de tren.–Ext. Int. Día.

Plano 97

Recorremos un paisaje castellano, planicies terrosas, roca viva y, de vez en cuando, un riachuelo con sus riberas cubiertas de chopos y álamos.

Plano 98

Una mano baja la cortinilla de la ventana del vagón, y el paisaje desaparece. La mano pertenece a Jacinta, que ahora, en la penumbra del departamento, se acerca a Juan, y vemos cómo se besan por primera vez, rodeándole ella con los brazos y acariciándole el cabello. Le besa en el cuello y le habla al oído.

JACINTA.– Y ahora que ya te tengo, cuéntamelo todo.

JUAN.– ¿Todo? ¿El qué?

Juan la separa de su cuerpo y la mira con extrañeza a los ojos.

Plano 99

JACINTA.– Todo lo de la Venus de la Cava de San Miguel.

JUAN.– Pero ¿qué sabes tú de eso?

Jacinta se ríe y saca del maletín que toma de la redecilla un acerico en donde hay clavadas plumas de paloma, de gallina, de tórtola, de perdiz.

JACINTA.– ¿Que no?... Mira: ¿sabes lo que es esto? Las plumas que ibas trayendo y que yo iba guardando para hacerte mi regalo de bodas.

JUAN.– ¿Tú lo sabías?

JACINTA.– Anda, cuenta, cuenta.

Juan mira sonriendo el acerico y lo deja sobre el asiento.

Plano 100

JUAN.– Pero si yo lo que quiero es borrar ese pasado infamante.

Jacinta vuelve a abrazarle con mimo y se sienta sobre sus rodillas.

JACINTA.– Pues yo me he casado contigo porque me picaba la curiosidad y me dije: «En la luna de miel me lo cuenta».

«El Delfín» le rodea la cintura con sus brazos.

JUAN.– Pues bien, va de cuento. Erase una vez un caballero llamado Estupiñá. Su Delfín fue a verlo cierto día…

Toma la barbilla de Jacinta entre sus dedos.

Aconsejado por su prima… y al subir la escalera se tropezó con una muchacha que se estaba comiendo un huevo crudo.

JACINTA.– ¿Un huevo crudo? Qué asco.

JUAN.– Lo mismo dije yo: qué asco.

Y los dos se ríen, Jacinta imaginando, Juan, recordando a Fortunata sorbiendo el huevo crudo. Ella se levanta de las rodillas de Juan y se sienta frente a él.

JACINTA.– Total, que se comía un huevo crudo, que te ofreció y tu participaste. Le hiciste el amor por lo fino y ella se lo tomó por lo basto.

JUAN.– No, mujer. Aquel día no hubo nada. Al día siguiente volví y me la encontré llorando en la escalera.

La voz de Juan va adquiriendo otro tono y sobre su narración comenzamos a ver:

Secuencia 40.–Buhardilla Estupiñá. Int. Día.

Plano 101

La primera escena de amor entre Fortunata y Juan, entre los maniquíes que pueblan la buhardilla de Estupiñá.

Juan termina de bajar el mantón que cubre los hombros de Fortunata, pero luego es ella misma la que sigue quitándose la ropa, llena de pasión y de alegría.–«El Delfín» está sorprendido y no sabe secundarla ni estar a la altura de la espontaneidad de ella. Seguimos oyendo la voz de él.

JUAN *(off)*.– La tía le acababa de dar una paliza. Consolé a la pobre chica y me senté con ella en un escalón. Era confianzuda, de aquellas que lo cuentan todo, tanto lo bueno como lo malo. Un animalito salvaje, pero de buen corazón, de buen corazón…

Plano 102

Ahora vemos las prendas de vestir de Fortunata volar por el aire y caer sobre los maniquíes de Estupiñá. El corsé, las medias, la enagua, el liguero quedan grotescamente colgados de los rostros de las figuras, que parecen mirar la escena con terror. Se oye de nuevo la voz de Juan.

JUAN *(off)*.– Era un animalito salvaje. Pobre nena.

La luz del sol en el ocaso da a la escena un aire de bellísimo recuerdo.

Secuencia 41. Granada. En la cama, para contrastar con la luz y el aire de libertad de la escena con Fortunata.

Plano 103

(Si es en la Mezquita, un solo plano).

El recuerdo se rompe en las luces transversales que se cuelan entre la enorme columnata de la Mezquita de Córdoba.

Bajo las arcadas, Juan besa a Jacinta en un lugar solitario del templo. Ella se separa y le cubre los labios con un mano para que no siga besándola, mientras le dice:

JACINTA.– Ah, la llamabas «nena» como me llamas a mí.

JUAN.– No te enfades, mujer. Cómo puedes comparar…

JACINTA.– No, si no me enfado. Si me hacen gracia tus calaveradas… ¿Y cómo se llamaba?

Jacinta se esconde tras una de las columna y Juan la sigue. Aparece por el otro lado y asusta a su mujer al decirle al oído de improviso:

JUAN.– For… Si tiene un nombre muy feo.

JACINTA.– ¿Fornarina?

JUAN.– Fortunata.

Y Juan, ríe, como si el recuerdo de la otra le complaciera.

JACINTA.– No te rías… No te rías… Con que Fortunata. ¿eh? Fortunata…

Y entre risas y reproches, apareciendo y desapareciendo entre las columnas, Jacinta vuelve a besar apasionadamente a su marido.

Secuencia 42.–Fábrica Textil. Int. Día.

Plano 104

El taller de bordado de la fábrica textil es una especie de urna de cristal inmensa en donde unas treinta muchachas bordan con la perfección y la rapidez de una máquina.

«El Delfín» y Jacinta recorren en visita la fábrica acompañados por el Director, que en estos momentos señala hacia el interior de la urna y dice:

Plano 105

DIRECTOR.– Y ya hemos llegado a la sección de la máquina que nunca se podrá superar: la máquina humana. Ya se pueden inventar máquinas. Nunca se inventará una que supere la perfección y el primor con que bordan estas muchachas.

Los tres miran hacia el otro lado del cristal, hacia las piezas de tela que salen de las manos de las muchachas. El Director señala hacia el tejido bordado.

Plano 106

Y precisamente bordan la remesa que tenemos que enviarle a su señor padre. En esta sección casi todo el año se trabaja para ustedes…

En estos momentos, un empleado interrumpe las palabras del Director, que se excusa con Juan y Jacinta.

DIRECTOR.– Si ustedes me lo permiten… Es sólo unos instantes. Enseguida estoy con ustedes… Señora…

Plano 107

Besa la mano a Jacinta y se aleja. Ésta se queda mirando a aquellas muchachas que bordan como autómatas. Alguna muchacha levanta la vista disimuladamente, y sin de-

jar su trabajo, mira hacia Jacinta. Hasta allí llega el ruido amortiguado del telar mecánico. «El Delfín» besa en el cuello a Jacinta y ésta se ríe.

Plano 108

JACINTA.– ¿Sabes de qué me río? De pensar en la cara que hubiera puesto tu madre si le entras por la puerta una nuera de éstas, que dice «diquiá luego» y «vuelve pronto y no me seas randa».

Juan, por toda respuesta, se aleja de ella, y medio oculto tras una columna, la llama con el dedo. Cuando Jacinta se acerca, la abraza y la besa, con el excitante de que aparezca el Director o de que alguna de las muchachas los vea.

JACINTA.– No sabía yo que los besos prohibidos sabían tan bien… Cuánto sabes… Otro…

Y siguen besándose. Entre beso y beso. Jacinta mira hacia las muchachas y dice:

JACINTA.– Pobres muchachas… matándose para ganar un jornal que no les da ni para vestirse. ¿Sabes lo que te digo? Que tenía razón Fortunata en vivir contigo por detrás de la iglesia: «Más vale ser mujer mala que máquina buena».

«El Delfín» también se ríe y esta risa la seguimos escuchando en:

Secuencia 44.–Sevilla. Habitación de Hotel.–Int. Día.

Plano 109

La Torre del Oro se refleja en el río. Es un día de sol y las aguas brillan iluminando la Torre, que se rompe en el cauce del río. Al entrar en la habitación del hotel por el balcón abierto, lo primero que vemos es:

Una bandeja repleta de pájaros fritos sobre la mesa de la habitación del hotel. A uno y otro lado, Juan y Jacinta. Ésta desgarra la pechuga de un pájaro y se la ofrece a su marido.

JACINTA.– Mira qué pechuga tan rica. Para mi Delfín.

Juan termina de apurar el vaso de vino, toma la pechuga, la mira y sigue hablando con la voz exaltada por el vino. Jacinta se sirve vino y también bebe. Están los dos algo borrachos y hablan con sinceridad, casi sin escucharse el uno al otro.

JUAN.– Jacinta, yo deshonré a Fortunata… Fortunata tenía las manos bastas y el corazón lleno de inocencia…

Jacinta vuelve a coger otro pájaro y lo mira mientras habla.

Plano 110

JACINTA.– Pobre ángel… La infeliz estaría tan contenta, posada en su rama, encelando con su canto a su pájaro, y en vez de llegar su amor, llegó un cazador y le pegó un tiro como tú a Fortunata.

JUAN.– Fortunata criaba los palomos a sus pechos. Se los metía en el seno y les daba de comer y beber con su propia boca… Y si vieras tú que seno tan bonito.

Seguimos escuchando las palabras de Juan sobre:

Secuencia 45.–Mercado de San Miguel. Int. Día.

Una escena de amor en el puesto del mercado de San Miguel; Fortunata y Juan debajo de las jaulas de palomas y tórtolas, tumbados sobre un lecho de plumas.

Plano 111

JUAN *(off).*– Lo único feo eran los rasguños que le hacían los palomos con los garfios de sus patas… Yo la engañé diciéndole que me iba a casar con ella, y después que me divertí, la dejé abandonada en mitad de la calle.

Plano 112

Cuando entran las mujeres a abrir los puestos, encuentran a los dos llenos de plumas. «El Delfín» se tapa la cara de vergüenza y se ríe. Las mujeres los señalan y arman un escándalo de risas y ruidos que hacen con los platillos de las balanzas golpeando sobre los mostradores. Pero Fortunata no se avergüenza ni se cohíbe. Abraza a Juan y lo besa repetidamente delante de todas, que aumentan la algarabía de golpes.

Plano 113

FORTUNATA.– ¿Qué pasa? ¿Os da envidia? ¡Lo beso donde quiero, porque soy suya, y él es mío!

Se golpea en el pecho para dar más fuerza a sus palabras. Lo besa de nuevo, cada vez con más pasión.

FORTUNATA.– ¿Queréis verlo otra vez? Seguir, seguir, con vuestra murga… ¡Envidiosas!

Y lo abraza otra vez, ante la actitud avergonzada y pasiva de «El Delfín».

Secuencia 46.–Habitación Hotel.–Int. Día.

Plano 114

Aún escuchando la algarabía formada en el mercado de San Miguel, pasamos de nuevo a la habitación, que tiene un aire de orgía alegre, las ropas de los dos tiradas descuidadamente. Jacinta se acerca a Juan y lo despierta dándole besos y éste se incorpora sobresaltado, mira a su mujer, se pasa las manos por la cara y la cabeza y dice en tono de alarma:

JUAN.– ¿Qué te conté anoche? Dije cosas que no vas a poder olvidar.

Plano 115.

Jacinta le acaricia la cara. Quiere tranquilizarlo.

JACINTA.– No dijiste nada malo. Todo lo contrario, tonto.

JUAN.– {no pienses más en ello}. Olvídate entonces, Jacinta. Yo no soy tan culpable como parezco. Cuando hay un naufragio, siempre hay alguien que se ahoga. Mi destino era salvarme de aquel naufragio, y contigo. El de Fortunata era otro.

JACINTA.– ¿Y nunca la volviste a ver?

JUAN.– Su tío me vino un día con el cuento de que estaba embarazada. Quería sacarme dinero.

JACINTA.– ¿Y estaba embarazada?

JUAN.– Bah… El tío se inventó eso para intentar explotarme. Después busqué a Fortunata por todas partes, pero parecía que se la había tragado la tierra.

Secuencia 47.–Estudio de Villalonga.–Int. Día.

Plano 116

Ver Est. Calle tras los Jerónimos.

Fortunata, sola, en el estudio de Villalonga. Está sentada al fondo, dando buches de agua a un palomo. Le acaricia la cabeza, las alas. Levanta los ojos y nos mira a todos muy fijamente desde la pantalla.

Fortunata está embarazada[13].

Delicias.

Secuencia 48.–Estación de Madrid.–Ext. Día.

Plano 117

Sólo pasada tren.

El tren llega a la estación de Madrid. En el andén, toda la familia está esperando la llegada de Juan y Jacinta. Y junto a la familia, Estupiñá, que parece el más emocionado.

Jacinta y Juan echan por la ventanilla regalos y más regalos.

Doña Bárbara no se cansa de besar a su hijo a y Jacinta, su nueva hija, como ella había soñado o mejor decidido desde hacía tiempo.

Al fin, Estupiñá es estrujado por «El Delfín» es un abrazo cariñoso. Por las mejillas del viejo resbalan unas lágrimas. Le ha traído como regalo un bastón cuyo puño es una cabeza de cotorra.

Secuencia 49.–Complejo Casa de los Santa Cruz.–Int. Noche.

{Día de Navidad. La Navidad en casa de los Santa Cruz está siempre celebrada con esplendor, porque a la fiesta del día se une otra fiesta casi mayor: el cumpleaños de «el Delfín».}

---

[13] Canto niños Guillermina.

Plano 118

En el salón principal de la casa está reunida toda la familia y numerosos amigos, escuchando el villancico que cantan un grupo de niños hospicianos, vestidos con uniformes limpios, pero pobres. Dirige el villancico doña Guillermina, la Santa, de la familia de los Santa Cruz, que se ha propuesto santificar su vida con obras de caridad. Ahora, su principal meta es levantar un caserón que sirva de hospicio a los niños que en estos momentos terminan de cantar el villancico.

Plano 119

Los asistentes aplauden levemente el esfuerzo de los niños y éstos se retiran hacia las habitaciones del servicio, acompañados por una doncella. La santa se dirige a un grupo formado por don Baldomero, Arnáiz, doña Bárbara y otros amigos de la casa.

DOÑA GUILLERMINA.– ¿Qué, qué os ha parecido?

Don Baldomero señala hacia los niños, que se alejan.

DON BALDOMERO.– ¿Y dónde vas a meter a toda esa familia como la sigas aumentando así?

DOÑA GUILLERMINA.– ¿No sabe que tengo el terreno y los planos para el nuevo hospicio y ya me están haciendo el vaciado? ¿Y sabe usted el sitio? Más abajo del que ocupa las Micaelas, esas que recogen y corrigen a las mujeres perdidas.

Arnáiz, padre de Jacinta, comenta:

ARNÁIZ.– Buen sitio para esos niños. Así, cuando sean mayores…

DOÑA BÁRBARA.– No digas barbaridades, cuñado…

GUILLERMINA.– No te preocupes, hija, ya estoy acostumbrado… Pero al final, todos terminan dando algo. A ver, señor marqués, ¿qué me da usted?

El aludido se disculpa.

MARQUÉS.– Hija de mi alma, yo no tengo ni un clavo, ni una astilla…

La santa ya no sigue escuchando y se dirige hacia otro de los reunidos[14].

GUILLERMINA.– ¿Y tú, hermano?

MORENO ISLA.– ¿Yo?

Se dirige a los demás.

No hagan ustedes caso a esta rata eclesiástica. Me está arruinando.–Voy a tener que irme a un pueblo, porque no me deja vivir.

En estos momentos entra Jacinta en el salón y la Santa escurre el bulto y se dirige hacia ella. La abraza.

---

[14] Asesinato de Prim. Próxima llegada de Amadeo. (Pág. 79 E. Almagro) «Cuando el rey venga, se acabó todo. Aquí no habrá más grito que el de ¡Viva el Rey! Etc…

Plano 119 A

GUILLERMINA.– ¿Dónde está tu marido? Que no se esconda, que no por eso se va a librar.

JACINTA.– Ahora mismo le saco lo que tenga. Descuida, Guillermina.

Plano 119 B

Jacinta abandona el salón y se dirige hacia sus habitaciones. En el vestidor está su marido. Se acerca a él y lo acaricia con mimo.

JACINTA.– ¿Vas a salir? Todos me preguntan por ti…

JUAN.– ¿Cómo voy a salir en una noche como ésta?

Plano 121

De pronto se separa de su mujer y le coge la mano que está sobre su pecho.

JUAN.– ¿Qué… qué buscas?

Jacinta levanta la mano en donde lleva la cartera que le ha quitado a Juan.

JACINTA.– Vaya… Yo quería sacarte la cartera sin que me sintieses…

JUAN.– ¿También ladrona? ¿Y eso?

JACINTA.– ¡Bah! Si no sé… Esto quien lo hace bien es Guillermina, que le saca a Moreno Isla las monedas del chaleco sin que él lo sienta…

En estos momentos alguien llama a la puerta y sin esperar respuesta entra Estupiñá. Jacinta sigue hablando con su marido, sin tener cuenta la llegada del viejo.

JACINTA.– ¿Te enfadarás si te quito este billete? ¿No te falta?

JUAN.– Toma lo que quieras. ¿Qué hay, Plácido? ¿Vienes a felicitarme otra vez?

Jacinta se dirige hacia la puerta.

JACINTA.– No me lo entretenga, Estupiñá.

Sale Jacinta y Estupiñá se acerca a «el Delfín» cerciorándose antes de que su mujer se ha alejado.

Plano 121–A

ESTUPIÑÁ.– No me atrevía a venir, pero…

Le da a Juan una carta abierta, que éste lee extrañado.

JUAN.– «Nuestro hijo se está muriendo. Fortunata.» ¿Quién te la ha dado?

ESTUPIÑÁ.– Ella, Fortunata.

«El Delfín» se guarda la carta y queda con los ojos fijos mirando el vacío.

Secuencia 50.–Casa Fortunata.–Int. Noche.

Fortunata está llorando, arrodillada ante la cuna del niño. Juárez el Negro, un tipo hosco y brutal, de unos cincuenta años, mira con indiferencia a Fortunata, que se vuelve al oír pasos en la escalera.

Plano 122

Entra Juan en la casa. El interior está casi a oscuras, iluminado tan sólo por la triste llama de un candil de aceite. Juárez el Negro se refugia en la oscuridad de un rincón. Fortunata estalla en un llanto desgarrador y se abraza a «el Delfín».

FORTUNATA.– Ha muerto nuestro niño, Juan… ha muerto…

Él la aprieta contra sí, se funden en un fuerte abrazo. Desde la calle les llega el ruido de las zambombas, panderetas y voces de borrachos que cantan villancicos. Desde la penumbra, Juárez el Negro los observa.

Plano 123

JUAN.– ¿Por qué no me has avisado antes?

FORTUNATA.– No sé, Juan, no sé…

Los dos se acercan a la cuna y miran al niño muerto. Juan vuelve a abrazarla.

JUAN.– Es terrible…

La aprieta más contra sí.

… Pero tengo que marcharme, Fortunata… Esta noche no puedo faltar… ¿Necesitas dinero?

Fortunata niega con la cabeza y llora silenciosamente, como un quejido animal. Juárez el Negro sale de la oscuridad al ver la negativa de ella.

Plano 124

JUAN.– No te preocupes por el entierro. Estupiñá lo arreglará todo. Mañana estaré aquí para el entierro.

Ella sigue afirmando con la cabeza, sin decir palabra. Juan la besa en la mejilla y sale de la casa. Tras él va Juárez el Negro.

Secuencia 51.–Escalera Casa Fortunata.–Int. noche.

Juárez el Negro alcanza «el Delfín» en la escalera y le agarra del brazo cuando le habla.

Plano 125

JUÁREZ EL NEGRO.– Oigame… ¿quién me asegura a mí que usted cumple su palabra?, ¿quién me asegura que al salir de aquí no vuelve usted a acordarse ni de la madre ni del hijo?

Juan hace un movimiento con el brazo y Juárez lo suelta.

Plano 126

JUAN.– ¿Y usted quién es?

JUÁREZ EL NEGRO.– Yo soy Juárez el Negro y le digo que aquí no hay ni para darle tierra al niño… Y si usted no vuelve, tendremos que ir a su casa a buscarlo… ¿Qué dirá su familia? ¿No será mejor arreglarlo aquí, ahora mismo?

Juan saca de la cartera todos los billetes que tiene y se los da. Las palabras de Juárez el Negro tienen un aire de chantaje y de velada amenaza.

JUAN.– Tome usted para los gastos. De todas maneras, por el entierro no se preocupe: yo lo arreglaré.

JUÁREZ EL NEGRO.– A usted le corresponde. Que yo sólo hice que ayudar a Fortunata cuando usted la dejó abandonada, y su tía se fue «pa» el cementerio.

Plano 127

Juan baja y Juárez vuelve hacia la casa al tiempo que sale Fortunata casi gritando:

FORTUNATA.– No le des dinero, Juan. No quiero dinero… No…

Pero Juárez le tapa la boca con la mano y no la deja casi respirar. Ella abre los ojos, como si fuera a ahogarse, mientras el Negro le habla con aliento.

JUÁREZ EL NEGRO.– Calla, calla… Tú eres peor que él… Te dejó preñada en la mitad de la calle… y nunca se ha acordado del santo de vuestro nombre… Y ahora, en vez de pedirle dinero, se lo darías tú si lo tuvieras.

Fortunata le muerde la mano y aún intenta llamar a Juan.

FORTUNATA.– ¡Juan…!

JUÁREZ EL NEGRO.– Si no te callas, te mato… ¿Me oyes? Te mato… Y ahora me voy. Y que venga él, porque a mí no me vuelves a ver en tu vida…

La suelta y se va escaleras abajo, dejando a Fortunata casi sin aire, sollozando en el quicio de la puerta.

Secuencia 52.–Calles de Madrid.–Ext. Día[15].

Plano 128

En la luz suave y blanca de un día de frío aún suenan las zambombas y las panderetas de la Navidad, tocadas por niños que llenan la calle. Pero los niños, a medida que los vamos viendo, dejan de sonar los instrumentos y miran con los ojos muy abiertos lo que pasa ante ellos.

Plano 129

Detrás de un coche mortuorio blanco, de lujo, con una urna de cristal que lleva dentro una cajita de terciopelo azul, va Fortunata, sola, seguida, por un coche engalanado que no utiliza.

---

[15] ¿Pasaje de la Alhambra?
¿Calle de San Cosme y San Damián?
¿Calle de Pozas?
¿Puente de Toledo?
¿Cementerio de San Isidro?

Los niños que ya están cerca de la iglesia dejan también de cantar villancicos cuando el coche mortuorio se acerca[16].

Secuencia 53.–Casa Fortunata.–Int. Día.

Plano 131

Junto a la cuna vacía[17] del niño está Juan, con la vista fija en el suelo y con una toquilla de recién nacido en las manos.

Llega Fortunata y «el Delfín», se levanta, pero no se atreve a acercarse a ella. Está claro que espera que reaccione primero Fortunata, que lo mira con los ojos aún llorosos, tristes.

Plano 131-132 A

JUAN.– No puede venir esta mañana…

Plano 133

Fortunata no hace caso de la disculpa, que no necesita. Se acerca a la cuna vacía y la señala con un movimiento de cabeza.

FORTUNATA.– ¿Te acordabas de él alguna vez? ¿Lo querías aún sin verlo?

JUAN.– Sí lo quería, Fortunata.

Ella se acerca a Juan y toma también la toquilla y se inclina en su hombro.

FORTUNATA.– ¿Viste cómo se parecía a ti? Era igual que tú, Juan.

JUAN.– Sí, era igual que yo…

FORTUNATA.– ¿Y lo hubieras querido mucho a mi niño si hubiera vivido?

Juan asiente con la cabeza y acaricia el cabello de Fortunata. Ella se separa y lo mira a los ojos.

Juan, Juan… Yo te daré otro niño al que querrás mucho, mucho… ¿Me quieres, Juan, me quieres?

JUAN.– Te quiero, Fortunata, te quiero.

Se besan entre lágrimas.

Secuencia 54.–Casa Fortunata.–Int. Noche.

Plano 134

Fortunata está en la cama, dormida. La cuna continúa en el mismo sitio, y en su cabecera, la toquilla que tuvo Juan en las manos.

---

[16] Los niños lo que hacen es jugar a la «hoguera de San Juan». No sé si aquí es corriente, pero sí en Levante, los niños saltan la hoguera.

[17] ¿En la casa o en la escalera?

Juan está en la puerta. *Plano 135*. Mira por última vez como despidiéndose sobresaltada. Mira a su alrededor.

Plano 134

FORTUNATA.– Juan… ¡Juan!

Tiene la certeza de que se ha marchado. Se sienta en la cama. Algo en la cuna le llama la atención. Allí hay sobre las sábanas, un buen fajo de billetes.

Secuencia 55.–Casa Fortunata. Int. Día.

Sobre la mesa hay un trozo de pan seco y una cebolla. Fortunata está sentada en un rincón, vestida de luto, acurrucada, con los ojos fuera de sus órbitas. Las mejillas sumidas, el cabello caído, la mirada quieta, fija en un punto, le dan aspecto de loca. De pronto levanta la vista al oír ruido en la escalera. Hace un esfuerzo para hablar.

Plano 136

FORTUNATA.– Don Plácido…

Plano 137

Por la puerta entreabierta aparece la cabeza de Estupiñá. Entra, y el olor es tan fuerte que instintivamente se tapa la nariz.

ESTUPIÑÁ.– Pero criatura, ¿qué haces aquí?

FORTUNATA.– Esperar al Delfín.

ESTUPIÑÁ.– ¿A Delfín? ¿Desde cuando lo esperas?

FORTUNATA.– Desde el día en que enterré a mi hijo.

ESTUPIÑÁ.– Desde hace más de quince días…

Fortunata se levanta con un esfuerzo y le da un hatillo a Estupiñá.

FORTUNATA.– Sí. Quiero que le dé esto. Y que le diga que me voy de Madrid. Ahora mismo. Que esté tranquilo.

Se va hacia la puerta, sale y desaparece escaleras abajo. Estupiñá mira lo que le ha dado. Es la toquilla del niño. El viejo la desenvuelve: dentro está el dinero que le dio a Fortunata «el Delfín».

Secuencia 56.–Complejo Casa de los Santa Cruz.–Int. Día.

Han pasado algunos años. Lo notamos en las características, en los rasgos físicos de algunos personajes: en Juan, en Jacinta y, sobre todo en los padres. Doña Bárbara y Don Baldomero.

Dormitorio Delfín–Jacinta.

Plano 138

«El Delfín» está enfermo, acostado en la cama de matrimonio, quejándose de la situación en que la enfermedad le ha puesto. Su madre, intenta calmarlo, consolarlo.

JUAN.– ¡Me aburro, me aburro de estar en cama!

DOÑA BÁRBARA.– Ten paciencia, hijo. Si fuera una enfermedad grave, ¿qué harías?

JUAN.– Pues pegarme un tiro, mamá. Yo no puedo aguantar esto. ¡Y me dices que tenga paciencia! Mañana mismo me echo a la calle.

DOÑA BÁRBARA.– Falta que te dejemos.

«El Delfín» se incorpora en la cama.

JUAN.– Al menos, reíros, contarme algo. Me aburro. ¿Dónde está Estupiñá? Que venga a distraerme un rato. ¿Dónde está mi mujer? ¡Jacinta!

Entra Jacinta muy agitada.

DOÑA BÁRBARA.– Hija, está insoportable. Aguántalo tú, que eres su mujer.

La madre sale y Jacinta se acerca a la cama y habla con tono de tierna reprimenda.

JACINTA.– Te quieres callar y no ser caprichoso… Están ocurriendo cosas muy graves. Viene de la calle tu amigo Villalonga y dice que el rey Amadeo se marcha… Y que se va a pronunciar la República…

Juan esconde la cabeza bajo las sábanas mientras habla.

JUAN.– Pues como el pronunciamiento no se produzca frente a mi balcón, y yo lo vea, me sigo aburriendo. {¿Dónde está ese sinvergüenza?}

Jacinta levanta el embozo de la cama.

JACINTA.– Aquí viene.

Vaya, otro al que no le interesa lo que ocurre, como a la Santa.

{VILLALONGA.– Vaya, a otro que no le interesa la política, como a tu tía Guillermina.}

Este nombre parece animar a Juan, que vuelve a incorporarse.

JUAN.– [¿Y qué dice mi tía Guillermina? Usted si que me divierte, dile que venga.]

Plano 139

Salón-Es uno de los salones de la casa, Guillermina, la Santa, está diciendo.

GUILLERMINA.– {que no estoy de acuerdo con tu amigo} Lo que sobran son políticos y lo que faltan son manos para trabajar. ¿De qué le sirve al niño para el que estoy haciendo este jersey que cambie el gobierno?

Plano 140

Los que le rodean la miran con cierta ironía.

De nada. Si yo no sigo haciendo punto y se lo acabo, el nuevo gobierno no le quitará el frío. Sigamos tejiendo.

Moreno Isla le contesta no de muy buen talante.

Plano 141

VILLALONGA.– Le advierto, que cuando las acciones bajan en situaciones como ésta, también las acciones de las santas bajan…

GUILLERMINA.– [Las acciones de Dios no bajan]

Mis acciones no bajan, hijo.

VILLALONGA.– Y en este país, ni las de los bandoleros, ni las de los santos. Porque los unos robando y los otros pidiendo, todos sois de la misma cepa.

La Santa endurece los ojos, se encoleriza.

Plano 142

GUILLERMINA.– Cállate, ateo, masón… Compararme con un bandido… bandidos vosotros, que queréis lo peor para el país…

Plano 142 A

[***añadido*** ARNÁIZ.– Lo que tenéis que llevar cuidado es con el dinero. Yo no sé si será santa o bandolero, pero saca el dinero sin notarlo. ¿Qué te parece, Baldomero?]

Plano 142 B

[BALDOMERO.– Ya estoy acostumbrado.]

<***tachado*** MORENO ISLA.– El caso es, hermana, que no me sacas ya ni un céntimo. Jamás, jamás me dejaré engañar por ti.

GUILLERMINA.– Te pareces a Prim con tantos jamases. Y mira al pobre cómo le fue… Jamás a los Borbones, pues toma un tiro.> Moreno Isla mira con desprecio a la Santa y no le hace caso. El Marqués interviene.

Plano 143

MARQUÉS.– Su equivocación fue imponernos un rey extranjero, que ya se ha dado cuenta que no lo podíamos ni tragar. Lo malo es que eso nos va a traer la República.

Plano 143 A

MORENO ISLA.– A ver si así comenzamos a civilizarnos.

[Dormitorio de Delfín-Jacinta]
En el dormitorio del joven matrimonio

Plano 144

Jacinta está sobre la cama. Su marido la tiene agarrada y con el filo de la mano abierta simula que le corta el cuello mientras ella ríe y se estremece.

JUAN.– … y como no sabes divertirme, te martirizo, te corto el cuello…

Le clava el índice en el costado.

… te pincho, te hago rodajas…

Vuelve a simular que le corta con la mano la cintura, los brazos, las piernas, sin que ella deje de reír y él de poner a cada momento más cara de ogro, de verdugo. Entra en estos momentos doña Bárbara, que se sorprende al ver el espectáculo que realizan sus dos hijos.

DOÑA BÁRBARA.– ¿Pero qué hacéis? ¡Santo cielo, qué niños!... ¿No os da vergüenza?

Jacinta sí parece tenerla, porque salta de la cama y se tapa la cara con las manos, sonrojada y sin poder dejar de reír.

JUAN.– ¿Quieres que te lo haga a ti, mamá? Es la única manera de divertirme.

DOÑA BÁRBARA.– No digas tonterías… toma. Diviértete con estos folletines. Los ha traído el infeliz de Sagrario.

«El Delfín» parece alegrarse al oír este nombre.

Plano 145

[DOÑA BÁRBARA.– ¿No querías divertirte? Pues ahí esta Ido del Sagrario que viene a vendernos los folletines.]

<JUAN.– ¿Está aquí Ido del Sagrario? Y cómo no le habéis dicho que suba? Di que lo hagan subir, mamá.

DOÑA BÁRBARA.– Estás loco, hijo. ¿Cómo voy a decirle que suba?

JUAN.– {El que está loco es él.> Anda, date prisa, mamá, que no quiero que se marche.

Aún le grita mientras la madre sale de mala gana.

¡Y que vayan preparando unas chuletas!

Luego se dirige a su mujer y le habla en tono divertido, escapándosele la risa de vez en cuando.

JUAN.– Es un pobre tarambana… de joven escribía folletines de condes y marquesas, y de tanto escribir y no comer más que judías, se le hizo agua el cerebro. Ahora, cuando toma carne, le da el ataque <(de celos)> Hace años que recorre las casas vendiendo estos folletines.

Plano 146

Se oyen pasos al otro lado de la puerta y Juan hace una seña a su mujer para que guarde silencio. En la puerta aparece Ido del Sagrario, y tras él doña Bárbara y don Baldomero. En la puerta quedan algunas doncellas, que no quieren perderse el espectáculo. Comienzan ya las risas contenidas. El recién llegado hace una reverencia antes de entrar.

IDO DEL SAGRARIO.– ¿Da usted su permiso, señor don Juan?

JUAN.– Pase, pase, señor del Sagrario. Está usted entre amigos.

IDO DEL SAGRARIO.– Muy atento, señor don Juan.

Comienza a enseñarle los folletines a «el Delfín».

¿Quiere usted *Mujeres Célebres o Mujeres de la Biblia? ¿Hijos del trabajo o Dioses del paganismo?*

JUAN.– Ya tengo aquí algunos, pero algo más tomaremos con que ilustrarnos. Siéntese usted…

Jacinta acerca una butaca sobre la que se sienta Ido. Don Baldomero le coge los folletines.

Plano 147

DON BALDOMERO.– ¿A ver, Sagrario, qué literatura traes este mes?

Juan continúa con su propósito.

JUAN.– ¿Ha comido usted, don Ido?

IDO DEL SAGRARIO.– Muy agradecido, sí señor.

Plano 148

JUAN.– ¿No se comería una chuletita?

Ido lo mira con los ojos muy abiertos, sorprendido.

Plano 149

IDO DEL SAGRARIO.– Perdóneme usted, señor Santa Cruz. ¿A qué llama una chuletita?, ¿por ventura es como un pedazo de carne con un rabito de hueso…?

Juan evita la risa y dice con seriedad contenida.

Plano 150

JUAN.– Justo. Llamaré para que se las traigan.

Plano 151

IDO DEL SAGRARIO.– No se moleste. Que me traigan tres. Agradecidísimo… He comido, pero sería una falta desairar…

Plano 152

Una doncella está tras la puerta con las chuletas preparadas. Otra pone una mesita delante del buen hombre. Ido mira el plato con verdadera ansia. Coge una chuleta y come sin masticar, lo que hace que las risas contenidas se desborden. Sólo Jacinta parece sufrir con lo que está viendo. Pero Juan ahonda más el dedo en la llaga.

Plano 155

JUAN.– Observo, querido don José, que no mastica usted lo que come.

Plano 156

IDO DEL SAGRARIO.– Ah, ¿le interesa a usted que mastique? Es que así me sientan mejor.

Plano 156 A

Todos ríen con carcajadas más o menos disimuladas. «El Delfín» sigue dirigiendo a su manera el espectáculo.

Plano 157

JUAN.– Aquí donde lo ven ustedes, que es más feo que adrede, se tiene una mujer que no se la merece. Una célebre hermosura.

Los estragos de la carne comienzan a notarse en Ido del Sagrario, que habla ya como un alucinado.

Plano 158

IDO DEL SAGRARIO.– Por fuera nada más… Un sepulcro blanqueado… ¿De qué sirve tener de mujer a la Venus de Médicis si usted descubre que tiene citas misteriosas con un duque, un grande de España? Pero yo haré justicia, los cogeré in fraganti y mostraré mis manos llenas de la sangre de los adúlteros y diré a todos:

La voz de Ido se exalta poco a poco.

«Aprended de mí, maridos. Ved estas manos justicieras teñidas de sangre de la adúltera, vedlas y besadlas». Y todos los maridos vendrán a besarlas… Todos los maridos engañados… Porque hay tantos, tantísimos…

Se deja caer sobre el respaldo de la butaca como si estuviera extenuado, deshecho. Jacinta se acerca a él. Parece realmente preocupada.

Plano 159 A

JACINTA.– ¿Le pasa a usted algo, Sagrario? Venga conmigo.

DOÑA BÁRBARA.– Sácalo de aquí.

DON BALDOMERO.– Tome, tome usted sus folletines, Sagrario.

Ido sonríe con beatitud, como recién salido de un trance o de una aparición. Se levanta, hace una torpe reverencia y sale tras Jacinta, que lo lleva.

Plano 160

Vestidor

El vestidor en donde una gran cantidad de armarios se alinean.

JACINTA.– Venga conmigo, señor Ido. Le daré unas ropas para usted y para su esposa.

IDO DEL SAGRARIO.– Señora, usted es una santa, pero más me convendría ropas de niño, porque tengo cinco que vestir.

JACINTA.– Ya sabe usted que yo no tengo hijos.

IDO DEL SAGRARIO.– Y si la señora no tiene hijos, para quién guarda Dios los hijos… Muy sabio es Dios, pero yo no le paso ciertas cosas.

JACINTA.– Hay que resignarse, porque Dios es Dios. Usted con los suyos, y yo sin ninguno…

Plano 161

Jacinta, mientras habla, saca ropa vieja del armario, ropas de hombre y mujer, no de niño.

Ido del Sagrario se acerca más a Jacinta y le habla como si le contara un secreto.

IDO DEL SAGRARIO.– Si yo me atreviera, señora…

Jacinta se separa un poco asustada, peor procurando no ofender al pobre hombre.

JACINTA.– Atreverse, ¿a qué?

IDO DEL SAGRARIO.– A decirle una cosa… Que tiene usted hijos… Mejor dicho, un hijo. Y mejor dicho todavía: el hijo es del señorito Juan Santa Cruz… y lo tuvo con Fortunata.

Jacinta, ahora sí que está realmente asustada.

JACINTA.– ¿Qué dice usted, loco?

IDO DEL SAGRARIO.– El Santísimo Evangelio.

JACINTA.– Salga usted de aquí ahora mismo…

Plano 162

IDO DEL SAGRARIO.– Señora, vive en mi casa de vecindad.

JACINTA.– Váyase de aquí… y no vuelva más… loco.

Y empuja al pobre Ido y lo echa fuera de la habitación. Cuando se ha marchado el infeliz loco, Jacinta no puede retener las lágrimas y solloza contra uno de los armarios. Entra Guillermina, la Santa, sin pedir permiso.

Plano 163

GUILLERMINA.– Pero Jacinta… ¿qué te pasa?, ¿tanto te ha afectado la locura de ese pobre hombre? Eres muy impresionable, hija. Si lo vieras en su barrio, y en su casa, otra cosa pensarías. Gentes sin escrúpulos, Jacinta, te lo digo yo, que los conozco bien…

Pero Jacinta no puede retener más su pena y se abraza llorando a su tía, que la recibe sorprendida entre los brazos.

–Mira el Río Alta o Calle del Carnero–

Secuencia 56 A.–Patio Vecindad Calle Miralrío.–Ext. Día.

Plano 164

En el patio hay casi un centenar de niños jugando, revolcándose por la tierra, chillando. Desde una de las galerías de madera Ido del Sagrario señala con el dedo hacia los niños y les dice a Jacinta y a la Santa.

IDO DEL SAGRARIO.– Ese es el Pitusín, el hijo del señorito Santa Cruz…

GUILLERMINA.– Ése, ése… ¿Pero cuál? Porque son todos iguales…

JACINTA.– Mejor es que bajemos y lo veamos de cerca… Yo tampoco sé cual dice usted, señor Sagrario.

GUILLERMINA.– Anda, Sagrario, baja y súbelo.

Ido desciende al patio y se abre paso entre los chavales que juegan, hasta llegar a uno de unos tres años, desgreñado, sucio, con la ropa llena de agujeros. Lo levanta por las axilas y se lo enseña a las señoras.

Plano 166

IDO DEL SAGRARIO.– ¡Éste es, señorita doña Jacinta!

Guillermina dice por lo bajo:

GUILLERMINA.– Ése o cualquiera… veremos que estafa nos prepara el tal Ido…

Plano 167 A Pitusín

Se vuelve a Jacinta, que mira absorta al niño, como si quisiera ver en él al mismísimo Delfín en la infancia.

Plano 167

<***tachado*** Te digo una cosa: todo lo que le saque de menos, me lo guardo yo para mi orfanato… Si quieres un hijo, lo pagas.>

Plano 168

Ido y Pitusín.

[***añadido*** Mira que pedir dinero por un niño. Te digo una cosa: no pienso dejar que pagues lo que te pida: lo que saque me lo quedo para mi orfelinato… si quieres un hijo, lo pagas. Ellos deberían dar dinero por sacarlo de aquí.]

–M. Romántico–

Secuencia 56 B.–Casa Guillermina. –Int. Día.

Jacinta, la Santa y doña Bárbara bañan al Pitusín a viva fuerza. Un sol de primavera entra por el balcón, y pide al cuerpo bañarse, pero el niño, que ha visto pocas veces el agua, se resiste. Salpica a las tres mujeres, que chillan y gritan y sujetan al pequeño en una escena entre irónica y tierna.

Plano 169

PITUSÍN.– Que me estáis arañando, tiorras…

DOÑA BÁRBARA.– Vaya lenguaje… qué educación... ¿y tú crees que Baldomero se va a tragar que éste es su nieto?

GUILLERMINA.– La lengua, la lengua hay que restregarle a esta fiera, que es lo que más sucio tiene.

Jacinta sólo sabe reír. Al fin ha encontrado un hijo. Mientras le lava, le acaricia el pelo.

PITUSÍN.– Quiero irme a mi casa… dejarme quieto, púas…

El niño les echa agua y se defiende, desnudo entre las tres mujeres.

Plano 170

GUILLERMINA.– ¡Deja de moverte, Pitusín!

DOÑA BÁRBARA.– Pitusín… qué nombre… así no le podemos llamar… estoy temblando de lo que va a decir mi marido… y el tuyo… *Plano 171.* Pero Jacinta únicamente tiene ojos para ese niño que se les escapa de las manos a cada momento, llenando el suelo de jabón y agua.

–M. Romántico–

Secuencia 56 C.–Casa Santa Cruz.–Int. Día.

Plano 172

«El Delfín» se ríe a carcajadas. Mira frente a él, vuelve a reír de nuevo. En su dormitorio están Jacinta, doña Bárbara, don Baldomero y la Santa. Y en medio de ellos, el Pitusín, vestido de marinero, con una gorra que lleva la inscripción de «Numancia».

Plano 173

Todos miran muy consternados a Juan, con una expresión enfurruñada y perpleja.

Plano 174

JUAN.– No sabía yo que ese loco de Ido era tan sinvergüenza… Pues habéis salido bien, porque os podría haber sacado los tuétanos… ¿Cuánto has dicho que has pagado?

Doña Bárbara se adelanta y se encara con su hijo.

Plano 175

DOÑA BÁRBARA.– ¿Y cómo sabes que el niño no es tuyo?

Plano 176

JUAN.– Pasa, Estupiñá. No te quedes escuchando detrás de la puerta. Dile a la señora qué día enterramos al niño.

Entra Estupiñá, algo corrido, con la cabeza baja.

Plano 177

ESTUPIÑÁ.– El día de Navidad del año pasado. Yo mismo me encargué de comprarle una cajita azul, la mejor que había, por mandato de «el Delfín»…

Plano 178

Jacinta coge al niño, que no entiende nada de lo que está ocurriendo.

Plano 179

GUILLERMINA.– A mí me la iba a dar esa bestia. Yo siempre supe que esto era un timo.

DON BALDOMERO.– Bueno, asunto concluido. ¿Y ahora qué se hace con el niño?

JUAN.– Pues devolverlo a Ido. Y a ver si le sacáis el dinero, si no se lo ha gastado ya en chuletas…

GUILLERMINA.– De ninguna manera. El niño no vuelve a caer en aquellas manos. Me lo llevo a mi hospicio y vosotros os cuidáis de su manutención. En Navidades volverá siempre aquí. Es como si lo tuvierais en casa.

Plano 180

Jacinta abraza más fuerte al niño y éste le dice:

PITUSÍN.– Mamá Jacinta, ¿ya no soy el Delfín?

Doña Bárbara se acerca a Jacinta y quiere coger al niño, pero éste se resiste:

PITUSÍN.– Déjame quieto, tiorra, púa…

Estupiñá se acerca y echa una mano a doña Bárbara y entre los dos sacan al niño.

PITUSÍN.– ¡Quiero irme con mi tío Sagrario, puño! ¡Que me hacéis daño púas!..

Plano 181

Don Baldomero le hace una seña a Guillermina y salen también, dejando solos a Juan y Jacinta. Éste la llama desde la cama.

JUAN.– Jacinta… Ven aquí.

Su mujer se acerca y se sienta en la cabecera.

Tus sentimientos son de ángel, pero te han engañado, te han dado un soberbio timo… si desde el principio hubieras hablado conmigo…

Hace que se recueste a su lado. La mima, le pasa la mano por la cara, por la cabeza.

Sólo tú, que eres la misma inocencia, puedes caer en una trampa como ésta… Yo tenía que haberte contado antes lo del hijo que tuve con Fortunata, pero no me atreví, lo vi inútil… Ahora ha llegado el momento de contártelo…

–La Zarzuela–

Secuencia 57.–Palacio de la Ópera.–Palco Santa Cruz.–Int. Cantante.

Plano 182

Noche de ópera en el Real. Han pasado dos años desde que murió el niño de Fortunata y «el Delfín».

Plano 182 A

En el palco propiedad de los Santa Cruz está toda la familia. Doña Bárbara, Jacinta y la Santa, en primera fila. Detrás, sentados, el padre de Jacinta y el de Juan. El brillo de las joyas, las ropas, los cortinajes, los adornos del palco y la composición de la familia, forman un cuadro de la sociedad adinerada de la época.

Todos siguen con más o menos interés el espectáculo. «El Delfín» está detrás, de pie, y es evidente que se siente muy a gusto.

Plano 183

La puerta del palco se abre y aparece Villalonga, que le hace una seña a Juan para que se acerque. Éste pasa al antepalco y allí hablan en voz baja.

Plano 184

VILLALONGA.– ¿Sabes quién está aquí?

JUAN.– ¿Aquí? ¿Dónde?

Y Juan mira a su alrededor.

VILLALONGA.– En Madrid.

Villalonga se acerca más al oído de su amigo.

VILLALONGA.– Fortunata.

«El Delfín» no puede evitar la sorpresa.

Plano 185

JUAN.– ¿Qué me dices¿ ¿Dónde la has visto?

VILLALONGA.– En el Nuevo Café.

JUAN.– ¿Qué habrá hecho en los dos años que ha faltado de Madrid?

VILLALONGA.– Seguro que ha estado en París, porque sin pasar por allí no se comprenden ciertas transformaciones.

Se alejan un poco más y se acercan a la puerta de salida del palco.

VILLALONGA.– Va elegantísima. Con vestido azul a todo plan. Abrigo de terciopelo con pieles y sombrero.

JUAN.– ¡Fortunata con sombrero!

Plano 186

La risa de «El Delfín» llama la atención a algunos de los del palco.

Plano 187

VILLALONGA.– No te rías. Cuando la veas te vas a quedar lelo.

JUAN.– ¿Cómo que cuando la vea? Ahora mismo vamos en su busca. Espera un momento.

Se acerca a Jacinta y le habla al oído. Juan se señala la cabeza, como indicando que no se encuentra bien. –Su mujer intenta levantarse con él, pero Juan la retiene.– Le da un beso en la mejilla y sale. Jacinta se le queda mirando con tristeza.

Plano 188

Juan, ya detrás de la cortina del antepalco, le echa el brazo sobre el hombro a Villalonga y le habla en tono jovial.

Plano 189

JUAN.– Vamos. ¿Dónde me has dicho que la viste?

[Le habla Villalonga del lugar donde cree que está Fortunata.]

Secuencia 59.–Café Cantante.–Int. Noche.

Plano 190

Es un local con todo el sabor de la época. Dos pisos de palcos cierran en herradura el café, cuyo centro está cubierto de mesas. Al fondo, un pequeño escenario con la embocadura trabajada en relieves dorados, en donde actúa en estos momentos una cupletista [Feliciana] cantando un cuplé alusivo a la caída de la República.

Plano 191

Es un palco del piso bajo, esos palcos reservados a los clientes de calidad o de dinero, está Fortunata acompañada por un tipo de unos cuarenta años, con barba y bigotes. Les acompaña otra pareja: Aurora, una mujer con aire afrancesado, elegante y sensual, y un señorito joven vestido a la moda.

Plano 192

Desde la penumbra de un palco alto «El Delfín» y su amigo y Villalonga los observan y comentan:

JUAN.– Qué cambiazo, Villa. No conociéndola da el pego. Parece una primera dama.

VILLALONGA.– Figúrate que yo anoche me decía: «Esa cara la conozco», pero no caía en quién era.

JUAN.– Y el tipo ese del puro, ¿quién es?

VILLALONGA.– Un catalán que trae armas de Inglaterra y las trafica con nuestro gobierno. Seguro que en la caída de la República ha jugado un papel muy importante. Se ve que Fortunata le sirve de gancho. Con ese escote…

El catalán le ha cogido ahora la mano a Fortunata y la besa en la mejilla. Juan sonríe. Señala hacia Aurora.

Plano 193

JUAN.– Y la otra. ¿qué vende?

VILLALONGA.– ¿No sabes quién es? Pues tu mujer la debe conocer bien. Es la modista de moda y a Jacinta seguro que la viste.

Plano 194

[Feliciana ha terminado de cantar y se sienta a la mesa de Fortunata.]

JUAN.– Vaya… Tampoco está mal. ¿eh? [¿y la que cantaba?]

VILLALONGA.– A esa no la conozco. Pero fíjate en Fortunata… qué escote… y cómo la miran todos…

Plano 195

No sé si me gusta más así o con los arañazos que le hacían los palomos. Pobre nena…

Su amigo se vuelve extrañado.

VILLALONGA.– ¿Pobre nena? ¡Bendita nena, diría yo!

Plano 196

Y Juan sonríe satisfecho, como si fuera el creador de aquella belleza que admira desde lejos.

–M. Romántico y Plaza del Cordón

Secuencia 60.–Complejo Casa Santa Cruz. Alcoba Jacinta. Int. Noche.

Plano 197 A

Jacinta, en la cama, se despierta, sobresaltada. Mira hacia el sitio que debía ocupar «el Delfín», pero está vacío. En el silencio de la noche comienza a oírse, lejano, el llanto de un niño. El sonido viene del balcón. Jacinta se levanta, separa los visillos y mira hacia la calle.

El gemido se escucha con mayor claridad. Y está más segura que en la calle hay un niño llorando cuando sale al balcón y presta atención al llanto.

Plaza vacía. Plano 198

Abandona el balcón. Agitada y nerviosa toma un abrigo y se lo echa sobre los hombros, saliendo del cuarto.

–Plaza del Cordón y Calle del Sacramento–

Secuencia 61.–Calle Casa de Santa Cruz.–Ext. noche.

Plano 199

La puerta de la casa-palacio de los Santa Cruz se abre en la noche y bajo el enorme portalón aparece la figura de Jacinta como una aparición, despeinada, ojerosa, con el borde del camisón asomando bajo el abrigo.

Da unos pasos indecisos por la calle intentando localizar el lugar de donde viene el gemido del niño. Al fin cree descubrir el sitio: una alcantarilla que hay frente a la casa. Hacia ella se dirige Jacinta, arrodillándose junto a la placa de hierro y pegando el oído a su superficie. El sonido es cada vez más claro. Aferra con sus dedos la tapadera en un vano intento por levantarla. Sus manos se crispan, su rostro se endurece por el esfuerzo. Pero todo es inútil. El quejido que sale del fondo de la tierra parece alejarse, hundirse, y Jacinta, desalentada, no puede asirlo.

Plano 200

El ruido de unos cascos de caballo y de unas ruedas contra el empedrado la hacen volver la cabeza. El coche para frente a la puerta y de él baja «el Delfín», que mira asombrado a su mujer.

JUAN.– ¿Pero qué haces ahí, Jacinta?

Ella corre hacia él y se refugia en sus brazos.

JACINTA.– Juan… Hay un niño ahogándose en la alcantarilla.

Plano 201

JUAN.– ¿Un niño? No digas locuras…

JACINTA.– Hay que sacarlo antes de que sea tarde… Ayúdame…

Plano 202

Y Jacinta, ante el desconcierto de su marido, vuelve a inclinarse sobre la boca cubierta de la alcantarilla y tira de la tapa.

JACINTA.– Hay que sacarlo antes de que sea tarde…

Juan, no creyéndose lo que ve, como si de una visión se tratara, se acerca a su mujer, se inclina a su lado y percibe con claridad un maullido de gato recién nacido. Coge las manos de Jacinta y la mira a los ojos.

JUAN.– Jacinta, cariño… es un gato. ¿No sientes como maulla?

JACINTA.– ¿Un gato…?

JUAN.– El barrio está lleno. Todas las noches tiran docenas a las alcantarillas… Anda, vamos a casa…

Jacinta lo mira aterrorizada, como si su marido se hubiera convertido de pronto en un asesino.

JACINTA.– ¡Es un niño!, ¡lo estoy oyendo llorar!

«El Delfín» la levanta, la toma por los hombros y la agita con violencia.

JUAN.– ¡Te he dicho que vamos a casa! ¿Me has oído bien? ¡A casa!

Jacinta parece despertar de pronto de un sueño, sus facciones se relajan, parece ver por primera vez a su marido. Después se abraza a él y solloza contra su pecho. Juan le acaricia la cabeza.

JUAN.– Cálmate, nena… perdóname…

Plano 203

Y cubriéndola con su capa la lleva hacia el portal de la casa. Antes de entrar, «el Delfín» mira de nuevo la boca del alcantarillado y desde su fondo le llega el maullido lejano, casi irreal, hasta que desaparece.

–Retiro, Jardín Botánico, Jardines de Sabatini, Plaza de Oriente, Plaza de Armería–

Secuencia 62.–Calle de Madrid.–Ext. Día.

Fortunata, tan elegantemente vestida como la última vez que la hemos visto, camina por la calle levantando piropos. Va alegre, provocativa, segura de sí misma.

Un coche de caballos la sigue de cerca sin que ella se aperciba. Al llegar a una placita, el coche se pone a su lado y de su interior sale una voz:

Plano 205

(Voz *off*) JUAN.– ¿Dónde vas, negra?

A Fortunata no le hace falta volverse para reconocerse la voz. Los ojos se le agrandan aún más por la sorpresa.

Plano 205 A

FORTUNATA.– ¡Delfín…!

Plano 206

No se atreve ni a volverse por la emoción que pueda sentir al encontrarse cara a cara con Juan. Lo ve en el interior, medio oculto por la penumbra. Luego sube al coche, abraza a Juan y lo besa por toda la cara.

Plano 207

JUAN.– ¿No me guardas rencor porque no fui a verte después de lo del niño?

FORTUNATA.– ¿Yo? ¿quién se acuerda ya de aquello?

Plano 208

Sabía que te encontraría… me lo daba el corazón… qué guapo estás…

Plano 209 Ext. Puente-Estatuas.

Y comienza a besarlo otra vez.

JUAN.– Que no me dejas respirar… que nos están viendo…

Plano 210

FORTUNATA.– Y qué importa… Lo que importa es que ya te tengo… y ahora no te me escapas…

Plano 211

Y mientras el coche recorre la calle, lo sigue acariciando y besando. Y las gentes se vuelven para mirarlos con escándalo.

Plano 212

Estatuas, gente.
–ver Pertegaz y otras boutiques–

Secuencia 63.–Casa Aurora[18]*.–Int. noche.*

En una habitación arreglada con gusto, a la última moda de la época, sobre una cama, están Fortunata y «el Delfín». Parece que vivieran de nuevo su primera relación amorosa. Están felices, relajados, riéndose.

Plano. 213

JUAN.– Oye, Fortunata, ¿las armas que vende ese catalán, funcionan? ¿O es una estafa que hace a nuestro gobierno?

FORTUNATA.– No lo sé. A lo mejor funcionan. ¿Por qué me lo preguntas?

Juan se incorpora y apunta a Fortunata con el dedo índice.

JUAN.– Porque ese tipo es capaz de pegarse un tiro.

Fortunata le coge la mano y se la besa, se acaricia con ella las mejillas mientras dice:

FORTUNATA.– Mientras sea por estar contigo, a mí qué más me da. A lo mejor es eso lo que ando buscando: que me peguen un tiro.

Plano 214

Ahora se incorpora ella y se sienta en la cama.

FORTUNATA.– Si vieras la cara de asesino que pone siempre que llego tarde… Me dice… ¿tú sabes lo que es la venganza catalana? Pues ojo, porque a lo mejor te enteras cuando ya no hay remedio. Y me pone una cara… Los dos ríen de la imitación que hace Fortunata del catalán. Se oyen unos golpes en la puerta y entra Aurora.

---

[18] Más intervención de Aurora.

Plano 215

AURORA.– Tórtolos, levantar el vuelo, que ya es hora, Fortunata, hija, tu amo debe de estar esperándote hecho una furia.

Plano 216

Los dos vuelven a reír, y Juan, mientras Fortunata se levanta, mira a Aurora, y ésta a él. Hay una extraña complicidad en esas miradas. Aurora sonríe con cierta superioridad, pero su gesto no deja de ser insinuante. Vuelve a hablar.

Plano 217

AURORA.– Quien ama el peligro, perecerá en él. Por los dos lo digo. Y por mí, como siga haciendo de Celestina.

Sale Aurora, «el Delfín» también se levanta.

Plano 218

JUAN.– Fortunata, ¿el catalán sabe que tú sueles venir aquí, a casa de Aurora?

FORTUNATA.– Sí. Me he buscado la excusa de que tengo miedo de quedarme sola en casa, y como él llega muy tarde por eso de los negocios, me deja salir con ella.

«El Delfín» parece satisfecho y contesta mientras se mira al espejo y se peina.

JUAN.– Me alegro que estés con Aurora, ¿qué tal se porta contigo?

FORTUNATA.– Mientras siga con el catalán y vistiendo como una señora, de perlas.

De una vuelta, haciendo volar la falda de la enagua ricamente bordada.

¿Qué te parece? Cualquiera me iba a decir a mi que algún día… ¿Te acuerdas cuando me conociste? Parecía un mono… pero ahora…

La ingenuidad y la gracia con que habla Fortunata la hacen mucho más atractiva. Los dos se abrazan en el centro de la habitación, riendo, ella nerviosa, él, acariciándole las espaldas desnudas.

Secuencia 64.–Casa Santa Cruz.–Dormitorio Juan-Jacinta. Int. noche.[19]

Plano 219

La alcoba del matrimonio Santa Cruz está con la luz encendida a pesar de lo avanzado de la madrugada. La puerta se abre en silencio, con cuidado, y entra Juan Santa Cruz, que permanece unos instantes bajo el quicio mirando a su mujer. Ésta, vestida con traje de calle, sentada en una butaca, le mira también. «El Delfín», se acerca a ella mientras dice:

JUAN.– ¿Pasa algo, Jacinta?

Se inclina para besar a su mujer, pero Jacinta se aparta, separándolo con las manos.

---

[19] Pensar eliminarla. Fuera.

JACINTA.– Déjame… no me toques…
Juan se encoge de hombros.
JUAN.– Como quieras…
Y comienza a desnudarse.
JACINTA.– Sé donde has estado esta noche.
JUAN.– Ah, ¿sí?

Plano 220

La actitud de Juan irrita más a Jacinta.

JACINTA.– Y otras noches. Ha venido un tipo, un catalán, y me ha dicho con quién estabas. Con Fortunata…

Juan no puede negarlo y apela al cinismo, a la falsa sinceridad.

JUAN.– Está bien. Es cierto. He estado con Fortunata. A qué negarlo…

JACINTA.– Y tienes el descaro de…

Plano 221

Su marido no la deja seguir hablando. Vuelve a su lado y le habla en tono que quiere ser convincente.

JUAN.– Podría decirte que no es cierto… no sería difícil convencerte. Negarlo delante de ese catalán y aún ante Fortunata misma… pero no es lo que tú piensas, Jacinta, nena…

JACINTA.– No me llames nena… Déjame…

JUAN.– Entonces, no tengo nada más que decirte.

Y «el Delfín» se aleja de ella y continúa desnudándose. Jacinta ya no puede reprimir más su auténtico estado de ánimo y se cubre la cara con las manos en un gesto desesperado. Juan la levanta de la butaca.

JUAN.– Nena, cariño… Es verdad todo, pero déjame explicarte… si continúas así no llegaremos a entendernos…

Comienza a desabrocharle los botones de la espalda.

Primero nos acostamos… y en la cama te explicaré toda la verdad, que no es la que te han contado, ni mucho menos…

Y Jacinta, deseosa de ser convencida, se deja desnudar a los pies de la cama, se deja acariciar bajo las palabras de «el Delfín», que ya tienen tal tono de sinceridad que hasta él mismo parece convencido de lo que dice.

–Conservatorio de San Bernardo–

Secuencia 65.–Casa Catalán–Fortunata.–Int. Día

Fortunata llega a la casa en donde vive con el catalán. Toma aliento, mete la llave en la puerta, la gira, abre y entra de puntillas. Se vuelve para cerrar y en ese mo-

mento recibe un tremendo manotazo por la espalda que la hace rodar por el suelo. *(Entrada, salón).*

Plano 222

Todavía no ha podido reaccionar, cuando la cogen por el pelo y la arrastran hacia la habitación interior. Y allí, en el más absoluto silencio, sin decir una sola palabra y sin ella decir «ay», el catalán le da a Fortunata una paliza terrible.

Plano 223 (escalera)

Se ensaña con ella. La pega hasta que Fortunata cae de nuevo al suelo, pero la vuelve a levantar. Se miran en silencio, como la víctima y el verdugo.

La echa sobre la cama y con una almohada le tapa la cara hasta que Fortunata está a punto de ahogarse. Jadean los dos. Ella no da ni un solo grito. Se protege como una bestia, porque quiere vivir, necesita seguir viviendo para volver a ver a «el Delfín».

Plano 224

El catalán vuelve a golpearla. (Dormitorio).

–Plaza de la Marina Española– Plaza y calle de la Encarnación. Casa Plaza Ramales–

Secuencia 66.–Calle casa catalán.–Ext. Día.

Plano 225

Balcones de la casa del catalán. Por ellos vemos salir volando hacia la calle un abrigo y después unos vestidos.

Al caer sobre la calle, vemos que toda la parte que da a los balcones está llena de zapatos esparcidos y ropas de mujer. Fortunata, con la cara desfigurada por los golpes, llena de restregones de sangre, está recogiendo las prendas de más valor.

Plano 226

Sobre ella cae un puñado de joyas. Un collar se deshace en el suelo y sus cuentas ruedan por el empedrado. Fortunata, ante la mirada perpleja de la gente, sigue recogiendo las prendas y las joyas esparcidas en la calzada.

Plano 227

Desde el balcón vuelan ahora unas medias, un liguero, un corsé de Fortunata.

–Calles Museo del Ejército, Calle de Pozas–

Secuencia 67.–Calles de Madrid.–Ext. Día[20].

[20] Fuera. Sustituir por Casa de Aurora.

Plano 228

Fortunata va por la calle con el fardo de ropa entre los brazos.

Plano 229

Se para ante un espejo ovalado que hay a la puerta de un café. Se mira en él. A su ya desfigurado rostro se agrega la imagen del espejo, que la convierte en un monstruo.

Plano 231

Más adelante se mira en otro espejo de superficie normal, que le devuelve su verdadera imagen, su rostro tumefacto por los golpes que le diera el catalán. Se pasa la mano por la boca, por los ojos, y habla en voz baja, diciéndole a su imagen reflejada:

Plano 230

FORTUNATA.– Qué fea estoy… tendré que esconderme unos días… no quiero que «el Delfín» me vea así…

Facultad de San Carlos.

Secuencia 68.–Monte de Piedad.–Int. Día.

Plano 231. Cámara subiendo escaleras

Han pasado unos días y Fortunata tiene el rostro menos desfigurado, pero todavía le quedan huellas visibles de la paliza recibida.

Plano 232

Está en una de las salas de empeño. En la cola que hay frente a la ventanilla las gentes que la forman conservan un tono de dignidad entre ruborizada y patética.

Plano 233

Fortunata lleva en el brazo un abrigo, un vestido lujoso y un paquetito con las joyas. Cuando le ha llegado su turno, después de entregar todos estos objetos y recibir el dinero, que le parece poco, se quita las joyas puestas y las entrega también: unos pendientes, un collar, una sortija.

–Estudio–[21].

Secuencia 69.–Buhardilla Feliciano.–Int. Día.

---

[21] Folio tachado.

La buhardilla en donde vive Feliciana es pobre, pero arreglada con cierta gracia, limpia, casi confortable.

Fortunata, pobre, abatida, ha ido a buscar la caridad de su amiga. Esta le habla con sinceridad, más aún con desparpajo, en un tono llano y popular.

Plano 234

FELICIANA.– Que dejaras a Juárez el Negro, que era un salvaje, lo entiendo. Pero al catalán, que según tú dices te tenía como a una reina, no. Hay hombres y hombres.

Plano 235

FORTUNATA.– Para mí sólo hay dos clases de hombres: «El Delfín» y los otros. Fuera de él, todos me dan igual.

Feliciana hace un leve gesto de desesperación.

Plano 236

FELICIANA.– Y él lo sabe y así te deja y te coge como a un trapo. ¿A que no ha hecho por verte desde que estás sola?

Fortunata niega con la cabeza. Su amiga pasea por la reducida buhardilla y habla como si pronunciara un discurso.

Feliciana[22]. Los tíos… ¡y no escarmentamos!… todos son iguales… todos lo hacen contra la pared.

FORTUNATA.– ¡Jesús, qué cosas dices! Me dijo Aurora que había vuelto con su mujer.

Plano 237

Fortunata ha dicho esto con un poco de vergüenza.

Plano 238

FELICIANA.– Y a costa de tu barullo están viviendo su segunda luna de miel. No te digo… Y tu amiga Aurora, que estaba a partir un piñón contigo cuando el catalán se dejaba sus buenos billetes en la tienda, ¿qué dice ahora?

FORTUNATA.– Quería que me quedase con ella, pero no es de nuestra clase. Quería que saliera con esas gentes de dinero con quien va ella. Tú ya me entiendes.

Plano 239

FELICIANA.– Claro, estando «El Delfín» por medio, a ser honrada y fiel hasta que vuelvas. Y mientras el señorito Santa Cruz no vuelva, ¿tú qué vas a hacer?

Feliciana[23] da un trago de aguardiente.

---

[22] Folio tachado.

[23] Folio tachado.

FORTUNATA.– A eso he venido: a que me recojas en tu casa.

Su amiga menea la cabeza y le ofrece el vaso a Fortunata.

FELICIANA.– Me lo imaginaba… Anda, bebe un trago. ¿No tienes cuajo para volver a la Cava de San Miguel?

Plano 240

Bebe un trago y hace un gesto desagradable. Mete el dedo en el vaso, lo moja de aguardiente y se lo lleva luego a una de las heridas que aún le quedan sin curar del todo.

FORTUNATA.– Desde que murió mi niño, la casa sola se me cae encima.

FELICIANA.– Oye, podías haber venido un poquito antes, cuando todavía te quedaban un par de abrigos de pieles…

Fortunata no levanta la cabeza. Su amiga le toma el vaso y bebe de nuevo. Después, le revuelve el pelo con la mano en un gesto de cariño.

FELICIANA.– No me hagas caso. Era por echarlo a broma.

Fortunata está a punto de llorar.

FELICIANA[24].– Oye, oye, a mí no te me pongas tierna, que yo también tengo fácil el lagrimal. {añadido desde que ya no pito como cantante lloro por cualquier cosa…}

FORTUNATA.– Gracias, Feliciana…

FELICIANA.– Te quedarás aquí y nos arreglaremos como podamos. Pondremos aquí una cortina y tu duermes al otro lado.–Cuando venga mi novio, que estudia farmacia, y que también es un señorito como Santa Cruz, pero menos, te sales a dar un paseíto…

Fortunata sonríe a las palabras de su amiga. Ahora es ella la que le coge el vaso y le da un buen trago.

No te preocupes, que no te tendremos mucho rato en la calle. Está deseando marcharse… Oye, déjame un poco…

Plano 241

Bebe Feliciana. Aquí estaremos las dos tan ricamente. Nos vamos a dar un hartón de hablar mal de los hombres, que es lo que a mí me gusta…

Ahora ríen las dos, pero a Fortunata, entre las risas, se le escapa alguna lágrima.

Secuencia 70[25]*.–Farmacia Rubín.–Int. Día.*

Plano 242

Olmedo, el estudiante amigo de Feliciana, abre la puerta de la farmacia y entra en el local, acompañado por un sonido de campanillas que hace levantar los ojos a Maximiliano Rubín.

---

[24] Folio tachado.

[25] Folio tachado.

Plano 244

Maximiliano era de cuerpo pequeño y no bien conformado, tan endeble que parecía que se lo iba a llevar el viento, la cabeza chata, el pelo lacio y ralo. Su piel era lustrosa, fina, cutis de niño.

Plano 243

La antigua farmacia de Rubín está ya un poco vieja, pero conserva un pasado esplendor, patente en la decoración abigarrada de molduras y en las pinturas casi invisibles que cubren algunos paños de pared.

Olmedo, al contrario que Maximiliano Rubín, es un tipo alegre, escandaloso, con el porte típico del clásico estudiante calavera. Lo saluda con desenfado y confianza.

OLMEDO.– ¿Qué hace mi buen amigo Rubinus vulgaris?

Plano 243 A

Maximiliano saca la cabeza por la ventanilla de la mampara que separa el mostrador de la parte trasera del establecimiento y saluda de mala gana.

MAXIMILIANO.– Hola, Olmedo. ¿Qué te trae por aquí?

OLMEDO[26].– Vengo a liberarte de este claustro. Esta noche te vienes a cenar conmigo a casa de Feliciana…

Maximiliano lo mira con los ojos muy abiertos.

… con una amiga que ahora vive con ella.

MAXIMILIANO.– ¿Yo a cenar con una mujer?

OLMEDO.– Con una mujer como de aquí a allá.

MAXIMILIANO.– ¿Es honrada?

Plano 245

Olmedo se ríe con ganas y Rubín lo mira con la seriedad del hombre al que no le gustan ciertas bromas sobre la honradez de las mujeres.

OLMEDO.– ¿Pero crees que hay una mujer que se pueda llamar honrada?

Maximiliano sale de detrás de la mampara y sin hacer caso a su amigo se entretiene en colocar bien algunos frascos de medicamentos alineados en las estanterías.

OLMEDO.– No te enfades, hombre. A lo mejor es honrada. Bueno, ya sabes donde vivimos… no faltes, que Feliciana se lo tomará a mal… Adiós, Rubinus… Dile a tu tía que vas a estudiar conmigo. Así te dejará salir…

Plano 246

Se marcha con el mismo campanilleo al abrir la puerta y queda solo Maximiliano, que ahora mira hacia el lugar por donde se ha ido su amigo, y así permanece un rato,

---

[26] Folio tachado.

FELICIANA
Los tios...¡Y no escarmentamos!... Todos son iguales...Todos lo hacen contra la pared.

FORTUNATA
¡Jesús, qué cosas dices! Me dijo Aurora que habia vuelto con su mujer.

FORTUNATA ha dicho esto con un poco de vergüenza.

FELICIANA
Y a costa de tu barullo están viviendo su segunda luna de miel. No te digo...Y tu amiga Aurora, que estaba a partir un piñón contigo cuando el Catalán se dejaba sus buenos billetes - en la tienda, ¿qué dice ahora?

FORTUNATA
Quería que me quedase con ella, pero no es de nuestra clase. Quería que - saliera con esas gentes de dinero con quien va ella. Tu ya me entiendes.

FELICIANA destapa una botella de aguardiente y echa en un vaso grande una buena cantidad.

FELICIANA
Claro, estando "El Delfín" por medio, a ser honrada y fiel hasta que vuelva. Y mientras el señorito Santa Cruz no vuelva, ¿tu qué vas a hacer?

FELICIANA da un trago de aguardiente.

FORTUNATA
A eso he venido: a que me recojas en tu casa.

Su amiga menea la cabeza y le ofrece el vaso a - FORTUNATA.

FELICIANA
Me lo imaginaba...Anda, bebe un trago. ¿No tienes cuajo para volver a la Cava de San Miguel?

Bebe un trago y hace un gesto desagradable. Mete el dedo en el vaso, lo moja de aguardiente y se lo lleva - luego a una de las heridas que aún le quedan sin curar del todo.

FORTUNATA
Desde que murió mi niño, la casa sola se me cae encima.

FELICIANA
Oye, podias haber venido un poquito antes, cuando todavia te quedaban un par de abrigos de pieles...

FORTUNATA no levanta la cabeza. Su amiga le toma el vaso y bebe de nuevo. Despues, le revuelve el pelo con - la mano en un gesto de cariño.

FELICIANA
No me hagas caso. Era por echarlo a broma.

FORTUNATA está a punto de llorar.

138.

FELICIANA
Oye, oye, a mi no te me pongas tierna, que yo tambien tengo fácil el - lagrimal... Desde que ya no pito como cantante, lloro por cualquier cosa... ?

FORTUNATA
Gracias, Feliciana...

P. 240

FELICIANA
Te quedarás aquí y ya nos arreglaremos como podamos. Pondremos aquí una cortina y tu duermes al otro lado. - Cuando venga mi novio, ~~un estudiante~~, que estudia farmacia y que también es un señorito como el Santa - Cruz, pero menos, te sales a dar un paseito...

FORTUNATA sonrie a las palabras de su amiga. Ahora es ella la que le coge el vaso y da un buen trago.

No te preocupes, que no te tendremos mucho rato en la calle. ~~El tio viene~~ ~~Ya que vienen los tios, y luego~~ Enseguida está deseando marcharse...Oye, déjame un poco...

P. 241

Bebe FELICIANA.

Aquí estaremos las dos tan ricamente. Nos vamos a dar un hartón de hablar mal de los hombres, que es lo - que a mí me gusta...

Ahora rien las dos, pero a FORTUNATA, entre las risas, se le escapa alguna lágrima.

SECUENCIA 70.- FARMACIA RUBIN.- INT. DIA.

OLMEDO, el estudiante amigo de Feliciana, abre la puerta de la farmacia y entra en el local, acompañado por un sonido de campanillas que hace levantar los ojos a MAXIMILIANO RUBIN.

MAXIMILIANO "era de cuerpo pequeño y no bien - conformado, tan endeble que parecía que se lo iba a llevar el viento, la cabeza chata, el pelo lacio y raro". "Su - piel era lustrosa, fina, cutis de niño".

"La antigua farmacia de Rubín", está ya un poco vieja, pero conserva todavía un pasado esplendor, patente en la decoración abigarrada de molduras y en las pinturas casi invisibles que cubren algunos paños de pared.

OLMEDO, al contrario que MAXIMILIANO RUBIN, es un tipo alegre, escandaloso, con el porte tópico del clásico estudiante calavera. Lo saluda con desenfado y confianza.

OLMEDO
¿Qué hace mi buen amigo "Rubinus - vulgaris"?

MAXIMILIANO saca la cabeza por la ventanilla de la mámpara que separa el mostrador de la parte trasera del - establecimiento y saluda de mala gana.

MAXIMILIANO
Hola, Olmedo. ¿Qué te trae por aquí?

140.
P. 243A

OLMEDO
Vengo a liberarte de este claus—
tro. Esta noche te vienes a ce—
nar conmigo a casa de Feliciana...

MAXIMILIANO lo mira con los ojos muy abiertos.

...con una amiga que ahora vive -
con ella.

MAXIMILIANO
¿Yo a cenar con una mujer?

OLMEDO
Con una mujer como de aquí a allá.

MAXIMILIANO
¿Es honrada?

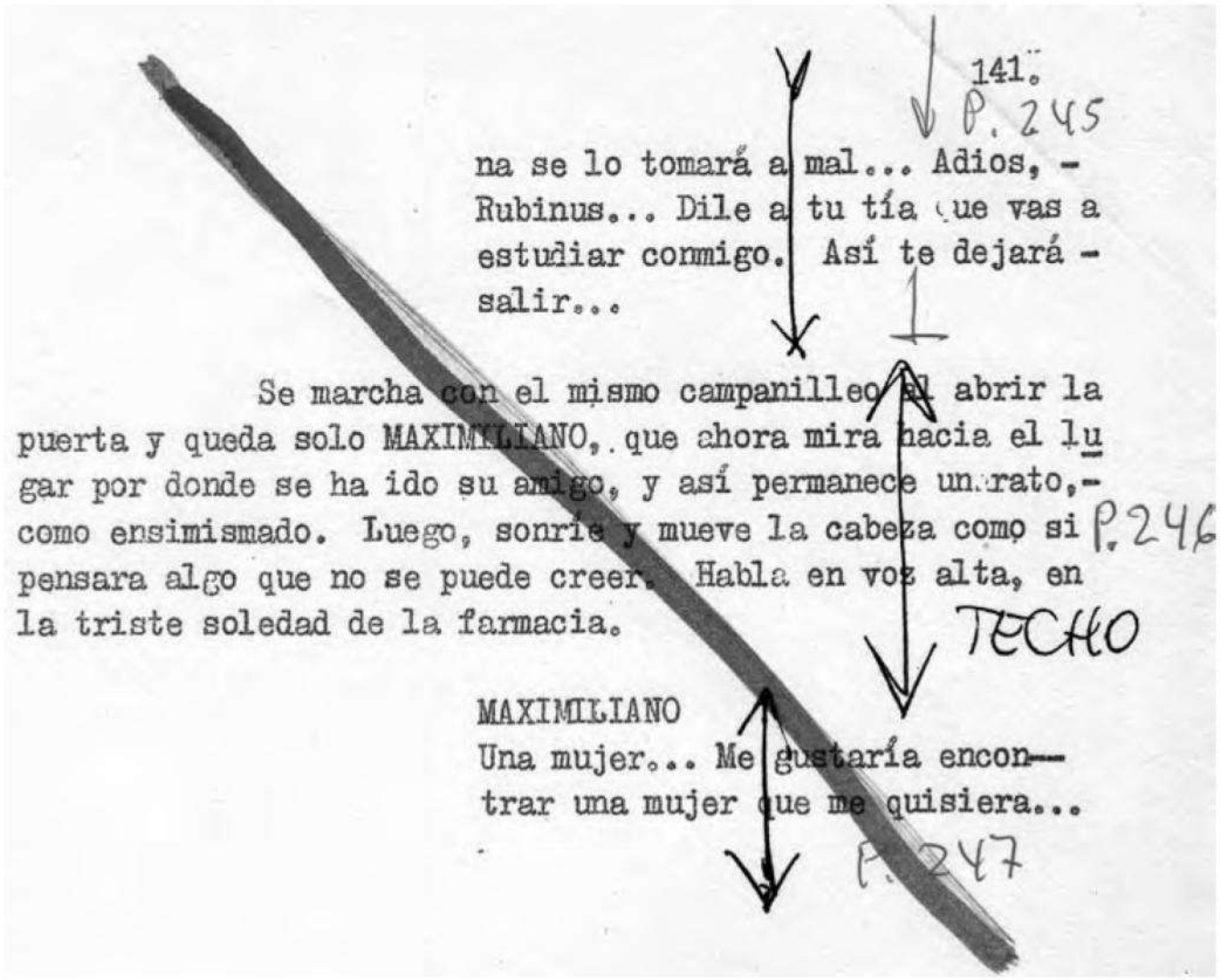
P. 245

OLMEDO se ríe con ganas y RUBIN lo mira con - la seriedad del hombre al que no le gustan ciertas bromas - sobre la honradez de las mujeres.

OLMEDO
¿Pero crees que hay una mujer que - se pueda llamar honrada?

MAXIMILIANO sale de detrás de la mampara y sin hacer caso a su amigo se entretiene en colocar bien algunos frascos de medicamentos alineados en las estanterías.

OLMEDO
No te enfades, hombre. A lo mejor es honrada. Bueno, ya sabes donde vivimos... No faltes, que Felicia-


141.
P. 245
na se lo tomará a mal... Adios, -
Rubinus... Dile a tu tía que vas a
estudiar conmigo. Así te dejará -
salir...
Se marcha con el mismo campanilleo al abrir la
puerta y queda solo MAXIMILIANO, que ahora mira hacia el lu
gar por donde se ha ido su amigo, y así permanece un rato, -
como ensimismado. Luego, sonríe y mueve la cabeza como si
pensara algo que no se puede creer. Habla en voz alta, en
la triste soledad de la farmacia.
P. 246
TECHO
MAXIMILIANO
Una mujer... Me gustaría encon—
trar una mujer que me quisiera...
P. 247

SECUENCIA 71.- BUHARDILLA FELICIANA.- INT. NOCHE.

Por la noche fué RUBIN a casa de FELICIANA, y al entrar, lo primero que vió fué la luz vivísima de un - quinqué de petróleo sin pantalla. Y cuando el resplandor que cegaron sus ojos desapareció "se encaró con la más extraordinaria hermosura que hasta entonces había visto". - FORTUNATA la miró a él como una cosa rara, y él a ella como a sobrenatural aparición". Además, aquella sobrenatural aparición le habló:

P. 248

Al fondo están Feliciana y Olmedo —

FORTUNATA
¿Es usted el amigo del novio de - Feliciana?

Pero MAXIMILIANO RUBIN no puede contestar. Se ha quedado sin voz. Y afirma con la cabeza sin apartar los ojos de FORTUNATA.

P. 249

FORTUNATA
El amigo que se llama...

Ella espera que le diga el nombre, pero RUBIN solo sabe afirmar con la cabeza, sin saber a qué.

P. 250

FORTUNATA
¿Cómo se llama usted?

Al fin, sin dejar de mirarla, hace un terrible esfuerzo para articular su nombre.

P. 251

como ensimismado. Luego, sonríe y mueve la cabeza como si pensara algo que no se puede creer. Habla en voz alta, en la triste soledad de la farmacia.

Plano 247

MAXIMILIANO.– Una mujer… me gustaría encontrar una mujer que me quisiera…

Secuencia 71[27]*.–Buhardilla Feliciano.–Int. Noche.*

Por la noche fue Rubín a casa de Feliciana, y al entrar, lo primero que vio fue la luz vivísima de un quinqué de petróleo sin pantalla. Y cuando el resplandor que cegó sus ojos desapareció, «se encaró con la más extraordinaria hermosura que hasta entonces había visto. Fortunata le miró a él como una cosa rara, y él a ella como a sobrenatural aparición». Además, aquella sobrenatural aparición le habló:

Plano 248

Al fondo están Feliciana y Olmedo.

FORTUNATA.– ¿Es usted el amigo del novio de Feliciano?

Plano 249

Pero Maximiliano Rubín no puede contestar. Se ha quedado sin voz. Y afirma con la cabeza sin apartar los ojos de Fortunata.

FORTUNATA.– El amigo que se llama…

Ella espera a que le diga el nombre, pero Rubín sólo sabe afirmar con la cabeza, sin saber a qué.

Plano 250

FORTUNATA.– ¿Cómo se llama usted?

Plano 251

Al fin, sin dejar de mirarla, hace un terrible esfuerzo para articular su nombre.

MAXIMILIANO.– Maximiliano Rubín…

FORTUNATA.– Yo soy Fortunata…

Plano 252

Rubín de nuevo, no puede hablar y se limita a mirarla, los ojos muy abiertos, los labios con un ligero temblor.

Secuencia 72.–Casa Maximiliano.–Doña Lupe.–Int. Noche.

---

[27] Folio tachado.

Una fuerte luz de un quinqué de petróleo ilumina el largo pasillo central de la casa de Maximiliano. Cuando se aleja hacia el fondo vemos a éste vestido con un largo batín, descalzo y procurando pisar con suavidad para no hacer ruido.

Plano 253

Antes de cruzar frente a una de las puertas, la única alumbrada en el pasillo, baja la intensidad de la llama y luego mira por la cerradura hacia el interior.

Plano 254

En una cama de matrimonio, alta y enorme, está acostada su tía, doña Lupe, revisando un cofrecillo con joyas.

Plano 255

Rubín sigue por el pasillo y entra en la cocina. En uno de los armarios encuentra una mano de almirez, la toma y vuelve a salir al pasillo. El cuarto de su tía está apagado.

Plano 256

Entra en un cuarto. Se oye su respiración agitada. Y se oye levísima su voz.

MAXIMILIANO.– Tengo que hacerlo… Tengo que hacerlo como sea… tengo que conseguir dinero si quiero sacar de allí a Fortunata.

Ha bajado más la llama del quinqué. Aprieta la mano de bronce con fuerza y se dirige hacia la cama, dejando la lámpara en el suelo. Con el embozo termina de cubrirla y descarga con fuerza, repetidas veces, la mano del almirez. La concha y las sábanas amortiguan el ruido.

Plano 257

Entonces vemos lo que ha asesinado: bajo las ropas de la cama hay una hucha rota, destrozada, con sus tripas de oro, plata y cobre esparcidas sobre las sábanas. Con mano trémula rebusca entre las monedas las de más valor, el oro y la plata. En otra hucha que tenía preparada introduce las de cobre. Coloca la hucha nueva sobre un mueble, donde debería de estar la asesinada.

Plano 258

Recoge en un paño los restos del crimen, los cascotes, los mete bajo el colchón y se acuesta para tranquilizar su conciencia.

Secuencia 73[28]*.–Buhardilla Feliciana.–Int. Día.*

---

[28] Folio tachado.

Plano 259

Han puesto, como dijo Feliciana, una manta dividiendo la habitación. Ahora, sobre el jergón que ocupa Fortunata, están esparcidas las monedas de oro y plata, y a ambos lados se sientan ella y Maximiliano Rubín.

Rubín habla muy excitado mientras Fortunata lo mira absorta, quieta, como si contemplara un extraño espectáculo.

Plano 260

MAXIMILIANO.– Con esto llegará para desempeñar las ropas: los trajes, los abrigos y el sombrero. Las alhajas se sacarán más adelante.

Maximiliano hace montones con las monedas y los va colocando sobre la cama. Cada vez que algún montoncillo se cae, vuelve a levantarlo automáticamente. Sigue hablando:

Plano 261

Con el resto viviremos hasta que yo arregle lo de mi herencia. No quiero que hagamos ni una sola trampa, fíjate.

Plano 260 A

Vuelta a levantar otra torrecilla de monedas. Pero esta vez también Fortunata alarga la mano, contagiada por Rubín, y éste aprovecha el momento para cogérsela. La mira a los ojos y luego dice mirando hacia las manos unidas y las monedas:

Plano 260 y A

MAXIMILIANO[29].– Si tú me sabes querer, Fortunata, yo te querré más que a mi vida… te idolatraré…

Plano 262

Fortunata no puede evitar una sonrisa.

¿Por qué te ríes?

FORTUNATA.– Me hace gracia eso de que me vas a idolatrar.

MAXIMILIANO.– La noche que te conocí sólo hacía que repetirme una cosa: «¿cómo será el decir esta mujer un te quiero, diciéndolo con verdad y alma»?

Fortunata separa su mano de la de Rubín. Este gesto de ella parece asustarlo. Su tono es implorante.

Aún no me digas que no… Por lo menos, seremos buenos amigos, ¿verdad? Yo soy un infeliz, quiero decir que soy bueno. Hasta ahora no he querido a ninguna mujer.

---

[29] Folio tachado.

Espera alguna reacción de ella.

¿No me contestas, Fortunata, no me dices nada?

FORTUNATA.– Es que no sé qué decirte, Maximiliano…

Plano 264

Su tono[30] ha sido de absoluta sinceridad, tan sincero que a otra persona la hubiera desarmado, pero no a Rubín.

MAXIMILIANO.– No importa… no importa…

Se levanta de la cama.

Ahora me voy, pero volveré enseguida…

Se dirige hacia la puerta.

Ten preparadas tus cosas para cuando vuelva… Tú solo preocúpate de eso…

Plano 265

Y sin decir más sale de la buhardilla y cierra la puerta. Fortunata mira las monedas formando torrecillas. Con un dedo las va tirando todas, una a una, con lentitud. Feliciano levanta la manta y asoma la cabeza.

FELICIANA.– Lo tienes chalao, chica. ¿Qué vas a hacer?

FORTUNATA.– No lo sé.

FELICIANA.– Olmedo es un poco lelo, pero te aseguro que es un buen chico. ¿no te pica la curiosidad de vivir con una persona decente, aunque sea por probar?

Plano 266

Fortunata se encoge de hombros.

Secuencia 74[31]*.–Casa Maximiliano-Fortunata.–Int. Día.*

Fortunata ha recobrado su antigua pujanza, toda su vitalidad. Se ha vestido con uno de los trajes desempeñados con el dinero de Maximiliano y ahora se mira en el espejo del dormitorio del piso que han alquilado para vivir.

Plano 267

Maximiliano, sentado en la cama, la observa en su nueva transformación como si de otra aparición se tratara. La ve moverse ante el espejo: de frente, de un perfil, del otro. La frente de Rubín está cubierta por gotas de sudor. Hace un esfuerzo para hablar y al fin lo consigue.

---

[30] Folio tachado.

[31] Folio tachado.

Plano 268

MAXIMILIANO.– Fortunata, yo me caso contigo.

Ella se echó a reír con incredulidad, pero Rubín repitió el «me caso contigo» tan solemnemente, que Fortunata lo empezó a creer.

No te rías. Me caso contigo.

Fortunata deja de mirarse en el espejo y se acerca a él.

¿Para qué te crees que cogí este piso? Hace tiempo que lo había pensado… desde que te vi por primera vez. Pero no quise decirte nada hasta no tratarte un poco…

Fortunata se reclina frente a él y le toma las manos.

Fortunata[32]. Esas cosas se calculan bien… No por mí, sino por ti.

Rubín se aferra la frente con una mano.

Plano 269

MAXIMILIANO.– Has de ser mi mujer sea como sea. ¿No quieres ser honrada? Quiero hacer de ti una persona decente… que nadie te pueda reprochar ni tanto así…

Fortunata le limpia con su pañuelo el sudor de la frente.

FORTUNATA.– Túmbate, Maxi…

MAXIMILIANO.– Si no es nada… Es la maldita cabeza otra vez…

Plano 270

Ella le obliga a tumbarse.

MAXIMILIANO.– Pasará enseguida… Tenía tantas ganas de decírtelo… que al sacarlo así de pronto… Lo había pensado tanto tiempo… ¿y tú, nunca lo habías pensado?

FORTUNATA[33].– No… no me pasaba por la imaginación. Tu familia ha de hacer la contra.

MAXIMILIANO.– Quieran o no, lo mismo da… Si yo lo deseo y tu no te opones, qué importa mi familia…

Fortunata se inclina sobre él y lo besa.

Secuencia 75.–Casa Maximiliano-doña Lupe.–Int. Día.

Doña Lupe, la tía de Maximiliano, mira a éste con ojos incrédulos. En su voz hay burla y sarcasmo cuando dice:

DOÑA LUPE.– ¿Casarte?... ¡Pero si esa chica ha sido la amante del hijo de los Santa Cruz!...¡y si sólo hubiera sido él!

Rubín tiene una extraña serenidad, la serenidad forzada de los momentos difíciles.

---

[32] Folio tachado.

[33] Folio tachado.

Plano 271

MAXIMILIANO.– Ha sido la amante de Santa Cruz. Bueno ¿y qué? Borrón y cuenta nueva. Ahora va a ser mi mujer.

Doña Lupe se echa las manos a la cabeza.

DOÑA LUPE.– ¿Y creerás que vamos a consentir tal deshonra en la familia?

Plano 272

MAXIMILIANO.– Yo quiero casarme con Fortunata.

Plano 273

DOÑA LUPE.– Ya te entiendo… tu te casas por pillar la herencia de tu madre, si no seguirías amancebado como hasta ahora, y tan ricamente… y que iba ésa a tardar mucho en gastársela…

Plano 274

Maxi se levanta y sin perder la serenidad le habla a su tía con energía.

MAXIMILIANO.– No vuelva a hablar así de ella, tía. Me caso por respeto a Fortunata. Y si quiero la herencia es para reivindicar la memoria de mi padre. Trabajaré día y noche para conseguir que la farmacia vuelva a llamarse «Farmacia de Rubín».

Plano 274

DOÑA LUPE.– No me recuerdes ahora a tu padre, que cayó en manos de usureros y una pelandusca le terminó de sacar el poco dinero que le dejaron.

MAXIMILIANO.– Yo recuperaré lo que él perdió. Estoy enamorado de Fortunata y a su lado encontraré las energías suficientes para conseguir lo que me he propuesto.

Doña Lupe no puede luchar contra la terquedad de su sobrino y da por terminada la conversación con estas palabras:

DOÑA LUPE.– Bien… puestas las cosas así… habrá que consultarlo con tu hermano, Nicolás, que es el que tiene la última palabra… yo, por mi parte, me niego en redondo.

Plano 275

Sale del comedor llamando a la criada por el pasillo, mientras Maximiliano se derrumba sobre una silla, agotado por la tensión de la batalla. Pero ha vencido y sonríe satisfecho.

DOÑA LUPE.– Papitos… Papitos…

Llega hasta la cocina. Allí está Papitos, una cría de unos quince con cara de rata sabia.

¿Por qué no has venido cuando te he llamado?

Papitos comienza a hablar, pero la corta enseguida la señora.

PAPITOS.– ¿Es verdad que se va a casar el señor…?

DOÑA LUPE.– No abras la boca… Conque estabas escuchando, ¿eh? Pingo… fisgona… golfa, que eres una golfa…

Y doña Lupe descarga toda su ira contenida, abofeteando una y otra vez a Papitos.

DOÑA LUPE.– Y ahora, prepara un buen plato de escarola para cuando llegue don Nicolás.

Secuencia 76[34]*. Casa Maximiliano.-Fortunata. Int. Día*

Plano 276

Fortunata, vestida de negro, nerviosa, inquieta, espera en la casa que para ambos alquiló Maximiliano, la llegada de don Nicolás, el hermano de éste.

Llaman a la puerta y sale a abrir. En la puerta aparece un cura de mediana edad, grueso, de aspecto severo. Es don Nicolás Rubín.

DON NICOLÁS.– Ave María Purísima.

FORTUNATA.– Sin pecado concebida.

DON NICOLÁS.– ¿Es usted Fortunata?

FORTUNATA.– Sí, padre. Pase usted.

Y antes de dejarlo pasar le besa la mano y hace una reverencia. Lo lleva al comedor, en donde hay dos sillas frente a frente y una mesa por medio. Don Nicolás toma asiento. Fortunata, en silencio, muy seria, muy digna se va a la cocina, vuelve, y después de hacer una reverencia pone delante del sacerdote una hermosa fuente de escarola de hojas blancas, aliñadas con aceite y ajo.

Plano 277

DON NICOLÁS.– Gracias por su atención, hija. Esto de comer, en mí no es gula, sino enfermedad… Así como mi hermano Maximiliano tiene esos terribles dolores de cabeza, yo tengo en la boca del estómago un perrillo, que si no le echo de comer, me da tal guerra que me impide hablar…

Fortunata asiente, admitiendo las palabras del cura con la mayor naturalidad. Este empieza a comer.

FORTUNATA.– Sí, padre.

DON NICOLÁS.– Vamos, hija… Ya sabe a qué vengo… A mi hermano le ha dado la simpleza de casarse con usted.

FORTUNATA.– Sí, padre.

DON NICOLÁS.– No me interrumpa usted, hija.

Vuelve a comer ensalada. Mi idea al venir a verla es apelar a su buen juicio, para que le quite esa… idea de la cabeza. ¿Estaría usted dispuesta a marcharse de esta casa para siempre antes de que mi hermano vuelva?

FORTUNATA.– Sí, padre… ¿pero adónde iré yo que él no me busque? Al último rincón de la tierra ha de ir a buscarme.

---

[34] Folio tachado.

El cura la mira un momento antes de contestar, mientras sigue comiendo.

DON NICOLÁS.– ¿De modo qué usted cree que no adelantamos nada con darle esquinazo?

FORTUNATA.– No, padre.

DON NICOLÁS.– Bien… Veamos cómo está esa conciencia, hija. ¿A cuántos hombres ha querido usted?

FORTUNATA.– ¿Querer? A uno solo.

DON NICOLÁS.– Juanito Santa Cruz.

FORTUNATA.– Sí, padre.

DON NICOLÁS.– ¿Y le sigue queriendo?

Fortunata asiente con la cabeza y espera la reprimenda del cura. Pero ésta no llega.

DON NICOLÁS.– Y si viniera ahora y le dijera: «Vente», ¿usted qué haría?

FORTUNATA.– Ay, padre...

DON NICOLÁS.– ¿Qué?

FORTUNATA.– Qué sé yo, padre.

Ahora, el cura sí que la reprende, pero con una severa mirada y un meneo reprobatorio de cabeza.

DON NICOLÁS.– Y a mi hermano, ¿Lo quiere así?

FORTUNATA.– Querer, querer, lo que se dice querer, no. Siento por él apego, cariño, agradecimiento... y con el trato llegaré a quererlo.

DON NICOLÁS.– ¿Como al otro?

FORTUNATA.– Qué mas quisiera yo, padre. Media vida daría por quererlo así.

Don Nicolás se come la última hoja de escarola.

DON NICOLÁS.– Usted tiene lo que se llama un pasado borrascoso. Casarse así, sin saber si está dispuesta a ser una persona digna y decente como requiere el matrimonio, nos parece una locura. ¿Le ha hablado Maximiliano del convento de las Micaelas?

FORTUNATA.– Sí, padre.

DON NICOLÁS.– Mi tía y yo creemos que allí podrá usted edificarse interiormente y aprender a amar a su marido con ilusión espiritual, y no con los sentidos, como ha amado usted hasta ahora. ¿Quiere ser usted una esposa digna y decente? ¿Si? Pues tiene usted que ir a las Micaelas.

Se la queda mirando, en espera de una respuesta que no llega.

DON NICOLÁS.– ¿Quiere usted ir a las Micaelas?

FORTUNATA.– Sí, padre. Quiero ir a las Micaelas.

Don Nicolas se levanta, al parecer satisfecho de los resultados de la entrevista. Fortunata le besa la mano.

DON NICOLÁS.– Qué rica estaba la escarola. Tiene usted mano de ángel para las ensaladas.

Secuencia 77.–Convento Micaelas.–Huerta.–Ext. Día.

Desde el ventorro cercano llegan a la huerta del convento de las Micaelas las notas de una alegre polka tocada a organillo.

Plano 278

Bajo los emparrados y las acacias de la huerta, sentadas a la sombra, las monjas vigilan, serias, hieráticas, el baile de las internas.

Porque las reclusas aprovechan la musiquilla que les llega del aguaducho para bailar durante las horas de recreo. Bailan en absoluto silencio, vigiladas por las monjas.

Plano 279

Fortunata es la única interna que no baila.–Está sentada en una silla de hierro, bajo una parra, mirando ensimismada al espectáculo que forman sus compañeras. Va vestida con un semihábito de tejido grueso y de color oscuro.

Plano 280

Salen a la huerta en estos momentos una monja coja y pequeña –Sor Marcela– acompañando a una de las internas, Mauricia la Dura, de unos treinta años, delgada y nerviosa, andando al desgaire y sonriendo con superioridad.

Sor Marcela se sienta junto a las otras monjas y Mauricia se dirige hacia Fortunata, a la que ya miró con interés desde que la viera. Se queda de pie junto a ella, cubriéndola con su cuerpo de la vista de las monjas. Le habla en voz baja y casi sin abrir los labios.

MAURICIA.– Hola, Fortunata... ¿No te acuerdas de mí?

Fortunata va a contestarle, pero la otra le hace un gesto para que se calle y vuelve a hablar en igual tono.

Plano 281

MAURICIA.– Calla. Aquí no se puede hablar. Si bailamos, no se darán cuenta...

Y Mauricia la Dura le da la mano a Fortunata y las dos se unen al baile de las otras internas.

Habla cuando estés de espaldas a esas.

Mauricia señala a las monjas y les da la espalda.

Plano 282

MAURICIA.– Yo soy Mauricia la Dura. ¿No me recuerdas? La que estaba liada con Villalonga, el amigo del Delfín...

Fortunata da la vuelta para que no la vean hablar.

FORTUNATA.– Claro... Mauricia la Dura... Pero si llevo aquí más de una semana y aún no te había visto...

MAURICIA.– Como que me la he pasado fregando los sótanos y durmiendo en la celda de castigo... Por culpa de una que me llamó borracha... La trinqué del pendiente y la desgarré el pulpejo... si no me separan, la mato...

Fortunata mira de reojo a la fila de monjas.

FORTUNATA.– ¿Y tú qué haces aquí?

MAURICIA.– Lo de todos los inviernos. Curándome el alcoholismo. Yo soy ave de verano.

Se acerca más a Fortunata y le habla al oído.

Pronto me escaparé de aquí. Hasta que me vuelvan a encontrar borracha en la calle y la Santa, la tía de Jacinta esposa de tu señor, me vuelve a meter aquí para curarme. ¿Y tú por qué estás aquí?

FORTUNATA.– Quieren que me convierta en una persona decente... Es que me voy a casar por la Iglesia, ¿sabes?

MAURICIA.– ¡Uy! Si el Delfín se enterara de eso... No paraba hasta dar contigo, tenlo por seguro...

Los ojos de Fortunata se agrandan y en su voz hay algo de excitación, de miedo.

Plano 283

FORTUNATA.– ¿Para qué? ¿Para perderme otra vez?

MAURICIA.– A los hombres no hay cosas que les encienda más que la honradez y la santidad. Y si el Delfín supiera que te vas a casar y que ahora vistes hábitos...

Plano 284

Pero no puede terminar la frase, porque una de las monjas, la que parece la Superiora, la ha visto hablar y le grita, poniéndose en pie:

SUPERIORA.– Mauricia, o te callas o vuelves a la celda de castigo.

Plano 285

Mauricia se separa de Fortunata y se revuelve hecha una fiera.

MAURICIA.– ¿A mí me vais a meter otra vez en la celda de castigo? Me gustaría verlo...

SUPERIORA.– Mauricia, sin gritar, que ya sabes que aquí no nos asustan las tarascas.

Mauricia se sube a una mesa que hay en el centro de la huerta y desde allí se dirige a las demás internas.

MAURICIA.– ¿Habéis oído? ¿Yo otra vez a la celda de castigo? ¡Qué risa me da! ¡Donde me voy a ir es a mi casa! Pues sí que nos enseñan buena santidad estas Traviatas de Convento...

SUPERIORA.– Cállate, que no eres tú la que habla, sino el demonio que está dentro de ti...

Sor Marcela, la monja coja, se acerca a Mauricia por indicación de la Superiora. Saca una enorme llave y le apunta como si se tratara de una pistola.

MAURICIA.– ¿Encerrarme a mí? A la primera que se acerque la tumbo de un morrazo patas arriba. Yo soy Mauricia la Dura.

Plano 286

Salta de la mesa y se acerca a Sor Marcela. La monjita no se arredra. Le clava la llave en los riñones y con absoluta seguridad le dice:

SOR MARCELA–. Andando.

MAURICIA.– A la celda de castigo no voy.

SOR MARCELA–. Andando.

Plano 287

Y de pronto, Mauricia se convierte en un manso cordero y se deja conducir a la celda de castigo. Mientras se va con Sor Marcela, mira a Fortunata y al considerar que su situación no es muy airosa, comienza a gritar de nuevo.

MAURICIA.– Vosotras deberíais ir a la celda, brujas, hipocritonas...

SOR MARCELA–. Echa, echa veneno, así expulsarás antes el demonio.

MAURICIA.– El demonio eres tú, coja, galápago, pata y media...

Cuando dejan de oírse las voces de Mauricia dentro del convento, la madre Superiora da dos palmadas y las internas se ponen en fila y <cantando> se dirigen hacia la iglesia.

<internas (cantando)

«Oh, buen Jesús, yo creo firmemente, que por mi bien».>

Secuencia 78.–Convento. Pasillo celda Mauricia.–Int. Noche.

Plano 288

Todas duermen en el convento, menos Mauricia, que aferrada a los barrotes del ventanuco de la celda de castigo, grita:

Plano 289

MAURICIA.– Sor Marcela, me estoy muriendo. Parece que me están arrancando el estómago con unas tenazas de fuego...

Plano 290

Sor Marcela, cojita graciosa, galapaguito mío, ven a quitarme esta pena que tengo aquí dentro... Si quieres que te quiera más que a mi vida, y te obedezca como un perro, tráeme una lagrimita de aquel anís que te recetó el médico para tu mal de barriga... Anda, rica, cañamón de los ángeles, cojita mía, lucero del convento...

Plano 291

La monja coja sale en camisón de su celda, que está en el mismo pasillo, y se dirige hacia la de castigo con un frasco en la mano. La Dura la ve venir con su meneo y la jalea mientras llega.

Plano 292

MAURICIA.– Ahí viene mi patito gracioso con sus meneos... Una... dos... tres... Cuánto te quiero... los serafines te entrarán en el cielo con tu patita coja, cañamoncito mío...

Plano 293

La monja llega y le da a Mauricia una copita del licor del frasco y después le habla en voz baja.

SOR MARCELA–. Mauricia, te hago un trato. Ya sabes que mañana hay una fiesta en el convento... viene nuestra protectora, la señorita Jacinta, a traer el manto de la Virgen que había prometido si se salvaba su marido de la pulmonía que lo tuvo a las puertas de la muerte... A cambio de que mañana te estés aquí calladita mientras dura la fiesta, te doy una copita más y te dejo subir a dormir en tu cama. ¿Trato hecho?

Mauricia alarga la copita para que le ponga más licor.

MAURICIA.– Trato hecho. Mañana seré una santa, cojita mía, galapaguito de mi alma.

SOR MARCELA–. Anda, anda, no escandalices más, que nos va a oír la Superiora...

Le abre la puerta. La monja le da otra copita de licor, que Mauricia se bebe con ansia. Luego se va hacia el dormitorio.

Secuencia 79.–Convento-Dormitorio colectivo.–Int. Noche.

Plano 294

Todas la internas están en la cama y, al parecer, profundamente dormidas. Mauricia se acuesta en la cama vecina a la de Fortunta. Se incorpora y la llama.

Plano 295

MAURICIA.– Fortunata... Fortunata, que ya estoy aquí... Anda, no te hagas la dormida.

Plano 296

Fortunata se vuelve hacia ella.

FORTUNATA.– Mauricia, cállate.

Plano 297

La Dura se levanta de la cama y se sienta en la de Fortunata.

MAURICIA.– Jesús, pareces boba... pronto llegará el Delfín en su coche y te rondará el convento. Ya lo verás...

Fortunata se cubre más con la manta.

FORTUNATA.– Déjame, Mauricia... Yo quiero salir de aquí para casarme y ser honrada.

MAURICIA.– Pues yo que tú, se la jugaba a doña Jacinta, ahora que el Delfín está encelado con tus tocas... y sin ninguna lástima. ¿Tuvo ella lástima de ti? ¿No te quitó ella lo que era tuyo y muy tuyo?

Ahora también se incorpora en la cama Fortunata.

FORTUNATA.– Cállate, que vas a despertar a todas las demás.

Plano 298

Mauricia hace un ademán hacia las camas en fila del dormitorio y sonríe con ironía.

Plano 299

MAURICIA.– ¿Despertarlas? Están todas con unas orejas como liebres. Menudo partido para una arrepentida es tu Delfín... Si en vez de venir por ti viniera por ellas, no quedaba una en el convento.

Para seguir hablando, se acerca más a Fortunata.

Estamos poseídas todas por el señorito Santa Cruz. El manto de la Virgen lo van a traer mañana los Santa Cruz. La custodia es de los Santa Cruz. Los ramos de plata y oro de la iglesia, también es de los Santa Cruz, y los camisones y las sábanas y otra cosa que llevamos todas y que yo me callo...

Ahora, su risa es más fuerte. Se incorpora más en la cama y mira hacia la ventana.

MAURICIA.– Silencio... Allí está... calla, ¿no lo oyes? Es él, el Delfín...

Plano 300

De golpe, todas las internas, que parecían dormidas se incorporan en sus camas. Se oye el lejano traqueteo de un carruaje que se acerca al convento. Todas se levantan de las camas y se acercan a las ventanas, menos Fortunata y Mauricia. Ésta dice:

Plano 301

MAURICIA.– Míralas: las arrepentidas.

Plano 302

Y se ríe como una loca mientras las señala. Fortunata se ha vuelto a cubrir con la manta y sólo se ve de ella los ojos, enormemente abiertos e inquietos.

Secuencia 80.–Convento.–Iglesia.–Int. Día.

Plano 304

Están terminando de ponerle a la Virgen su manto nuevo. Los acordes del órgano resuenan en la iglesia y en el altar brilla con fuerza la custodia.

Plano 303

En el lugar de honor[35] de la iglesia están sentadas doña Bárbara, la Santa y Jacinta. Frente a ellas, todas las monjas, primorosamente arregladas. Las internas llevan un velo blanco que les cubre hasta los pies como vestido de gala. Fortunata no tiene ojos nada más que para Jacinta, a la que distingue en la penumbra, lejos de ella, junto al altar.

Plano 304 Fortunata

Plano 305 Jacinta

Plano 306

Sor Marcela, sentada entre las monjas, está inquieta, porque las voces de Mauricia la Dura se escuchan cada vez con mayor claridad en la iglesia. Y todas las personas que están en el templo sienten los gritos desgarrados de la Dura, aunque amortiguados por la distancia. La monjita coja se levanta y se dirige hacia la salida.

Plano 307

Fortunata no puede seguir mirando a Jacinta, y se cubre la cara con las manos. Pero a través de los dedos, aún echa una mirada a la otra.

Secuencia 81.–Convento.–Pasillo Celda Mauricia.–Int. Día.

Plano 308

Sor Marcela, desolada, corre por el pasillo y a medida que se acerca a la celda de castigo, los gritos de Mauricia la Dura se hacen insoportables.

MAURICIA.– ¡Quiero salir de aquí! ¡Sacarme de aquí, si no haré un cordón con tiras de mi refajo y me colgaré!

La monjita coja llega a la puerta de la celda.

SOR MARCELA.– ¡Calla, condenada, o te quedas aquí para toda la vida!

La Dura, como respuesta, empieza a gritar y a pegar con los puños en la puerta.

Plano 309

MAURICIA.– ¡Pata y media, lambrija, sácame de aquí!

---

[35] Están en el palco de Santiago.

SOR MARCELA–. ¡Estás endemoniada! Qué escándalo en un día como éste. Si no te callas, no te perdonaré nunca.

Mauricia deja de gritar y le dice en voz muy baja a la monja a trevés del ventanuco:

Plano 310

Mauricia sale de la celda de castigo y se dirige hacia la puerta que da a la huerta, pero se esconde en una esquina y cuando ve desaparecer a Sor Marcela se vuelve hacia el pasillo.

Secuencia 82.–Convento-Celda Sor Marcela.–Int. Día.

Plano 311

Mauricia la Dura entra en la celda de la monjita coja. Abre con sigilo la contraventana y se dirige a la cómoda, la separa de la pared y allí encuentra el frasco de licor. Lo toma y da un buen trago. Colocado sobre una silla se ve colgado un hábito de Sor Marcela.

Secuencia 83.–Convento-Iglesia.–Int. Día.

Plano 312

En la iglesia está dando fin la ceremonia de acción de gracias porque ha sanado el Delfín. Las monjas, las internas y los miembros de la familia Santa Cruz están de rodillas. El sacerdote se vuelve para iniciar una oración, pero no puede terminarla porque una de las vidrieras del templo salta hecha añicos al recibir una pedrada. Y después, se oye, atronadora, la voz de Mauricia la Dura.

Plano 313

MAURICIA *(off)*.– ¿Qué creíais, que ibais a poder conmigo? ¡Hipocritonas, púas, tiorras! ¿Que me iba a quedar sin fiesta? ¡Yo soy Mauricia la Dura!

Plano 314

Las monjas salen como una exhalación hacia la huerta, seguidas por los Santa Cruz y las internas. En la iglesia queda sola Fortunata, porque el sacerdote y sus acólitos también han salido a la huerta.

Plano 315

Fortunata mira el manto de la Virgen que los Santa Cruz han regalado al convento.

Secuencia 84.–Convento-Huerta. Ext. Día.

Plano 316

El espectáculo que ven arranca un grito de todas las que han salido de la iglesia.

Plano 317

Mauricia la Dura se ha vestido con los hábitos de la monja coja y lleva el frasco de licor en las manos. Cojea imitando a Sor Marcela y luego se remanga los hábitos para dar unos pasos de baile.

MAURICIA.– No os acerquéis, si no queréis que os abra de un cantazo la cabeza, monjas del demonio... ¡Hipocritonas, ir a retozar a vuestras anchas con los del babero!

Plano 318

Todas las monjas se abalanzan hacia ella, al grito de:

MONJAS.– ¡Vade retro, Satanás!

Pero enseguida se repliegan al recibir las pedradas de Mauricia. Luego les grita a las Santa Cruz y a la Santa.

MAURICIA.– Y vosotras, señoronas, santas, que sois peores que las monjas. Que toda vuestra caridad es sólo un tapujo para hacer lo que yo me sé...

En medio de tal escándalo, la Santa se adelanta con gran dignidad. Se hace el silencio, un silencio absoluto y respetuoso.

GUILLERMINA.– En nombre del Señor, yo te conjuro, Mauricia. Ven aquí.

Plano 319

Parece que Mauricia va a obedecer, pero de repente empieza a reírse como una loca, coge un ladrillo de un montón que se apilan junto a la tapia de la huerta y se lo tira a la Santa, que se agacha para que no la descalabre.

MAURICIA.– Toma ladrillos para tu orfelinato, señora Santa...

Plano 320

Fortunata sale ahora de la iglesia y se acerca al grupo escandalizado, se abre paso y se coloca detrás de Jacinta. Está casi pegada a ella, como si la midiera, como si la quisiera oler, como si de esta manera intentara conocerla a fondo.

Sor Marcela se ha escurrido por una tapia de la huerta sin que la Dura lonotara, y ahora está tras de ella. Se abalanza a su cuello y la tira al suelo.

Plano 321

Sor Marcela se ha escurrido por una tapia de la huerta sin que la Dura lo notara, y ahora está detrás de ella. Se abalanza a su cuello y la tira al suelo.

SOR MARCELA– ¡Ya es mía! ¡Corran, corran!

Todas las monjas se abalanzan sobre Mauricia y la despellejan de sus hábitos mientras la coja la insulta.

SOR MARCELA– ¡Fuera esos hábitos, hereje, borracha, que me has robado mi botella de anís!

También Jacinta se ha acercado, aunque no interviene en el despojo de ropas, y tras ella ha seguido Fortunata. Jacinta se vuelve un momento y la mira. Todo el cuerpo de Fortunata acusa la mirada, pero la otra no ha acusado nada y sigue mirando el lío que arman Mauricia y las monjas.

SUPERIORA.– ¡Llamar a una pareja y echarla a la calle!

Otra monja aparece con las ropas de Mauricia. Se las echa y las demás se separan de ella y la dejan sola.

Plano 322

MAURICIA.– No tiene que venir nadie a echarme. Yo sola me iré fuera de este infierno.

Se viste con sus ropas. Las botas han caído un poco alejadas y es Fortunata la que se las lleva. Mauricia le dice en voz baja:

MAURICIA.– Vamos, tonta, echa a correr conmigo. ¿Has visto a la Jacinta? Ya sabes lo que te espera: o la libertad y el Delfín, o el convento y el lelo ese de Maximiliano...

Plano 323

Fortunata vuelve a mirar a Jacinta.

FORTUNATA.– Me quiero casar... ser honrada...

Mauricia se echa las botas al hombro y se dirige hacia la tapia del convento.

MAURICIA.– Tú te lo pierdes... No seré yo la que vaya a tu boda...

Plano 324

La Superiora le grita:

SUPERIORA.– Por lo menos, sal de aquí con decoro. Ponte las botas.

MAURICIA.– ¡No me da la gana!

Y la Dura escala la tapia por el montón de ladrillos, se sienta a horcajadas sobre ella y dice aún:

Plano 325

MAURICIA.– ¡Dios os bendiga, hermanitas! ¡Me voy a mi bendita calle!

Y salta al otro lado de la tapia y desaparece.

Secuencia 85.–Calle afueras de Madrid.–Ext. Día.

Mauricia la Dura, aún con las botas colgadas al hombro, va por la calle como loca, bailando, abrazando al aire y diciendo:

Plano 326

MAURICIA.– ¡Ay, calle de mi alma... mi bendita calle!

Un grupo de barrenderos que la ven pasar se ríen a carcajadas y le gritan:

Plano 327

BARRENDERO.– ¡Vaya curda que te llevas!

Y ella se les puso delante en actitud arrogantísima, alzó el brazo que tenía libre y les dijo:

MAURICIA.– Callad vosotros, que tenéis ojos y no miráis, oídos y no cantáis, y estáis en la calle y no bailáis.

Y la Dura se arrancó con unos pasos de baile.

BARRENDERO.– ¡Oleeeeeé! La llevas trenzada...

Plano 328

MAURICIA.– ¡Apóstoles del error! Así nos llamába el curángano desde el púlpito. Eso es lo que sois vosotros, ¡apóstoles del error!

«Prorrumpiendo al mismo tiempo en estúpida risa, pasó de largo. A los barrenderos les hizo aquello mucha gracia, y poniéndose en marcha con las carretillas por delante y las escobas sobre ellas, siguieron detrás de Mauricia, como una escolta de burlesca artillería, haciendo un ruido de mil demonios», al tiempo que ella seguía abrazando al aire y gritando:

MAURICIA.– ¡Ay mi calle! ¡Ay, calle de mi alma! ¡Mi bendita calle!

Plano 329

Barrenderos.

Secuencia 86.–Iglesia.–Int. Día.

Plano 330

«Púsose la novia su vestido de seda negro, y doña Lupe se empeñó en plantarle un ramo de azahar en el pecho. Fortunata estaba guapísima. La tía se puso su «visita» adornada con abalorios. Maxi llevaba su levita nueva y la chistera que aquel día se puso por primera vez».

«Fortunata tenía la boca extraordinariamente amarga, cual si estuviera mascando palitos de quina. Al entrar en la parroquia sintió horrible miedo. Figurábase que su enemigo estaba escondido tras un pilar. Si sentía pasos, creería que eran los de él».

Plano 331

Y por eso volvía la cabeza con insistencia, aunque se esforzara por no hacerlo. A ruido que oía, miraba hacia atrás, y una sombra tras una columna hizo que el corazón le saltara en el pecho. Pero no era él, era un sacristán.

Maximiliano tenía los ojos medio cerrados, pero brillantes tras los párpados enrojecidos. La frente la tenía llena de sudor y una de las veces que se levantó del reclinatorio estuvo a punto de caerse, pero se apoyó con disimulo en el brazo de Fortunata.

Plano 332

Pero doña Lupe, que lo conocía, si se dio cuenta de que su sobrino no se encontraba bien. Se acercó a él y le preguntó en voz baja:

DOÑA LUPE.– ¿Te ha vuelto la jaqueca?

MAXIMILIANO.– Sí... pero quería olvidarla, a ver si no haciéndola caso se pasaba... Parece que se me abre la cabeza... La agitación de ayer, la mala noche. A las tres de la mañana me desperté creyendo que era la hora de ir a la iglesia, y ya no me volví a dormir...

Fortunata se santiguó. Había miedo en sus ojos.

Secuencia 87.–Coche por Calles Madrid[36]*.–Int. Ext. Día.*

Plano 333

En un coche de caballos van Fortunata y Maximiliano Rubín. Éste se sujeta la frente con una mano.

FORTUNATA.– ¿No se te pasa?

MAXIMILIANO.– No es nada... Estoy deseando llegar a casa...

FORTUNATA.– Recuéstate en mí.

Maximiliano apoya la cabeza en el pecho de su mujer, pero el traqueteo del coche le hace más insoportable el dolor de cabeza. Sin embargo, Maximiliano miente.

MAXIMILIANO.– Me siento algo aliviado. El periodo más malo pasó ya... Ahora el dolor está como indeciso...

Plano 334

Fortunata se sobresalta al ver que un coche adelanta al de ellos y se retira hacia atrás, como si temiera que alguien la descubriera. Maxi sigue con sus palabras de dolor.

Plano 335

... y dentro de media hora aparecerá en el lado derecho, dejándome libre el izquierdo... En cuanto me meta entre sábanas, pasaré lo que me resta... Ha sido la emoción del día... Pero ya estmos casados.

Plano 336

El coche para frente al portal de la casa en donde vivieron antes de casarse. Fortunata tiene que ayudar a su marido a bajar del coche. Por el final de la calle ve cruzar el

---

[36] Calle Zurita, Calle Quevedo, Plaza Mayor, Calle Pozas, Pasaje de la Alhambra.

coche que ella cree es el mismo que poco antes les adelantara. Tiene que sujetar a Rubín para que pueda cruzar la acera y entrar en el portal.

Secuencia 88[37]*.–Escalera Casa Fortunata-Maximiliano.–Int. Día.*

Plano 337

Tiene que seguir ayudando a Maximiliano a subir las escaleras. Se paran en el rellano. Rubín parece un muñeco de trapo, sus pies ya no le sostienen. Fortunata, de pronto, mira hacia abajo. Cree oír pasos por la escalera y le parece ver una sombra cruzar en los escalones del piso inferior.

Plano 338

Cuando se vuelve no puede reprimir un grito al enfrentarse con una figura que la mira desde el rellano superior. Es Papitos.

Plano 339

FORTUNATA.– ¿Qué haces tú ahí?

PAPITOS.– ¿No le dijo nada doña Lupe? Me mandó ella para que dispusiera la casa.

FORTUNATA.– Anda, ayúdame. ¿No ves que está enfermo el señorito?

PAPITOS.– Sí, señora... Pero esto no es nada. Estará bien enseguida...

Papitos ayuda a subir a Maximiliano.

FORTUNATA.– Calla...

Fortunata vuelve a oír los pasos en la escalera.

FORTUNATA.– ¿No oyes tú pasos en la escalera?

PAPITOS.– No señora. Todo el día los estoy oyendo...

Entran con Maximiliano en la casa y cierran la puerta.

Secuencia 89.–Casa Fortunata-Maximiliano.–Int. Día. Noche.

Plano 340

Entre los dos llevan al enfermo hasta el dormitorio y lo meten en la cama. Maxi parece reanimarse un poco y murmura casi al oído de Fortunata:

MAXIMILIANO.– Fortunata, échame en un vaso con agua diez gotas de láudano... y no te preocupes <si me quedo como muerto> si pierdo el conocimiento. No te asustes... no es nada... Me pondré bien cuando duerma un poco.

---

[37] Folios tachados.

Plano 341

Papitos aparece con el vaso de agua y las gotas de láudano. Fortunata lo toma, incorpora a su marido y le hace beber la medicina.

FORTUNATA.– Duerme, duerme... No te preocupes, yo te cuidaré...

Él murmura algo, pero ya está casi inconsciente. Fortunata sale de nuevo al pasillo y al pasar cerca de la puerta de entrada ve a Papitos pegado el oído a ella.

Plano 342

FORTUNATA.– ¿Qué pasa, Papitos? ¿Qué haces ahí?

PAPITOS.– Nada, señorita, que me pareció volver a oír los pasos...

FORTUNATA.– Anda, vete a la cocina... Si necesito algo ya te llamaré...

Papitos desaparece por el pasillo. Fortunata queda un momento junto a la puerta y también pega el oído a ella. Efectivamente, oye unos leves pasos en el exterior. Sus labios tiemblan. Se va casi corriendo al dormitorio y se sienta en la cama junto a su marido.

Plano 343

FORTUNATA.– Maximiliano... Maxi, despierta... Sálvame... yo quiero ser honrada... quiero ser tu mujer...

Se aferra a sus manos, le golpea suavemente el rostro, pero Rubín no da señales de recuperación. De pronto, escucha unos golpes, como si llamaran a la puerta. Fortunata se levanta y, despacio, se dirige a la puerta. Se vuelven a escuchar, muy leves, los golpes. Va hacia la habitación de Papitos, pero ésta está en el pasillo esperándola.

Plano 344

FORTUNATA.– Papitos, han llamado a la puerta.

PAPITOS.– Sí, señora. ¿Abro?

FORTUNATA.– No... No abras aunque llamen mil veces... ¿no te he dicho que fueras a dormir?

PAPITOS.– ¿Y si necesita algo la señora?

FORTUNATA.– Vete... vete de aquí... ¡a tu cuarto!

La chica se va con parsimonia, mirando de vez en cuando hacia Fortunata. Cuando ha desaparecido en su cuarto Papitos, se acerca de nuevo a la puerta, corre el cerrojo y se pega a la mirilla.

Plano 345

Enfrente, la puerta del piso está entreabierta y en el descansillo se cuela la luz de un quinqué. Una sombra cruza la pared del vestíbulo del piso vecino.

Plano 346

Fortunata se encoge sobre sí misma y se apoya en la puerta. Repite en voz baja y temblorosa:

FORTUNATA.– Es él... es él...

Plano 347

Y corre de nuevo hacia el dormitorio en donde Maximiliano se agita sobre la cama y en su delirio dice palabras ininteligibles. Ella se arrodilla a su lado, apoya los brazos en la cama y esconde en ellos la cara. Hasta el dormitorio llega el ruido de una llave trasteando en la cerradura de la puerta de entrada. Fortunata levanta la cara y escucha. Mira luego al pobre Rubín, y esto parece serenarla. De pronto, se levanta con una velada sonrisa en los labios. Su actitud ha cambiado por completo. Con una tranquilidad absoluta se dirige a la puerta, descorre el cerrojo, abre y sale.

Plano 348 Sec 89-A

Recorre con decisión y serenidad el corto trayecto que la separa del piso vecino y empuja la puerta que aún está entreabierta.

Secuencia 90.–Piso de Juan. Int. Noche.

Plano 349

No veía nada. Abrió más, más... estaba pálida, como si se hubiera quedado sin sangre... Abrió más... En el sofá de la sala, tranquilamente sentado... el otro. Fortunata estuvo a punto de perder el conocimiento. Le pasó un no sé qué por delante de los ojos, algo como un velo que baja o un velo que sube. No dijo nada. Él, pálido también, se levantó y dijo claramente:

Plano 350

JUAN.– Adelante, nena...

Fortunata no daba un paso. De repente sintió una alegría insensata, un estallido de infinitas ansias que en su alma estaban contenidas. Y se precipitó en los brazos del Delfín lanzando este grito salvaje:

Plano 351

FORTUNATA.– ¡Nene!... ¡Bendito Dios!

«El Delfín» la abraza también y esconde su cara en la melena suelta de Fortunata.

JUAN.– Cuánto tiempo sin verte...

FORTUNATA.– No me lo recuerdes... ¿no ves cómo tiemblo? Abrázame, Juan. Fuerte, más fuerte.

JUAN.– Estás hermosísima...

FORTUNATA.– Para ti... ¿Me quieres aún?

La lleva hacia el sofá y se sientan en él, aún abrazados.

JUAN.– El alquilar un piso frente al de tu marido, ¿no es una prueba de las ganas que tenía por verte?

FORTUNATA.– Dios te lo pague. Si hubiera sabido esto, me caso antes.

Lo mira a los ojos, le acaricia la cara.

FORTUNATA.– ¡Qué guapo estás!

JUAN.– Cuánto tenemos que hablar...

FORTUNATA.– Años sin verte... ¿Ves cómo tiemblo?

No sé qué me pasa...

«El Delfín» la vuelve a abrazar.

Plano 352

¿Sabes de qué me acuerdo? De nuestro hijo. ¿Si hubiera vivido lo habrías querido tú?

Fortunata está a punto de llorar. Siente pena y alegría al mismo tiempo. Juan le levanta la cara.

JUAN.– No es día de llorar, sino de estar alegre...

Ella sonríe.

Así... has cambiado tanto... Estás hermosísima.

FORTUNATA.– ¡Quiá! ¿Lo dices porque me he civilizado algo? Yo no me civilizo, ni quiero. Soy siempre pueblo, como cuando tu <me echaste el lazo y me cogiste> me conociste.

JUAN.– Y ya tengo aquí otra vez para pedirte perdón por todo lo pasado.

FORTUNATA.– Perdón. Si me quieres, que importa lo pasado. Mi marido eres tú. Todo lo demás... nada... Me moría por ti, Delfin.

Se abrazan de nuevo.

JUAN.– Lo que no comprendo es cómo has podido casarte con ese tipo...

Fortunata se vuelve hacia él y le besa antes de contestar.

FORTUNATA.– Sabes tú cómo fue todo eso. Pues como si me hubieran quitado la voluntad. Podían hacer de mí lo que quisieran... Por qué te crees que me fui con Juárez el Negro y luego con el Catalán. Porque estaba sin voluntad y dejándome hacer lo que a los otros les daba la gana. Así me vengaba de todo...

Juan la mira como si no creyera lo que le dice.

JUAN.– Pero criatura, qué idea tienes tú de la venganza.

FORTUNATA.– No me preguntes nada... no sé... vengarse es hacer lo que no se debe... lo más feo, lo más...

JUAN.– ¿Y de quién te vengas así.

FORTUNATA.– De... que se yo... de todo. <Para explicártelo tendría que ser sabia como tú y yo sé ni jota de nada, aunque doña Lupe y las monjas me hayan querido sacar un poco de lustre.>

Fortunata se incorpora y le acaricia la cabeza al Delfin, jugando con su pelo.

FORTUNATA.– Quién sabe lo que resultara de aquí y si las cosas se volverán algún día lo que deben ser. Porque si te hablo con franqueza, dudo mucho de que yo sea mala... Al fin y al cabo, querer a quien se quiere no puede ser cosa mala.

Plano 354

«El Delfín» no sabe qué contestar. La ingenua claridad de las palabras de Fortunata lo desconciertan. Mira la luz del alba filtrándose por los visillos del balcón. Parece algo inquieto. Ella lo abraza.

Plano 355

FORTUNATA.– A mi Delfín le pasa algo. Cuéntamelo todo.

JUAN.– Que te quiero.

FORTUNATA.– Entonces no me cuentes nada. Con eso es suficiente.

Lo besa. Ella, de pronto, se separa. Parece nerviosa.

FORTUNATA.– No estoy tranquila... Me da vergüenza... aquí, tan cerca de mi marido...

JUAN.– Tienes razón. Nos veremos en nuestro antiguo nido.

Juan se ríe, recordando.

JUAN.– Y el pobre Villalonga, otra vez en la calle.

También Fortunata se ríe.

Secuencia 91.–Casa Fortunata-Maximiliano.–Int. Amanecer.

Plano 356

Fortunata abre la puerta de su casa sin ninguna preocupación. En los labios tiene una sonrisa de triunfo. Cruza el pasillo hacia el dormitorio y se tropieza con Papitos, a la que mira sin importarle su presencia. La chica le lanza una mirada socarrona y una sonrisa de complicidad.

Plano 357

Entra en el dormitorio y se acerca a la cama en donde Maximiliano sigue inconsciente. Fortunata se echa un mantón sobre los hombros y se sienta en una butaca. Al poco rato se queda dormida con la sonrisa en los labios.

Plano 358

Secuencia 92.–Escalera Casa Fortunata-Maximiliano.–Int. Atard.

Maximiliano, completamente repuesto, sube las escaleras de su casa, gritando alegremente. Lleva un paquete en las manos.

Es ya bien entrada la tarde. En los últimos escalones de su piso llama a su mujer.

MAXIMILIANO.– ¡Fortunata! ¡Fortunata!

La sigue llamando mientras abre la puerta con la llave.

Secuencia 93.–Casa Fortunata-Maximiliano.–Int. Atard.

Plano 359

Cuando entra en su casa se encuentra con una sorpresa no del todo agradable: la mirada reprobatoria de doña Lupe. Maximiliano no puede reprimir su desagrado.

MAXIMILIANO.– ¿Qué haces tú aquí?

DOÑA LUPE.– Hijo, qué poco te alegran mis visitas. Desde que cobraste la herencia no puedes disimularlo. ¿Qué llevas en ese paquete?

Rubín, inconscientemente, esconde el paquete tras la espalda.

Plano 360

MAXIMILIANO.– Nada. Son cosas mías.

DOÑA LUPE.– ¿Para mí tienes secretos? Cómo has cambiado, hijo... ¿Y tu mujer? ¿Y Papitos? ¿Dónde están?

MAXIMILIANO.– Habrán ido de compras.

DOÑA LUPE.– A estas horas, poco se puede comprar. Lo único que se puede hacer a estas horas es malvender cualquier cosa, lo que sea...

Plano 361

Maximiliano, de pronto, se pone hecho una furia, y le grita a su tía:

MAXIMILIANO.– ¿A qué vienes aquí, tía? ¿A indisponerme con mi mujer? ¿A convertir esta casa en un infierno?

DOÑA LUPE.– Pero ¿cómo te atreves a gritarme así? Hace poco más de un mes que te has casado y se pueden contar con los dedos de la mano las veces que he puesto los pies en tu casa... ¿Y encima me dices que a qué vengo? Vengo a que tengas los ojos bien abiertos.

MAXIMILIANO.– ¿Qué quieres insinuar?

Plano 362

Se vuelve al oír abrirse la puerta de la calle. Es Fortunata, que entra en el comedor y al ver a la tía quiere ocultar su nerviosismo, su excitación.

DOÑA LUPE.– No quiero insinuar nada. Ahí tienes a tu mujer.

FORTUNATA.– ¿Hablaban ustedes de mí?

DOÑA LUPE.– Decía yo que en una casa como Dios manda, volver la mujer a estas horas ni es gobierno, ni es decencia ni nada que se le parezca.

Plano 363

Fortunata avanza hacia doña Lupe y le habla con serenidad, retándola con la mirada.

FORTUNATA.– Señora: métase usted en su casa y deje en paz a los demás, que nadie le pide consejo.

Maximiliano se envalentona más aún.

DOÑA LUPE.– Y en ella estoy, ¿de quién son estos muebles?, ¿de quién es todo esto? ¿Y Papitos? ¿Dónde está Papitos?

MAXIMILIANO.– Eso mismo digo yo, tía. Que se meta usted en su casa.

Plano 364

DOÑA LUPE.– ¿Conque estáis de acuerdo los dos, ¿eh? No se hable más... ¿Dónde está Papitos?

MAXIMILIANO.– ¿Y a usted qué le importa?

FORTUNATA.– No lo sé.

DOÑA LUPE.– ¿Pero no había salido con usted de compras?

Fortunata mira a su marido y éste le devuelve la mirada de complicidad.

FORTUNATA.– No, señora. Ha salido ella sola con mi permiso.

La tía se arrebata y sale del comedor casi gritando.

DOÑA LUPE.– Era lo que me faltaba oír. Vivir para ver...

Plano 365

Los dos la dejan irse hacia la puerta de salida a la escalera. Maximiliano abraza a su mujer y ésta recibe con frialdad el abrazo. De pronto se separan al oír voces en el vestíbulo y salen del comedor. Papitos, con polvos en la cara, pintada y vestida como una mujer, se cubre como puede de los golpes que le propina doña Lupe.

DOÑA LUPE.– ¡Por esto si que no paso! ¡Esto ya clama al cielo! ¡Ven aquí, desvergonzada!

Plano 366

PAPITOS.– ¡A mí no me pone usted la mano encima!

DOÑA LUPE.– ¿Cómo no eso? ¿Qué estás diciendo, pingo?

Y doña Lupe vuelve a descargar su mano sobre la chica, pero Fortunata se interpone entre ambas y la protege con su cuerpo.

DOÑA LUPE.– ¡Quítese usted de en medio!

Papitos se abraza por la espalda a Fortunata.

FORTUNATA.– Delante de mí, usted no la toca.

Maximiliano agarra por un brazo a su tía.

MAXIMILIANO.– Se acabó de pegarle a la criada delante de mí.

Plano 367

Doña Lupe, horrorizada, mira la mano de su sobrino que le aprieta el brazo, y después a Fortunata y a Papitos. Se suelta de un tirón y se echa las manos a la cabeza.

DOÑA LUPE.– ¿Pero qué está pasando en esta casa? ¿Qué está pasando?

MAXIMILIANO.– Aquí no está pasando absolutamente nada.

DOÑA LUPE.– ¿No? El tiempo lo dirá. Dios quiera que un día no tengas que arrepentirte...

Doña Lupe sale de la casa, dejando en el aire como un presagio de tragedia. Papitos se abraza llorando a Fortunata, que la consuela.

Plano 368

FORTUNATA.– Calla, calla, Papitos, no tengas miedo. No te va a pasar nada. A nadie nos va a pasar nada.

Maximiliano se une a las dos mujeres.

MAXIMILIANO.– Claro que no. Todo lo contrario, vamos a ser muy felices los tres.

Se separa de ellas y les enseña el paquete que no ha llegado a soltar de la mano.

Mirar qué sorpresa traigo...

Abre el paquete y aparecen las joyas que Fortunata había empeñado después que el Catalán la abandonó.

FORTUNATA.– ¿Por qué has desempeñado mis joyas? <¿y la farmacia?> Esto lo necesitabas para recuperar tu farmacia.

Papitos ha cogido las joyas y se las está probando sobre el pecho, en el cuello, en las manos.

MAXIMILIANO–. ¿Qué importa ahora eso? Tiempo habrá de recobrarla. Lo primero es ser felices.

Plano 369

La abraza y sonríe al ver a la chica tan entusiasmada con las joyas.

MAXIMILIANO.– Y aún hay más. ¿No querías ver el mar? Pues nos hartaremos de mar. He alquilado una casita en un pueblo pesquero y nos iremos allí los tres: Papitos, tú y yo.

Él la separa la distancia que dan sus brazos y la mira a los ojos. Fortunata los baja.

MAXIMILIANO.– ¿Qué te parece, Fortunata?

Ahora es ella la que lo abraza a él.

Plano 370

Nada. Que me gustaría que en este mundo, los buenos fueran los que son felices.

Papitos llora mansamente viendo la amorosa escena entre los dos, sin dejar de probarse las joyas. Maximiliano murmura.

Plano 371

MAXIMILIANO.– Te quiero... te quiero...

Secuencia 94.–Casa Fortunata. Maximiliano.–Int. Noche.

Plano 372

Papitos está sentada sobre una de las varias maletas que forman el equipaje. Tiene puesto un collar de los que sacó del Monte de Piedad Maximiliano. Éste, apoyado en la vidriera del balcón, parece nervioso, indeciso.

Se vuelve hacia Papitos, que lo mira de reojo al tiempo que acaricia el collar. Maxi se acerca a ella y toma el collar en sus manos.

Plano 373

MAXIMILIANO.– ¿Quién te ha dado permiso para ponerte ese collar?

PAPITOS.– Me lo ha regalado la señorita Fortunata. Me ha dicho que me lo puedo quedar...

Rubín le arranca el collar de un tirón.

MAXIMILIANO.– Hasta ahí podíamos llegar...

Del tirón, las cuentas del collar se han esparcido por el suelo. Papitos las ve rodar desconsolada.

¿A qué esperas? Recógelas...

Papitos se agacha y comienza a buscar las cuentas mientras Maxi vuelve al balcón y mira hacia la calle. Sin volverse, habla como para sí mismo.

Plano 374

MAXIMILIANO.– Le ha debido pasar algo... Y nosotros, tan tranquilos... Perderemos el tren... ¿la habrán atropellado y estará en el hospital...?

La chica, de rodillas en el suelo recogiendo las cuentas, se pone a llorar y a gritar.

PAPITOS.– No le ha pasado nada... Yo sé donde está... Sé donde está... Nada, nada le ha pasado...

Secuencia 95.–Estudio Villalonga.–Int. Noche.

Plano 375

A pesar del tiempo transcurrido, el estudio de Villalonga ha variado muy poco. Hay algún cuadro más y no mucho mejor pintados que los que ya conocemos.

Juan se acerca en estos momentos a Fortunata, que está sentada en uno de los sofás, Fortunata pone sus manos por delante para que no se acerque más.

FORTUNATA.—<Pues asegúrame que no la quieres.>

JUAN.—<La quiero, sí... ¿por qué engañarte? Pero de una manera muy distinta a ti. Le guardo todas las consideraciones que ella se merece... No puedes figurarte lo buena que es.>

Plano 376

Fortunata hace más fuerte su muralla con los brazos y rechaza a «el Delfín»; éste comprende que debe disculparse.

La pobrecilla tiene una pasión que la domina... Dios no quiere que tengamos hijos y ella <se empeña en que sí> no se resigna... <de la pena que le causa su esterilidad, ha desmejorado y hace algún tiempo que se está llenando de canas.>

Ella dobla sus brazos y deja que Juan se acerque. Él le toma la cara entre sus manos.

FORTUNATA.– Escucha, vida mía, lo que se me ha ocurrido. Una gran idea. Verás.

Hace que se siente en el sofá, junto a ella, abrazados.

Le voy a proponer un trato a tu mujer, ¿dirá que sí?

JUAN.– Veamos lo que es.

FORTUNATA.– Muy sencillo. A ver qué te parece.

FORTUNATA.– Parece tomar fuerzas para seguir hablando y se acaricia el vientre mientras dice:

Plano 377

FORTUNATA.– Yo le cedo a ella el hijo que tengas conmigo y ella me cede a mí su marido. Total, cambiar un nene chico por un nene grande.

«El Delfín» la mira como si no se creyera lo que ha oído. Fortunata sonríe.

FORTUNATA.– ¿Dirá que sí? ¿A ti qué te parece?

JUAN.– Mira, nena, deja a mi mujer en su casa y no volvamos...

Pero no puede terminar la frase. Unos golpes en la puerta les hacen incorporarse. Se levanta para abrir.

Maximiliano Rubín aparece en el marco de la puerta. Entra sobrepasando a Juan Santa Cruz, como si éste no existiera. Descubre a Fortunata y hacia ella se dirige. Fortunata se levanta al verlo venir hacia ella.

Plano 379

FORTUNATA.– Maxi...

MAXIMILIANO.– Vámonos, Fortunata.

Juan, aún en mangas de camisa, desde la puerta le dice con aire jactancioso:

JUAN.– Fortunata: si tú quieres.

Rubín se hace el sordo a las palabras de Santa Cruz y vuelve a repetir:

MAXIMILIANO.– Fortunata, ¿no me has oído? Vámonos.

Juan se acerca al matrimonio y se dirige de nuevo a Fortunata.

JUAN.– Por tu propia voluntad. No tengas miedo.

Maximiliano se encara con «el Delfín».

Plano 381

MAXIMILIANO.– Es inútil que hable usted. Usted, para mí no existe.

Plano 382

Sin embargo, usted para mí, sí. Desde la misma noche de su boda no pasa un solo día sin que Fortunata y yo le nombremos.

Ante la actitud descarada de «el Delfín», Maximiliano se lanza sobre él como una furia.

MAXIMILIANO.– Canalla... Te voy a matar...

Pero Juan es más fuerte que el marido. Del primer golpe lo tira al suelo y lo apalea delante de Fortunata.

Plano 383

JUAN.– Te aplasto... cucaracha...

Después toma la chaqueta y se va escaleras abajo. Hay un silencio mientras Maximiliano, en el suelo, intenta recuperarse. Su mujer no sabe si socorrerlo o seguir tras Juan. Al fin, decide esto último.

Plano 384

FORTUNATA.– Juan... espérame... Juan.

Plano 385-Sec 95A. Y corre tras «el Delfín» que no le hace caso y entra en su coche. Maximiliano logra incorporarse. Mira a su alrededor, como si no reconociera el lugar en donde se encuentra. Se lleva una mano a la cabeza y hace un gesto de dolor.

Plano 386

MAXIMILIANO.– Fortunata... Fortunata... Mira las pinturas de mujeres que cubren las paredes. Está a punto de caerse y se apoya en un sofá.

MAXIMILIANO.– Fortunata... ¡Fortunata, no me dejes aquí! ¡Vuelve! ¡Maldita!

Su ataque de furia comienza volcando una mesa. Luego, rasgando los cuadros y pisoteándolos. De pronto, cae al suelo como fulminado por un rayo.

Plano 387

Secuencia 96.–Plaza de la Paja.–Ext. Noche.

Fortunata sigue corriendo tras el coche de caballos de «el Delfín» y gritando su nombre.

FORTUNATA.– ¡Juan! ¡Juan!

Pero el coche desaparece calle abajo. Fortunata queda sola. Se apoya, sollozando, en la pared.

Secuencia 97.–Casa Fortunata-Maximiliano.-Int. Noche.

Plano 389

Maximiliano está en la cama medio inconsciente, pero se agita sobre ella, sudoroso, temblándole los labios, <mientras habla como en delirio>.

Don Nicolás Rubín está sentado en la cabecera de la cama. Doña Lupe limpia el sudor de la frente de su sobrino.

MAXIMILIANO[38].– <Miserable... partirle el corazón es poco... yo la salvé, la saqué del fango... y me traiciona... tía... tía... tú la conocías bien... es una miserable...

Plano 390

Entra Papitos. Va vestida como la conocimos al principio, desmañada y sin maquillar.

PAPITOS.– Ahí está la señorita Fortunata, señora.

Pero Fortunata entra en el dormitorio. Don Nicolás se levanta y su tía le corta el paso.

Plano 391

DOÑA LUPE.– ¿A qué viene usted a esta casa? ¿Todavía no está satisfecha del daño que ha hecho?

FORTUNATA.– Vengo a devolver lo que no es mío... Además, ésta es mi casa.

DOÑA LUPE.– Era su casa. Desde ahora, no ponga los pies en ella.

Plano 392

Maximiliano, aunque no mira a ningún sitio fijo, se ha quedado como alucinado al entrar su mujer en el cuarto. <Ha dejado de hablar> parece más tranquilo, como si la presencia de Fortunata lo calmara inconscientemente. Ésta, con gran serenidad, se despoja de las joyas que lleva y las deja sobre la cómoda.

Plano 393

FORTUNATA.– Estas joyas las desempeñó Maximiliano. Son suyas.

Don Nicolás saca a Fortunata del dormitorio. La tía coge las joyas.

El cura y Fortunata hablan en el vestíbulo mientras Papitos espía a ambos.

DON NICOLÁS.– ¿Qué quiere que le digamos a Maximiliano cuando se recupere?

Plano 394

FORTUNATA.– Dígala usted que me he muerto.

Luego llama a la chica.

Papitos, saca mi ropa del dormitorio. Es lo único que me quiero llevar.

Papitos entra en el dormitorio.

DON NICOLÁS.– Nos ha engañado a Maximiliano.

---

[38] Dice el texto: «No debe hablar»

FORTUNATA.– Cuando me casé con su hermano al que engañé fue a Juan Santa Cruz.

La que sale con las ropas es doña Lupe, que se las tira a su sobrina. El cura se escandaliza de la frase de Fortunata, dicha con tanta convicción.

DON NICOLÁS.– Está usted loca. Fuera... fuera de aquí. Vamos a zahumar la casa en cuanto se vaya... que su recuerdo se borre de estas paredes... Zahumaremos hasta el último rincón...

Plano 395

Fortunata sale con el lío de ropa entre los brazos. Papitos observa la escena desde el pasillo. Doña Lupe se dirige hacia ella y sin previo aviso comienza a golpearla.

DOÑA LUPE.– ¡Golfa, más que golfa! ¡De ahora en adelante ha vuelto el orden a esta casa! ¡Se acabó la anarquía! ¡Se acabó la anarquía!

Y mientras sigue abofeteando a la chica, del dormitorio llegan los gritos de Maximiliano.

MAXIMILINO *(off)*.– <¡Del infierno te saqué, maldita...! ¡Y volverás al infierno... y yo mismo avivaré las llamas, miserable!

Secuencia 98.–Casa Santa Cruz–Dormitorio Juan-Jacinta.– Int. Noche.

«El Delfín» y Jacinta están en el salón. Éste, falsamente triste, compungido. Ella, expectante, siguiendo con avidez sus palabras.

JUAN.– Veremos si me comprendes ahora. Es cierto que hace dos meses me encontré otra vez a...

Jacinta le tapa la boca con la mano en un rápido movimiento.

Plano 396

JACINTA.– No la vuelvas a nombrar.

JUAN.– Está bien. Como quieras. Iré al grano. Me la encontré casada...

Jacinta retira la mano que su marido le ha estado besando mientras hablaba.

JACINTA.– ¡Casada!

JUAN.– Sí, con un <simple> pobre hombre. La metieron en un convento y la casaron después <como> casi por sorpresa...<Una historia de intrigas y atrocidades que horroriza>

JACINTA.– ¡Pobre mujer! Pero bien merecido le está <por su mala conducta.>

«El Delfín» suelta una carcajada. En realidad, va llevando a su mujer al terreno que él quería: sentir lástima por Fortunata.

JUAN.– ¿De verdad tú crees que Fortunata es un monstruo de seducción? Pero si es una inocente...

JACINTA.– Y si es tan inocente, ¿por qué has vuelto a caer otra vez?

Plano 397

Juan se recuesta más en el sillón y sigue hablando en su tono triste y compungido del principio.

JUAN.– Por compasión. Pero la infeliz no sirve para amante. Ha nacido para casarse con un albañil, hacer calceta, ser honrada y limpiarle los mocos a los chiquillos.

JACINTA.– Júrame que vas a romper con ella definitivamente.

La toma de las manos.

JUAN.– No hacía falta que me lo pidieras. Mañana mismo pensaba decírselo.

JACINTA.– No. Tú no vuelves a verla. Se lo dices por carta. Le mandas dinero con Estupiñá y asunto terminado.

Juan la abraza.

JUAN.– Mejor me lo pones. <esta es la noche más feliz de mi vida.>

JACINTA.– Pero ella te quiere todavía, ¿verdad?

JUAN.– Pues... te diré... que sí....

JACINTA.– ¿Y si da en perseguirte?

JUAN.– <Seré capaz hasta de recurrir a la policía.> No digas tonterías...

JACINTA.– Di que no volverás a verla... Que no la quieres.

JUAN.– Demasiado lo sabes. Te lo juro.

Y un nuevo abrazo sella el juramento de «el Delfín».

Secuencia 99.–Estudio Villalonga.–Int. Día.

Plano 398

Es por la mañana. Fortunata está tumbada en un sofá. Ha pasado allí la noche. Está sola, abatida, en el estudio de Villalonga. Se levanta. Pasea entre muebles volcados, cuadros rotos, ropas deshechas, los síntomas del ataque de locura de Maximiliano.

Plano 399

Se asoma a una de las ventanas. Vuelve a pasear nerviosa. Da una patada a un cuadro roto, lo rasga más con el tacón de su bota.

Se dirige decidida hacia el lío de ropa que dejó sobre un sofá, toma un mantón, se lo echa sobre los hombros y sale del estudio dando un portazo.

Secuencia 100.–Calle Casa Santa Cruz.–Ext. Día.

«Ya llegaba y a medida que veía más cerca el objeto de su viaje, parecía como que se le iba acabando la cuerda epiléptica que le impulsaba a la febril marcha. Vio el portal de la casa de Santa Cruz, y sus miradas se internaron con recelo por aquella cavidad ancha, de estucadas paredes, y alumbrada con mecheros de gas».

Plano 400

«Ver el portal fue para ella, como para el pájaro que ciego y disparado vuela, topar violentamente contra un muro. Volvió a sentir el insensato anhelo de entrar en la casa, y dio tres o cuatro pasos hacia ella, pero retrocedió por segunda vez. Un viejo se detenía en el portal. La joven reconoció a Estupiña. Plácido se embozó en la capa, tomando la calle del Vicario Viejo».

Plano 401

«De pronto vio que al portal se acercaba un coche. Salieron las señoras».

Fortunata vio primero a la Santa y luego a Jacinta.

Plano 402

Apenas ha reconocido a ésta, se dirige hacia ella, impulsada por algo que no puede dominar. Se para frente a ella.

Plano 403

Hay un presentimiento entre las dos mujeres, como si Jacinta supiera quién está ante sí. Fortunata la agarra violentamente del brazo.

FORTUNATA.– Yo soy Fortunata.

JACINTA.– Suélteme.

La congoja de Fortunata es tan fuerte que no puede articular más palabras. Entonces interviene la Santa. Toma a Jacinta del otro brazo y la empuja para que se meta en el coche. Guillermina mide a Fortunata con la mirada.

GUILLERMINA.– ¿Es usted Fortunata?

Sólo puede afirmar con la cabeza, mientras mira hacia el interior del coche, en donde Jacinta es únicamente una sombra.

GUILLERMINA.– Yo tendría que hablar con usted, pero no creo que sea éste el momento.

El cochero espera con la puerta abierta a que suba Guillermina la Santa, pero ésta se retira un poco a Fortunata (Jacinta dentro del coche) y le sigue diciendo:

Plano 404

GUILLERMINA.– ¿Le molestaría a usted venir a mi casa mañana por la tarde? ¿Sabe dónde vivo?

Plano 405

Fortunata asiente con la cabeza.

Pues allí la espero. No me falte.

Y dicho esto se aleja hacia el coche, sube y éste se pone en movimiento.

«Oyó el ruido del coche que rodaba por la calle abajo, y aún lo vio pasar por delante con tan rápida vuelta que por poco la arrolla. «¡Eh...!» gritó el cochero, y la señora de Rubín dio un grito, saltando hacia atrás.

Secuencia 101.–Casa Guillermina –Int. Día.

Plano 406

En la casa de Guillermina, la Santa, hay profusión de cuadros religiosos, casi todos firmados por grandes maestros de la pintura. Varios crucifijos en las paredes, muebles lujosos, vajillas de plata y objetos de valor.

La Santa está intentando echar de su casa a Jacinta, que no quiere perderse la entrevista de su tía con Fortunata.

GUILLERMINA.– No, sobrina, no. A mí no me juegas esta pasada... Tú te vas y yo hablo a solas con ella.

JACINTA.– Yo no chistaré... No haré más que oír... Vamos, no seas remilgada, déjame... yo me escondo y ésa no se entera que estoy aquí.

En este momento se oye la campanilla de la puerta.

GUILLERMINA.– Seguro que es ella. Vamos, métete allí.

Ha salido a abrirle un criado con uniforme.

Plano 407

CRIADO.– <Usted debe de ser Fortunata. Pasa. La señora te está esperando.> Señora una tal Fortunata pregunta por usted... ¿le digo que pase?

Plano 408

A través de largos y lujosos pasillos, atravesando varios salones, el criado lleva a Fortunata ante la Santa, que la recibe en un modesto salón. Guillermina está amable, pero distante. Ni siquiera le da la mano. Le señala un sillón y Fortunata se sienta en él. La Santa sigue de pie.

FORTUNATA.– Buenas tardes.

GUILLERMINA.– Hija mía, vayamos al grano... Yo tengo una persona a la que quiero tanto, que daría mi vida por ella...

Plano 409

FORTUNATA.– Su sobrina Jacinta...

GUILLERMINA.– Exacto... Mi sobrina Jacinta está casada con una persona que tuvo tratos con usted cuando era soltero.

Fortunata contesta en la misma actitud, sin inmutarse.

FORTUNATA.– Cuando era soltero y después de casado. Siempre que ha venido a buscarme.

La Santa se sienta mientras dice:

Plano 410

GUILLERMINA.– Hija, es usted más clara que yo... Veo que no se le ha quitado de la cabeza la idea del pecado, y que si volviera a buscarla...

FORTUNATA.– Qué más quisiera yo... Pero creo que no se acuerda ni del santo de mi nombre.

Plano 411

GUILLERMINA.– Usted no tiene salvación. Y por lo que me dice, no está dispuesta a despertar su conciencia para sacarla del infierno.

FORTUNATA.– Mi conciencia está muy bien donde está y sólo me dice que debo luchar para conseguir lo que es mío y muy mío...

La Santa se levanta y comienza a perder un poco su habitual compostura de seguridad.

GUILLERMINA.– Pero usted no ve, desgraciada, que ese hombre está casado como manda Dios, y que usted va contra todas las leyes divinas y humanas.

Plano 412

También Fortunata se levanta, con un gesto que quiere dar a entender que están en la misma altura.

FORTUNATA.– Para mí no hay más que una ley: «querer a quien te quiere no puede ser cosa mala».

GUILLERMINA.– Pero es que ese hombre a quien usted quiere es el marido de otra...

Fortunata se señala su propio pecho.

FORTUNATA.– Para mí es mi marido... Porque el marido de una no es al que le echan las bendiciones, sino al que se quiere del corazón...

Plano 413

Guillermina se enfurece aún más.

GUILLERMINA.– ¡Cállese! Ese hombre tiene su mujer legítima... ¿y no sabe usted que con solo mirar a su marido ya la ofende? ¿No sabe usted que Dios los casó y que su unión es sagrada?

FORTUNATA.– Lo que es sagrado es quererle como yo le quiero.

Plano 414

La Santa ya no sabe qué actitud tomar. Pasea entre los muebles, como si meditara.

GUILLERMINA.– Entonces, queriéndole así, con ese amor tan sagrado, con ese desatino, nadie como usted tiene el cielo tan cerca de las manos... Arrepiéntase y gánelo... <quién fuera como usted...>

Se acerca a Fortunata, a la que quiere ganarse por medio del halago.

GUILLERMINA.– <Quien estuviese arrebatada por un amor así, para desarraigar esa pasión del alma y ofrecerla en sacrificio a Dios.>

FORTUNATA.– Para usted es muy fácil arrepentirse, porque es una santa. Pero yo soy de este mundo... Para usted es un gusto pasar desde una casa así a los cielos... pero yo he pasado hambre, me han apaleado, me han despreciado, y quiero en este mundo lo que es mío.

La toma de los hombros sin poder evitarlo y la zarandea débilmente, pero con firmeza.

GUILLERMINA.– Es que no es suyo. Quítese usted esa idea satánica de la cabeza... <ese hombre es el destinado por Dios para ese ángel que es mi sobrina Jacinta>

Sacude los hombros para que la Santa la suelte.

FORTUNATA.– Sí, su sobrina será un ángel. Todo lo <ángel> buena que usted quiera, pero no tiene hijos. Y esposa que no tiene hijos, no es tal esposa.

Yo soy la esposa del Delfín porque ya le he dado un hijo, y le volveré a dar otro.

En estos momentos se abre una de las puertas del salón y aparece Jacinta. Nunca la hemos conocido así. Sus ojos echando chispas, sus labios fruncidos por la rabia, la actitud decidida de su cuerpo. Ya no son dos mujeres de distintas clases sociales: son dos hembras en lucha por un hombre.

Plano 415

JACINTA.– Infame... Mujerzuela... Juan es mi marido...

Fortunata apoya las manos en el respaldo del sillón y agacha el cuerpo. La ira y la pasión se manifiestan en ella con explosión formidable.

Plano 416

FORTUNATA.– La mujerzuela eres tú... la ladrona eres tú...

Y sin que la Santa pueda impedirlo, las dos mujeres se enzarzan en una terrible pelea. Y es Fortunata, como antes lo fuera Juan con Rubín, la que lleva las de ganar, y arrastra por el piso a Jacinta.

Plano 417

FORTUNATA.– Tú serás ángel... pero no tienes hijos... los ángeles no los tienen, pero yo sí... nunca los tendrás... y yo sí... yo sí...

Plano 418

La Santa ha salido al comienzo de la pelea y vuelve con el criado, que separa a las mujeres y se lleva a rastras a Fortunata.

Jacinta, aún en el suelo, llora desconsolada. Su tía la ayuda a levantarse y Fortunata le grita a ésta mientras la sacan arrastrando por las alfombras.

Plano 419

FORTUNATA.– Y usted no rece tanto, señora, que a mí no me la dan... ¡Guillermina la Santa! ¡Menuda santa! ¡Como todas! <amancebada con los del babero, sí señora!>

Plano 420

Sigue gritando mientras el criado la baja medio arrastrando por las escaleras. Y su actitud, sus palabras, sus gritos, nos recuerdan a Mauricia la Dura.

Secuencia 102.–Plaza del Peso de la Paja y calle adyacente. Ext. Día.

Fortunata camina a buen paso por una de las calles adyacentes a la plaza del Peso de la Paja, en donde se encuentra el estudio de Villalonga. Va excitada, dando traspiés, como si hubiera bebido. Los ojos le brillan con una luz alegre y satánica. Habla sola frases que no entendemos. Solamente cuando se para, podemos oír:

Plano 421

FORTUNATA.– Mauricia de mi alma ¿dónde te has metido? Aquí te necesitaba yo ahora... Ahora que voy a tener un hijo.

Desemboca en la Plaza, pero una repentina visión la hace esconderse en un portal. La visión es Maximiliano Rubín, que también hablando solo, pasea por la plaza mirando las ventanas del estudio. Desde su escondite, Fortunata lo ve gesticular y dice en voz baja, como si le hablara a una persona que está junto a ella.

Plano 422

FORTUNATA.– Éste nos está buscando para matarnos, hijo.

Baja la cabeza para mirar a su vientre, sale del portal y huye de aquel lugar.

Secuencia 103.–Escalera Casa Fortunata-Estupiñá.–Int. Día.

Ahora sube la empinada escalera de piedra de su antigua casa de la Cava de San Miguel, número 11. La escalera en donde conoció a «el Delfín». Aún se pueden ver plumas sobre los escalones y también hay la cáscara de un huevo partida en dos. Cruje al pisarla Fortunata con el pie. Sigue hablando sola mientras llega a la puerta de su casa.

Primer tramo.

Plano 424

FORTUNATA.– Aquí conocí a tu padre, hijo. Yo soy la única esposa de «el Delfín».

Segundo tramo.

Plano 425

Jacinta, te perdono, ya no te guardo rencor. Yo soy la madre de tu hijo.
Tercer tramo.

Plano 426

Ahora estás más abajo que yo, y te perdono, Jacinta. Yo soy así.
Saca la llave, abre, cierra y escuchamos el doble ruido del cerrojo.

Secuencia 104.–Buhardilla de Fortunata.–Int. Día.

Plano 427

Por el ventanuco de la buhardilla entra la opaca luz de una tarde de otoño. El embarazo se le nota más a Fortunata.

Plano 428

Exterior Plaza Mayor. Desde el ventanuco se ve parte de la Plaza Mayor. Algunas hojas amarillas de otoño cruzan impulsadas por el viento.

Plano 429

Fortunata se sobresalta al oír golpes en la puerta. Se acerca con sigilo y pregunta con miedo:

FORTUNATA.– ¿Quién es?

ROSITA.– *(off)*. Soy Rosita... Ábrame usted, que le traigo la comida.

FORTUNATA.– ¿Vienes sola?

ROSITA.– *(off)*. Que sí... ¿con quién quiere usted que venga?

Escalera Plano 430

Fortunata abre poco a poco la puerta y antes de dejar pasar a Rosita, mira hacia afuera para cerciorarse de que viene sola.

Plano 431

La deja pasar y la muchacha entra con una cacerola y un trozo de pan en las manos. Fortunata señala la mesa.

FORTUNATA.– Déjalo ahí. Oye, Rosita, ¿no habrás visto a mi marido por aquí, verdad?

ROSITA.– ¿Al señor Rubín? No, si viene, ya sabemos que no tenemos que dejarle subir. No se preocupe.

La chica se va hacia la puerta y sale. Fortunata cierra con llave y corre el cerrojo.

Plano 432

No te preocupes, hijo... Nada te pasará... no nos quieren bien, ya lo sé... Cuántos querrían que no nacieras... pero yo te protegeré contra todos y nacerás... y verás este mundo, que será todo lo malo que quieras, pero que no hay otro, y que estoy segura que cambiará cuando nazcas, Delfín, hijo, porque la tierra se tiene que llenar de alegría cuando tú llegues...

Plano 433

Y Fortunata comienza a cantar una nana susurrando, como si meciera al niño que aún no ha nacido.

Secuencia 105.–Buhardilla de Fortunata.–Int. Ext. Día.

Plano 434

Es invierno. La Plaza Mayor está engalanada porque es el día en que Madrid recibe a su nuevo rey, Alfonso XII.

Plano 435

Desde el ventanuco de la buhardilla, Fortunata mira hacia la tribuna.

Plano 436

Que se ha levantado en un lateral de la plaza. Es justo el momento en que el Rey recibe los honores de los principales de la Villa y Corte.

Plano 437

Fortunata. Mira, hijo, qué bonito... Parece que saben que vas a nacer... y todos se alegran.

Plano 438

Mira, mira al señor Rey... será todo lo rey que quiera, pero tú eres más, hijo... Ríete del señor rey, Delfín, hijo, ríete...

Plano 439 *Ext. Plaza del Rey, etc.*

Plano 440

Hasta la buhardilla llegan los toques de trompetas y los gritos de la gente.
GRITOS GENTE.–¡Viva el Rey! ¡Viva Alfonso XII!

Secuencia 106.–Buhardilla de Fortunata.–Int. Día.

En el teatro: la Santa, Jacinta, los Santa Cruz, el Delfín de pie

Durante el rodaje en el convento, con Terele Pávez en el papel de Mauricia la Dura

Plano 441

Fortunata ha salido ya de cuentas. Se mueve pesadamente por la pequeña casa. Se sienta en una silla. A su lado hay una sillita a la que le habla, como si en ella se sentara su hijo.

Plano 442

Entra el sol por el ventanuco, un sol de primavera que da sobre la sillita. A su alrededor hay palomas que picotean en el suelo migas de pan que les va echando Fortunata.

Plano 443

FORTUNATA.– Las palomas no se espantan de nosotros... ¿no ves que yo me he criado entre ellas? De niña, yo sabía hacer el zureo con la boca y ellas venían a comer en mi mano... Y les daba buches de agua con mi boca... Y después de darles de comer las espantaba... Espántalas tú ahora, que ya han comido, Delfín, espántalas...

Plano 445

Fortunata se levanta y, riéndose, espanta a las palomas. Las palomas salen volando por el ventanuco y ella las sigue para seguir con los ojos sus vuelos. Pero no puede llegar al ventanuco. Se retuerce y siente los dolores de parto. Su cara se llena de alegría.

FORTUNATA.– Hijo, ya estás aquí...

Se dirige a la puerta.

FORTUNATA.– ¡Rosita...! ¡Rosita...!

Secuencia 107.–Buhardilla de Fortunata.–Int. Noche.

Plano 446

Fortunata está en la cama y junto a ella tiene a su hijo recién nacido. Rosita recoge las palanganas y los paños utilizados en el parto, y la partera se lava las manos en una jofaina.

Fortunata se incorpora un poco para escuchar mejor los pasos que se oyen en la escalera.

FORTUNATA.– Rosita, mira a ver si es don Plácido, y si es, dile que pase...

Rosita abre la puerta y se vuelve a Fortunata para afirmar con la cabeza.

FORTUNATA.– Don Plácido, pase usted...

Estupiñá entra con el sombrero puesto, y mira extrañado todo el desorden de la casa. Fortunata levanta a su hijo y se lo enseña.

Plano 447

FORTUNATA.– Mire lo que tengo... pero no se lo diga a nadie. Sólo a él, al Delfín... que no se entere Maximiliano, mi marido...

Estupiñá se quita el sombrero casi con respeto religioso.

ESTUPIÑÁ.– Dios mío, es él clavado. Es «el Delfín».

Plano 448 A

Y sin decir más, se pone el sombrero y sale escaleras abajo. Fortunata abraza al niño y le dice:

Plano 449

FORTUNATA.– Ahora vendrá él... Ahora vendrá...

PARTERA.– Túmbese, mujer... Estese quieta... ha sido un parto difícil. Tiene que guardar mucho reposo.

Secuencia 108.–Buhardilla de Fortunata.–Int. Día.

Plano 450

La casa está en orden ya: no hay palanganas, ni paños amontonados. Todo parece recién limpio. Fortunata, que prematuramente se ha levantado, está terminando de dar los últimos toques de buena presencia a su casa, como si esperara a alguien importante. Ahora arregla de nuevo los volantes de la cuna del recién nacido.

Plano 451

Rosita termina de fregar el suelo. Unos golpes suenan en la puerta. Fortunata, que está acostándose, se cubre con las sábanas mientras apremia a la muchacha.

FORTUNATA.– Abre, corre. Es él.

Plano 452

La chica descorre el cerrojo. Fortunata contiene un grito y coge instintivamente al niño, apretándolo contra su pecho, como si lo protegiera.

Plano 453

El que ha aparecido en la puerta es Maximiliano.

FORTUNATA.– Rosita, grita, llama a alguien... Mira si está el señor Estupiñá.

Rosita sale corriendo y Maximiliano se sienta pacíficamente a los pies de la cama.

Plano 454

FORTUNATA.– Vete. Tú vienes a matar al niño.

MAXIMILIANO.– Qué locura. ¿Me tienes miedo? Estás equivocada si piensas que he venido a hacerte daño. <Ya no se trata de matarte ni de matar a nadie>

FORTUNATA.– Entonces. <¿a qué has venido?> ¿Qué haces aquí?

Plano 455

MAXIMILIANO.– Todos me querían ocultar que ibas a tener un niño... Pero yo solo, por lógica, lo he adivinado. <Tan sano estoy de la cabeza que me hago cargo de tu situación, y de la mía. Entre tú y yo, ya no puede haber nada>.

Fortunata aprieta más al niño contra su pecho.

FORTUNATA.– Nunca lo ha habido.

MAXIMILIANO.– Dices la verdad. Nos casamos por debilidad tuya y equivocación mía. Yo te <adoraba> quería. Tu a mí, no. Tenía que venir el divorcio. Contra la naturaleza no se puede protestar.

Plano 456

Rubín se levanta y se acerca a Fortunata.

MAXIMILIANO.– Pobre niño... Si fuera mío, aún me querrías algo... pero todo el mundo sabe de quién es... Más vale así... Déjame verlo.

Ella se niega, resguardando a su hijo con el cuerpo.

MAXIMILIANO.– Ya te he dicho que no vengo a hacerte daño. <La verdad es que he venido a darte una buena lección porque las pedradas que vienen de arriba, sanan, curan y fortalecen.>

Se sienta en la cabecera de la cama. Su mujer lo mira asustada, pero le presenta al niño cuando Maximiliano intenta acariciarlo.

MAXIMILIANO.– Una vez perdí la razón, ¿te acuerdas? Tu infidelidad se me había metido en la cabeza. Quería matarte...(<y pensaba que tu hijo era el Mesías.)> Pero ahora me alegro de mi locura, porque una vida lógica, es triste y fría...

Toma al niño y lo levanta en el aire.

¡Un ser más en el mundo! ¿Qué derecho tengo yo a negarle la vida?

Ella se incorpora. Está más asustada.

Plano 457

FORTUNATA.– ¡Rosita! ¡Llama a tu madre!

MAXIMILIANO.– ¿Aún me tienes miedo? ¿No te han convencido mis razones?

FORTUNATA.– ¡Rosita! ¡Llama a tu madre!

MAXIMILIANO.– ¿Aún me tienes miedo? ¿No te han convencido mis razones?

FORTUNATA.– ¡Dame el niño!

Maximiliano lo mira fijamente.

MAXIMILIANO.– Se parece a <tu verdugo> él. Lo malo no perece nunca. <La maldad engendrada en los buenos se aniquila en la esterilidad>

Pasea con el niño en brazos.

<Fortunata, soy un santo. Se parece a tu enemigo, sí.>

Ella se incorpora para leventarse. Él le da el niño.

MAXIMILIANO.– Es una desgracia para él. Y si en lo moral saca la casta, peor que peor. Le tengo lástima. Toma.

Plano 458

Tiene a quien salir. Su padre... ni siquiera habrá venido a verte... ten por seguro que no vendrá...

En estos momentos entra Rosita.

ROSITA.– Don Plácido no está, y a mi madre no la encuentro por ningún sitio.

FORTUNATA.– Déjalo. No te vayas de aquí. Quédate conmigo.

Su marido sigue hablando como si nadie le hubiera interrumpido.

MAXIMILIANO.– Él ya no se acuerda de ti para nada. Ahora tiene amores con otra mujer.

Ella se levanta otra vez y le da el niño a la chica.

Plano 459

FORTUNATA.– ¿Qué has dicho? ¿Con otra mujer?

MAXIMILIANO.– Y que es amiga tuya. Cálmate que te lo voy a decir. <Bendito sea el cuchillo que sana...>

FORTUNATA.– ¿Quién es?

Plano 460

MAXIMILIANO.– El mundo es así. <Hoy tiras tú la estocada, y mañana eres tú quien la recibe> ¿Qué querías? ¿Herir y que no te hirieran?

Fortunata no puede resistir más y grita:

FORTUNATA.– ¡Dime quién es!

MAXIMILIANO.– Aurora.

Plano 461

FORTUNATA.– ¡Es mentira! ¡Mentira!

El niño comienza a llorar. Rosita mira asustada la escena entre los dos.

Plano 462

MAXIMILIANO.– Los he visto. Y por eso te lo digo. <También la lógica me llevó a pensarlo>

Fortunata se enfrenta a él como una furia, gritándole este extraño razonamiento:

FORTUNATA.– ¡Los vistes y no hiciste nada! ¿Y tu honor? Tú no eres un hombre, no eres nada...

MAXIMILIANO.– <Eso es cierto. Pero reflexioné y me dijo: lo importante no es que muera él, sino que ella aprenda...>

Plano 464

Fortunata toma al niño, lo deja en la cama, saca a empujones a su marido. Rosita, asustada, se marcha escaleras abajo. Fortunata se pone un mantón y va tras ella mientras escucha aun las palabras de Maximiliano Rubín.

Plano 465

MAXIMILIANO.– <Y tú has aprendido, Fortunata! ¡Piensas en tu hijo! ¿Tú sabes quién soy yo? <Yo soy Lázaro, ¡Lázaro resucitado!> <Tu víctima, que ha vuelto a vivir!

Es así, es así, es así.

Secuencia 109.–Calles[39] *Madrid.–Ext. Día*[40].

Plano 466

Fortunata va por la calle. Parece una posesa.

Plano 467

Por los faldones del abrigo le cuelga el borde del camisón.

Plano 468

Las gentes la miran pasar como si se tratara de una loca. Camina deprisa, muy segura de su camino, muy convencida de que tiene que llevar a cabo una misión esencial.

Plano 468

Plano de ext. Entrada en la boutique que puede ser casa Mis Guindal.

Secuencia 110.–Boutique de Aurora.–Int. Día.

Plano 469

Fortunata entra en la boutique de Aurora. Su cara está llena de sudor y respira con fatiga, aunque de su rostro no ha desaparecido la decisión que la mantiene en pie. Mira a través de los biombos hasta que localiza a Aurora. Los clientes la ven cruzar el local con extrañeza. Aurora la ve y se dirige a ella con la sonrisa en los labios.

Plano 470

AURORA.– ¡Fortunata! Cuánto tiempo...

Pero sus palabras se ven cortadas por la actitud de Fortunata.

Plano 471

FORTUNATA.– A ti venía yo a buscarte. ¿Quién te manda meterte donde no te llaman? ¿Quién te manda llevarte lo que no es tuyo? Indecente puerca.

---

[39] Arco de Cuchilleros, Calle de la Redondilla, Calle del Toro, Calle del Rollo, Plaza de la Cruz Verde, Calle de Zurita, Calle de San Cosme y San Damián.

[40] Nota: Valen también para la sec 111 más la Cava de San Miguel.

Aurora la mira espantada. Pero su espanto es mayor cuando recibe una tremenda bofetada que restalla como un latigazo. Aurora se tambalea, se recobra y no se defiende.

Plano 472

FORTUNATA.– ¿Tú, tú engañarme a mí? ¿Llevarte lo que es mío?

Vuelve a golpearla.

Plano 473

FORTUNATA.– Y eso es lo de menos. Lo que no te perdono es que la hayas engañado a ella, a Jacinta...

Y mientras sigue repitiendo esta palabra, la golpea más y más hasta que las dependientas y algunos clientes intervienen para sujetar a Fortunata.

Plano 474

DEPENDIENTA.– Llamar a los guardias. Que la detengan.

Fortunata se encara con las que la sujetan.

FORTUNATA.– Sí, que vengan los guardias y se lleven a esta ladrona.

Aurora, ya algo repuesta de los golpes, hace que dejen libre a Fortunata. Ésta, al parecer cumplida ya su venganza, se va hacia la calle. Se vuelve antes de salir.

FORTUNATA.– Por mí lo paso... Pero no por Jacinta.

Plano 475

Algunas dependientas quieren volver a sujetarla, pero Aurora las detiene.

AURORA.– Dejarla... No llaméis a nadie... Dejarla ir...

Plano 476

La mira alejarse hacia la salida, mientras murmura:

AURORA.– Está loca... Están todos locos... locos...

Secuencia 111.–Calles Madrid.–Ext. Atardecer.

Plano 477

Fortunata vuelve a caminar por la calle, esta vez con menos ímpetus. Cada pisada es una huella de sangre en las aceras.

Plano 478

Se escucha, lejano el llanto de un niño.

Plano 479

Llega a la Cava de San Miguel y entra en su casa.

Secuencia 112.–Escaleras Casa Fortunata-Estupiñá.– Int. Noc.

Plano 480

Sube las escaleras casi arrastrándose. En cada escalón, una huella de sangre. Y algunas plumas de ave pegada en la pisada roja.

Plano 481

Sentado en el último tramo de escalera está Maximiliano Rubín, que al verla subir la señala con el dedo y la increpa:

Plano 482

MAXIMILIANO.– Desgraciada... Nunca más te volverá a ver... La has convertido en una <heroína> víctima y ahora sólo la querrá a ella... y dejará a su mujer <por ella> y tendrán hijos.

Fortunata, casi sin aliento, se apoya en la baranda de la escalera y mira con fijeza a su marido.

Plano 483

FORTUNATA.– ¿Quieres que te quiera con toda el alma? ¿Quieres que tengamos hijos tú y yo? <quieres que te adore como me adorabas tú a mí?>

Rubín la mira y su expresión va cambiando.

¿Te acuerdas cuando te preguntabas que será un «te quiero» dicho por mí, y que sea de verdad? Pues mil veces te querré así si eres un hombre y haces lo que yo te pida.

Plano 484

Maximiliano se levanta, cada vez más excitado.

FORTUNATA.– Escucha... Déjate de santidades y volvamos a querernos... Tú nunca has catado ese amor. ¿No te gustaría? ¿Sí? Pues vete, mata a Aurora y para que no tengas celos, mátalo a él también. Mátalos a los dos y que tengan los hijos en el infierno. Y luego te querré y no viviré nada más para que para ti. ¡Mátalos!

Plano 485

La máscara de santidad de Rubín se rompe. Baja las escaleras y grita como un poseso.

MAXIMILIANO.– ¡Los mataré! ¡Cumpliré el mandato divino de acabar con el adulterio!

En mitad de la escalera se vuelve a mirar a Fortunata, con medio cuerpo caído sobre la baranda.

¡Los mataré, Fortunata, y gozaremos después del amor que me prometes! Volveré y seremos felices otra vez.

Plano 486

Sigue bajando y Fortunata lo ve alejarse. Se sienta en un escalón y no puede reprimir los sollozos que se agolpan en su pecho.

Secuencia 113.–Buhardilla Fortunata.–Int. Día.

Plano 487

Fortunata, en la cama, agoniza con su hijo en los brazos. Se oyen pasos por la escalera.

FORTUNATA.– Estarás tan ricamente, hijo mío. No te querrán tanto como yo, pero sí un poquito menos... me tengo que separar de ti, y eso será para tu bien... Jacinta te cuidará como a un hijo suyo... Yo soy la verdadera mujer de «el Delfín» y para eso no necesito los sacramentos... pero muerta yo, Jacinta será su esposa y tú su hijo...

Los pasos en la escalera se hacen más audibles. También se escuchan con claridad cuchicheos tras la puerta. Fortunata llama:

Plano 487 A

FORTUNATA.– ¡Don Plácido, ¿está usted ahí?

La puerta se abre y entra Guillermina la Santa.

GUILLERMINA.– ¿Pero qué es esto, hija? Tú estás loca... ¿Qué has hecho?

Plano 488

La cama de Fortunata está llena de sangre.

FORTUNATA.– Me muero, Doña Guillermina... quiero ver a Jacinta... perdirle perdón.

La Santa se inclina junto al lecho.

GUILLERMINA.– Eso me parece muy bien. Pero Jacinta no puede venir.

FORTUNATA.– Necesito verla... y darle el niño. Es suyo... no quiero que me guarde rencor...

GUILLERMINA.– Jacinta es incapaz de guardarte rencor... nunca te lo ha tenido, hija. Dame, dame el niño...

Fortunata se deja quitar a su hijo.

FORTUNATA.– Quiero que me lo diga a mí... oírlo de sus labios...

GUILLERMINA.– Tienes que confersarte, hija. Ahora mismo llamaré al padre Nones para que...

FORTUNATA.– Yo sólo necesito confesarme con Jacinta... que venga ella y me muero tranquila...

Guillermina se acerca a la puerta.

Plano 489

GUILLERMINA.– Ya te he dicho que ella no puede venir... Estupiñá...

Entra Estupiñá, que estaba al otro lado de la puerta. La Santa le da el niño, mientras le hace un gesto de silencio. El viejo sale con el niño y se dirige a su buhardilla. Allí, entre los maniquíes está Jacinta.

Plano 490 escalera.

Plano 491 Buhardilla Estupiñá

Recibe el niño de manos de Estupiñá. Lo mira sonriente. Salen y bajan la escalera como dos malhechores. *Plano escalera.* Hasta ellos llegan las últimas palabras de Fortunata.

FORTUNATA *(off).*– Antes la aborrecía... Ahora la quiero... y quiero ser su amiga y que se olvide de todo el mal que le he hecho... ¿Y mi hijo? Es de Jacinta. Que venga Jacinta por él...

Plano 492

Jacinta con el niño, seguida por el fiel Estupiñá, se pierden por el estrecho hueco de la escalera, pisando las huellas de sangre que poco a poco antes había dejado Fortunata.

Secuencia 114.–Manicomio de Leganés.–Día.

Plano 493

Maximiliano Rubín entra en el patio del manicomio acompañado por el loquero.

LOQUERO.– Aquí estarás muy bien. No tendrás que preocuparte de nada.

Plano 494

El patio está rodeado de grandes tapias de piedra rematadas por la alambrada. El loquero deja solo a Maximiliano en el centro del patio.

Rubín mira con ojos tranquilos a su alrededor y habla en voz baja, ensimismado.

Plano 495

MAXIMILIANO.– Se creerán estos tontos que me engañan. Esto es Leganés. Lo acepto.

Plano 496

Vuelve a mirar el cerco de piedra que le rodea y luega hacia el firmamento.

MAXIMILIANO.– Pero no encerrarán entre murallas mi pensamiento, porque yo resido en las estrellas[41].

---

[41] Nota: Mas inserción de locos auténticos a decidir en rodaje.

Plano 497

En la buhardilla de Plácido Estupiñá han colocado el cuerpo de Fortunata, como si fuera un lugar más digno que su propia casa, a unos pasos de distancia.

Los maniquíes que marcan la vida del viejo son los asistentes al velatorio. Dos mujeres de faena terminan de arreglarla para que su muerte tenga la presencia digna que siempre se requiere.

Estupiñá entra y les da dinero a las dos mujeres. Lo miran no con muy buena cara.

ESTUPIÑÁ.– ¿No estarán ustedes descontentas, digo yo?

MUJER 1.ª.– No, señor. Y muy agradecidas a doña Jacinta.

ESTUPIÑÁ.– Hagan ustedes como si estuvieran en la casa de la señora. Con el mismo esmero... yo volveré luego.

MUJER 2.ª.– Sí, señor.

El viejo se va, y deja solas a las dos mujeres.

MUJER 1.ª.– No hay quien entienda al mundo, te lo digo yo... no le ha hecho pasar poco la tal Fortunata a la señorita Jacinta... lo que tiene sufrido a costa de ella... y eso no se perdona nunca... y ahora mira, aquí estamos, como si fuera la mismísima señora, le ponen un entierro... como nunca hemos visto.

MUJER 2.ª.– La gente rica no es como nosotras, que decimos lo que pensamos. Ellos piensan una cosa y dicen otra.

Secuencia 116.–Casa de los Santa Cruz.–Int. Día.

Plano 498

Jacinta acuna al niño de Fortunata, que está durmiendo en su moisés, vestido con profusión y puntillas. Le canta con suavidad, meciendo al nuevo Delfín.

Juan se acerca a espaldas de su mujer e intenta acariciar a su hijo, pero ésta lo aparta con frialdad.

JACINTA.– Deja al niño.

Juan extrañado, pero no queriendo dar importancia a la actitud de Jacinta, dice:

JUAN.– ¿Por qué? ¿Acaso no es mi hijo?

Jacinta toma al niño en brazos y no le contesta alejándose hacia el lado opuesto del salón. El intenta, como tiene por costumbre, salvar la situación con su natural simpatía.

JUAN.– Pues si no me dejas jugar con el niño, me marcho.

Su mujer le contesta con una actitud seria y distante.

JACINTA.– Haz lo que quieras. Puedes marcharte o quedarte. Eres libre como el aire.

Plano 499

El Delfín se da cuenta de que ha perdido el afecto y amor de su mujer. En el gran salón, mirando como ella mece al niño, lejos de él se encuentra terriblemente solo.

Secuencia 117.–Escalera Fortunata-Estupiñá–Int. Día

Plano 500

El féretro, llevado por dos empleados de la funeraria, desciende por la escalera. Estupiñá mira con interés la complicada operación. Un funcionario de las pompas fúnebres se vuelve hacia él y les pregunta.

FUNCIONARIO.– ¿Usted es su acompañante en el entierro?

ESTUPIÑÁ.– No, yo no puedo ir... con gran sentimiento. Me está esperando la señora.

Mira como siguen bajando el féretro y murmura.

Plano 501

ESTUPIÑÁ.– Que Dios te perdone, Fortunata.

Secuencia 118.–Calles de Madrid.–Ext. Día[42].

Plano 502

El entierro de Fortunata es uno de los más lujosos que se puedan haber visto en la Villa y Corte. Lo ha pagado la familia Santa Cruz. El coche mortuorio está tirado por ocho caballos llenos de gualdrapas y penachos.

Plano 503

Los cocheros van con peluca y vestidos a la Federica. Tras el coche donde va el cuerpo de Fortunata, varios coches de lujo traquetean lentamente.

Plano 504

Pero los coches de acompañamiento van vacíos.

Plano 505

Final como estaba en el primer guión: el niño de Fortunata de 3 años, jugando, y Jacinta y el Delfín en la cama: Fortunata... Fortunata... Fortunata... Y hasta el 513 se incluye la sec. Última escrita en otras versiones.

---

[42] Pasa el entierro por casi todas las calles que han sido importantes en la película: Plaza del Cordón, calle del Sacramento, Cava de San Miguel, Pasaje de la Alhambra, Plaza del Peso de la Paja, etc.

Cartel de la película *Marianela.*

MARIANELA

BENITO PÉREZ GALDÓS

MARIANELA

Novela: D. Benito Pérez Galdós
Guión: Alfredo Mañas Navascués
Dirección: Angelino Fons (A.T.C.)

1. *Galería de una mina abandonada.* Int. día.

Bastón de Pablo tanteando el suelo de la mina.

Aparece en imagen congelada de la cabeza de Pablo Penaguillas, un muchacho de unos veinte años, ciego de nacimiento. La imagen ha quedado congelada en el momento que Pablo se da con la cabeza en la pared rocosa de la galería. A pesar del golpe, la cara de Pablo es sonriente. En sobreimpresión aparece este cartel.

Sanguijuela sobre la bota. Bastonazo.

PABLO
Nela...

En la oscuridad como boca de lobo de la galería, nadie contesta a Pablo. Pablo está perdido en la galería, aunque sonríe. Pablo se va tanteando con su bastón, por entre unos raíles de vagonetas abandonadas, sonriendo divertido de haberse perdido. Pablo se encoge de hombros, sonríe y vuelve a hablar.

PABLO
Nela: me he perdido, ¿dónde estás?

De la espalda de Pablo, un poco lejana llega la voz de Marianela. Una voz dulce de muchacha que dice:

MARIANELA *(off)*
Estoy aquí, niño mío.

Pablo, orientándose por la voz, se vuelve de espaldas. Al fondo de la galería está Marianela esperando a Pablo. Junto a Marianela hay un enorme perro, «Choto», que sujeta Marianela. La oscuridad de la galería y la luz que viene de fuera hacen que no distingamos a Marianela y a «Choto» más que como dos siluetas chinescas. Pablo se orienta por la voz y va hacia Marianela.

2. Pozo de las minas abandonadas. Int. día.

Pablo, sonriente, como siguiendo un juego con Marianela o una apuesta de niños, sube por un plano inclinado y resbaladizo de un pozo abandonado de la mina. A los lados del plano inclinado se elevan unas inmensas paredes de piedra de calamina endurecida como cristal de roca rojiza. A izquierda y derecha de donde sube Pablo tanteando con el bastón, hay un vacío negro, que debe dar al fondo profundo del pozo. Una luz tenue y rasante viene de un agujero que hay al final del plano inclinado. Pablo, sonriente, sube tanteando con el bastón para no caerse. Pero no deja de sonreír mientras habla.

PABLO
Pero bueno: ¿por qué tengo yo que aprenderme todas las minas (abandonadas de Socartes) palmo a palmo?

Al fondo del plano inclinado, en el agujero donde termina éste, vemos los pies descalzos y un poco de las piernas de Marianela. Junto a los pies, el perro Choto, tiene la lengua fuera mirando a su amo subir sorteando el peligro, como si estuviese asustado de aquel extraño aprendizaje y juego de Pablo y Marianela.

MARIANELA *(off)*
Porque si un día te falta tu Nela, no quiero que tengas otro lazarillo.

Pablo, orientado por la voz, rectifica, pues se iba un poco peligrosamente hacia el hueco negro, y sube sonriente hacia el agujero donde se ven los pies de Mariane-

la y la cabeza de Choto, que jadea inquieto como si viera una película de «suspense».

3. Talud de tierra roja. Ext. día.

Camino entre rocas mina Buferveva.

Pablo va por el camino zigzagueante de una montaña de calamina, la tierra roja vertida después de extraer el zinc. La montaña de tierra roja es inmensa y hay que bajarla por un camino de tierra pisada y endurecida. Da risa y miedo al mismo tiempo ver solo a Pablo tantear por aquel camino estrecho, dispuesto a caerse montaña abajo al llegar a cada revuelta del camino.

PABLO

¿Por qué tengo que aprendérmelo, teniéndote a ti que eres mis propios ojos, Nela?

De un recodo de la montaña roja sale la mano de Marianela que anima a Pablo a seguir, aunque éste no ve la mano.

MARIANELA

Todo eso son perezas de niño mimado. Vamos, vamos, adelante.

Y Pablo tantea el vacío de un recodo, y se pierde detrás de la montaña de tierra roja siguiendo la mano de Marianela. Sin verlos, oímos detrás de la montaña roja de calamina la risa de Pablo y Marianela. Choto ladra también alegre.

4. Mina abandonada «La Terrible». Ext. día.

El bastón de Pablo se hunde en un cráter de arenas movedizas. El bastón de Pablo se retira rápidamente sintiendo el peligro.

MARIANELA *(off)*

¿Dónde estamos, señorito mío?

Entonces vemos a Pablo, asustado y riéndose a carcajadas, como al que le han gastado una broma pesada que a pesar de todo le hace gracia.

PABLO

¿Dónde vamos a estar? En las arenas movedizas de «La Terrible».

Entonces vemos dónde está Pablo. En medio de una mina, cuyo centro es el cráter de arenas movedizas y rodeado de unas inmensas piedras rojas que parecen una orgía de gigantes petrificados.

MARIANELA *(off)*
Muy bien, niño mío, muy bien…

Y detrás de la cabeza de uno de aquellos gigantes de roca roja petrificada salen los brazos de Marianela que aplauden a Pablo.

5. *La Trascava.* Ext. día.

Aparece la cara de Pablo entre sonriente y cómicamente asustado, que buscando en el vacío la figura de Marianela grita.

PABLO
Nela: estamos en la Trascava…

Al fondo de la figura de Pablo, abajo, pero muy cerca de él, se abren las terribles fauces de «La Trascava». En la embocadura de la Trascava, hay una piedra blanca rodeada de musgo. Se oye ladrar a Choto como enloquecido.

PABLO
Nela: Cógeme. Este césped es muy resbaladizo. Y ya sabes que todo el que ha caído en la Trascava jamás ha vuelto a salir. Nela, ayúdame.

MARIANELA *(off)*
Tienes que aprender a sortear todos los peligros. Tú vienes solo por aquí. Conociendo nada te pasará. Porque si un día te pasará algo,
¿qué haría la pobre Nela sin ti?

Pablo hace un gesto como un niño al que le manda estudiar la lección sin ganas y tanteando el césped para poner a seguido y en seguro el pie, inicia él solo la subida de la loma empinada donde termina la Trascava. Arriba, en la loma empinada «Choto» ladra como un loco y gira moviéndose de un lado a otro sin saber adónde ir ni cómo ayudar a su amo. Pablo da un traspié y balancea los brazos. Da la impresión de que va a caer a la Trascava. Pablo alarga una mano. Y en este momento aparece la mano de Marianela que sostiene a Pablo.

6. Loma de la Trascava. Ext. día.

Aparece la cabeza de Pablo. Está sonriente y feliz. Todavía está agitado por el susto y el esfuerzo. No vemos a Marianela. Sólo vemos sus manos que acarician el pelo de Pablo, tranquilizándole. Al fondo se oye el rumor oscuro del agua de un río que gruñe en la embocadura de la Trascava. Pablo está sentado mirando hacia la embocadura de la Trascava con sus ojos sin ver. A sus pies está Choto. Mientras las manos de Marianela acarician su pelo, Pablo dice tranquilo y sonriente.

PABLO
Nela, ¿cómo puede gustarte esta horrible Trascava siendo que tu madre se tiró a ella?

MARIANELA
Por eso mismo, porque mi madre está ahí. ¿No la oyes? Esta tarde, como me ve feliz, me dice con su voz alegre: Nela, hija mía... Nela…

PABLO
No me gusta este sitio, Nela. Vámonos de aquí.

MARIANELA
Como tú quieras.

PABLO
¿Adónde vamos?

MARIANELA
Pide por esa boca, rey del mundo.

PABLO
Vamos a los bosques de Saldeoro.

MARIANELA
Vamos a Saldeoro, niño de mi corazón.

Marianela da la mano a Pablo. Tira de él. Cuando se levanta Pablo tapa con su cuerpo el cuerpo que todavía no vemos de Marianela. Choto, como si se alegrara de donde van, salta como un loco y ladra muy alegre. Marianela y Pablo se ríen viendo y oyendo ladrar a Choto. Luego que desaparecen, oímos el agua de la sima: el agua que ruge amenazante en el fondo de la Trascava.

7. Bosque de Saldeoro. Ext. día.

Pablo está sentado sobre un tronco en los maravillosos bosques de Saldeoro. A las espaldas de Pablo se está poniendo el sol. Es una puesta de sol maravillosa. De cara a Pablo y de espaldas a la cámara está, casi echada a sus pies, como Choto, Marianela. La figura de Choto tapa casi a Marianela. Sólo vemos sus manos que cogen flores y sin duda se las pone, por el movimiento en la cabeza.

PABLO
¿Dices que se está poniendo el sol, Nela?
Nela, ¿cómo es el sol?

MARIANELA *(off)*
El sol es una brasa encendida que está en el cielo, que no se deja mirar, porque es el palacio de Dios y quien mira a Dios dicen que se muere.

El rostro siempre sonriente de Pablo frunce el entrecejo cuando oye a Nela. Muy serio, casi desafiante con el gesto, Pablo dice a Marianela:

PABLO
Nela, ponme frente al sol.

Marianela, las manos de Marianela, que es lo único que de ella vemos, toman las manos de Pablo. Lo levanta. Y luego lo gira y lo pone frente a frente al sol que se está poniendo. El sol pega cara a cara con Pablo. Pablo mira sostenidamente al sol.

PABLO
Dios no debe de existir para los ciegos. Porque yo lo miro cara a cara y no me muero.

Las manos de Marianela, que está arrodillada a sus pies para no tapar el sol a Pablo, se elevan del suelo y toman las manos de Pablo.

MARIANELA *(off)*
No digas esas cosas, señorito mío… Ven conmigo…

Pablo se arrodilla junto a Nela. El sol sigue dando en el rostro de Pablo. Marianela lo gira un poco. Vemos a Pablo; a Marianela, no.

PABLO
Dejemos el sol, Nela. Dime cómo eres tú. Yo sé que eres hermosa.

Pero me gustaría verte. ¡Qué pena! Sólo conozco el mundo
por el pensamiento y el tacto.

MARIANELA
Entonces, niño mío, mírame con tus manos.

Las manos de Marianela lentamente toman las manos de Pablo y las coloca con delicadeza sobre su cuerpo. En el más absoluto silencio vemos cómo Pablo recorre con sus manos los cabellos de Marianela, sus ojos, su nariz, su boca, sus orejas, el cuello, los hombros. Luego, las manos de Pablo se detienen en unos desmedrados, pequeños, diminutos e incipientes senos como de niña. Ni Pablo ni Marianela hablan nada durante unos segundos. Luego Pablo, con las manos en los senos de Marianela dice, apasionado:

PABLO
Nela, te quiero más que a mi vida. Nela, quiéreme tú o me muero.

MARIANELA
¿Cómo me ves, señorito mío?

PABLO
Te veo sin tacha alguna ni sombra de fealdad. Nela, voy a pedir a mi padre que vivas en mi casa para que no te separes de mí.

En este momento, Nela desaparece de las manos de Pablo y Choto que estaba mirando a Pablo y Marianela, se pone a ladrar alegremente.

PABLO
¿Qué haces, Nela?

MARIANELA *(off)*
Estoy bailando. Estoy tan contenta que me han entrado ganas de bailar.

Y vemos los pies descalzos de Nela bailando y a Choto ladrando o bailando alrededor de las piernas de Marianela. Pablo sonríe feliz.

FARDACHO *(off)*
Eh, Nela, ¿qué pasa? ¿Es que hemos empinado el codo o es que es romería y yo no me he enterado?

Y entonces vemos a quien habla. Es Fardacho, un medio idiota de las minas, con las orejas como soplillos y aire mongólico que baila con un equipaje al mismo compás que bailaba Marianela. Fardacho mueve al bailar todo el equipaje que lleva como un borrico a las espaldas. Luego se ríe con su bocaza de oreja a oreja. Vemos que los pies de Marianela se han quedado quietos, sin bailar, diríase que tristes.

PABLO
¿No es ése Fardacho, Nela?

MARIANELA *(off)*
Sí, es Fardacho.

Fardacho pega saltos, cargado como un buhonero con el equipaje del señor que lleva sobre sus hombros.

FARDACHO
Buenas propinas me van a caer hoy, Nela. Esto es del señor Golfín,
el curaojos, el hermano del señor ingeniero, que viene por ahí detrás…
Buena propina me va a caer hoy…

Y el mongólico enseña y hace sonar sobre su mano la propina que no le va a caer sino que ya le ha caído, por traer a Socartes el equipaje del doctor Golfín. Fardacho desaparece saltando con el equipaje del doctor camino adelante del bosque.

Pablo, al oír lo que ha dicho Fardacho, se ha levantado impresionado.

PABLO
Dios mío, Nela, ha llegado el doctor Golfín. ¿No sabes? El doctor Golfín es un famoso oculista que hace curas maravillosas devolviendo la vista a ciegos de nacimiento como yo…

De pronto se oye como un gemido de animal al que han herido en la espesura, Choto ladra y sale corriendo. Se oye que el gemido se aleja.

PABLO
Nela… ¿qué te pasa? ¿Adónde vas?... Nela…

Pero, Marianela no contesta y Choto la sigue ladrando enfurecido.

PABLO
Choto… Choto… ven aquí.

Choto vuelve donde está su amo. Pablo lo sujeta.

PABLO
Nela… Vuelve, Nela… ¿Dónde vas?

Pero Marianela no vuelve y Choto ladra hacia el bosque como si quisiera salir tras un zorro o un jabalí. Por entre los helechos presentimos que se aleja huyendo Marianela. No vemos su figura, pero vemos cómo los helechos se abren rápidamente porque Marianela los abre en su carrera.

8. Un lugar en el bosque de Saldeoro. Ext. día.

El doctor Golfín, el famoso oculista, se ha perdido en el bosque de Saldeoro camino de Socartes. El doctor Golfín es un hombre de unos cincuenta años, alto, de anchas espaldas, basto de facciones y ligero a pesar de su regular obesidad. El doctor Golfín viste el traje propio de los señores. Lleva gemelos colgados al pecho, un grueso bastón que le sirve para apalear las zarzas y las plantas del bosque. Ya se ha puesto el sol, pero es aún de día, porque aunque pardea la larga tarde de verano, se ve aún entre dos luces. El doctor dice para sí mismo.

GOLFÍN
«Siempre adelante». Siempre adelante, según tu lema… Confiesa que te has perdido, Teodoro Golfín. ¿Dónde estarán esas malditas minas de Socartes?

En este momento, el doctor Golfín se para y escucha.

Sí, no está equivocado. Detrás de él le sigue el rastro, una fiera o animal salvaje del bosque. El doctor Golfín enarbola el bastón. Lo levanta. Se concentra y luego, de golpe, apalea los helechos hacia donde cree que le sigue el animal.

GOLFÍN
Ya… Eh … Yiiiaaa…

El doctor Golfín apalea los altos helechos y las zarzas. Y no se había equivocado. Y un animal lo seguía. Pero al huir el animal, el doctor Golfín se queda perplejo.

GOLFÍN

Golfín, yo juraría que esa bestia salvaje parecía una muchacha.

El doctor Golfín se echa los gemelos a los ojos y observa por donde ha huido el animal. Y a través de los gemelos del doctor vemos a una especie de animalillo que huye agachado y descalzo por entre los helechos: es Marianela.

9. Otro lugar del bosque de Saldeoro. Ext. día atardecer.

Ha salido luna llena en el cielo. La luna llena ilumina el bosque de Saldeoro. La voz maravillosa de una muchacha canta en la noche. Es una voz dulce, casi infantil. Una voz misteriosa que suena como un triste lamento.

El doctor Golfín, que le ha dado la noche perdido todavía en el bosque de Saldeoro, escucha el lamento de la muchacha con un cierto aire de recogimiento y emoción.

GOLFÍN

Golfín, ¿tú que has recorrido medio mundo vas a creer en hadas que cantan?

La voz de la muchacha, de Marianela, pues no es otra la que canta, sigue oyéndose a lo lejos. El doctor Golfín reacciona

GOLFÍN

Golfín, esa voz que canta es la de una muchacha. Y ella nos guiará hasta Socartes.

Y el doctor Golfín se dirige firme y seguro en dirección de donde Marianela canta a lo lejos.

Marianela conduce al doctor hacia estas arenas movedizas.

10. Mina abandonada de la Terrible. Ext. día atardecer.

La voz de Marianela canta en el interior de la mina que da a la Terrible. La orgía de gigantes petrificados tiene un aire casi infernal a la luz de la luna. En el cráter de la mina La Terrible aparece el doctor Golfín guiado por la voz de Marianela que parece llamarlo mientras ella va perdiéndose por el interior de la mina.

GOLFÍN

Dios mío, arenas movedizas. Eh, muchacha, aguarda.

Pero en este momento lo que aparece en el cráter de la Terrible es un perro con las fauces abiertas y ladrando de tal forma que al doctor Golfín se le antoja un cancerbero. El doctor Golfín enarbola el palo al ver llegar hasta él al perro ladrándole. En este momento se oye un voz que grita.

PABLO *(off)*
Quieto Choto… quieto…

En este momento aparece Pablo que guiándose por el bastón se dirige hacia el cráter de La Terrible.

PABLO
¿Quién hay ahí?

GOLFÍN
Soy yo, amigo. ¿Puede usted echarme una mano?

PABLO
¿Ha caído usted en las arenas movedizas?

El doctor Golfín gruñe afirmativamente. Pablo se acerca. Tantea en el aire con su mano. El doctor mira la mano del joven ciego con estupor. El doctor se aferra a ella y Pablo saca no sin apuros al doctor Golfín.

GOLFÍN
Es usted…

PABLO
Sí, señor, soy ciego de nacimiento.

GOLFÍN
¿Puede usted decirme si estoy en las minas de Socartes?

PABLO
Sí, señor, aunque estamos lejos del establecimiento.
Éstas son las minas abandonadas. Pero no se preocupe, yo le guiaré hasta
Socartes con mucho gusto.

GOLFÍN
Me llamo Teodoro Golfín.

PABLO
Y yo Pablo Penaguillas. Ya sabrá usted quién soy por su hermano.

GOLFÍN
¡Qué feliz coincidencia! Encantado, hijo.

PABLO
Mucho gusto, doctor Golfín. Sígame.

Y Pablo y el doctor Golfín se adentran en las galerías abandonadas.

11. Minas de Socartes. Ext. atardecer.

Pablo y el doctor Golfín salen de la boca de una mina abandonada cerca del establecimiento, los hornos, las casas y oficinas de las minas de zinc en explotación de Socartes.

PABLO
Ya estamos, señor Golfín. Eso que usted debe de estar viendo
son las minas de Socartes.

El doctor mira y ve una nube de humo que envuelve todos los edificios, casas, hornos de calcinación, chozas y agujeros donde viven las gentes de las minas. El humo sucio convierte todo en una masa negruzca. En medio de esa masa negruzca arden día y noche los hornos de calcinación. El resto de las luces son un disco borroso rodeado de humo.

En este momento, oculta por las sombras de la noche, Marianela vuelve a cantar no lejos de Pablo y el doctor Golfín. Pablo, llevado de un impulso, la llama

PABLO
Nela… ven aquí… Nela…

GOLFÍN
Nela, ¿es esa muchacha que canta?

PABLO
Sí, señor, esa es la Nela, mi lazarillo (mi compañera inseparable hasta hoy. Hoy me
ha hecho lo que nunca me había hecho:
abandonarme cuando le estaba precisamente hablando de usted)
señor Golfín: la casa de su hermano…

12. Casa Golfín. Ext. noche

En este momento suena una melodía de piano que en el ambiente de las minas es tan surrealista como una sombrilla sobre una mesa de operaciones.

GOLFÍN

No hace falta más, hijo. ¿Piano tenemos? Pues ahí está mi cuñada Gerarda. Gracias de todo, hijo. Dígale a su padre que mañana subiré a saludarle y a verle a usted.

PABLO

Yo mandaré a la Nela para que le acompañe. Ella vive cerca de aquí (es huérfana y la tiene recogida en casa del señor Centeno el capataz de las mulas de las minas…)

GOLFÍN

Hasta mañana…

PABLO

Bien venido, señor Golfín.

Pablo se aleja y el doctor se queda mirándole. Pablo sigue llamando a Nela.

PABLO

Nela… Nela… Nela…

Pero el doctor Golfín no logra ver aparecer a la Nela.

13. Cuadra de mulas en casa del señor Centeno. Int. noche.

Los pies descalzos de Marianela cruzan por la cuadra de las mulas. Oímos su canción cantada como un susurro. La canción que era un lamento se ha convertido en un gemido. Cuando los pies de Nela se alejan y parece que vamos a verla, Marianela se tumba al lado de una mula, en la paja y sólo oímos un momento su canción. Luego sólo oímos el rumiar a las mulas el pienso. Marianela es un rebujo humano escondido entre la paja caliente de la cuadra. Las mulas comen su pienso en las «bozaleras» colgadas al cuello, unas enormes bolsas de tela con pienso dentro. La cuadra, que tiene sesenta mulas, todas echadas en el suelo, tiene un aire mágico. Las mulas comen el pienso y miran sin ver, como Pablo, el ciego. Porque ellas, las mulas de las minas, se quedan ciegas al poco tiempo de trabajar en las tinieblas de las minas. Oímos y vemos cómo las mulas ciegas comen su pienso y cómo al comer sus dientes crean como un runruneo rítmico…

14. Casa del señor Centeno. Int. noche

Sobre la mesa del comedor del Señor Centeno aparece una inmensa cesta de castañas crudas. La casa del señor Centeno tiene el mismo runrún que la cuadra de las mulas, sólo que aquí, en vez de hacerse con cebada, se hacen masticando castañas crudas. Toda la familia Centeno come castañas sin decir palabras, aunque todos haciendo ruido. La familia del señor Centeno va toda rebozada de polvo rojo de la calamina y parecen colosales figuras de barro crudo. Observamos a la familia Centeno comiendo castañas sin decir palabra y haciendo el mismo ruido que las mulas. La familia se compone del señor Centeno, un hombre de cincuenta años que según dice la gente su cabeza puede competir en dureza con el martillo pilón. La Señana, su mujer que más parece un hombre disfrazado que un ser del sexo femenino. Tanasio, el mayor de los hijos que es lisiado y mal encarado. Pepina, la hija mayor, que parece su padre pero con mucho pecho. Mariuca, su hermana, grande y desganguillada y con unos colores que le estallan en los carrillos. Y el único ser humano de la casa Celipín, un niño de gesto duro, mirada viva y asustada y con cara de niño-viejo a pesar de sus catorce años. La familia sigue comiendo castañas crudas de un mordisco y compitiendo el ruido con el pienso de las mulas.

15. Casa del señor Centeno. Int. noche

Aparece la cesta de las castañas, limpia de castañas.

Rodeados de colleras, aparejos de mulas, peroles, garrotes y demás trastos que le dan a la morada del capataz el aire de una inmensa cuadra humana, la familia del señor Centeno está acabando de rezar el rosario.

SEÑOR CENTENO
Agnus Dei, qui tollis peccata mundi

TODA LA FAMILIA
Miserere nobis

SEÑOR CENTENO
Christe audi nos

FAMILIA
Christe exaudi nos

La Señana cruza los brazos sobre las ubres y mira a todos sus hijos con dureza y vigilancia.

SEÑOR CENTENO
Kyrie eleison

FAMILIA
Christe eleison

Señor Centeno
Kyrie eleison

FAMILIA
Pater noster.

Todos rezan el padrenuestro en secreto. Pepina se rasca la pobre los ojos con los dos puños porque ya no puede más. Mariuca se rasca la cabeza, la cintura, el cogote, todo. Tanasio abre una boca como el Papamoscas de Burgos. El padrenuestro ha terminado.

SEÑOR CENTENO
Et ne nos inducas in tentationem.

FAMILIA
Sed libera nos a malo.

Todos se hacen la señal de la cruz. Tanasio se levanta, quiere decir buenas noches y no puede de lo que bosteza y se va renqueando hacia la cama. Pepina se restriega los ojos con los dos puños y se va después de pegar un gruñido. Mariuca se va rascándose las caderas, los corvas, los sobacos, el cogote, la cabeza… Se quedan solos el señor Centeno, la Señana y Celipín. La Señana toma cena sobrante y se la da al gato.

LA SEÑANA
Mochito… Minino… Reprecioso…

Celipín mira a su madre con rencor viendo cómo se pone humana su madre con el gato. La Señana coge alpiste y se lo da al canario poniéndose también tierna.

LA SEÑANA
Choriii… Choriiii. Pajarito mío….

Celipín no puede más y pega con la mano abierta sobre la mesa.

CELIPÍN
Córcholis…

La Señana no deja a Celipín ni terminar de hablar. La Señana le da una morrada con la mano abierta al niño que suena como una bofetada de circo.

LA SEÑANA
¿Qué pasa? Habla.

CELIPÍN
Cór… cholis, madre. Que hemos comido todos nosotros, las mulas,
el gato, el mirlo, pero no nos acordamos de la Nela.

LA SEÑANA
¿Es que está aquí? ¿No se la han quedado en casa del señorito Pablo a dormir?

CELIPÍN
No, está arriba.

LA SEÑANA
Toma, súbele esta escudilla de comida. Ay, bien ganado me tengo
mi puestecito en el cielo por cuidarme de ella.

Celipín toma las escudilla que le da su madre y con ella y un carrillo rojo como un tomate se va para donde duerme la Nela.

16. Desván en casa del señor Centeno. Int. noche

En el cuarto más miserable y abandonado de la morada del señor Centeno, en el desván, está la cama de Marianela. La cama de Marianela son dos enormes cestas ya inservibles de la mina, puestas una encima de la otra. Las dos cestas que cobijan el sueño de la Nela, parecen una inmensa almeja. Una gran almeja cerrada con Marianela dentro. Las dos cestas se mueven en un vaivén de nana, acunadas por el propio ser que está dentro de ellas. Marianela, que mientras se mece a sí misma se canta una nana tan triste que más bien parece canto para morir que para nacer. Dentro de la almeja cerrada de las dos cestas viejas, Marianela, se canta sola:

MARIANELA
Duérmete, mi niña, duérmete
que tu madre no está en casa

que se la llevó la Virgen
de compañera a su casa.

En este momento la gran almeja deja de mecerse y al mismo tiempo Marianela se calla.

Alguien ha entrado en el desván. Es Celipín, que llega con su escudilla de comida. Celipín habla con Marianela, que le contesta con movimientos de cesta desde dentro.

CELIPÍN
Nela, sal, te traigo la cena. ¿No quieres salir? Sal, estoy yo solo. ¿No quieres cenar? ¿No tienes hambre?

La cesta, la gran almeja, ha dicho que no con un movimiento a cada pregunta de Celipín. Éste se queda pensando.

CELIPÍN
¿Qué te pasa, Nela? ¿Estás triste?

Sólo ahora la gran almeja de las cestas se mueve diciendo tristemente que sí. Celipín mira el movimiento de las cestas con lástima, luego deja la escudilla con la comida, al lado, y se acuesta después en su cama que está al lado, y consiste en un barullo de mantas tiradas en el suelo. Celipín se tapa con las mantas y dice dirigiéndose a la gran almeja.

CELIPÍN
Nela, ahí, te dejo la comida por si luego quieres comer tú sola.

17. Desván en casa del señor Centeno. Int. Noche

Celipín está roncando como un bendito. La luz deslumbrante de la luna llena ilumina el desván. Hay luz como de día, pero en tono plateado. En el silencio del desván iluminado por la luna se oye el suave gruñido de una de las grandes cestas que cubren a Marianela. Las dos cestas, la gran almeja, que tiene algo de claustro materno, se van abriendo poco a poco. Y aparece a la luz del desván un extraño ser que parece como si dos manos inmensas lo hubieran retorcido en estado fetal, un ser deforme como si dos inmensos forceps lo hubieran desconyuntado al nacer, como si una gigantesca mano de hierro la hubiera magullado en la infancia: es Marianela. Marianela es como una niña de doce años pero con la expresión de una adolescente, un cuerpo desmedrado de mujer en el que destacan dos senos mezquinamente constituidos. Tiene los ojos vivi-

dores pero brilla en ellos una luz apagada por la tristeza. A pesar de su inmensa tristeza, sus labios sonríen siempre, pero su sonrisa es semejante a la sonrisa imperceptible de algunos muertos cuando han dejado de vivir pensando en el cielo. Y sin embargo, este ser deforme, a pesar de todo, emana bondad y una infinita ternura. Marianela sale de las cestas… Pero no para comer… Se baja al suelo, se pone a cuatro patas como un perrillo y se arrastra gimiendo hasta las mantas donde duerme Celipín. Allí se acuesta a los pies del niño, ovillada como un pequeño animal que apenas gime.

MARIANELA
Dios mío, ¿por qué me has hecho así? Si Pablo tuviera ojos,
se espantaría al verme… Celipín… Celipín…

Marianela tira de las mantas de Celipín. El niño se despierta de un respingo y ve a la Nela ovillada a sus pies.

CELIPÍN
Nela… ¿qué te pasa esta noche… Nela?

MARIANELA
Celipín… Tu perra Nela está triste. Celipín… Acaricia a tu pobre Nela…
Acarícíala…

Celipín sonríe con el sueño mordiéndole los ojos, y viendo a Nela tan triste la consuela con dulzura y con mimo.

CELIPÍN
Nela, guapa… Canela… Preciosa… Vamos, vamos, ¿qué te pasa? Guapa… Canela…
Guapa…

Celipín acaricia a Marianela como si fuera una perra a quien se quiere con locura. Marianela, como siguiendo el juego de Celipín, hace que le muerde en broma la mano al muchacho.

18. Pueblo de Socartes. Ext. día.

Al amanecer del día siguiente, la campana de las minas de Socartes llama al trabajo. Socartes podría muy bien llamarse «Socartes la Roja»: los hornos, los arbolillos, las puertas, el taller de lavado, el cobertizo, los tejados y por supuesto la tierra. Socartes es todo rojo. También son rojas las mulas ciegas y los hombres, mujeres y niños, que con

grandes risotadas y alaridos se dirigen saliendo de agujeros de la tierra que son cuevas, de chozas, y de los pocos edificios que hay, hacia la faena. A la luz del sol que sale, los hombres, niños, mulas y mujeres semejan colosales figuras de barro fresco y rojo.

La única persona o animal que no es de barro rojo es la deforme Marianela, que aunque fea, es de color natural de las personas, porque ella no trabaja en las minas de Socartes. Entre todas aquellas figuras rojas destaca Marianela, que al tiempo que los otros van al trabajo, ella se dirige hacia casa del ingeniero a buscar al famoso oculista don Teodoro Golfín para acompañarlo hasta la casa de Pablo.

19. Casa de don Carlos Golfín. Int. día.

En el salón bajo está la cuñada de Teodoro Golfín, doña Gerarda, una señora aún joven, pero con aire y pujos de recordar a todos que ella vive en un lugar que no le pertenece: Socartes. Ella tiene aires de merecer vivir en la Corte.

MARIANELA
Buenos días, doña Gerarda. Vengo a buscar al doctor para llevarlo…

GERARDA
Teodoro, aquí te espera la Nela.

Del piso de arriba sale la voz optimista del doctor Golfín que dice

Piso de arriba. Int. día

GOLFÍN
Vaya Golfín, ahora sabremos por qué no quiso vernos ayer la señorita Nela…

Mientras baja Golfín, Marianela se entretiene viendo lo que hace la señorita Gerarda. Y lo que hace la señorita Gerarda es darle de almorzar a un precioso y bien cuidado perro pekinés. La señorita Gerarda parte trocitos de tortilla francesa con un tenedor y se los da al pekinés con delicadeza. El perro está sentado en una trona de niño y lleva un babero puesto con una inscripción que dice: «papá» y «mamá».

GOLFÍN
¿Dónde está esa esquiva Marianela…?

De pronto el doctor Golfín se encuentra de manos a boca con aquel ser deforme y comprende que no quiera dejarse ver. Golfín tarda unos segundos en reponerse de la

impresión. Luego mira a su cuñada dando su tortilla francesa al perro y a la pobre Nela… y sale taciturno y malhumorado sin decir ni adiós. Gerarda le grita:

GERARDA
Eso nos hacía falta en Socartes, cuñado: gente que viniera a enseñarnos educación y buenas maneras.

20. Camino de Socartes a Aldeacorba. Ext. día

El doctor Golfín sigue a Nela observando que la muchacha con los pies descalzos, como va siempre, anda por los cantos, los charcos y los abrojos, mejor que él calzado.

GOLFÍN
A ver, enséñame tu cara.

Marianela se vuelve. El doctor la toma entre sus manos y la mira largamente.

GOLFÍN
¿Qué edad tienes?

MARIANELA
Dicen que tengo dieciséis años.

GOLFÍN
Tu cuerpo es de doce, a lo sumo.

MARIANELA
Madre de Dios. Si dicen que soy como un fenómeno.

GOLFÍN
Vamos, guíame.

Marianela y el doctor Golfín andan emparejados.

GOLFÍN
¿Y por qué te llaman «Nela»?

MARIANELA
Dicen que mi madre se llamaba María Canela. Dicen que la llamaban igual que a mí: Nela, que es nombre de perra.

GOLFÍN

¿Tú trabajas en las minas, no? Eso es un trabajo penoso que destruye las naturalezas más robustas.

MARIANELA

No, señor, yo no trabajo. Dicen que no sirvo ni puedo servir para nada.
Si no puedo trabajar. En cuanto cargo un peso pequeño me caigo al suelo.
Si me pongo a hacer una cosa difícil, enseguida me desmayo.
Dicen que soy un estorbo.

El doctor Golfín está turbado con la manera de hablar de Marianela.

MARIANELA

Yo sé quién es usted…

GOLFÍN

¿Ah sí?

MARIANELA

Sí, usted es el hermano de don Carlos, el ingeniero; un médico que cura los ojos y según dicen, da vista a los ciegos como mi amo el señorito Pablo.

GOLFÍN

¿Tú quieres mucho a tu amo, verdad?

MARIANELA

Es lo único que tengo. Y para lo único que sirvo: para acompañarlo.
Ya hemos llegado.

El doctor Golfín no miró la casa de Pablo Penaguillas. Estaba más ensimismado en descifrar algo que no sabía ver en aquel ser tierno, extraño y dulce llamado: la Nela. En este momento se oye llegar al padre de Pablo. El doctor Golfín saca una moneda de plata y se la da a Marianela.

GOLFÍN

Gracias por tu compañía… Nela…

La Nela guarda la moneda y se queda mirando al doctor. Golfín se dirige hacia la entrada.

21. Exterior casa Pablo. día

Marianela comienza a perder su aire dulce y sereno. Se inquieta como un animalillo en acecho. Gira alrededor de la casa. Se sube a un arbolillo. Espía. Y no ve nada. Baja y vuelve a girar alrededor del huerto procurando que no la descubran los de dentro. De pronto descubre a alguien dentro de la casa… Se retira de la ventana con el corazón agitado. Luego se asoma con los ojos ligeramente enfebrecidos.

22. Casa Pablo. Int. día

Allí están Pablo, el doctor Golfín y el padre de Pablo.
Mirados desde fuera se ve el doctor Golfín tocar una y otra vez los ojos de Pablo.
Apretarle las niñas de los ojos con los dedos. Pablo se queja.

23. Exterior casa Pablo. día

Marianela, viendo todo, se retira de la ventana, no pudiendo contener la emoción.
Luego vuelve a mirar.

24. Casa Pablo. día. int.

Dentro, el doctor Golfín ha acabado su reconocimiento. Golpea amigablemente la espalda de Pablo. Pablo se retira y se quedan solos el doctor Golfín y el padre de Pablo. El doctor habla con el padre de Pablo, y Nela ve que el doctor dice que sí con la cabeza. El padre de Pablo se abraza al doctor Golfín. Luego se retira y Marianela cree ver que llora emocionado… El doctor le da cariñosamente palmadas en el hombro.

25. Casa Pablo. ext. día

Marianela anda como un animalillo alrededor de la casa. A la puerta sale el padre de Pablo con su hijo. Nela está en la puerta conteniendo su emoción.

DON FRANCISCO
Aquí tienes a la Nela, hijo.

Pablo sonriente le dice a Nela:

PABLO
¿Adónde vamos hoy?

MARIANELA
Te llevaré a los acantilados del mar en Ficóbriga, niño mío.

Y la palabra acantilado le da a Marianela como un escalofrío. (Coche de caballos de un eje).

26. Acantilados de Ficóbriga. Ext. día

El sombrero para salir al campo que llevaba Pablo a la cabeza cae, vuela por el enorme acantilado. La cara de Marianela se asoma viendo la enorme altura que hay desde el acantilado al mar. De pronto, estalla la risa de Pablo.

PABLO
Allá va: se me voló el sombrero. ¿Adónde ha ido a parar?

MARIANELA
Ha ido a parar al mar.

PABLO
¿Y por que no te ríes?

MARIANELA
Hoy no tengo ganas de reír. Se me ha puesto la mañana triste.

El día está gris y las olas que muerden allá abajo los pies del acantilado saltan como cuando presagian galerna. El acantilado de Ficóbriga es grandioso, sombrío y romántico. Pablo, de espaldas al mar, en lo alto del acantilado ríe inconsciente como los niños que desconocen la noción del peligro. Marianela lo mira y lo mira.

PABLO
¿Sabes, Nela, lo que ha dicho el doctor Golfín esta mañana cuando mi padre le ha preguntado si yo vería? Le ha dicho: «Se intentará». ¿Qué haces, Nela, que no bailas como siempre que te digo una cosa alegre?

MARIANELA
Hoy no tengo ganas de bailar.

PABLO

Como te quiero, Nela. Sólo quiero tener ojos para poderte ver.

MARIANELA

No te empeñes tanto por verme, señorito mío, a lo mejor no soy como tú crees.

Pablo se ríe escéptico. Marianela lo mira fijamente reírse al borde del acantilado. El mar rompe allá abajo cada vez con más furia. Ve el sombrero que las olas han llevado hasta la playa.

27. El galeón y la Trascava. Int. día

El Galeón es la mina que hay al lado de la Trascava y que parece un buque comido por el mar años después de un naufragio. Al fondo del Galeón, la boca de la Trascava ruge casi como el acantilado del mar de Ficóbriga. Pablo y Marianela están abrazados en medio de la mina como si se protegieran del rumor amenazante de la Trascava.

MARIANELA

La Trascava… ¿No la oyes, Pablo? Parece que nos llama. Abrázame fuerte.

PABLO

No tengas miedo. Yo quitaré de tu cabeza esos malos pensamientos.

MARIANELA

Óyela, Pablo, ahora parece que llora.

PABLO

Te quiero, Nela. Cuando el doctor Golfín me devuelva los ojos,
juro por Dios que serás mi mujer. Y si Dios no quiere darme
el don de la vista, tampoco te separarás de mí.
¿Verdad que me querrás lo mismo si sigo siendo ciego?

MARIANELA

Lo mismo, sí, lo mismo…

PABLO

¿Y me acompañarás siempre?

MARIANELA
Sí, siempre. Siempre.

PABLO
Nela, te quiero. Si me dan a escoger entre no ver, y perderte…

MARIANELA
Prefieres no ver… Oh, madre mía, qué alegría tengo dentro de mí.

Marianela se acurruca contra Pablo, roza su cabeza contra el pecho del ciego y, estira los pies para poder abrazarle con más fuerza a él. Los pies de Nela se introducen en un pequeño arroyo que cruza la mina el Galeón. Es un arroyo de agua saturada de oxido de zinc, que parece sangre. Los pies de Marianela se tiñen de esa sangre de las minas. Marianela se encoge abriendo la boca en silencio con un gesto trágico al ver sus pies empapados de sangre de las minas.

PABLO
¿De qué tiemblas, Nela?

MARIANELA
De nada, de nada.

Pablo acaricia a Marianela y la estrecha contra sí. Marianela, pasado el momento de mal presentimiento, se deja llevar por el abrazo de Pablo. Pablo sigue acariciándola con ternura.

PABLO
¿Estás tranquila, Nela? ¿Has dejado de oír la Trascava?

MARIANELA
Sí, niño mío.

Pero Marianela ha mentido a Pablo para tranquilizarle. Porque no sólo ella, sino nosotros ahora también oímos la voz de la Madre de la Nela, que dice desde el fondo de la Trascava:

MARÍA CANELA *(off)*
Nela, hija mía, Nela, qué bien se está aquí.

Marianela oye la voz de su madre y se aferra fuertemente a Pablo. La noche va cayendo sobre los dos hasta que los vemos desaparecer en sus sombras.

28. Desván en casa del señor Centeno. Int. noche

La escudilla con la comida humeante está al pie de las dos cestas cerradas donde se acuesta Marianela. Las dos cestas se entreabren y aparece la mano de Marianela con una moneda de plata entre los dedos.

MARIANELA *(off)*
Celipín…

Celipín está tumbado con los ojos abiertos mirando el techo del desván. El niño dice al ver la mano de Marianela.

CELIPÍN
Nela, pareces una almeja.

Marianela *(off)*
Toma esta moneda de plata que me ha regalado el doctor Golfín. Es para que te compres la cartilla y aprendas a leer.

Celipín toma la moneda que le da Nela. Nela cierra las cestas. Celipín se va a las mantas, se acuesta. Celipín aprieta la moneda de plata en la mano y se pone a llorar. Marianela abre sus cestas y mira a Celipín. Marianela tiene una tristeza angustiosa en los ojos.

MARIANELA
¿Por qué lloras, Celipín?

CELIPÍN
Quiero salir de las minas. Quiero aprender a leer. Quiero marcharme a Madrid y ser un hombre famoso como el doctor Golfín. Y quiero que tú vengas conmigo, Nela.

MARIANELA
Yo no sirvo para nada. Sólo te serviría de estorbo, Celipín.

CELIPÍN
Quiero irme de las minas. Quiero salir de aquí. Aquí somos un poco menos que animales.

Celipín llora con rabia apretando su moneda de plata en un puño cerrado. Marianela lo mira triste desde sus dos cestas abiertas sin saber cómo consolarlo.

29. Desván del señor Centeno. Int. noche.

Celipín con las lágrimas secas ya en el rostro duerme. A su lado, arrodillada, está Nela acariciándole el pelo suavemente. Nela le habla a Celipín como si sus palabras fueran un cuento para dormir al niño minero.

MARIANELA

El doctor Golfín también fue un niño pobre. Como tú. Dicen que de niño pedía limosna por las calles de Madrid. Tú también aprenderás a leer como él. Tú también serás médico. Como él. Y también serás famoso, como él.

Marianela contempla a Celipín completamente dormido. Se acerca a él para darle un beso. Pero luego, se arrepiente, pensando que un ser feo como ella, ni debe besar. Marianela, se besa los dedos, y los posa con el beso en la frente del niño. Luego se arrastra por el desván, se sube a las cestas y las cierra.

Celipín sigue dormido con su moneda de plata abierta en la mano.

30. Casa de Pablo. Int. día líquidos –cuentagotas – Apósitos

En casa de Pablo, en la gran sala baja de la casona, sobre una mesa grande aparece el instrumental quirúrgico del doctor Golfín. Sobre la mesa, abierto, el maletín de llevar el material de operaciones. El instrumental del oculista Golfín, a nuestros ojos de hoy, parece un conjunto de piezas reunidas por un coleccionista de aparatos quirúrgicos, y recuerda esas mesas mezcla de objetos de curar y de magia que aparecen en los cuadros de los pintores holandeses de siglos pasados. El salón está en penumbra. Las persianas han sido bajadas y no se ve la calle. En una silla, sentado, Pablo. El doctor Golfín maneja en el más absoluto silencio los extraños objetos de su instrumental y con pericia va abriendo los párpados, tocando con lancetas, oprimiendo el cristalino, en fin, haciendo una observación de los ojos de Pablo mucho más profunda que el primer día. El padre de Pablo observa inquieto, emocionado y pálido. El doctor Golfín termina su observación y después de abandonar el material sobre la mesa dice a Pablo.

GOLFÍN

Vamos a ver, hijo, va a ir usted hasta la ventana del centro, a la que usted sabe llegar
de memoria, va usted a subir la persiana de golpe,
y al mismo tiempo, abre usted los ojos… Vamos, hijo, luego me cuenta
usted lo que ha sentido…

Pablo se levanta con los ojos cerrados. Se dirige hacia la ventana. El doctor Golfín y el padre de Pablo observan con un silencio cargado de emoción. Pablo agarra el cordón de la persiana. Tira de ella de golpe… Detrás del cristal aparece la Nela. Pablo hace un ligero gesto con la cabeza como si por primera vez hubiera llegado algo de luz a sus ojos. La Nela huye hacia atrás del ventanal. Pablo hace gestos de extrañeza y abre y cierra los ojos como si por primera vez sintiera algo que nunca en su vida había sentido.

31. Picos de Saldeoro. Ext. día

Marianela conduce a Pablo por un sendero o camino de la montaña. El sitio por donde van es tan alto que aunque allá abajo en el valle hace sol y un día espléndido, a Marianela y a Pablo los envuelven ligeros jirones de niebla. Pablo camina sonriendo y tanteando alegremente con el bastón. Marianela va delante de él, caminando de espaldas a las peligrosas laderas y mirando a Pablo. Pablo se para y se mete las manos en los bolsillos.

PABLO

¿Hoy no me registras para ver lo que te traigo, Nela? Mira lo que llevo para ti, lo que más te gusta del mundo: chocolate crudo. Tómalo.

Marianela lo toma y sin mirar siquiera el chocolate le dice a Pablo:

MARIANELA

¿Y dices que no viste nada cuando te asomaste a la ventana, señorito mío?

PABLO

No, fue como si me dieran un manotazo en los ojos… como si me cegaran, en vez de ver, con un resplandor.

MARIANELA

¿Pero no viste ni persona, ni árbol, ni cosa alguna?

PABLO

No, no vi nada, tristemente fue así.

Nela sonríe feliz y se pone a comer la tableta de chocolate con voracidad, no como una golosina que se paladea, sino como si fuera comida, la comida que ella no ha probado desde que ha llegado a Socartes el doctor Golfín.

PABLO
¿Qué haces, Nela?

MARIANELA
Estoy comiendo.

PABLO
Hablas con la boca llena. ¿Tienes hambre?

MARIANELA
Sólo cuando estoy contigo.

32. Cumbre de Saldeoro. Ext. día

Pablo y Marianela están tumbados como dos figuras yacentes en la cumbre del monte de Saldeoro. Están prácticamente enterrados en flores de «la muerte», esas flores que no nacen sino donde acecha el peligro de morir. Pablo y Marianela están cogidos de la mano.

PABLO
¿Dónde estamos, Nela?

MARIANELA
En la cumbre del Saldeoro. Estamos enterrados en flores de la muerte.

PABLO
¿Qué son las flores, Nela?

MARIANELA
Las flores son las estrellas de la tierra.

PABLO
¿Y las estrellas qué son?

MARIANELA
Las estrellas son las miradas de los muertos. ¿De qué te ríes?

PABLO
De los disparates tan hermosos que inventas. Todo lo que inventas me gusta. ¿Cuánto hace que eres mi lazarillo, Nela?

MARIANELA
Va para año y medio que nos conocemos.

PABLO
No es verdad. Ya hace miles de años que te conozco.
Miles de años que siento que hablas dentro de mí.

MARIANELA
Yo siento que he venido a este mundo para ser tus ojos, para guiarte
con ellos por todas las hermosuras de la tierra. Sígueme, niño mío.

Y Marianela, llena de alegría, tira de la mano de Pablo y lo arrastra al borde de la ladera de la cumbre de Saldeoro. Después, los dos, Pablo y Marianela, se tiran por entre las flores de la ladera rodando y riéndose, sin saber quién está más loco, si el lazarillo o el ciego.

33. Valle de los Lagos. Ext. día.

Mujeres bañándose en el lago. Quieren bañar a Marianela. Se escapa y espera a que remontan para hacerlo ella.

Pablo está tumbado, boca arriba, como muerto, en la ladera que cae de la cumbre de Saldeoro. Delante, el Valle de los Lagos, se extiende con sus pequeñas lagunas de agua que brillan al sol de la tarde como las aguas quietas y endurecidas de un espejo. Pablo, que está dormido, se despierta inquieto, como saliendo de una pesadilla y llama a Marianela.

PABLO
Nela… ¿Estás ahí?... Nela, ¿dónde estás? Nela.

MARIANELA
No te asustes, niño mío, estoy aquí.

Y vemos a Marianela sonriente que está cerca de Pablo velándole el sueño. Marianela lleva sobre la cabeza una corona de flores de la muerte.

PABLO
Me he quedado dormido, Nela. Ya no duermo, sueño. Sueño siempre
que una mano entra en mis ojos y abre una puerta cerrada y mohosa.
¿Se hará un día realidad este sueño, Nela?

MARIANELA
Sí, lo que tú esperas, será. Me lo dice el corazón.

PABLO
Aunque sé que, desde que te conozco, no soy ciego del todo.
Antes solo sabía que era de noche cuando las gentes callaban,
y de día, cuando los gallos cantaban. Desde que te quiero,
sé que es de día cuando estamos juntos y de noche,
cuando nos separamos.

MARIANELA
Yo también debo de estar ciega como tú. A mí, que tengo ojos,
también me parece que sale el sol cuando te veo, y que todo es noche
cuando nos separamos.

PABLO
Yo estoy lleno de tu belleza, pero no me pertenecerá por entero hasta
que pueda verte. Nela, un día esa puerta cerrada de mis ojos se abrirá
y podré recrearme en ti. Será como una nueva manera del amor
que te tengo. ¿Me oyes, Nela? ¿Me oyes? Nela… Nela…

Pero Marianela no está con Pablo, Marianela ha huido no pudiendo soportar lo que Pablo le dice.

34. Espejo de un lago. Ext. día

A las aguas quietas del lago se asoma Nela con su corona de flores en la cabeza. Marianela se mira con tristeza.

MARIANELA
Madre de Dios, qué feísima soy.

PABLO *(off)*
Nela… ¿dónde estás? Nela…

Al oírse llamar por Pablo la figura de Marianela desaparece.

35. Espejo de otro lago. Ext. día

En el agua quieta está asomada Marianela viéndose su desmedrado cuerpo de niña. Marianela se pasa las manos por el cuerpo.

MARIANELA
Divina Madre de Dios, que cuerpo tan feo tengo.

La voz de Pablo se oye más lejana que antes.

PABLO *(off)*
Nela… ¿Dónde te has ido?

Como si la voz de Pablo la viera Marianela desaparece del espejo del lago.

36. Espejo del tercer lago. Ext. día

El rostro de Marianela con la corona de flores puesta asoma al tercer lago. Marianela está llorando.

MARIANELA
Dicen las viejas que sólo los niños que van a morir lloran
cuando se ven delante de un espejo.

La voz de Pablo suena como un eco muy lejano.

PABLO *(off)*
Nela… Nela… Marianela…

Esta vez Marianela no huye de su imagen. No hace falta, las lágrimas que van cayendo borran su figura.

37. Valle de los Lagos. Ext. día

La corona de flores de la muerte que llevaba en su cabeza Marianela aparece flotando en medio de los lagos. Todo está en absoluto silencio. Se ha puesto el sol. Es casi de noche. Es el ocaso.

MARIANELA *(off)*
Valiera más que no hubiese día, y que fuese siempre de noche.
Que fuese siempre noche.

La voz de Marianela resuena por todo el Valle de los Lagos.

38. Desván en casa del señor Centeno. Int. noche.

Celipín, que sin duda está de duermevela, se despierta de sus mantas a media noche y llama a Marianela.

CELIPÍN
Nela, ¿ya has venido?

El niño se levanta de las mantas y abre las cestas: dentro no está Marianela.

39. Cuadra de las mulas ciegas. Int. noche

Celipín cruza la cuadra de las mulas llevando una manta al hombro que arrastra. Las mulas ciegas oyen que alguien pasa, resoplan inquietas, y miran sin ver. Celipín se acerca a un rincón, allí está Marianela que para que no la vea Celipín, se tapa la cara.

CELIPÍN
Nela…

Celipín se arrodilla y quita con cariño las manos del rostro lloroso de la Nela.

MARIANELA
Vete de Socartes, Celipín. Vete de las minas.

CELIPÍN
Me iré de Socartes, Nela. Te lo juro. Como dice el doctor Golfín: «Socartes perderá una piedra y la sociedad ganará un hombre». Me iré de las minas, Nela, y tú vendrás conmigo.

Celipín comienza a tapar con la manta a Marianela que está sobre la paja caliente de las mulas, con una ternura casi maternal. Mientras la va abrigando con cariño, Marianela va diciendo como un amargo sonsonete.

MARIANELA
Vete de aquí, Celipín, vete de aquí. Aunque yo no vaya contigo.
Yo no puedo ir Celipín. Yo no puedo salir de aquí.

Ya ha tapado con la manta Celipín a Nela. Las mulas miran sin ver pero en silencio. ¿Lloran las mulas? Yo no lo sé. Pero si las mulas lloran, deben de llorar precisamente ahora, acompañando a la Nela.

40. Afueras casa Pablo. Ext. día.

Es la mañana. De casa de Pablo salen el doctor Golfín y el padre de Pablo. El doctor va poniéndose la chaqueta, como los médicos cuando salen de trabajar de la consulta. El padre de Pablo mira con inquietud al doctor Golfín.

D. FRANCISCO
Dígame la verdad doctor Golfín.

GOLFÍN
Señor de Penaguillas, he examinado a conciencia el caso de su hijo
y no encuentro motivos suficientes para decir: «No tiene cura».
¿Tiene usted valor?

D. FRANCISCO
¿Para qué, doctor?

GOLFÍN
Para que su hijo sufra una operación dolorosa corriendo el riesgo
de que luego se quede tan ciego como antes… O por el contrario,
que consigamos que recupere la vista. La imposibilidad ni la cura total
está demostrada. ¿Hago la operación?

D. FRANCISCO
Opere, doctor Golfín. Adelante.

GOLFÍN
Ése es mi lema: adelante. Siempre adelante.

D. FRANCISCO
¿Cuándo le operará usted?

GOLFÍN

Por mí, dentro de unos días… ¿Y por usted?

D. FRANCISCO

Dentro de dos días estará aquí mi único hermano, Manuel. La felicidad de mi hermano y la mía dependen de que yo tengo un hijo que ofrecer por esposo a Florentina, la única hija de mi hermano. Yo no quiero que se acepte a mi hijo como esposo por caridad. Pero mi hijo Pablo, con vista, será la realidad de todos mis sueños y la bendición de Dios entrando en esta casa. Adelante con la operación, doctor Golfín.

En este momento el doctor Golfín y el padre de Pablo oyen algo delante de un montón de piedras que hay en la entrada de la casa. Los dos miran.

D. FRANCISCO

¿Quién hay ahí?...

De detrás de las piedras, surge como un pequeño monstruo la Nela. Los dos, el doctor y el padre comprenden que la Nela ha estado escuchando.

D. FRANCISCO

¿Eres tú Nela? ¿A qué vienes? ¿A buscar a Pablo? Hoy no puede salir… el doctor dice que tiene que quedarse en casa…

Nela como un animalillo que le dan la oportunidad de huir, sin decir palabra, anda hacia atrás y se dispone a salir huyendo. El doctor Golfín la llama, antes de que huya, con cariño y autoridad.

GOLFÍN

Nela… Espera…

La Nela se para y ve cómo se acerca hacia ella el doctor. La Nela se encoge como los niños cuando no quieren que los toquen.

GOLFÍN

Nela, ¿quieres servirme a mi de lazarillo esta tarde, en vez de a Pablo? Me gustaría que me enseñases todo este laberinto de las minas que nadie conoce mejor que tú… ¿Quieres? ¿Qué me dices, Nela?

La Nela mira largamente, enigmáticamente al doctor, y dice que sí con un gesto de la cabeza.

41. Pozo Calero. Int. día.

Estamos en una oscuridad prieta, total. De pronto se enciende la luz de una cerilla y a su luz vemos los rostros del doctor Golfín y de Marianela. El doctor enciende un pitillo y a la tenue luz del fósforo mira. Unas inmensas paredes de piedra que rezuman agua, de piedra brillante, como de plata negra bruñida, se pierden hacia arriba sin ver su terminación por la oscuridad como de infierno que impide ver su remate.

GOLFÍN
¡Caramba!, qué lugar más tenebroso. Debemos de estar en la antesala
del centro de la Tierra. Hace un frío de mil demonios. Y el silencio estalla
en los oídos. ¿Dónde estamos, Nela?

MARIANELA
En el pozo más hondo de las minas. En el pozo Calero. Los mineros tienen miedo
hasta de nombrarlo.

GOLFÍN
¿Por qué?...

MARIANELA
Porque aquí ha habido muchos muertos. No se puede trabajar en él.
Está sin explotar…

GOLFÍN
No me digas más, muchacha… Hay filtraciones de grisú…

Y el doctor apaga la cerilla y se queda todo a oscuras. Una luz que viene de lejos ilumina el rostro de Nela.

GOLFÍN
Nela, dime la verdad, yo te comprendo… ¿A ti no te importaría
que yo muriera antes de que operara al señorito Pablo?

La Nela se abalanza sobre las manos del doctor Golfín y le besa las manos con cariño, con pasión, mientras dice que no con la cabeza.

MARIANELA
No doctor, se lo juro… Yo quiero que usted le devuelva los ojos a Pablo.

El doctor retira las manos para que Marianela no le siga besando. Luego le acaricia la cabeza dulcemente.

GOLFÍN

Bueno, bueno, cálmate… Veamos esa cara…

El doctor tiene la cara de Nela en el hueco de la mano.

GOLFÍN

Entonces, dime la verdad, es a ti a quien no te importaría morir,
¿no es así?

Marianela no contesta. Toma la mano del doctor Golfín, por toda respuesta, y lo saca del Pozo Calero.

42. Mina «La Terrible». Ext. noche

Marianela sale del pozo Calero llevando de la mano al doctor Golfín. Es de noche. Bajo la luna que ilumina la orgía de gigantes petrificados de La Terrible, Marianela y el doctor Golfín toman asiento. El doctor Golfín mira a Marianela y ve aquel ser hasta ahora desvalido y sumiso como un animal doméstico, tiene en los ojos un brillo, extraño, como si toda su timidez se hubiera transformado en el valor que da la desesperación.

GOLFÍN

¿Por qué tienes esas ansias de morirte, criatura?

MARIANELA

Yo tengo sueño, y soñando, veo felices y contentos a todos los que se han muerto.

GOLFÍN

¿Tú crees en lo que sueñas?

MARIANELA

Sí, yo creo en los sueños y en una voz que me dice: «No debe haber cosas feas. Ninguna cosa fea debe vivir. Nadie puede querer en este mundo a una cosa fea como eres tú…»

GOLFÍN

Tu amo me ha dicho que te quiere mucho. Para él todo el Universo
está ocupado por una sola persona: tú, Nela.

MARIANELA
Él me quiere porque no me ve.

GOLFÍN
¿Tú quieres a tu amo más que a todas las cosas de este mundo?

MARIANELA
Sí, señor.

GOLFÍN
¿Y él te ha dicho palabras amorosas y te ha hecho juramentos?

MARIANELA
Sí, señor… Me ha dicho que no puede vivir sin mí y que yo seré su compañera.

GOLFÍN
¿Y por qué no puede ser eso verdad?

MARIANELA
Porque él allá en sus tinieblas me tiene por bonita. Pero cuando me vea como soy, me aborrecerá.

GOLFÍN
Tú no eres fea. Tú eres muy buena, y por lo tanto bonita, porque la belleza no es más que el resplandor de lo bueno de la verdad.

MARIANELA
No, señor, no. De pequeña, sí. Dicen que era muy bonita de niña. Pero desde que mi madre tuvo aquella desgracia dicen que yo no valgo para nada y nadie me quiere…

GOLFÍN
¿Qué le ocurrió a tu madre, Nela?

María Canela con la Nela y el padre haciendo el amor con la hermana.

Padre, hermana, María Canela, ¿hospital? entierro.

MARIANELA

Dicen, señor, que mi padre y mi madre vivían con una hermana más joven que mi madre. Que vivían todos juntos. Que los tres trabajaban en las minas. Y dicen que cuando yo era muy chiquita, mi padre se fue de la mina con la hermana de mi madre. Mi madre, de la pena, empezó a beber. Dicen que mi padre estaba enfermo de las minas, y que, cuando se puso más grave, la hermana de mi madre lo abandonó en el hospital de Valmojado. Dicen que mi padre llamó a mi madre, y que mi madre no quiso ir a verlo.

Ni el día que mi padre murió fue mi madre a velarlo. Lo enterraron solo.

El día que mi padre murió dicen que mi madre, María La Canela, lo celebró con una borrachera de aguardiente.

Entierro y borrachera… *montañas Minas…* F. E.

Borrachera final en la mina y con Nela.

---

43. Minas de Socartes. Ext. día

Está amaneciendo, sentada en la máquina del lavado de las piedras de calamina que está al aire libre, una máquina que produce terror, aparece María La Canela, la madre de la Nela. María La Canela es una mujer joven de un carácter y compostura dignos de un poema épico y popular. María La Canela no deja de cantar un ritmo entre dientes sin letra. Así como todos los personajes de las minas de Socartes son de color barro crudo, María La Canela es absolutamente roja. María La Canela tiene al lado una gran cesta que es a su vez una cuna. María La Canela descubre el capacho o cesta, dentro hay dormida una niña preciosa: es Marianela.

MARIANELA *(off)*

Así de guapa dicen que era yo de niña.

María La Canela, sin dejar de llevar el sonsoniquete entre dientes, tapa a la niña y saca de al lado de la niña una botella de aguardiente. Y María La Canela, sin dejar de cantar entre dientes el sonsoniquete, bebe aguardiente a grandes tragos. Después, deja la botella y mueve la cesta-cuna de Marianela sin dejar de cantar entre dientes.

44. Mina La Terrible. Ext. noche

Marianela sigue hablando con el doctor Golfín en la mina La Terrible.

MARIANELA
Dicen que cuando salía el sol ya llevaba mi madre dos horas cantando y
bebiendo. Y dicen que mi madre, María La Canela,
tenía una borrachera…

Sobre la imagen de Marianela y el doctor Golfín, empieza a tocar la campana que llama al trabajo en las minas.

45. Minas de Socartes – Máquina de lavado. Ext. día

Sale el sol y vemos a María Canela, al pie de la máquina del lavado, en medio de la tierra roja de la calamina. María La Canela, bañada por el sol naciente es más roja que la tierra y más roja casi que el sol. El sonido de la campana sube a primer término. De las casas, de las chozas, de los agujeros, de las cuadras, salen niños, mujeres, hombres y animales como colosales figuras de barro crudo y se dirigen al trabajo. María La Canela canta ahora la letra que antes decía entre dientes a voz en grito en medio de su borrachera trágica. María Canela acompaña su canción con grandes carcajadas y moviendo la cesta-cuna de Marianela.

MARÍA LA CANELA

Pobres muyeres mineras,
pobres mineras muyeres,
aguardando por las noches,
que los maridos vinieren.

Unos venían borrachos,
otros venían alegres,
otros decían: «Muchachos,
vamos a matar las muyeres».

Después que hubieran cenado
y pegado a sus muyeres
salieron dando un portazo
y mascullando entre dientes:

«Ahora a dormirla a otra cama,
que espéranos ya caliente
con una muyer soltera
fresca y guapa y sonriente».

Las mujeres, niños y pobres, ríen con la borrachera vital de María Canela. La máquina del lavado se pone en marcha y el resto de las minas también con sus hornos y sus vagonetas.

46. Mina La Terrible. Ext. noche

Marianela sigue explicando al doctor Golfín la historia de su madre. Como fondo se oye cantar y reír a las mujeres y el resto del ambiente de las minas.

MARIANELA
Dicen que el capataz de las minas despachó a mi madre del trabajo, pero que ella no se quiso ir. Entonces el capataz dicen que se la llevó arrastrando.

Se oye de pronto gritos de mujeres y gritos confusos de María La Canela.

47. Minas de Socartes. Ext. día

Las voces de María Canela, los juramentos del capataz y los gritos de las mujeres suben a primer término. Y vemos cómo el capataz arrastra a María Canela. Pero María Canela que tiene la fuerza de un hombre, se deshace del capataz y lo derriba de un empujón. Luego se va a la cesta-cuna toma a Marianela niña en brazos, y se sube encima de la montaña de tierra roja que al pie se ve la máquina del lavado destrozando tierras y piedras de calamina. Desde allí, María Canela se dirige a las mujeres que están abajo, trabajando en la máquina del lavado.

MARÍA CANELA
Mujeres: saber que ese no me echa porque huela a aguardiente.
Me echa porque no le he dejado que se metiera en mi cama.
Capataz…: si te has casado duerme con tu mujer.

CAPATAZ
Calla, borracha… Calla.

MARÍA CANELA
No callo. Tú sabes, que aunque huela a aguardiente, puedo hacer el trabajo de dos. Si te hubiera dejado calentarme la cama no me echarías, capataz.

CAPATAZ
Callate… Callate… o…

El capataz coge un pedrusco y se lo tira a María Canela. La Canela esquiva la pedrada. Luego, con Marianela en brazos, se agacha y coge un piedra para defenderse del capataz, con las mismas armas. Cuando se levanta con la piedra en la mano, tiene al capataz muy cerca. María Canela levanta la mano con la piedra, pero el capataz no le da tiempo, a bocajarro le pega en la frente con la piedra a María Canela. De la sien de María Canela brota sangre. María Canela se tambalea. Marianela se escapa de sus brazos y cae rodando hasta la máquina del lavado. María Canela cae sangrando a suelo. Marianela es magullada, destrozada casi por las palas de la máquina del lavado. Se oye gritar, histéricamente, a todo el mundo.

48. Mina La Terrible. Ext. noche

Se oyen los gritos de las mujeres y el terrible ruido de la máquina del lavado. Marianela habla con este fondo al doctor Golfín.

MARIANELA
Y caí en la máquina… Dicen que tardaron en parar la máquina,
y que cuando la pararon, yo ya no era yo…

En este momento deja de oírse el ruido de la máquina del lavado: la han parado.

49. Minas de Socartes – Máquina del lavado. Ext. día

Sobre las palas de la máquina, vemos a Marianela: es un amasijo de sangre, barro rojo de calamina. Es como un feto sangrante.

MARIANELA *(off)*
Dicen que nadie se atrevía a recogerme de la máquina.
Fue mi madre la que me recogió.

María Canela recoge de la máquina del lavado a Marianela sangrante.

MARIANELA *(off)*
Y en vez de llevarme a curar, mi madre me llevó al monte
para que nadie nos viera.

María Canela, con su hija en brazos que le chorrean sangre y agua roja de calamina, huye de las minas, y se mete por un bosque que hay cerca. María Canela desaparece por la espesura.

50. Un lugar en el bosque. Int. día.

En un lugar del interior del bosque, María Canela deja a su hija entre la hierba. Escucha. Ve que nadie la sigue. Y entonces se vuelve a mirar a su hija Marianela. María Canela ve el amasijo de sangre que es Marianela y mirándola se pone a gemir como un animal cuando le han herido a su cachorro.

51. Mina La Terrible. Ext. noche

Marianela gime casi como su madre cuando le cuenta ahora lo que sigue al doctor Golfín.

MARIANELA
Dicen que mi madre, La Canela, me curó como curan a sus hijos
los animales del monte: lamiéndome.

Y Marianela gime por la bajo mientras mira al doctor Golfín como un perrillo.

52. Bosque. Espesura. Int. día

En mitad de la espesura está María Canela. Ha pasado ya tiempo del accidente. La herida de la sien de La Canela sigue con la sangre seca. Se ha curado sola. Sin embargo, la niña Marianela, que era un amasijo de sangre y barro, está limpia. María Canela besa aquella niña ya deforme, con besos que parecen que la lamen, y luego la cubre con su cuerpo, la abraza contra ella para darle calor y la sigue besando y lamiendo.

53. Mina La Terrible.	Int. noche	SUPRIMIDA

Marianela sigue contando al doctor Golfín la historia de su madre, La Canela. El doctor ve las cicatrices y la deformación de Marianela, mientras ésta le habla.

MARIANELA
Hasta que mis heridas no estuvieron curadas mi madre no me bajó del monte. Dicen que bajaba ella sola al anochecer para subir comida. Dicen que entraba en las casas de los mineros más pobres…

54. Choza de minero.	Int. noche	NO SE HACE

En una choza de mineros, está la numerosa familia, cenando. La choza es miserable, y llena de niños pequeños.

MARIANELA (*off*)
… y dicen que cogía lo que necesitaba, leche y pan y alguna cosa más… y se subía al monte otra vez. No hablaba con nadie. Dicen que los mineros pobres se acostumbraron a ella, y la dejaban entrar y que se llevara las cosas, sin hablarla nada, como si fuera un fantasma…

Y así es. Vemos a María Canela cómo entra en la choza. Todos se han dado cuenta de que ha entrado. Hasta los niños. Pero nadie le dice nada. Hacen como que no la ven. La Canela toma un pan, un jarro de leche y un poco de queso, y sale en silencio.

55. Mina La Terrible. Ext. noche

Marianela sigue contando la historia al doctor Golfín.

MARIANELA
Cuando ya estuvieron mis heridas curadas, bajó mi madre conmigo en brazos a pedir trabajo. Recorrió todas las minas, pero no la admitieron. Dicen que entonces, mi madre, La Canela, se fue conmigo en brazos y se plantó delante de las oficinas de la mina.

56. Oficinas de las minas de Socartes. Ext. día

Delante de las minas, cerca, queda una montaña de tierra roja. En ella está subida María Canela con su hija en brazos. Los hombres que trabajan en las oficinas, contables, pagadores, capataces y los ingenieros, hacen como que no ven a María Canela.

MARÍA CANELA
Eh, señores jefes, miráime.

Los de la oficina, por toda respuesta, van cerrando las ventanas. Se hace un silencio impresionante. La figura roja de María Canela se dirige hacia la casa de las ventanas cerradas: las oficinas de las minas de Socartes.

MARÍA CANELA
Abrir las ventanas y oírme, gentes sin entrañas. Vuestra máquina de lavado ha destrozado a esta hija mía. Y ahora no queréis darme trabajo.
De lo que me ocurra a mí y a mi hija vosotros tendréis la culpa.
Vosotros, asesinos, asesinos.

Las ventanas de las oficinas siguen cerradas. Los obreros de las minas han salido de dentro y están presenciando la escena parados. Las mujeres del lavado también han parado. Un obrero se va hacia los hornos de calcinación y allí hace parar la máquina del lavado. Todo está quieto: nadie trabaja.

María Canela se va de delante de las oficinas muy decidida. Se sube encima de la máquina parada del lavado y grita hacia los jefes.

MARÍA CANELA
Cobardes… cobardes…

María Canela se mete por la galería de una mina. Desde dentro se oye su voz, mientras siguen cerradas las oficinas y todos los obreros de las minas sin trabajar.

MARÍA CANELA
Vosotros tendréis la culpa. Cobardes.

57. La Trascava. Ext. día

En la boca de la Trascava está María Canela con su hija en brazos. María Canela por un momento, parece que se va a tirar al fondo de la mina, con la niña. Luego no ; luego pone a la niña sobre la piedra de la embocadura, la tapa, la abraza y se tira a la Trascava.

MARÍA CANELA
Cobardes…

Del fondo de la sima sale como el eco de la voz de la Canela.

MARÍA CANELA *(off)*
Cobardes…

Después viene el silencio y luego el llanto desgarrado de una niña, de Marianela, que sobre la piedra, patalea y llora con desespero, hasta el punto que nos parece que ella también va a caer en la sima.

58. Mina La Terrible. Ext. noche

Sigue el llanto desgarrado de la niña, cuando de nuevo Marianela aparece delante del doctor Golfín. Marianela tiene la cara terrible que recuerda un poco la fiereza de su madre La Canela.

MARIANELA
Ninguna cosa fea debe vivir. Mi madre debía haberme llevado con ella.

Y Marianela sale corriendo y se mete en el laberinto de las minas.

GOLFÍN
Muchacha… Nela… Ven aquí… Nela…

Pero por toda respuesta sigue oyéndose el llanto desgarrado de una niña.

59. Desván en casa del señor Centeno. Int. noche.

Celipín llama insistentemente en las dos cestas donde duerme la Nela.

CELIPÍN
Nela… Nela… ¿No estás ahí?

El niño no recibe respuesta de la Nela. Celipín abre las cestas, dentro no hay nadie. La cama de la Nela está vacía. Celipín se fija en una cosa que nunca había tenido la Nela. Es un trozo de espejo roto que la Nela ha cosido en el hueco que en la cesta le sirve de tapadera. Celipín se mira en el trozo de espejo roto y se dice a sí mismo.

CELIPÍN
Hola, doctor Celipín.

60. Sendero y monte. Ext. día

Lili, el foxterrier de doña Gerarda, la cuñada del doctor Golfín, aparece en una senda estrecha muy cerca de la Trascava. El foxterrier olfatea el aire y sale hacia la loma de la Trascava como una exhalación. Doña Gerarda se desespera llamando a su perro, que no le hace caso.

GERARDA
Lili… Lili… Ven aquí.

Doña Gerarda, don Carlos, su marido, y el doctor Golfín van en fila por el camino, ya que la estrechez de éste no les permite ir emparejados.

GERARDA
Ay, por Dios, Carlos, Teodoro: salir en busca de mi Lili… salir corriendo…

D. CARLOS
Pues sí que está la estrechez del camino como para hacer carreras, pedestres…

GERARDA
Lili… Dios mío… Lili… Vuelve…

TEODORO
Deja que se lleve el demonio a Lili, mujer: ella volverá.

GERARDA
No volverá… que peligra su vida… Correr… Ha ido hacia la Trascava.

Y doña Gerarda, sorteando las dificultades del camino y el engorro de la sombrilla y todos los cachivaches que lleva para salir al campo, trata de correr para salvar a su perro. Doña Gerarda va más insegura por el sendero que una volatinera por la maroma y hace tantos equilibrios y tan cómicos como una trapecista. Le siguen su marido y Golfín.

61. Alto en la loma de la Trascava. Ext. día

Los tres aparecen en la Loma de la Trascava. Efectivamente los tres ven como Lili baja hacia la peña que hay al borde del abismo: la peña donde María Canela dejó a su hija antes de suicidarse.

GERARDA
Lili… esa perra se me mata… Bajar a por ella, por Dios…

TEODORO
No se puede bajar, está el césped muy resbaladizo…

GERARDA
Sube Lili… sube…

Pero Lili no hace caso y se baja justo hasta la peña que cierra el agujero de la Trascava. Doña Gerarda, al ver que Lili está junto a la peña de la entrada, se pone a gritar como una loca, como una loca y además histérica.

TEODORO
Calla Gerarda, por lo que más quieras… Ahí se mueve algo… Es la Nela…

Doña Gerarda cambia el histerismo por el enfado y la protesta.

GERARDA
¿Qué haces ahí, Nela? Tú tienes la culpa de que Lili haya bajado…
¿Qué haces ahí, loca? Coge a Lili y tráemela…

La Nela que tiene cara de haber pasado allí la noche, intenta coger a Lili. Pero la perra empieza a jugar y no dejarse coger por la Nela, con peligro de caerse a la Trascava.

GERARDA
Que se me pierde… Lili… que se me mata… Nela, ve por ella…

GOLFÍN
Ten cuidado muchacha… agárrate bien… Ve con cuidado… deja a Lili… Déjala…

GERARDA
No hagas caso, Nela… si me la sacas te doy una moneda…

La Nela, sin duda pensando en Celipín, se expone y de la misma boca del abismo saca a la perra del rabo.

GERARDA
No la tires del rabo, pécora…

Nela sube con el trofeo de la perra Lili hasta arriba. GERARDA abraza al can con lágrimas en los ojos.

GERARDA
Pobre Lili mía… qué susto me has dado…

La Nela está con la mano extendida esperando la moneda que luego le dará a Celipín.

GERARDA
¿Se la damos Lili?... Sí, que al fin te ha salvado… Toma…

62. Sendero y monte. Ext. día

Todos van por el camino. La Nela delante, detrás Gerarda mirando y besando al perro, detrás don Carlos y detrás Golfín.

GOLFÍN
Estoy pensando, querida Gerarda, que ese animal te inquieta demasiado. Verdad que esa perra cuesta doscientos duros… pero ¿por qué empleas el tiempo y el dinero en hacerle un gabán a Lili y no se te ha ocurrido comprarle unos zapatos a la Nela?

GERARDA
¡Zapatos a la Nela! Y yo me pregunto: ¿para qué necesita la Nela los zapatos?

GOLFÍN
También tienes razón… cuñada… Así descalza no estropea las zarzas que pisa.

GERARDA
Qué desgracia de criatura… Quién había de decir que tiene dieciséis años… qué atrasadilla está. Y yo me pregunto ¿para qué permite Dios que tales criaturas vivan?

GOLFÍN
Para qué va a ser mujer: para salvar a tu perra… Dios está en todo.

GERARDA

Carlos… Carlos… Mira hay sangre fresca en el camino…

GOLFÍN

Y yo me pregunto… ¿de quién será? de Lili no es, gracias a Dios… menos mal: será de la Nela… Nela… ven.

Efectivamente la Nela lleva un pie ensangrentado. Y se acerca cojeando hacia el doctor Golfín, don Carlos y doña Gerarda.

GERARDA

Si yo no me percato, esta salvaje no dice nada… Ay, yo no puedo ver sangre… no puedo… Vamos, Lili…

Gerarda se aleja de Nela y el doctor Golfín. Golfín se pone sus lentes y examina el pie de la Nela.

GOLFÍN

A ver que es eso… es poca cosa. Me parece que tienes una espina dentro… ¿Te duele? … Un poco… Vamos, te llevaré hasta casa de Pablo y allí te la quitaré…

El doctor Golfín venda con un pañuelo el pie de Nela. Luego se quita el sombrero y lo pone sobre el palo que lleva. Le da el palo con el sombrero a la Nela. Y luego se la pone al hombro. La Nela con el palo y el sombrero de Gessler y a hombros del doctor Golfín, llega a donde está la cuñada.

GOLFÍN

Y yo me pregunto: ¿Darás paso, cuñada, o tendré que empujarte fuera del sendero?

GERARDA

Lili: este loco está dispuesto a despeñarnos…

Luego Gerarda va delante de ella a Golfín con la Nela, a hombros, acaricia a su perro y refiriéndose a su cuñado y la Nela le dice a Lili:

GERARDA

¡Qué facha!...

Golfín, con Nela al hombro, sigue camino adelante, seguido de Gerarda, Lili y su hermano.

63. Patio de casa de Pablo. Int. día

Con su carga al hombro llega el doctor Golfín a la casa de Pablo. El padre de Pablo sale a recibirle. Al poco llegan GERARDA, Lili y don Carlos.

D. FRANCISCO

¡Vaya carga que se ha echado usted a cuestas doctor Golfín! ¿Qué tiene Marianela? ¿Una patita mala? De cuando acá gastamos esos mimos… Buenas tardes, doña Gerarda. Se le saluda don Carlos… Llegan ustedes a tiempo, acaban de ordeñar las vacas y tomarán un poco de leche…

GERARDA

Muchas gracias, señor Penaguillas.

GOLFÍN

A mí me gustaría que me sacara usted un poco de yodo… cuñada: si no quieres presenciar una operación quirúrgica, vuélvete de espaldas…

D. FRANCISCO

Voy a por el botiquín…

Don Carlos deposita en el banco de piedra del patio de la casa a Marianela saca de su estuche del bolsillo una pinzas y extrae del pie de Marianela una espina. El padre de Pablo trae un pequeño botiquín. Golfín cura a Nela. Le limpia el pie y le da en la herida con yodo. Luego le venda el pie. Al poco aparece Dorotea, la vieja criada portando una bandeja con vasos de leche. Da a todos. Y también a Nela. Pero Nela dice que no con la cabeza.

GERARDA

Vamos, mujer, no seas mal criada: toma lo que te dan.

GOLFÍN

Vamos, Nela, yo soy tu médico y te lo receto. Tómatela.

Todos miran como Nela se toma la leche con verdadero hambre. Luego le dan otro vaso de leche y mientras Nela se lo bebe de nuevo don Francisco está inquieto como queriendo hablar.

GOLFÍN

Don Francisco: ¿cómo está Pablo?

D. Francisco

Señor Golfín: tengo que confesarle que me tiene inquieto el estado
de exaltación de mi hijo estos días. Dice los disparates más enormes
y no hay quién le contradiga. Ha cogido estos días un estribillo y no sale
de ese tema. Casi me da vergüenza explicarlo… será posible? Ha dado
en sostener que hay un tipo de mujer que contiene las bellezas posibles.
¿Y saben ustedes quién dice que es esa mujer?... La Nela…

Doña Gerarda se ríe con una risa escandalosa. Le siguen la corriente, riéndose también, don Carlos y el propio padre de Pablo.

Gerarda

¿Que la Nela es una belleza?

Todos miran a la Nela, que se pone como una amapola. Y la risa de todos sube viendo a la Nela con un bigote de leche.

Golfín

Pues sí que lo es.

Gerarda (muerta de risa)

Sobre todo con bigote…

Mientras los demás se ríen de la gracia de doña Gerarda, Golfín se quita un pañuelo y se dirige hacia la Nela.

Golfín

Pues, sí que es guapa… Fuera ese bigote… Señor Penaguillas: convendría que su hijo
saliera de casa… La Nela ya puede andar… Dígale que baje
y que la acompañe a dar un paseo…

La Nela mira a Gerarda, don Carlos, al padre de Pablo, y a la vieja Dorotea, aunque por lo bajo no pueden contener la risa. Como los demás se ríen, ella sonríe también sin saber qué hacer.

Golfín

Espera fuera a Pablo, Nela.

64. Afueras casa Pablo. Ext. día

La Nela sale de la casa y oye cómo se siguen riendo de ella. Se aleja un poco de la casa y espera. Al poco sale Pablo con deseos contenidos de verla.

PABLO
Nela… ¿dónde estás Nela?

MARIANELA
Estoy aquí…, señorito mío…

Pablo enamorado y ciego, busca a la Nela tanteando el camino. Cuando llega a ella la acaricia las manos y el óvalo de la cara.

PABLO
Nela… Nelilla… qué dos días sin estar contigo he pasado. No he dormido pensando en ti… No he podido dormir ni un solo instante.
No puedo conciliar el sueño si tú no estás conmigo.

MARIANELA
¿Te gustaría dormir, señorito mío, mientras yo te guardo?

PABLO
Sí, llévame contigo.

Marianela tiene una mirada cada vez más de loca. Una mirada enfebrecida de no dormir, de sufrimiento, de angustia, de una extraña y dulce alucinación. Se lleva de la mano a Pablo, sin dejar de mirarlo.

65. La Trascava. Ext. día

En la piedra que da entrada a la Trascava está sentada Nela. Sobre su regazo duerme Pablo como si hace siglos que esperara la llegada de ese sueño. De la Trascava sale la voz de María Canela.

MARÍA CANELA *(off)*
«Nela, hija mía: ven conmigo. ¿No sabes que sólo aquí se vive sin penas?»

Marianela con los ojos arrasados en lágrimas dice que sí con la cabeza. La voz de María Canela vuelve a plañir dulcemente.

MARÍA CANELA *(off)*
«Entonces, ven, hija mía, Nela, Nenilla, ven…»

Marianela mira con la mirada de los suicidas la boca de la cueva.

MARÍA CANELA *(off)*
«Hija mía, qué bien se está aquí… venid los dos… venid.»

Entonces, Marianela reacciona al pensar que Pablo puede morirse y, abrazando la cabeza del ciego, dice que no, que no, mientras aprieta contra su pecho la cabeza de Pablo.

66. Cuadra de las mulas. Int. noche

Las sesenta mulas, de rodillas, con sus bozaleras puestas, mirando sin ver, comen su pienso a ritmo. Se oye el runrún de la trituración de la cebada. Del comedor del señor Centeno llega hasta la cuadra el eco de la familia rezando el rosario. En medio de la cuadra, con los brazos en cruz, está Marianela hablando con la Virgen.

MARIANELA
Señora y Madre mía: yo sé que tú eres la única que puedes consolarme.
Siendo dentro de mí, una cosa celestial, una cara, una sonrisa que no
pueden ser otra cosa que la tuya, Divina Virgen María.
¿Será verdad que hoy vas
a consolarme? Yo siento que estás muy cerca de mí.

Las mulas comiendo su pienso. Se oye en el comedor del señor Centeno el rezo del Rosario. Marianela arrodillada, en éxtasis, sigue en mitad de la cuadra de las mulas ciegas.

67. Desván en casa del señor Centeno. Int. día ANULADA

A la mañana siguiente Marianela abre las cestas. Sale sonriente como si saliera de un dulce sueño. Se queda de rodillas en la cama, en las cestas, y sonríe. Celipín ya se ha ido al trabajo.

MARIANELA
Anoche te me has aparecido en sueños, Señora, y todavía me parece
que te estoy mirando, y que tengo delante tu cara más linda que todas
las cosas guapas y hermosas que hay en el mundo.

En este momento suena en el desván la voz de la Señana, que con la escoba en la mano le dice a Marianela:

LA SEÑANA
¿Estás viendo visiones o qué, marmota?

Marianela con sonrisa de beatitud mira sin ver a la Señana.

LA SEÑANA
¿Por qué pones esa cara de estampa, pánfila?

Marianela sigue sonriendo sin dejar de estar en la postura que estaba: de rodillas como si la hubieran clavado el dardo de luz de Santa Teresa.

LA SEÑANA
Ah! ¿Hoy por la mañana no sale el señorito Pablo? Está de cura…
Contesta… Vamos, vete de aquí que tengo que hacer, ¡estorbo!...
o te echo a escobazos…

Marianela sin dejar de sonreír sale de las cestas y se va a la calle.

LA SEÑANA
¿Estará trastornada esta muchacha?

68. Valles de Socartes. Ext. día

Marianela por el campo, va sola. Es una mañana maravillosa. Nela sigue su soliloquio.

MARIANELA
¿Irá a temblar la tierra?

Marianela se arrodilla en el campo lleno de flores y tienta con sus manos la tierra.

MARIANELA

No sé… Pero algo va a pasar… La Virgen me dijo anoche que hoy me consolaría. ¿Qué es lo que tengo? ¡La esperanza de que ella llegue y todas mis tristezas desaparezcan! Esa Señora celestial anda alrededor de mí. No la veo, pero la siento, está delante, está detrás.

69. BOSQUE. Ext. día

Marianela entra en un lugar de una belleza impresionante. Es uno de esos lugares donde uno piensa que algo tiene que aparecer. Algo sobrenatural.

MARIANELA

Yo tengo los ángeles en el cuerpo. Virgen mía, tú estás conmigo. Esto que siento yo hoy son las carcajadas de tus ángeles que juegan dentro de mí. Todas mis tristezas van a desaparecer con tu llegada. Tú no estás lejos, te veo y no te veo, como cuando vemos con los ojos cerrados.

De pronto, la Nela se arrodilla de golpe con los brazos en cruz. Siente una música que le inunda el corazón. La Nela siente que las ramas se agitan a su derecha. Mira… Cielos divinos. Allí están dentro de un marco de verdura, la Virgen María Inmaculada, con su propia cara y sus propios ojos que al mirar reflejan toda la hermosura del Cielo. La Nela no puede dar un paso, ni levantarse, ni gritar, ni moverse, ni respirar. Allí está la Virgen María que tantos pintores habían presentado. Durero, Zurbarán, Rafael, Van Dyck, Murillo… La Nela mira a la Virgen y la Virgen le habla.

FLORENTINA

¿Quién eres tú, muchacha?

MARIANELA

Soy la Nela, Señora.

FLORENTINA

¿La Nela, que hace de lazarillo al pobre Pablo?

MARIANELA

Ésa soy, Señora.

Entonces la Nela ve con sorpresa que la Virgen coge moras de zarza y se las come. ¡La Virgen come moras de zarza! De pronto se oye la voz de un hombre.

D. MANUEL *(off)*
Florentina… Florentina…

FLORENTINA
Ven, papá, ven, está aquí la Nela, el lazarillo de mi primo Pablo.

Y Florentina sigue comiendo moras y mira a la Nela. La Nela no se levanta de rodillas delante de la Virgen que le va a ahuyentar y consolar todas sus tristezas.

70. BOSQUE. Ext. día

Pablo, sonriente, rodeado de madreselvas y moras florecidas, está en el mismo lugar donde se le apareció la Virgen a Nela.

Pablo tiene la boca abierta y una mano femenina le va dando de comer, una a una, moras de zarza.

FLORENTINA
¿Te gustan las moras, primo mío?

PABLO
Prima mía, me gustan las moras.

FLORENTINA
Primo, te hago una apuesta.

PABLO
Y yo la acepto, prima.

FLORENTINA
A ver quién se cansa antes: si yo de darte moras o tú de comerlas.

Pablo ríe con la boca llena de moras y Florentina ríe con la prisa de dárselas. Entonces vemos a la Nela que mira un poco alejada a Pablo y a Florentina. La Nela los mira con la terrible decepción de alguien a quien arrastra el mar y ya no tiene más fuerzas para luchar contra el oleaje. Mientras vemos el rostro de la Nela, oímos su voz que dice:

MARIANELA *(off)*
«Señora y Madre mía: ayer te me apareciste en sueños y me prometiste
que hoy me consolarías»…

71. Bosque de Saldeoro. Ext. día

En el bosque de Saldeoro, donde tantas veces han estado llenos de felicidad Pablo y Marianela, están ahora acompañados por Florentina. Florentina está sentada y tiene sobre su regazo la cabeza de Pablo. Un poco lejos de ella, como un perro fiel, está la Nela.

FLORENTINA
¿Por qué esta bendita Nela no tiene un traje mejor? Yo le voy a dar varios de los míos y entre ellos uno nuevo… Es cosa que no comprendo que uno tenga tan poco y otros tanto… Papá me enfada cuando dice palabrotas contra los que quieren que se repartan las cosas… ¿Cómo se llaman esos tipos?

PABLO
Ésos serán los socialistas, los comunistas…

FLORENTINA
Ésa es mi gente… Mira tu huerfanita, y tú, Pablo, oídme bien: yo quiero socorrer a la Nela. ¿No dices tú que ella ha sido tu mejor compañera, tu lazarillo, tu guía en las tinieblas? Pues la Nela me pertenece. La Nela vivirá con nosotros, conmigo aprenderá a leer, a rezar, coser, guisar… Papá me dijo anoche: Florentina, quizás dentro de poco, yo no mandaré en ti, obedecerás a otro dueño… Sí es así, la Nela se quedará con nosotros. Como has estado tanto tiempo desamparada tal vez no sepas ni agradecer, pero yo te lo he de enseñar…

La Nela oye a Florentina, pero no la oye, sólo oye su voz, pero no entiende sus palabras, porque ella sólo mira la mano de Florentina que mientras habla acaricia el pelo de Pablo.

FLORENTINA
¡Oh! qué mariposa… Voy a atraparla. ¿Sabes que hago colección de mariposa disecadas?… No te vayas mariposa. Se escapó.

Y Florentina sigue a la mariposa dejando solos a Pablo y la Nela.

PABLO
¿Sabes una cosa, Nela? Anoche sentí antipatía por ella… Hoy su bondad, me dice que mi prima tiene que ser algo bonita.

MARIANELA

Si existieran los ángeles, serían así. Si hubiera cielo, de allí bajaría.
Si la Virgen fuera verdad, sería como ella.

PABLO

No puede ser tan hermosa como dices… ¿Crees que yo, sin ojos,
no comprendo dónde está la hermosura y dónde no?

MARIANELA

No, no, no puedes comprenderlo…

PABLO

Sí puedo… sí puedo… Los ojos no son más que un engaño…
¿Puedes dejar tú de ser para mí el más hermoso, el más amado de todos los seres
de la Tierra? ¿Puedes tú cambiar para mí sólo porque mis ojos te vean?
¿Cómo es el semblante humano, Dios mío? ¿De qué modo se retrata
el alma en las caras?

Marianela llora a lágrima viva, dulcemente, desesperadamente. Pablo recorre con sus dedos el rostro amortajado en lágrimas de Marianela.

PABLO

Ya sé por qué lloras, Nela. Sí, mi padre me ha dicho anoche que, si recobro la vista,
me casaré con Florentina. Pero no será así. Para mí no hay más
mujer que tú en el mundo. Cuando mis ojos vean, si ven, no habrá
para ellos otra hermosura que la tuya, todo lo demás serán sombras
y cosas lejanas que no figurarán mi atención.

Pablo nota que la Nela no reacciona a sus palabras, que su rostro está muerto a su tacto y a su declaración de amor.

PABLO

¿No te alegras, Nela? ¡No me crees!...

La Nela le besa las manos al ciego, no porque le crea, sino por no hacer sufrir a Pablo.

MARIANELA

Sí te creo, señorito mío, sí te creo…

PABLO

Nela, hoy es el último día que salgo de casa antes de la operación. Pasado mañana es el día de la gran prueba… Ojalá quiera Dios que pronto pueda verte, para demostrarte todo lo que estoy diciendo, y no vuelvas a dudar de mí.

MARIANELA

Yo no dudo, niño mío… Yo te creo… Yo te creo… Yo sé que para ti no hay ni habrá otra mujer que la Nela… Lo sé, niño mío, lo sé…

Y la Nela acaricia el rostro de Pablo queriéndole quitar de su pensamiento la duda de que ella no lo cree. En este momento llega Florentina con su cara de Virgen. Lleva un alfiler de cabeza de color rojo, con el que ha atravesado el cuerpo de la mariposa que perseguía.

FLORENTINA

La cacé.

Y los tres se miran, aunque Pablo no las vea. La pobre mariposa aletea en su agonía traspasado su cuerpo con el alfiler. Las alas se van apagando poco a poco. Cesan de moverse. La mariposa ha muerto en la mano de Florentina.

72. Vista de Socartes – Aldeacorba – Minas y montes. Ext. día

Es la tarde en que el doctor Golfín opera a Pablo. El cielo es como un balón inmenso de color plomizo. Llueve, llueve, llueve sobre los montes, las minas, Socartes y Aldeacorba. Llueve como el día que el patriarca Noé se metió en el arca con su familia y dijo: «Vamos a quedarnos aquí hasta que escampe».

73. Casa de Pablo. Int. día

Sobre una gran mesa, a la que han puesto un colchón tapado con una blanca sábana, está Pablo tumbado y tapado hasta el cuello con otra sábana blanca. La habitación donde opera el doctor Golfín es todo un espectáculo. Como la tarde se ha vuelto noche por lo plomizo del cielo, toda la habitación está llena de quinqués. Hay cerca de la cabeza de Pablo dos de esos quinqués que tiene delante unos gruesos cristales que mandan la luz multiplicada en su intensidad a los ojos del ciego. El agua cae por los cristales de las ventanas de la habitación como si cayera una gran canalera por cada cristal. El doctor Golfín maneja los instrumentos de cirugía con pericia mientras habla consigo mismo.

GOLFÍN

Contractilidad de la pupila. Retina sensible… Bien, veamos, pues, la córnea.

Don Carlos Golfín, el ingeniero, ayuda a su hermano en la operación. En la habitación están sólo los dos hermanos.

74. Sala baja en casa de Pablo. Int. día

En la sala baja de la casa están don Francisco, don Manuel, Florentina y doña Gerarda. Estarán con cara de circunstancia esperando el resultado de la operación. Doña Gerarda suspira con mucho ringorrango. Entra Dorotea, la vieja criada y pone delante de ellos tazas de chocolate, café y leche, todo muy humeante. Y también una hermosa bandeja con pastas caseras. Con cara de pena por parte de los hombres, lagrimitas de Florentina y suspiro de doña Gerarda, se ponen a comer. Comen con pena y en silencio, pero no queda chocolate, ni leche ni pastas en un santiamén. El contraste entre lo que comen y la cara de pena es una sutil ironía.

75. Exteriores de la casa de Pablo. Ext. día

El aspecto de la casa de Pablo desde el exterior da la sensación de que va a ir hundiéndose poco a poco bajo el peso de aquel diluvio que cae, manso, pero con una tenacidad implacable. Cerca de la casa, entre unas matas cercanas, dos seres acechan. Uno con el corazón inquieto: es Marianela; el otro gruñe inquieto: Choto el perro de Pablo. La Nela y Choto están abrazados. Bueno: Nela se abraza a Choto. El agua cae sobre ellos como si quisiera borrarlos de la faz de la tierra. Mientras la Nela aprieta a Choto contra sí, le habla con el alma.

MARIANELA

¿Qué pasará, Choto?

Cuando Marianela mira a la ventana donde estalla contra la lluvia la luz de los quinqués, de tanta agua como cae, ciega los ojos de ella y de Choto.

76. Casa Pablo. Int. día

Mientras tanto la operación sigue. El doctor Golfín para un segundo. Se adivina que ha llegado el momento de penetrar en el sagrado recinto o palacio oculto tras el cristalino.

GOLFÍN
«Adelante, Golfín…» Adelante, rasguemos el cristalino.

Y el doctor Golfín abre el cristalino con el bisturí. Observa, palpa el interior… Toca con la punta del bisturí un lugar sensible… Sonríe…

GOLFÍN
«Estado pigmentario»… Nervios llenos de vida… ¡Enhorabuena Golfín!
Y el doctor trabaja con una sonrisa y una destreza que denotan el mayor optimismo.

77. Exterior casa Pablo. Ext. noche

Es ya de noche. Fuera de la casa sigue lloviendo cada vez más. Marianela y Choto siguen allí, empapados, ateridos, abrazados, tiritando de frío… Llueve sobre ellos llueve, llueve…

MARIANELA
Silencio, Choto, ya salen…

En la puerta aparecen el doctor Golfín, doña Gerarda y don Carlos. Les acompaña el padre de Pablo.

DON FRANCISCO
¿Es cierto, doctor Golfín?

GOLFÍN
Ojalá no me equivoque. «Su hijo verá.»

Don Francisco Penaguillas se abraza a todos. Uno por uno. Pero sobre todo al doctor Golfín.

GOLFÍN
Y ahora, la más absoluta incomunicación. Que nadie entre en su habitación sino usted… Mañana temprano estaré aquí…

DON CARLOS
¡Qué triunfo, Gerarda, qué triunfo!

GERARDA

Y yo me pregunto: ¿Quién hay después de Dios? Y es lo que yo digo:
después de Dios, mi hermano Teodoro.

El padre de Pablo entra a la casa. Don Carlos, Gerarda y el doctor Golfín se dirigen hacia Socartes. La tormenta arrecia y casi les impide andar. Cuando ya han desaparecido, vemos que Marianela está al fondo de rodillas. Llena de alegría se dirige hacia Choto.

MARIANELA

Choto… qué alegría… ¡Choto! ¡Abrázame!... ¡ABRÁZAME!

Choto, intenta, pero no sabe el pobre animal abrazar a la Nela. Después miran hacia la ventana donde está Pablo. El agua les ciega. Pero ellos siguen mirando, felices, a la ventana. De pronto, por la ventana encendida, pasa una sombra: es Florentina que está ya con Pablo. Pero Nela y Choto no dejan de mirar la ventana en mitad del diluvio.

78. Desván en casa del señor Centeno. Int. noche

Las dos cestas cerradas donde duerme Marianela tiemblan como un cascabel. Se oye dentro el temblor y el castañeteo de dientes de Marianela, que después de pasarse dos horas calándose hasta los huesos, sufre una tiritona que hace que los dos cestas se muevan con aire tragicómico. Las cestas se abren y aparece la Nela que es la viva imagen de un gorrión azotado por el granizo y la lluvia. Todavía lleva el cabello empapado y las ropas chorreando, Marianela tiembla y castañetea los dientes de una manera tremenda. Casi no puede hablar.

MARIANELA

¿Celipín?... Me … estoy… muriendo de frío… Celipín.

Pero el niño no ha subido a dormir y no puede arroparla. Es tanto el frío que tiene la Nela, que ni puede moverse. Mira las mantas de Celipín con codicia, pero no tiene fuerzas para bajarse de su cama. Marianela se encoge sobre sí misma. Luego, con ella dentro, las dos cestas siguen temblando tragicómicamente.

79. Desván en casa del señor Centeno. Int. día

La mano dura y deformada por el trabajo de la Señana golpea brutalmente las dos cestas donde duerme la Nela. Las cestas tiemblan como si las azotara un vendaval.

La Señana

Vamos, holgazana, que ya han pasado las burras de la leche. Arriba.

Las cestas se abren y aparece la Nela tapada con todas las mantas de Celipín. Se ve que ha sudado hasta la deshidratación y que está pasando las primeras fiebres de una pulmonía doble.

Marianela mira a la Señana con el terror que tienen en los ojos los niños indefensos que saben que los van a apelar.

La Señana

Vamos, que ya va a ser mediodía. Como hoy no vas de zascandileo con el ciego, se te han pegado las sábanas. Toma, vete a las cantinas y traeme tres cuartillos de tinto para Centeno. Vamos, muévete, que ya va a dar el mediodía…

La Señana le da una botella de vino vacía a Marianela. Nela enfebrecida, respirando mal, se levanta dando un rodeo para que la Señana no la pegue un guantazo y sale con la botella del desván.

80. Cuadra de las mulas. Int. día

La cuadra de las mulas está vacía. Todos los animales están en el trabajo, en la mina. Marianela está como embobada, medio por la fiebre, medio por su angustiosa inquietud. Está de pie hablando con la botella en la mano, como si les hablase a las ausentes mulas.

Marianela

¿Pero yo estoy alegre o estoy triste? ¿Quién es la Nela? Nadie. La Nela sólo es algo para el ciego. Él es el único para quien la Nela no es menos que los gatos y los perros. Me quiere como quieren los novios a las novias, como se quiere a las personas. Si sus ojos nacen ahora y los vuelve hacia mí y me ve, me caigo muerta.

En este momento se oye la voz gritona y desabrida de la Señana al mismo tiempo, que por detrás, le da con la mano abierta a la Nela en la cabeza.

La Señana

¡Mala centella te coma!... ¡Vete a por el vino, condenada!

Marianela sale tapándose la cabeza con las manos mientras huye.

81. Camino de Socartes delante de la taberna. Ext. día

Con los ojos enfebrecidos, la botella vacía, sentada en mitad del camino de la cantina de Socartes con las piernas en carramanchadas en el suelo, como si pasara un ataque momentáneo de hipnosis, Marianela sigue con su angustioso soliloquio olvidada del mundo inhóspito que la rodea, de las gentes que, asombradas de verla así, pasan a su alrededor camino de sus casas a comer.

MARIANELA

¿Siento yo que recobre la vista? No, eso no, eso no. Daré mis ojos porque él vea con los suyos. Lo que no quiero es que Pablo me vea, no.
Antes me enterraré viva, que se trague la tierra mi fealdad.

Y la Nela se queda en mitad del camino como hipnotizada sin ver que las gentes hacen gestos de que la Nela está chiflada y que se ríen de ella encogiendo los hombros como cosa que no tiene remedio.

82. Desván en casa del señor Centeno. Int. noche

Cada vez más enfebrecida por su pulmonía, la Nela está dentro de su cama, ovillada, llena de ternura, hablando imaginariamente con Pablo, a pesar de su fiebre y de sus escalofríos.

MARIANELA

«Ay»… cuánto te quiero, niño de mi alma.
Quiere mucho a la Nela, a la pobre Nela, que no es nada. Quiéreme mucho. Déjame darte un beso en tu preciosísima cabeza… Pero no abras los ojos,
no me mires. Ciérralos, así, así…»

La Nela cierra la cesta de arriba. Las dos cestas siguen temblando. Sólo se oye el castañear de los dientes de Marianela confundidos con el rumor lejano del rosario que rezan abajo, en casa del señor Centeno.

83. Desván en casa del señor Centeno. Int. día

La Señana está con la señorita Florentina en el desván de Nela. Las cestas de Nela están cerradas.

La Señana
Mire usted: Todavía está durmiendo esta marmota. Abre, muchacha que ya llevas ahí cinco días. Ya es hora de que salgas.

Florentina
Nela… hermana mía.

La cesta de Nela se abre y aparece ésta en un estado lamentable, demacrada, pálida, con ojeras. Se ve que de la mojadura ha pasado una pulmonía cruenta y que se la ha curado como los animales: a puro sudar dentro de aquel claustro materno que son las cestas. La Nela respira con fatiga, como los niños que tienen disnea. Con los ojos allá adentro de las orbitas mira a la Señana y a Florentina. Ella, como Pablo, no ve tampoco las cosas bien. Sólo las siluetas de la Señana y la de Florentina.

Florentina
¿Estás mala? Nela: hermana mía.

La Señana
¡Vamos, contesta! Encima que te habla la señorita. ¿Qué esperas, marmota?

Florentina
Nela: ¿quieres que vaya a buscar un médico?

La Señana
¡Que se va usted a molestar señorita! No haga usted eso… ¡es que ella es así… Ahora le doy de comer y tan pimpante.

Florentina lleva una percha cubierta con periódicos y los rompe. Debajo aparece un hermoso vestido blanco. Florentina cuelga el vestido frente a Nela. Y luego deposita debajo una caja de zapatos. Luego se sienta y habla de cerca a Nela con ternura.

Florentina
Nela, hermana mía. ¿No sabes que mi primo ya no es ciego?

En cuanto a Nela le hablan de Pablo le vuelve la luz a los ojos.

Marianela
Ya lo sé.

La Señana
Lo ve usted como en cuanto quiere se espabila…

FLORENTINA

¿No sabes que Pablo no hace más que preguntar por su Nela? Hoy es preciso que estés allí cuando el doctor le quite la venda. Hoy es la primera vez que nos va a ver… tú subirás… Pablo desea verte.

La Señana abre unos ojos como un besugo y dice santiguándose.

LA SEÑANA

¡Qué vestido, Rediós me valga y el señor me perdone!

Florentina empieza a acariciar a Marianela y la dice:

FLORENTINA

Yo he hecho a la Virgen una promesa sagrada: he prometido que si volvía la vista a mi primo, yo recogería al pobre más pobre y lo sentaría a la mesa, lo vestiría como nosotros y dormiría en una cama como yo, toda la vida.
Ya he escogido mi pobre, Nela: mi pobre eres tú. Yo lo ofrezco todo por la felicidad de Pablo. Él te espera. Él no puede vivir sin ti, Nela.
Ponte ese vestido y sube a verle, Nela, hermana mía. ¿Subirás?

MARIANELA

Yo subiré, señorita.

Florentina se abraza a Nela como una santa a un leproso. Marianela se abraza a Florentina como a un ser que quiere odiar y no puede. La Señana con los ojos desorbitados sólo hace que mirar el vestido blanco, maravilloso, que es de la Nela.

84. Mina de Cinc. Int. día

Celipín, que va tirando de una vagoneta de tierra como si fuera una mula, se para de golpe. Va con una cuerda en la frente de la que tira de la vagoneta y, por lo tanto, sólo ve el suelo mientras arrastra la carga. Y en el rojo suelo de la mina, delante de él, aparecen dos zapatos blancos, nuevos, de charol, como los que se usan en las comuniones. Celipín, asombrado, sigue la vista hacia arriba. Hacia arriba, se ven unas medias blancas, nuevas. Los bajos de un vestido blanco lujoso, lleno de encajes. Dentro del vestido, la Nela.

CELIPÍN

Ave María Purísima… Nela.

Nela sonríe pálida dentro de aquel vestido blanco como una santita de mal color llena de fiebre y beatitud.

CELIPÍN
¿A dónde vas así, Nela?

MARIANELA
¿Estoy bonita, Celipín?

Celipín se lo piensa un poco y miente a Nela con una mentira piadosa.

CELIPÍN
Como una novia guapa. Te lo juro, Nela.

MARIANELA
Voy a ver al señorito Pablo.

85. Minas de Socartes. Ext. día

Marianela vestida de blanco pasa por delante de los hornos de calcinación. Éstos paralizan su trabajo y salen todos a la puerta a verla. Todos sonríen llenos de sorpresa infantil. Y le dicen cosas a la Nela sin ninguna maldad, sino porque la gente del pueblo si no habla sinceramente revienta.

HOMBRES DEL HORNO
Hoy te nos casas. ¿Dónde vas tan guapa? ¿Vas de boda o comunión, María Canela?

Marianela sonríe a todos llena de felicidad y ruborizándose de los piropos que le dicen y de lo guapa que ella sabe que está. Marianela pasa por el alto de la máquina de lavado al aire libre. Las mujeres, como figuras de barro crudo, paran su trabajo también para ver al Nela. Pero aquí ni son piropos lo que se oye al verla, aquí se organiza un verdadero jolgorio.

UNA MUJER
Coño. Mirar muyeres… o yo estoy muerta o ésa es la hija de la Canela…

OTRA MUJER
¿Dónde vas tan guapa, Nela? Espera un poco mujer…

OTRA MUJER
Párate un poco. ¿O es que te espera el príncipe de Asturias?

OTRA MUJER
Date un poco la vuelta que te veamos.

OTRA MUJER
Mal rayo me parta, lo que se han de comer los gusanos
que lo vean los cristianos.

Marianela se da la vuelta con su vestido lleno de orgullo y rubor. De pronto las mujeres empiezan a cantar y bailar el perlindigo: un baile que se mueve mucho el cuerpo.

MUJERES
Con el perlindingo
con el perlindingo
con el perlindingo
con el perlindingo
que yo me arremango.

Las mujeres bailan y la Nela en lo alto del monte de Calamina roja baila y da vueltas torpemente con su vestido blanco, como esas niñas de primera comunión vergonzosas que sus madres las hacen bailar a la fuerza.

86. La Trascava. Ext. día

Sobre la piedra blanca rodeada de musgo, pórtico de entrada al infierno de la Trascava, están los zapatos blancos manchados de rojo por el polvo de calamina, de la Nela. Los zapatos giran despaciosos y de puntillas sobre la piedra. Luego vemos que la Nela sonriente cogiéndose con las manos la falda del vestido blanco, como una grotesca bailarina de Degas, gira. Marianela se para frente a la embocadura de la mina y espera que María Canela su madre la hable.

MARÍA CANELA *(off)*
Nela, hija mía, Nela: ¡qué guapa estás!

Marianela pálida, emocionada y feliz escucha la voz de su madre y agacha la cabeza ruborizada como una novia.

87. Camino del monte. Ext. día

La Nela con su vestido blanco, corre y corre por el camino del monte, camino de Aldeacorba, camino de casa de Pablo. La Nela, llevada de su alegría, canta, grita, salta, da vueltas, corre y corre, hacia Pablo.

88. Sala baja de casa de Pablo. Int. día

Como contraste brusco a la alegría vital de la Nela, en casa de Pablo esperan su salida amigos y familiares, llenos de interés, silencio y compostura. Van todos vestidos de fiesta, don Francisco, el padre, don Manuel, el padre de Florentina, don Carlos Golfín, el ingeniero, doña Gerarda, su mujer, Dorotea, la vieja criada, Choto el perro, y Lili, la perra de doña Gerarda vestida con una manta nueva y bordada. También está Florentina guapísima y con un vestido blanco y bordado. Todos miran en silencio la puerta por donde ha de aparecer Pablo.

89. Casa de Pablo. Ext. día

Marianela llega corriendo con su vestido blanco hasta la puerta de casa de Pablo. Marianela quiere entrar y no puede. No se atreve. Titubea. Se retira de la puerta. Y mira por una ventana. Ve a todos vestidos de fiesta, en llamamos el ser humano.

PABLO
¿Dónde está usted, doctor?

GOLFÍN
Yo estoy detrás de ti, hijo. No quiero ser yo la primera persona que usted vea. Para ver cosas como yo casi no merecía la pena devolverle los ojos.
Hay afuera le espera un ser por lo cual si merece la pena abrir los ojos.

PABLO
¿Está la Nela, verdad, doctor? ¡Está la Nela!...
Golfín no iba a nombrar a la Nela y no sabe que contestar.

90. ...

91. Sala baja en casa de Pablo. Int. día

Por la puerta que todos miraban aparece Pablo y el doctor Golfín. Pablo lleva los ojos cerrados. El doctor le toca los hombros. Pablo abre los ojos lentamente. Pablo mira a todos. Pero su vista queda fija en alguien: en Florentina. Pablo se dirige admirado hacia ella.

PABLO

Nela… Nela… ¡Marianela!

Florentina quiere hablar, pero Pablo no la deja.

PABLO

Calla: no me digas nada. Es la imaginación lo que nos engaña y no los ojos. Los ojos dicen la verdad: que tú eres todavía más hermosa de lo que yo creía en mis tinieblas… ¡Nela! … ¡Marianela!!

92. Afueras de casa Pablo. Ext. día

Marianela se retira de la ventana de la casa de Pablo como si hubiera recibido una puñalada. Físicamente hasta lo parece. Marianela camina hacia atrás, encogida, mirando con horror la casa de Pablo. Así, hacia atrás, camina un buen rato. Luego, se vuelve y mira la casa de Pablo con rencor. Está con la cabeza vuelta hacia su espalda y mirando la casa de Pablo.

MARIANELA

No volveré más a esa casa. Ya acabó todo para mí, ahora: ¿de qué sirvo yo?

Marianela se vuelve y ve ella la suciedad de las minas de Socartes. De pronto, Marianela pega un grito llamando al niño Celipín, que es lo último que le queda.

MARIANELA

Celipín… Celipín…

Y sale corriendo con su vestido blanco y sus pies rojos hacia las minas de Socartes.

93. Mina de Cinc. Int. día

Celipín, que viene tirando con la frente de la cuerda que arrastra una vagoneta, se para de nuevo porque tiene delante de él a la Nela. La Nela se conoce que se ha caído

en su carrera por el montón de calamina, porque ya no lleva sólo los zapatos rojos, sino también manchado ligeramente de polvo el vestido. La Nela no llora ni está triste. Su cara de niña inocente tiene un rictus de mujer encorajinada.

CELIPÍN
Nela, ¿qué te pasa?

MARIANELA
Celipín, llévame de Socartes, quiero irme contigo.

CELIPÍN
Así me gusta, Nela. Me voy que viene el capataz. A la noche hablamos.

Celipín tira de la vagoneta por miedo al capataz. Pero la Nela está desconocida, siempre tan temerosa, ahora no tiene miedo y se queda. El capataz pasa y la mira. Ella se yergue y sostiene la mirada del capataz.

94. Talud de tierra. Ext. día

Una mujer de las que trabajan en el lavado viene hacia un rincón detrás de un montón de tierra. Es donde las mujeres van a hacer sus necesidades. La mujer se vuelve de espaldas y finge como que hace pis, de pie, ahuecándose la falda, y es a beber. Saca del escote un frasco plano de aguardiente y se pega un trago. Cuando termina y se da la vuelta se pega un susto: allí, mirándola, está la Nela.

LA MUJER
Ay, qué susto, endemoniada. Creí que era el capataz. ¿Qué miras?
¿Quieres un trago? Haz como que meas, chacha.

La mujer la da el frasco a Marianela y disimulando se vuelven las dos de espaldas a donde no las puedan ver. La Nela con rabia empina el frasco de aguardiente y bebe con voracidad, con rabia.

LA MUJER
Chia… muchacha… Pero, oye…

La Nela ha apurado todo el frasco. Se lo da a la mujer.

LA MUJER
¿A mí que me das?... Tíralo.

Las dos hacen como que se sacuden las sayas. La mujer se va hacia la máquina del lavado y la Nela se mete dentro de la mina.

95. Mina de Cinc. Int. día

En la mina, un minero está bebiendo de una gran botella en un lugar apartado. Cuando termina, allí está la Nela.

MARIANELA
¿Me das?

MINERO
Bebe de prisa.

La Nela bebe como una condenada. El minero saca un trozo de cebolla cruda y se la come.

MINERO
Más huele la cebolla que el orujo… Y comer cebolla no está penado…
muchacha, que te encanas…

La Nela le devuelve la botella vacía al minero. El minero mira la botella. La Nela se va dando ligeros traspiés.

MINERO
Bendita sea la rama que al tronco sale, hija de la Canela.

96. Cantina de Socartes. Int. día

Ya ha terminado la faena en la mina. Y los hombres están en la taberna. Todavía es de día. La Nela está bebiendo delante de los mineros a morro en una botella. Cuando termina, los mineros se quedan boquiabiertos.

UN MINERO
Bueno, y ahora le das de mi parte una botella de orujo a la Canela,
y seguimos la partida de mus…

Los mineros ríen… Vuelven a las cartas que habían dejado y el tabernero le da la botella a la Nela. La Nela sale de la taberna abrazando la botella.

97. Minas de Socartes. Ext. día

La Nela va con la botella abrazada por un terreno, por un talud de tierra roja. Va completamente bebida. Al llegar al borde del talud se deja caer de culo en la tierra y baja por toda la tierra roja, dando volteretas y rebozándose en polvo rojo.

98. Valle de los lagos. Ext. noche

La Nela está completamente borracha en el Valle de los Lagos. Hay luna clara. La Nela se mira en uno de los lagos de agua endurecida como un espejo. Su rostro terrible por la fealdad, el coraje y el alcohol se refleja en el agua.

MARIANELA
Pablo, nunca sabrás como soy. Nunca.

Y la Nela se queda sonriendo frente a su imagen segura de que va a cumplir lo que dice.

99. Casa del señor Centeno. Int. noche. ANULADA

En casa del señor Centeno es de noche y como siempre después de cenar se reza el rosario entre bostezos y bostezos de las hijas y restregón y restregón de ojos con los puños. Suena el runruneo del rosario llevado por el señor Centeno. La Señana con los brazos cruzados sobre las ubres.

LA SEÑANA
¿Cuántos días lleva con la borrachera por esos mundos de Dios, esa desgraciada?

TANASIO
Tres días.

LAS HIJAS
Con sus tres noches.

LA SEÑANA
Al fin le salió. Lo llevaba en la sangre, como su madre.

SEÑOR CENTENO
Mater Inmaculada.

TODOS
Ora pro nobis.

Lo han dicho todo como si siguieran rezando el rosario. Tanto lo que es del rosario como lo que han hablado de la Nela. Y sin pestañear todos siguen con el *ora pro nobis* que acompaña las letanías que reza el señor Centeno.

100. Minas de Socartes. Ext. día

El sol ha salido sobre Socartes más rojo que nunca. Todo Socartes es rojo sobre rojo. Rojo del sol sobre las casas rojas, sobre la calamina roja. Tocan la campana que llaman al trabajo. De las chozas, de las casuchas, de los agujeros, teñidos por el sol rojo salen los hombres rojos, las mujeres rojas, los niños rojos y las mulas rojas.

Va a comenzar el trabajo en las rojas minas de Socartes. Cuando cesa la campana y las gentes van a poner las manos sobre el tajo, del fondo solitario y negro de la mina sale una voz ronca de borracha que paraliza a todos. Es la voz de la Nela completamente borracha que sale del agujero negro de las minas. Ahora, como antes su madre, la Nela es la más roja de color de todos los que trabajan en las minas. La Nela con su botella de orujo vacía se pone en el mismo sitio donde un día la Canela llevaba a la Nela en brazos: sobre el montón de tierra roja que da a la máquina de lavado. La Nela canta y baila la misma canción que cantaba su madre.

LA NELA
Pobres muyeres mineras.
Pobres mineras muyeras
aguardando por las noches
que sus maridos vinieren.

Unos venían borrachos,
otros venían alegres,
otros decían: «Muchachos
vamos a matar las muyeres.»

Después que hubieran cenado
y pegado a las muyeres
salieron dando un portazo
y mascullando entre dientes:

«Ahora a dormirla a otra cama
que espéranos ya caliente
con una muyer soltera
fresca, guapa y sonriente».

La Nela se tambalea sobre el montón de tierra roja. La máquina del lavado comienza a funcionar. La Nela no se sabe si es que se tambalea por la borrachera o es que se quiere tirar. Cuando la vemos a punto de caerse una mano la sujeta: es la de Celipín. El niño la abraza y la saca de allí.

CELIPÍN
Vamos a casa, Nela.

MARIANELA
Celipín: ¿me llevarás contigo?

CELIPÍN
Sí. Esperándote estaba. Nos iremos.

MARIANELA
¿Cuándo?

CELIPÍN
Esta noche.
Y se lleva a la Nela hacia su casa, mientras la Nela lo abraza y siguen cantando.

101. Afueras casa señor Centeno.	Ext. día	ANULADA

Celipín, porque no vea su madre a la Nela, la lleva por detrás de la casa. Pegada a la pared, hasta un ventanuco del desván, hay una escalera larguísima de esas de cruz, de corral.

CELIPÍN
Por esta escalera, nos escaparemos esta noche, Nela. Ahora, calla,
que no nos oiga mi madre.

La Nela dice que calla poniéndose un dedo sobre los labios. Celipín sube por la escalera detrás de la Nela. La Nela está en su inconsciencia del alcohol diciendo siempre que silencio y a punto de caerse de la escalera dos o tres veces. Celipín pasa las de Caín, hasta que los dos se meten por el ventanuco del desván.

102. Desván casa señor Centeno.	Int. día.	ANULADA

Ya dentro del desván, Celipín mete a la Nela en las cestas. Apenas cae dentro de las cestas, la Nela se queda como todos los borrachos: respirando a borbotones por todos los agujeros de su cuerpo. Celipín cierra la cesta, se va al ventanuco y sale.

103. Afueras casa señor Centeno.	Ext. día	ANULADA

Celipín baja la escalera del corral, y vuelve al trabajo corriendo.

104. Desván casa señor Centeno. Int. día

La cicatriz espalda

Al atardecer de ese mismo día, Florentina abre las cestas y no puede reprimir un gesto de susto. Nela, roja con los ojos inyectados en sangre, las facciones hinchadas por el alcohol, y con una resaca brutal, es como un guiñapo, como un ser vomitado por un barco al que ha zarandeado una horrible tempestad.

FLORENTINA

Dios mío… ¿Qué te ha pasado, Nela, hermana mía, durante todos estos días?
¿Por qué no has subido a casa? Vamos, Nela, dame la mano, antes de que vuelvan
las gentes de esta casa, ¿te has olvidado de mi sagrada promesa de llevarte conmigo?
¡Ay!, todo me parece poco para demostrarle a la Madre de Dios el gran
favor que nos ha hecho.

Marianela, llevada de la mano de Florentina, sale de la cesta y se pone de pie. La pobre Nela es un guiñapo humano. Cuando está de pie, se le doblan las piernas y se cae al suelo de rodillas. Su resaca es atroz.

FLORENTINA

¡Ánimo, Nela, hermana!… Despídete de esta choza, de tu miseria
y de tu soledad. Desde ahora vivirás con Pablo y conmigo…
Nela reacciona dentro de su resaca y su desfallecimiento y retira la mano
que le tiende Florentina.

FLORENTINA
¿Qué tienes Nela? Me miras de un modo particular… Vamos,
dame esa mano…

105. Camino de Socartes a Aldeacorba. Ext. día

Florentina, llevando casi arrastrando de la mano a la Nela, suben por el camino empinado de piedras, que lleva de las minas de Socartes a Aldeacorba, donde está la casa de Pablo. El camino para Nela es el calvario, la Nela de tanto en tanto tropieza, parece que se va a caer, ladea la cabeza, se arrastra andando detrás de Florentina.

FLORENTINA
¿Sabes, Nela, que Pablo ya dice que quiero ver tal cosa, esto es bonito
aquello no me gusta? El día de la primera prueba… Qué día… Cuando comprendimos que mi primo había nacido a la luz, casi nos morimos de gozo. La primera cara que vio fue la mía. «Ay, prima qué hermosa eres.» Bendito sea Dios que me ha dado
esta luz con que ahora te siento.»

La Nela tira de la mano de Florentina y se suelta cayendo al suelo como un cuerpo que pierde súbitamente la vida. Florentina se vuelve y ve a la Nela en el suelo, mirándola de tal modo que la dice:

FLORENTINA
¿Por qué tiembla tu mano, Nela, hermana mía, estás enferma?
Te has puesto pálida y das diente con diente.

Florentina se acerca a Marianela y sacando un pañuelito de finas hierbas, sujeta la cabeza de la Nela, y la limpia la frente y el rostro amortajado con un sudor frío, luego le da la mano, la toma Nela, y siguen de nuevo el calvario de Aldeacorba arriba.

FLORENTINA
¿Sabes, Nela, que todo lo que es bello le produce a mi Pablo un entusiasmo que parece delirio? La hermosura del Cielo, lo sobrecoge de emoción
y se estremece de repugnancia al ver una rana. Todo lo que es feo le causa horror y se pone a temblar como cuando tenemos mucho miedo.

La Nela vuelve a soltarse de la mano de Florentina y esta vez una rodilla hinca en el suelo. Los ojos de Nela se quedan fijos mirando con extravío a Florentina.

FLORENTINA

¿Qué tienes? ¿Por qué me miras así?

La Nela tiene clavada la terrible mirada con fijeza en el rostro de Florentina. La Nela logra articular sus palabras:

MARIANELA

Señora: yo no la aborrezco a usted.

FLORENTINA

¿Y quién puede creer que me aborreces? Yo sé que me quieres, pero me das miedo. Levántate.

Florentina le da la mano y aún en contra de su voluntad, la Nela se la da. Siguen andando.

FLORENTINA

Yo te quiero mucho, Nela… y no soy yo sola. Pablo también te estima, lo ha dicho. Los dos te queremos mucho, porque él y yo seremos como uno solo. Desea verte. Tiene una curiosidad loca por verte…

La Nela vuelve a tirarla de la mano. La Nela ha visto allá a lo lejos la casa de Pablo. Marianela mueve la cabeza una y otra vez como una loca.

MARIANELA

Yo no puedo… no puedo…

FLORENTINA

¿Qué no puedes? Levántate por el amor de Dios.

MARIANELA

No puedo, señora, no puedo.

Florentina se dirige a Nela, pero de pronto, la Nela sorprendentemente, se retira de ella saltando como un ágil animal.

FLORENTINA

Por Dios y la Virgen… Tengo miedo de ti: Nela: ¿qué te pasa?

Marianela señala la casa de Pablo. Se hace una cruz con los dedos y dice:

MARIANELA
No puedo ir allá.

Luego, saltando de una mata a otra, como un felino se llega hasta Florentina que la ve aterrada, como si la Nela fuese la imagen del demonio. La Nela se abraza a Florentina. Luego la besa al borde del vestido. Florentina está aterrada y quiere zafarse de la Nela.

MARIANELA
Abrázame… Abrázame…

Florentina llena de repugnancia por aquel animalejo se abraza a ella más por miedo a la reacción de la Nela que por caridad o amor. La Nela se abraza a Florentina con pasión animal. Roza una y otra vez su cabeza sobre el vestido blanco de Florentina.

MARIANELA
Adiós, niño mío, Pablo, adiós…

La Nela se aparta de un salto de Florentina y con un movimiento flexible y repentino, la mujer o niña salvaje sube a un matorral cercano. La hierba parece que se aparta para hacerle paso a Nela cuando huye.

106. Casa Pablo. Ext. noche

A la noche, la casa de Pablo está encendida. El doctor Golfín entra en la casa, precedido del padre de Pablo, que sin duda ha ido a buscarlo. Cuando el padre de Pablo y el doctor entran en la casa, vemos una cosa, un poco lejos de la casa, es la Nela. Cuando el doctor y el padre de Pablo entran en ella, la Nela atraída por la luz de casa de Pablo, como por un fuego fatuo, se acerca a ella como un animalejo corriendo de matojo en matojo, merodeando la casa, atraída por ella, ahora que protegida por las sombras de la noche puede ver sin ser vista…, pero al saltar de una mata al camino, la Nela da un salto atrás, asustada y casi se diría, dispuesta a atacar. Pero la Nela pasa de la fiereza a la ternura humana sólo con la presencia de quien todavía no vemos.

MARIANELA
Celipín… ¿qué haces tú por estos sitios? ¿Adónde vas?

Celipín lleva sobre los hombros un lío de ropa atado al borde de un palo.

CELIPÍN
¿Ahora salimos con esto? ¿Para que me lo preguntas si lo sabes? ¿No te dije que esta noche?

La Nela no dice nada. Se abraza a Celipín y se pone a llorar y llorar y llorar.

MARIANELA
Celipín… Celipín… Celipín…

Y la Nela llorando contra Celipín, abrazada a él, se va convirtiendo poco a poco en un ser humano.

CELIPÍN
¿Qué te pasa Nela? ¿Qué te pasa?

MARIANELA
¿Me quieres, Celipín? ¿Me quieres?

CELIPÍN
Tú lo sabes, Nela. Más que a mí mismo.

MARIANELA
Celipín… tu perra Canela está triste esta noche. Acaricia a tu pobre Canela, Celipín, acarícíala.

CELIPÍN
Canela, guapa… Preciosa… no es nada… No es nada… Ya nos vamos de las minas, Canela… ¿Quieres venir conmigo a Madrid, Canela… ¿Tú vienes conmigo?... Yo me voy, Canela, guapa, yo me voy…

Marianela vuelve a ser otra vez un ser humano, tierno, débil, cariñoso, enfermo, como son los verdaderos seres humanos.

MARIANELA
¿Nos vamos, Celipín? Yo tengo miedo.

CELIPÍN
Y yo… pero con miedo y todo: yo me voy ¿y tú?

MARIANELA
Sí, yo también me voy.

Celipín toma la mano a Marianela y los dos se van de espaldas hacia Aldeacorba y de cara al ancho mundo.

107. Casa Pablo. Int. noche

Dentro de la casa de Pablo, Florentina está con un ataque de histeria y para eso ha sido llamado el doctor Golfín. El doctor acaba de administrar sedantes a Florentina aparte de la tranquilidad de su propia presencia.

GOLFÍN
Esas terribles metamorfosis que usted ha creído ver en la Nela son cosas de la loca de la casa… Dentro de un rato dormirá usted como un ángel.Florentina
¡Qué cosas tan terribles estoy pensando después de esta tarde, señor Golfín! Estoy pensando, estoy considerando qué cosas tan perversas hay en el mundo!

GOLFÍN
¿Y qué cosas son ésas?

Florentina se enjuga los ojos con un pañuelito.

FLORENTINA
Pienso, doctor, que hay un solo pecado que nos aleja de Dios,
y nos puede convertir en brutos animales.

GOLFÍN
¿Y cuál es ese pecado?

FLORENTINA
La ingratitud. La Nela me miraba esta tarde, había en sus ojos ingratitud. Y cuando huyó, saltando de mata en mata, hacia ese horrible sitio que se llama la Trascava…

GOLFÍN
¿Hacia la Trascava… dice usted?

FLORENTINA
Sí, señor Golfín.

En este momento el perro Choto salta alrededor del doctor como si quisiera hablarle. El doctor Golfín lo mira y comprende.

GOLFÍN
¡Vamos, Choto!

El doctor abandona el dormitorio de Florentina y sale hacia las otras habitaciones de la casa, seguido del perro Choto, que no deja de saltar a su alrededor.

108. Montes de Aldeacorba. Ext. noche

Celipín camina decidido por un sendero llevando de su mano a Marianela. Pero Marianela mira hacia atrás, hacia Socartes, hacia Aldeacorba, como la mujer de Lot, mientras sigue a Celipín. De pronto Marianela no puede más y se suelta.

MARIANELA
Yo no puedo… yo no puedo.

CELIPÍN
¿Qué te pasa, Nela?

MARIANELA
Yo no me voy.

CELIPÍN
¿Por qué?

MARIANELA
Celipín: vete tú solo, tú serás un hombre de provecho, pórtate bien,
y no te olvides de Socartes ni de tus padres.

CELIPÍN
No me olvidaré de ti, que me has ayudado a esto. Adiós Nelilla.

Los dos niños se abrazan y se despiden en la soledad de la noche. Mientras siguen abrazados, Celipín pregunta a Nela

CELIPÍN
Y ahora, Nelilla. ¿Tú qué haras? ¿Te vuelves a casa?

Nela dice que no con la cabeza sobre el pecho de Celipín.

CELIPÍN
Entonces, ¿vas a la casa del señorito Pablo?

La Nela dice otra vez que no con la cabeza.

CELIPÍN
Ah… ¿Es que te vas al pueblo de la señorita Florentina?

La Nela dice que no, y luego, como el que ha tomado una decisión repentina, huye de Celipín. Celipín le pregunta mientras huye corriendo Nela.

CELIPÍN
Pues entonces, ¿adónde vas?

El eco de todo el Valle parece que repite la palabra de Celipín. ¿Adónde vas?… ¿Adónde vas? ¿Adónde vas?... Celipín se queda triste. Luego se da la vuelta y sigue su camino. Lo vemos desaparecer con su hatillo al hombro a la luz de la luna.

109. Loma de la Trascava. Ext. noche

El perro Choto aparece en lo alto de la Trascava iluminado por la luna. Choto se lanza hierba debajo de la Trascava, hacia su boca. En este momento aparece sobre la loma de la Trascava el doctor Golfín. Justo en el momento que ve a Marianela a punto de tirarse al abismo. El perro Choto se agarra al vestido de Marianela. Al tiempo que el doctor Golfín grita.

GOLFÍN
Nela… Nela…

Nadie le contesta.

GOLFÍN
Nela…

Al borde de la Trascava se oye la voz de la Nela.

MARIANELA
Señor…

GOLFÍN
Nela, sube aquí conmigo.

MARIANELA
Ya voy, señor.

110. Camino del monte. Ext. noche

Por el camino que va de la Trascava hacia Aldeacorba van el doctor Golfín y Marianela. A su lado, Choto, el perro.

Golfín lleva de la mano a Marianela. Ya es la tercera persona que quiere llevar para salvarla de algo de la mano a Marianela en el día de hoy.

GOLFÍN
No te soltaré de mi mano… contéstame como a un padre.

MARIANELA
Yo no tengo padre.

GOLFÍN
Figúrate que lo soy. ¿Qué ibas a hacer allí?

MARIANELA
Allí está mi madre.

GOLFÍN
Tu madre ha muerto y está en el otro mundo.

MARIANELA
Mi madre está allí.

GOLFÍN
Y tú pensabas ir con ella. Es decir, que pensabas quitarte la vida.

MARIANELA
Sí, señor, eso mismo.

GOLFÍN
¿A ti te han enseñado que tu madre cometió un gran crimen
al darse muerte?

MARIANELA
Yo no me acuerdo si me han enseñado tal cosa. Si yo me quiero matar: ¿quién me lo puede impedir?

GOLFÍN
¿Tú no has sido feliz en toda esta vida?

MARIANELA
Empezaba a serlo.

GOLFÍN
¿Y cuándo dejaste de serlo?

MARIANELA
Cuando usted vino.

GOLFÍN
¿He sido yo quién ha traído tus males?

MARIANELA
Oh, no doctor. Usted no ha traído ningún mal. Ninguno: no ha traído más que bienes.

GOLFÍN
¿Le quieres mucho? ¿Le quieres más que a todas las cosas de este mundo?

MARIANELA
Sí, sí, señor.

GOLFÍN
¿Y no puedes soportar la idea de que te deje de querer?

MARIANELA
No, señor. Si Dios no me deja matarme, me moriré yo misma por mi propia voluntad.

Marianela tira de la mano y se deshace del doctor Golfín. Gimiendo como un animal a quien le va a dar un ataque de locura, huye hacia el bosque, mientras huye, en la noche, Marianela grita salvajemente.

MARIANELA *(off)*
Pablo no verá a la Nela. La Nela no se dejará ver. La Nela no se dejará ver…

El grito de rebeldía salvaje de la Nela resuena en la noche. Luego las palabras dejan de ser palabras, y mientras huye, se van convirtiendo en un largo aullido.

111. Casa de Pablo. Int. día

El rostro de Pablo aparece en la superficie del espejo. Pablo se mira largamente en él. Su rostro refleja admiración y asombro. Luego se mira a sí mismo con delectación.

PABLO
Mi interior está inundado de hermosura, de una hermosura que antes no conocía. ¡Qué cosa tan admirable es un espejo! Y tú, Florentina, cuando te miras así, ¿te ves tan guapa como eres?

Pablo se retira del lado del espejo. A su espalda está su prima Florentina. Al retirarse Pablo aparece en la superficie del espejo el rostro bellísimo de Florentina.

PABLO *(off)*
Florentina: eres como una música deliciosa. Esa imagen tuya que veo me parece la imagen más clara de la armonía y de la belleza.

FLORENTINA
Qué tonterías, hay otras mucho más guapas que yo.

PABLO *(off)*
No puede ser.

El rostro de Pablo aparece en el espejo y se coloca junto al rostro de Florentina. Están unidos mejilla con mejilla como un retrato vivo que habla desde el fondo del espejo.

PABLO
Te veo dentro de mis propios ojos. Te fundes con todo lo que pienso… y tu imagen es para mí como un recuerdo. ¿Un recuerdo de qué? ¿Habré vivido antes de esta vida? No lo sé. Pero yo tenía noticias de esos ojos tuyos.

FLORENTINA
Si no te callas, me voy.

PABLO
No, no: no te vayas. No me robes ni un minuto. Cada minuto que estoy mirándote me parecen siglos de felicidad.

FLORENTINA
Pablo… Pablo…

PABLO
Florentina, amor mío…

Los dos entornan los ojos en el espejo dejando pasar el tiempo felices. La imagen de los dos en el espejo se va oscureciendo.

PABLO
¿Es ya de noche?

FLORENTINA
Sí, es de noche.

Y la imagen feliz de los dos en el espejo va desapareciendo…

112. Casa de don Carlos Golfín. Int. día.

Lili, la perra de doña Gerarda, está sentada en su trono de niño con un babero puesto. Lleva una manta preciosa. La han peinado quiquiriquí como a los niños, y se lo han atado con un lazo rosa. Doña Gerarda está dándole su tortilla francesa a pequeños trocitos. Teodoro Golfín. El doctor Golfín, baja por las escaleras del piso superior como el primer día que bajó y vio a la Nela.

GERARDA
Buenos días, cuñado. ¿No sabes la noticia?

GOLFÍN
¿Qué noticia?

GERARDA
La Nela no huyó con Celipín. El niño ha escrito, está en Madrid, y dice que ni aquella noche ni nunca la Nela se fue con él.

GOLFÍN
¿Qué estás diciendo, mujer?

GERARDA
¿Tanto te afecta la noticia? Ahora resulta que la gente dice que la han visto por el monte de Saldeoro. Otros que por los acantilados del mar de Ficóbriga. Y otros que en el Valle de los Lagos.

El doctor Golfín mira insistentemente el lugar donde vio por primera vez a la Nela.

GOLFÍN
Estaba ahí como un pobre animal desamparado.

Doña Gerarda sigue dándole a Lili trocitos de tortilla francesa con ternura y mucho, muchísimo mimo.

GERARDA
Y yo me pregunto, cuñado: ¿cuándo dejará esa desgraciada Nela de hacer locuras?

Por toda respuesta, se oye un portazo. Doña Gerarda mira a su cuñado, ya no está, ha salido.

GERARDA
¿Pero qué le pasa a este hombre, Lili?

Y después del susto hace un mohín, y doña Gerarda sigue dándole de comer tortilla a Lili.

113. Bosque de Saldeoro. Ext. día.

El doctor Golfín está en los bosques de Saldeoro. Con su bastón se adentra en la espesura del bosque donde los helechos se van viendo más altos, hasta casi cubrirlo de pronto. El doctor Golfín se para, escucha, oye como el llanto de un animal salvaje. El doctor sigue por los altos helechos el rastro de aquel extraño llanto de animal salvaje.

114. Acantilados de Ficóbriga. Ext. noche

Es de noche, brilla, la luna llena. El doctor Golfín está en los acantilados del mar de Ficóbriga. El doctor oye un aullido, escucha. El aullido medio de persona, medio de animal salvaje, se oye como un eco por debajo del acantilado. El doctor Golfín sigue descolgándose por los acantilados.

115. Valle de los Lagos. Ext. amanecer.

Amanecer en el valle de los Lagos. El doctor Golfín acecha detrás de un roble. El silencio es expectante. El fino oído en acecho del doctor Golfín adivina que algo baja del bosque hacia los lagos. Observa. Por entre unas matas aparece un extraño animal. Va a cuatro patas y se arrastra como si estuviera moribundo. El extraño animal se arrastra como a beber hasta el lago. El doctor Golfín se pone los gemelos en los ojos. Y lo que ve no es un animal salvaje, sino una niña salvaje: la Nela. La Nela, vista a través de los prismáticos del doctor Golfín, se acerca a beber. Pero al ver su imagen en el agua, la Nela gruñe a lo que refleja el agua. Luego, de un manotazo destruye la imagen del agua. Luego la Nela se echa de bruces a beber. Nela de bruces en el agua, se espanta como un animal salvaje. A su lado están las botas del doctor Golfín. Golfín, lleno de ternura, se arrodilla al lado de la Nela. La Nela no puede huir. Está muriéndose. Golfín la toca.

GOLFÍN
Nela… Nela…

La Nela sólo gruñe, no contesta al doctor Golfín.

GOLFÍN
Nela, criatura. Nela…

La Nela mira con ojos de animal que quiere comprender al doctor Golfín.

GOLFÍN
¿No me conoces? ¿No hablas? Contéstame, Nela…

La Nela quiere hablar, pero sólo articula gruñidos.

GOLFÍN
Ha perdido el habla. Ha perdido el sentido de la articulación
de las palabras… La falta de afecto la ha convertido en un animal salvaje.

El doctor Golfín toca el pulso de Nela y la frente.

GOLFÍN

Criatura: estás agonizante. Vamos, Nela, hija. Vamos: yo te llevaré.

El doctor, emocionado, acaricia con el corazón encogido a la pobre Nela. Los ojos de la Nela se llenan de agradecimiento, pero por no saber ya no sabe ni besar. Y en agradecimiento al doctor… le lame las manos. Le lame las manos como un animal herido y moribundo al que le recogen en el bosque. Le lame las manos.

116. Bosque de Saldeoro. Ext. día

El doctor Golfín camina por entre los altos helechos del bosque de Saldeoro, lleva agonizante, rodeándole el cuello a Nela. Como llevan los cazadores la pieza cobrada, o los pastores la oveja enferma.

GOLFÍN

Ésta es tu filosofía de siempre, adelante, siempre adelante, Golfín… Creías que traías la vida con dar la luz, y lo que has traído es la muerte. Confiésalo valientemente, Golfín: eres un vulgar carpintero de los ojos.

Y con su carga al hombro el doctor reniega de su orgullo y de su filosofía de siempre adelante.

117. Casa de Pablo. Ext. día

Es el atardecer. Hay una maravillosa puesta de sol cuando sale el doctor Golfín del bosque con su carga, con la Nela en los hombros y llega a la vera de la casa de Pablo. La Nela mira la casa. La Nela gime, agonizante, sobre los hombros del doctor.

GOLFÍN

¿Qué me dices? ¿Te entiendo bien? ¿Quieres entrar? ¿Quieres ver a Pablo?

La Nela a duras penas da un gemido que el doctor entiende que es una afirmación. Y debe ser así, porque cuando el doctor se dirige a la casa, Nela le lame la mano cariñosamente.

118. Casa de Pablo. Int. día

El doctor Golfín entra en casa de Pablo con la Nela en hombros. Los últimos rayos de sol entran por las ventanas dándole a la habitación un aire mágico. El doctor deposita a la Nela en el sofá que hay en el centro de la habitación. Luego, se sienta abatido, en la sombra de un rincón, con las manos cogiéndose la cabeza. Vemos a la Nela, respirar fatigosamente, con los ojos entornados. Después de unos momentos de silencio, se oye la risa alegre de Florentina. Florentina se acerca riéndose. Abre la puerta de la habitación, y se esconde, detrás de la puerta: sin duda, es perseguida por alguien. Florentina ríe bajito. La luz del sol la deslumbra. Poco a poco ve la habitación. Ve a la Nela en el sofá. Y luego al doctor Golfín en el rincón. Florentina se acerca en silencio hacia el sofá. Se queda paralizada viendo el estado de la Nela.

FLORENTINA
Señor Golfín, ¿qué es esto?

GOLFÍN
La Nela.

FLORENTINA
¿Qué le pasa? Está muy mal. ¿Qué mal es éste?

GOLFÍN
La muerte.

FLORENTINA
Pero ¿qué mal le ha traído la muerte, doctor?

GOLFÍN
La muerte.

FLORENTINA
¡Dios mío!

GOLFÍN
¿Y Pablo?

En este momento se oye venir corriendo a lo lejos, a Pablo, sus pisadas, su carrera, pues sin duda era él, el que jugaba con Florentina, se van acercando.

FLORENTINA
Allí llega.

El silencio se hace más impresionante. Sólo se oye el jadeo de Marianela y las pisadas lejanas de Pablo.

PABLO *(off)*
Florentina. ¿Dónde estás? Florentina.

Pablo se acerca, cada vez más. Ya está cerca de la puerta. En este momento, Marianela haciendo un supremo esfuerzo abre los ojos, ya casi vidriados por la muerte y mira la puerta: y entra Pablo. Pablo queda deslumbrado por los rayos del sol.

PABLO
¿Florentina?...

Pablo ve a Florentina en el centro de la habitación, a nadie más. Ni a Marianela ni al doctor Golfín. Pablo se acerca a Florentina, la coge amorosamente de las manos y la hace arrodillarse frente a él en la habitación, cerca del sofá donde agoniza Marianela, sin dejar de mirarse a los ojos. El sol dora y levanta reflejos en el pelo de Florentina.

PABLO
Florentina, amor mío: ¿qué tienes en esa cara que tienes la misma idea de Dios puesta en la carne? Estás metida en una cosa, que debe ser el palacio del Sol. De tu cara y de tu cuerpo salen como rayos y tus cabellos vibran. ¿Cómo puedes ser toda entera mía?

En este momento se oye un gemido al lado de Pablo: es la Nela. Marianela ha comenzado los primeros estertores de la muerte.

PABLO
¿Quién hay aquí?

Pablo se vuelve lentamente y mira sin comprender a la Nela que en el sofá está dando las boqueadas. Es como la agonía de un niño. Como la terrible agonía de un niño. Pablo la mira y dice con un aire de repugnancia.

PABLO
¿Quién es esta alimaña?

Nadie la contesta. Sólo los ojos de Marianela, ya con el velo de la muerte, que lo siguen mirando.

PABLO

¿Quién eres tú? ¿De quién son esos ojos? ¿De quién?

Como llevado por una fuerza desconocida, Pablo deja las manos de Florentina y las acerca como un ciego a la Nela. Toma las manos de Marianela. Y la retira con un escalofrió.

PABLO

Nela… Es la Nela.

En este momento, Marianela, en el preciso momento que Pablo retira sus manos de las de la Nela, el cuerpo de esta se queda completamente quieto, sereno: ha muerto. Pablo se levanta con ira y mira a Florentina y al doctor Golfín, luego da un grito de rebeldía.

PABLO

¿Quién lo ha consentido? ¿Quién? ¿Quién ha consentido que yo haya estado enamorado de semejante monstruo?

Apenas Pablo ha dado el grito, Marianela se va convirtiendo, lenta muy lentamente en una muchacha bellísima.

FIN

ISIDORA
Revista de estudios galdosianos

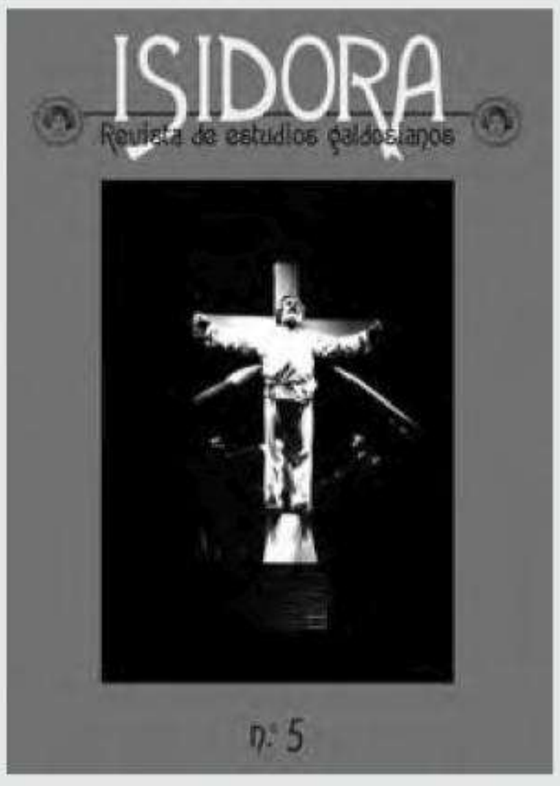
TÍTULOS PUBLICADOS

Mayo 2005

Mayo 2006

Febrero 2007

Marzo-abril 2007

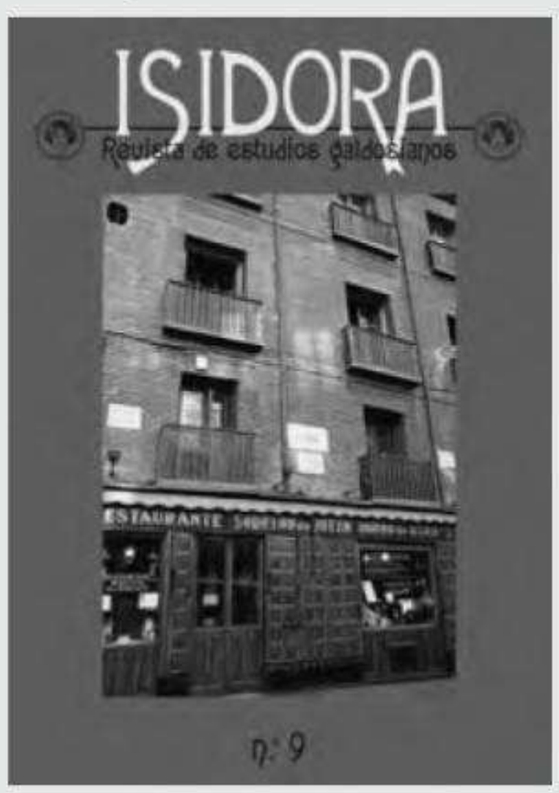


Otoño 2007

Pimavera 2008

Junio 2008

Otoño 2008



Junio 2009

E-mail: isidora-internacional@orange.fr
www.isidora-internacional.com.es
Distribuidora España e Internacional: Maidhisa, S. L.

ISIDORA
Revista de estudios galdosianos

BOLETÍN DE PEDIDO O SUSCRIPCIÓN

☐ Deseo suscribirme a la revista **ISIDORA** hasta nueva orden

☐ Deseo recibir la revista nº_____ de **ISIDORA**

Nombre y Apellidos _____

Organismo _____

Domicilio _____ Localidad _____

C.P. _____ Provincia _____ Estado _____ País _____

Correo Electrónico _____

Teléfono _____ Fax _____

Forma de pago elegida

☐ Transferencia bancaria a la cuenta corriente especificando *Revista Isidora,* remitiendo resguardo bancario a una de las direcciones indicadas al final de este boletín.

Caja Madrid: 2038 1029 48 3003335795

IBAN: ES12 2038 1029 48 3003335795

BIC: CAHMESMMXXX

☐ Domiciliación bancaria:

Banco_____

Sucursal_____

CÓDIGO CUENTA BANCARIA			
ENTIDAD	OFICINA	D.C.	NÚM. CUENTA

PERIOCIDAD: CUATRIMESTRAL

PRECIO EJEMPLAR: 22 € MONOGRÁFICOS 25€

NÚMEROS POR SUSCRIPCIÓN ANUAL: TRES NÚMEROS (2 MÁS MONOGRÁFICO)

PRECIO SUSCRIPCIÓN ANUAL (ESPAÑA): 60 €

PRECIO SUSCRIPCIÓN ANUAL (EUROPA): 65 €

PRECIO SUSCRIPCIÓN ANUAL (AMÉRICA): 75 €

PRECIO SUSCRIPCIÓN ANUAL (RESTO DEL MUNDO): 78 €

CUMPLIMENTAR Y MANDAR A:

France
65 Rue Pierre Corneille, 49300 Cholet, France.
Telf.: 00 33 (0) 241 75 55 14 / 00 33 (0) 625 94 15 22
Fax: 00 33 549 65 06 91

España
C/ Corte de Faraón 7 - Bajo D / 28041 Madrid
Telf.: 91 635 39 45 67 / 91 629 05 12 78

E-mail: isidora-internacional@orange.fr
www.isidora-internacional.com.es
Distribuidora España e Internacional: Maidhisa, S. L.

9 771699 599007